



EL COLEGIO DE LA FRONTERA NORTE

**EN BUSCA DEL VOTANTE (TIJUANENSE) PERDIDO
CULTURA POLÍTICA. PARTICIPACIÓN Y ABSTENCIONISMO**

Tesis presentada por

JOSÉ NEGRETE MATA

Para obtener el grado de

DOCTOR EN CIENCIAS SOCIALES

Noviembre de 2002

Agradecimientos

Esta tesis pudo realizarse con el apoyo que recibí de diversas instituciones, el aliento de amigas y amigos, colegas y, siempre, el de mis familiares, especialmente el de Eréndira, mi hija.

En primer término, agradezco a mi institución, El Colef, a su presidente cuando entré al Programa de doctorado, Jorge Bustamante y a su director, Jorge Alonso, quien no sé cómo logró convencerme para entrar al Programa con el argumento de: "Lo vas a disfrutar" (creo que al final tuvo razón). Asimismo, a su actual presidente, Jorge Santibáñez y a su Secretario General Académico, Víctor Alejandro Espinoza Valle.

Al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, CONACYT, por la beca que me otorgó para realizar mis estudios.

A los distintos coordinadores de Copladem de Tijuana, por su enorme disposición para que pudiera agregar algunas preguntas de mi interés en sus encuestas y para utilizar las bases de datos. En particular, al doctor Héctor Rivera, al maestro Bladimiro Hernández y al licenciado Rubén Orihuela, quienes coordinaron el Copladem durante 1990-2001.

A mis buenos amigos Maritza Sosa y Rodolfo Echeverría (Chicali), por su cariñoso apoyo y las facilidades que me dieron para trabajar en su casa, en Pedregal de Santo Domingo. Chicali, alguna vez sugirió que bien podría cerrar el prólogo de la tesis, como a veces se acostumbra, mencionando el lugar donde fue escrita. Cuando menos en el caso del segundo capítulo, así es.

A Angélica Zambrano por su amistad y certeras asesorías en el manejo de las bases de datos. Su ayuda fue muy importante para entrarle al tema en la forma en que lo pude hacer. Gracias maestra Zambrano.

A Marcela Mungaray, mi condiscípula en el doctorado, quien me pasó los "tips" fundamentales para manejar las bases de datos. Además, por leer mi primer borrador y darme el consejo de cambiar el orden de la exposición.

A Miguel Ángel Ramírez, quien tuvo la enorme disposición de leer el capítulo 3 -el más "pesado", lo admito-, y me proporcionó valiosos comentarios y consejos. Espero haberlos atendido bien. Gracias Flaco, te debo una (o unas).

A Alfredo Hualde, a quien saqué momentáneamente de sus lecturas especializadas en mercados de trabajo para que leyera mi primer borrador.

Al buen amigo Bernal, a quien le di a leer mis primeros borradores para conocer su

opinión y, como inveterado editor que es, se dedicó a corregirme los errores ortográficos. No estoy seguro de haberlo complacido.

A Víctor Alejandro Espinoza Valle, mi director de tesis, por sus consejos oportunos, y amable "carrilla" para terminar la tesis.

A Jorge García Montaña, por sus interesantes comentarios al borrador del primer capítulo.

Muy en especial, hago mención de la generosa ayuda que me proporcionó Hadassa Cisneros en la edición de todo el borrador.

A mis lectores de tesis. A Tania Hernández, condiscípula en el doctorado y colega en el Colef, por sus certeros y minuciosos comentarios al borrador general de la tesis. A Manuel Valenzuela, por su pronta disposición a leer la tesis. A Gerardo Ordóñez, por sus valiosos y puntuales comentarios. A Luis Miguel Rionda, mi lector externo, quien a pesar de haber terminado de leer diez tesis, tuvo la disposición de ponerse a descansar "haciendo ladrillos", y continuó con ésta.

A Mariana Llamas, mi asistente de investigación, quien comenzó conmigo apoyándome desde la primera encuesta y me acompañó casi hasta el borrador final de la tesis. Agradezco también a Erika González, mi actual asistente, por recoger la estafeta en la etapa final de la tesis.

Toda la ayuda que recibí es inapreciable. Espero no haber olvidado agradecer a nadie. Por supuesto, ninguno de los mencionados aquí es responsable de las omisiones y errores que sin querer subsisten en el texto, pues son de mi entera responsabilidad.

Presentación

Introducción

En las elecciones locales de Baja California, del 8 de julio de 2001, ocurrió la más baja participación del electorado en toda la historia política del estado. En particular, en el municipio de Tijuana. ¿Por qué? Esta es la pregunta central a la que se pretende dar respuesta en esta tesis.

Las primeras explicaciones sobre este fenómeno –algunas a la mano-, proponen que se debe a la regularidad democrática alcanzada en el estado (y en el municipio); casi tal como la que existe en otros países desarrollados, en donde el abstencionismo también es alto. Otras, recurren a las características de la población, principalmente de tipo inmigrante, y a su constante movilidad, ya sea en camino al norte o de regreso a casa. Otras más, lo derivan del cansancio ante tantas elecciones juntas, o bien, simplemente por descontento político. Por otra parte, las alternativas que se presentan, en su caso, van desde aquellas que plantean no hacer nada al respecto, pues no hay motivo para preocuparse; tomar medidas políticas y técnicas para depurar los sobre registros del padrón electoral; adoptar medidas punitivas para obligar a votar, o bien, educar y reeducar sobre los valores de la participación.

De entrada, no se desestima ninguna explicación ni propuesta como las aquí planteadas. Es posible que no estén todas las explicaciones del fenómeno del abstencionismo y algunas de las propuestas mencionadas no sean suficientes ni las más adecuadas. Por principio de cuentas, y como se intentará demostrar en este trabajo, no es cierto que la situación de Tijuana se asemeje a la que tienen países como Estados Unidos y Suiza, pues en ellos la baja participación electoral es relativa, ya que cuentan con una intensa actividad en asociaciones diversas y en otro tipo de elecciones, que de alguna manera compensan ese déficit particular. Sin embargo, esto último tampoco justifica la baja participación en las elecciones a los puestos de elección más importantes, ya que después de todo, ésta sigue siendo menor a la mitad más uno del total de electores, considerado como umbral mínimo necesario para tomar una decisión democrática. En Baja California no se puede hablar de

cansancio por “tantas” elecciones juntas, porque si así fuera, no se explicaría el hecho de que, por ejemplo, entre 1991 y 1992 –las dos elecciones intermedias federal y local- se presentaran dos de la más altas participaciones, respectivamente, en la historia reciente del estado. Tampoco parece correcta la explicación de que el alto abstencionismo sea por la condición migratoria de una buena parte de la población. Al menos, no cuando se propone como factor único –lo cual esconde, en el mejor de los casos, el descargo de una responsabilidad propia por no haberse ganado a los electores, más cuando proviene de los funcionarios electos y dirigentes de los partidos. El factor de sobre registro en la lista nominal de electores existe. Empero, aún en este caso, si tomamos como válido el rango más alto del cálculo de sobre registro -que es de 12.5%- y lo restamos del abstencionismo alcanzado en Tijuana (67%), por ejemplo, quedaría un porcentaje que ubica el nivel de participación en 45.5%, distante todavía del umbral democrático de la mitad más uno de los electores. La propuesta de que el abstencionismo alcanzado es producto del descontento político, aún cuando se expone sin más argumentación, será examinada con minuciosidad en este trabajo.

Igualmente, es necesario discutir las alternativas propuestas, pues suscitan dudas de que sean adecuadas y certeras. Por ejemplo, no hacer nada para evitar la abstención significa rendirse ante la apatía, sobre todo cuando es mayoritaria. Pero principalmente, es creer que la democracia, así entendida, es invulnerable ante la baja participación. Por el contrario, ésta se vuelve frágil ante las tentaciones autoritarias que persisten en nuestra cultura política. Nomás basta con revisar nuestra historia reciente. Sin embargo, por iguales o parecidas razones, tampoco se considera correcta y efectiva la propuesta de sancionar el abstencionismo. En los países en donde esto se practica, difícilmente se alcanzan los niveles de votación esperados y lo que se gana es una gran cantidad de votos nulos, además de peligros sobre prácticas oprobiosas para hacer valer la ley (como las que en su tiempo denunció Italo Calvino, en *La jornada de un escrutador*). Inclusive, es dudosa la propuesta de promover los valores de la participación, aparentemente digna de todo elogio, porque ¿a partir de cuáles valores?. No siempre, pero es común que cuando se hacen propuestas de esta naturaleza se acuda al ejemplo genérico de los valores familiares, como los ejemplares, pero ¿acaso no es cierto que en las familias también existen reglas de convivencia autoritarias?

Los anteriores son ejemplos de que alrededor del tema de la abstención, así como de la participación en las elecciones, giran factores muy complejos que necesitan elucidarse. Pero, además, en lo que se refiere al presente caso de estudio, por las siguientes razones: primera, porque se trata del estado donde comenzó la alternancia política en el país. Asimismo, porque Tijuana es el único municipio que se ha sostenido en manos de la antigua oposición panista desde que ganó las elecciones el 2 de julio de 1989. Segunda, porque en el estado, tanto como en el municipio, se ponen a prueba las hipótesis que vinculan un mayor desarrollo político con una mayor participación. Tercera, porque al examinar las cifras de la votación por los partidos se advierte una alta polarización entre dos partidos, principalmente. La polarización implica alta competencia partidista y ésta, según se dice, alta participación. Sin embargo, en el caso que se estudia no sucede así. Y cuarta, pero no la menos importante, porque la participación está estrechamente vinculada con la democracia o, al menos, con un mayor control de los gobernantes por los gobernados.

Baja California tiene una vida política breve pero intensa, si entendemos la intensidad por el nivel de competitividad entre los partidos políticos y el desafío que sostuvo la oposición ante el partido gobernante prácticamente desde la fundación del estado.¹ En particular destacan las elecciones para gobernador, congreso y ayuntamientos de 1959², y las intermedias de 1968 y 1983. En 1959, la oposición panista arguye que fue cometido un fraude en su contra, en la campaña a gobernador; en 1968, igualmente, fue tanto el número de irregularidades que el gobierno se vio obligado a declarar nulas las elecciones de los municipios de Mexicali y Tijuana (en donde se formaron Concejos Municipales) y en 1983, por primera vez en la historia se reconoció el triunfo de un partido de la oposición (el Partido Socialista de los Trabajadores, PST), en Ensenada; aunque en las elecciones municipales de Mexicali, de ese mismo año, el PAN reclama un fraude en su contra. La historia posterior, como se sabe, adquiere un nuevo curso a partir del triunfo de Ernesto Ruffo Appel en la presidencia municipal de Ensenada, pero sobre todo en la gubernatura en

¹ El estado de Baja California fue creado mediante decreto publicado en el *Diario Oficial* del 16 de enero de 1952. El 25 de octubre de 1953 fueron las elecciones para elegir gobernador y diputados. Las primeras elecciones para elegir a las autoridades municipales fueron en 1954 (Consejo Estatal de Población: Conepo, 1995).

² En el PAN argumentan que en las elecciones presidenciales de 1958, su candidato ganó en Baja California al candidato del PRI, aunque esto no se refleja en los resultados oficiales.

1989. Sin embargo, es muy importante señalar que un año antes –en las trascendentales elecciones presidenciales de 1988–, el Frente Democrático Nacional (FDN), con Cuauhtémoc Cárdenas a la cabeza, ganó en el estado a Salinas de Gortari. Baja California fue el único estado del norte del país en donde triunfó el FDN.

De 1989 a 2001, ha triunfado el panismo durante tres elecciones para gobernador. En las elecciones municipales va imponiendo su predominio, al grado de tener ya cuatro de los cinco municipios en sus manos. En cambio, en las elecciones para el congreso ha tenido mayorías precarias, de tal suerte que se ha visto forzado a buscar acuerdos con las otras fracciones del Congreso o con algunos diputados de la oposición, por separado, para sacar adelante sus trabajos.

Durante los últimos doce años se ha desarrollado una tendencia general favorable al predominio completo del PAN en el estado. Tanto en elecciones locales como federales. Sin embargo, en ambos tipos de elección, a pesar de que la tendencia favorece al PAN, la constante es la polarización de las preferencias hacia este partido y el PRI. Es una lucha palmo a palmo entre estos dos partidos, que mantiene prácticamente marginados a los otros. Con la peculiaridad, además, de que todos están enfrascados en su lucha particular y no advierten que los electores los están abandonando en forma masiva.

Esta breve reseña da cuenta de un indudable fenómeno político de intensa competencia, prácticamente durante los cincuenta años de vida del estado. Esta competitividad, tradicionalmente, era explicada por el destacado desarrollo del estado en todas sus esferas de actividad. Desde el punto de vista económico, Baja California y en particular el municipio de Tijuana, cuenta con una economía abierta al mercado internacional, producto del régimen fiscal de zona libre (el cual perduró desde 1933 a 1993, y fue extendido, ya sin su amplitud, hasta 2000); con la preponderancia del sector de los servicios, en primer lugar, y de la industria maquiladora de exportación, en segundo. Esta característica peculiar del estado, producto de su ubicación geográfica, le ha hecho depender más de los vaivenes del mercado norteamericano y en especial del californiano, que de las relaciones económicas del resto del país. En consecuencia, ha estado menos expuesto a las crisis recurrentes del país o, al menos, se ha podido recuperar más pronto (Negrete, 1988). De tal forma que la economía funciona –o en lo fundamental ha venido funcionando– con niveles de empleo y de ingreso, superiores al promedio nacional.

En lo social, el estado y el municipio de Tijuana se han beneficiado con sucesivas olas de inmigrantes, provenientes de todas partes del país, que constantemente recomponen y recrean el tejido social. La población es urbana, en lo fundamental, con niveles de alfabetismo altos y -se puede afirmar-, con un alto componente de las profesiones típicas de las clases medias (Espinoza, 1997).

Esta composición social de la población, sobre todo de la tijuanaense, no es propicia en su gran mayoría al desarrollo de grandes organizaciones de tipo tradicional, como lo demuestran las bajas tasas de sindicalización en las maquiladoras (Quintero, 1990; de la O y Espinoza, 1996). No obstante, tiene una vida asociativa tal vez pequeña pero intensa y una disposición a participar en diversas actividades comunitarias y de ayuda.³

Entonces, si Baja California y el municipio de Tijuana tienen en lo fundamental un desarrollo económico, social y político que bien se puede calificar de moderno⁴, ¿por qué va en aumento la tasa de abstencionismo?

Para indagar sobre esta interrogante, primero se hizo un recorrido por la historia política del estado, con particular énfasis en las elecciones. Pero luego se vio la necesidad de analizar las experiencias de otros países sobre participación y abstencionismo, las explicaciones empíricas y teóricas que se han dado al respecto y, ya con esas bases, releer la parte histórica para formular las preguntas concretas pertinentes sobre el caso de Tijuana y poder analizar –desde esa doble perspectiva, por así decirlo- los datos correspondientes para contestar dichas preguntas, a través, principalmente, de encuestas de opinión. Esta fue la secuencia de la investigación. Sin embargo, para efectos de exposición del trabajo, se organizó de la siguiente forma, Primero, la parte teórica y conceptual en el capítulo 1.

³ Se utiliza la expresión “tal vez pequeña pero intensa” porque no se sabe con certeza cuanta es realmente. En un estudio realizado por el autor, en 1991, se hizo un recuento de los espacios públicos y del número de organizaciones en Tijuana. En dicho estudio se encontró que era importante, pero no se le pudo comparar con otros municipios para saber qué tanto. Hubo un ejemplo de participación social en Tijuana en 1993, cuando las lluvias inundaron la ciudad y los diversos grupos, así como amplios sectores de la población, canalizaron la ayuda hacia los lugares afectados. La disposición a participar, se conoce con base en encuestas realizadas por Comité para la Planeación del Desarrollo Municipal de Tijuana, en donde alrededor de 29% contesta afirmativamente ante la pregunta de si estaría dispuesto a participar en actividades para mejorar su colonia, promovidas por el ayuntamiento. El porcentaje en sí parece alto, pero ¿comparado con qué?. Eso es lo que hace necesario matizar la expresión.

⁴ Lo cual, sin embargo, no implica que no tenga problemas de marginación, sobre todo en áreas localizadas. Pero téngase en cuenta que Tijuana en el nivel nacional, por ejemplo, aparece como uno de los municipios con menor marginación del país, según CONAPO, 1990 y 2000.

Segundo, la parte histórica que abarca el capítulo 2, y tercero, la parte empírica que corresponde al capítulo 3.

El problema de la participación y el abstencionismo es tratado en forma conceptual en el capítulo 1, en donde se hace un recorrido por las distintas teorías que buscan explicar estos fenómenos desde la perspectiva de la cultura política, 1) la teoría de la *cultura cívica* elaborada por Gabriel Almond y Sidney Verba, 2) la teoría de la *nueva cultura política*, ideada principalmente por Ronald Inglehart, y 3) la *teoría cultural (o análisis grid-group)*, elaborada originalmente por Mary Douglas, desarrollada por Aaron Wildavsky y continuada por Michael Thompson, Richard Ellis, y otros. Asimismo, en este capítulo se analiza el tema de la participación y el abstencionismo desde la perspectiva de los estudios empíricos.

El enfoque cultural está inmerso en una amplia y rica discusión. Se discute su validez para explicar el comportamiento político y, por tanto, el desarrollo y cambio de las estructuras políticas. Este enfoque es criticado por ser una categoría “residual” a la mano que pretende explicar lo que queda sin explicación. Pero esta crítica es también producto de la rivalidad de enfoques teóricos. Y lo cierto es que ninguna ha podido lograr la explicación paradigmática de la participación y mucho menos del abstencionismo. Empero, los estudios culturales son los que más se han acercado o permiten una explicación más plausible del fenómeno, sobre todo por las dimensiones que ha adquirido en la actualidad y la dificultad que tienen los enfoques tradicionales para entenderlos. No por otra razón existe en la actualidad un verdadero “renacimiento” de los estudios sobre cultura política.

En orden de antigüedad, los estudios empíricos han avanzado mucho en el análisis de la participación, sobre todo electoral, pero muy poco en el estudio del abstencionismo, a pesar del interés en este fenómeno despertado ya desde los años veinte del siglo pasado. En buena medida, se dieron por satisfechos con las explicaciones basadas en causas estructurales (como las de orden sociodemográfico o de estatus), así como las de tipo legal-institucional (referidas a las diversas restricciones hacia la participación general, ya sea por el sexo, origen racial o la edad). Utilizaban los bajos niveles de educación e ingreso, por ejemplo, como variables explicativas de la poca participación. No obstante la realidad los comenzó a desmentir, pues, en términos generales, mientras han venido aumentado los niveles de los rubros mencionados, la votación ha disminuido, incluso más que antes. Por otra parte, se ha

podido observar que –por ejemplo- en algunas zonas deprimidas de los países desarrollados, como en el sur de los Estados Unidos, las tasas de participación son más altas que en los estados del norte de ese país. La conclusión es clara, la explicación del abstencionismo (o la participación) por medio de factores estructurales o de orden legal-institucional, tiene fallas.

En el caso del abstencionismo, estudios empíricos recientes han encontrado que éste no representa un bloque monolítico claramente distinguible del sector participativo. Es decir, que entre los abstencionistas también hay ricos y pobres, educados y con poca preparación, así como preocupados por los problemas de su comunidad con la cual se involucran en su solución, casi tanto como los llamados participantes. Este hallazgo ha causado perplejidad en algunos estudiosos del tema. Al respecto, desde el seno de la escuela empírica comienzan a surgir explicaciones en el sentido de que la abstención no tiene qué ver tanto con la desconexión social de los electores, tal como lo plantea la teoría tradicional, sino que tiene una causalidad diferente, producto de la desconexión del ciudadano del proceso político, del desafecho y una suerte de alienación con respecto al sistema. Este enfoque es interesante por su origen y, además, porque se centra en el estudio de los abstencionistas. Sin embargo, en buena medida, los partidarios de este enfoque tienden a buscar asideros en los factores estructurales para compararlos con los participantes, y, al encontrar que tienen patrones socioeconómicos y demográficos muy parecidos, se quedan perplejos (como así lo manifiestan). Es como si se quedaran con el enfoque de los partidarios de la explicación del abstencionismo como reverso de los participantes, pero con el argumento contrario, la participación se explica como lo opuesto a la abstención. Como la otra cara de una misma moneda.

Pero entonces, ¿el abstencionismo es el reverso de la moneda de la participación, en cuyo caso bastaría con conocer una para inferir la otra, sin importar mucho desde qué lado se realiza su análisis, o bien se puede hablar de dos fenómenos distintos, monedas de diferente cuño y por tanto con valores diversos? Esto plantea la necesidad de estudiar el abstencionismo desde otra perspectiva y el enfoque cultural puede ayudar a hacerlo.

El enfoque cultural comienza con la teoría de la cultura política. Esta teoría es importante para este trabajo de investigación porque inició con un estudio comparativo de cinco países, entre ellos el nuestro, en 1959. Justamente, en el año en que Baja California se

encontraba en plena efervescencia política. El contraste entre los hallazgos para el caso mexicano y los datos sobre Baja California, permiten establecer algunas hipótesis de trabajo. De entrada, se advierte una diferencia importante, los autores desarrollan una tipología de diferentes culturas políticas, tales como la parroquial o localista, la de subordinación o de imposición y la participante. Cada una de ellas, o bien, una mezcla de dichas culturas, con el predominio particular de una o dos, permitió caracterizar los países estudiados, excepto México. En sus hallazgos, nuestro país no pudo ser caracterizado por alguna de las culturas políticas o mezclas mencionadas, por lo que los autores prefirieron hablar de una suerte de “alienación y aspiración” entre la población, respecto a la revolución mexicana y el gobierno. No obstante, es posible plantear que en Baja California, ya para el año en que se realizó el estudio, se puede hablar de la existencia de una mezcla cultural de subordinación-participación, similar a la utilizada por los autores mencionados para caracterizar otros países. Con algunos matices importantes, como se verá en el capítulo 2. Empero, esta caracterización permitió interpretar diferentes momentos o lapsos para interpretar el desarrollo de la historia política del estado, tomando como base los procesos electorales.

Por su parte, la teoría de la nueva cultura política plantea la emergencia de un nuevo comportamiento electoral, entre una parte de la población, con base en valores posmodernos. Esta nueva cultura se expresa en el desafío del liderazgo de las elites tradicionales y en el surgimiento de nuevos temas de interés, que no necesariamente están basados en la polaridad izquierda-derecha o en la pertenencia a una clase social determinada. Ello implica, entre otras expresiones políticas, que el sector de la población portador de estos valores no sea muy participativo en las elecciones, o bien, sea cambiante en sus preferencias, si decide participar. En términos gruesos y con algunos matices que luego serán establecidos, estos planteamientos permiten proponer una explicación hipotética de la abstención en Tijuana, así como del comportamiento cambiante del electorado, el cual ha pasado de votar, por ejemplo, en forma diferente en 1988, 1991 y 1994 (para mencionar solamente los casos de elecciones federales más contrastantes, a favor de Cuauhtémoc Cárdenas, Héctor Terán –cuando fue candidato a senador por el PAN- y de los candidatos del PRI).

Se ha citado la teoría de la cultura política y la de la nueva cultura política para interpretar el fenómeno de la participación, el comportamiento cambiante del electorado, así como el del abstencionismo. También se utiliza la teoría cultural.

La teoría cultural postula la existencia de cuatro tipos o formas principales de solidaridad social, constitutivos de cualquier grupo u organización humana: fatalistas, individualistas, jerárquicos e igualitarios. Los cuatro difieren entre sí, con sus reglas de comportamiento y de existencia particulares. Cada uno de ellos es una forma socialmente construida y representa un modo de convivencia humana, normal como los otros. Ninguno puede subsistir sin los otros, y la desaparición de uno atentaría contra la existencia de los demás.

Desde esta perspectiva, la participación, tanto como la abstención, serían comportamientos considerados normales y su existencia estaría justificada por las distintas formas en que se comportan las solidaridades sociales. Sus expresiones cuantitativas dependen de los entramados sociales y el contexto específico en que funcionan. Dichas solidaridades sociales o formas culturales pueden ser numerosas o escasas, fuertes o débiles, estar en el poder o luchar contra él, solas o en alianza, o bien tratando de alejarse de éste y de las otras fuerzas que quieren atraerlo a sus posiciones. Son culturas participantes y abstencionistas por naturaleza.

De acuerdo con la teoría cultural, hay tres formas de solidaridad social inclinadas a la participación, la individualista, la igualitaria y la jerárquica. Y una típicamente no participante, la fatalista, pues las preferencias y creencias en que se adscribe inhiben la acción cooperativa. El fatalista no cree que la acción colectiva sea benéfica, no es políticamente activo y deja la arena política bajo el dominio de las otras tres culturas activas (Chai, 1998: 302).⁵ Mary Douglas (1982), considera que el fatalista puede ser el más numeroso de los tipos culturales existentes, en una sociedad y en un momento determinado. Entonces, de acuerdo con esta teoría, el abstencionismo no es el reverso de la cara de la participación. Es moneda aparte. Es perteneciente a otra expresión cultural. Sin embargo, advierte Douglas, en algunas sociedades puede llegar a ser la gran mayoría.

⁵ En la tipología cultural, en realidad, se habla además de un quinto modo cultural, el ermitaño, el cual es poco trabajado en el análisis por sus características de total auto aislamiento (pero muy bien puede ser caracterizado como un tipo extremo de abstencionista).

Algunas implicaciones de esto son examinadas aquí, a la luz de otras teorías sobre la participación.

En el capítulo 2 se hace un recuento histórico sobre la participación política en el estado alrededor de los momentos electorales clave, desde su fundación hasta las elecciones de 2001. Ello permite destacar algunas regularidades durante el periodo estudiado. En particular, se observa una participación intermitente pero firme, de parte de un sector de la población, a pesar de la represión y el fraude.

La participación, tal como entenderá aquí, es aquella que resulta de las capacidades y orientaciones propias de los individuos. En este sentido, es auto-movimiento. Es diferente a la movilización o hetero-movimiento, la cual quiere decir movilización por otros, en este caso por las elites, estén en el poder o en la oposición. Es importante mencionar que hay distintas formas de participación. En términos generales, éstas se pueden separar en formas de participación políticas y no-políticas. Esta es una distinción no estricta pero necesaria para analizar la participación política, a la cual se define operativamente como aquella actividad que tiene por objetivo, directo o indirecto, mantener o cambiar las relaciones de poder. Más en particular, el objetivo de esta tesis es estudiar la participación político-electoral y se entenderá por ella la que se realiza mediante el ejercicio del voto como método primordial de elección de representantes a puestos de gobierno.

La abstención, por otra parte, es un poco más complicado definirla de entrada. La terminología legal puede ayudar a establecer una definición inicial, en términos formales, se puede decir que la abstención electoral es la acción de un ciudadano –es decir, aquél formalmente inscrito en el padrón electoral, que cuenta con credencial de elector y, en el caso de Baja California, con credencial estatal- de no ejercer el derecho de votar en una elección determinada. De esta definición destaca el carácter voluntario de la acción tomada por el abstencionista. No es, formalmente hablando, que no pueda votar (salvo por algún impedimento grave o, como algunos abstencionistas suelen decir, cuando explican las razones por no haberlo hecho, “debido a causas de fuerza mayor”), sino porque en principio pudo, pero no quiso votar. Luego entonces, en términos de cultura política, se puede definir tentativamente la abstención como una no-participación, de carácter voluntario, que tiene por objetivo retraerse, alejarse deliberadamente o auto-excluirse de sus funciones políticas en relación con el poder o esferas de autoridad.

En suma, esta orientación no participativa puede ser calificada como “parroquial o localista”, “posmoderna” o producto de la preferencia cultural “fatalista”, según las distintas teorías de la cultura política que se han venido mencionando; o bien, “desconectada socialmente” o “desconectada del proceso político y desafecta del mismo”, según la corriente empírica. Cada una con su propio cuerpo teórico e instrumental analítico, que se irá analizando de acuerdo con la secuencia señalada en la estructura de la tesis, alrededor del par de conceptos participación y abstención, ya sea por separado o juntos. Con la ayuda de los aportes de cada una de ellas, de su crítica, cuando exista, pero con el objetivo principal de poner a prueba las distintas teorías de la cultura política.

Al realizar el estudio de la historia política del estado, con énfasis en los procesos electorales, entre 1953 y 1983, se encuentran momentos representativos de una alta participación del sector activo de los electores, al grado de alcanzar victorias sobre el partido oficial. Sin embargo, prevaleció el autoritarismo político, propio de la cultura jerárquica, a través del fraude. A este periodo se le califica como un proceso donde existió una mezcla de culturas políticas de “imposición y participación”, con predominio de la primera.⁶ Es decir, no bastaba con que hubiera una intensa participación de un sector del electorado, ni tampoco que votara en forma mayoritaria a favor de un partido de oposición, pues había un régimen político antidemocrático que se imponía con métodos de fuerza, pero también porque existía un sector de la población (el de la cultura política de subordinación) deferente con los métodos que permitían el fraude. El año de 1983 puede ser considerado el inicio del debilitamiento de la cultura política de imposición en esa mezcla de culturas, debido, por un lado, a que se dio el primer reconocimiento del triunfo de un partido de oposición en el municipio de Ensenada (a favor del Partido Socialista de los Trabajadores)⁷ y, por otro lado, a que fue el último año en se cometió un fraude (en contra del PAN, en Mexicali).

⁶ Mezcla (o, también “cultura mixta”) de cultura de participación y cultura de imposición o subordinación es definida en el capítulo 1. Baste señalar aquí que se refiere a la tipología desarrollada por Almond y Verba (1963) como una de las tres posibles en una sociedad determinada.

⁷ Se puede dudar que este triunfo sea realmente el inicio del proceso de cambio en el estado, visto de conjunto. Es una duda razonable, dado el origen priista de David Ojeda, el presidente municipal triunfante, y de las características del partido que lo postuló. Sin embargo, se trata de un planteamiento genérico, sobre el desarrollo de un proceso político-cultural de cambio iniciado en el municipio. Se puede decir que independientemente de quien lo haya encabezado. Este hecho, permite pensar que ya existía un proceso político-cultural cultivado y que éste –tal vez- le abonó el terreno al propio Ernesto Ruffo, cuando ganó la presidencia municipal en 1986.

La década de los años ochenta fue pródiga en crisis –económicas y políticas- que culminaron en una serie de derrotas del PRI, desde la municipal de Ensenada de 1983 –ya mencionada- y la de 1986, a manos del PAN; pero especialmente en las elecciones presidenciales de 1988 y luego en las estatales de 1989. Con ello culminó un largo proceso de lucha política que comenzó prácticamente desde la fundación del estado.

Por otra parte, al examinar la historia política del estado se utilizó también la teoría cultural para reinterpretar algunos hechos relevantes, de los cuales se dispone de algunos datos. Parece adecuado utilizar las categorías de las distintas preferencias o modos culturales para entender, más allá de las explicaciones tradicionales, el comportamiento de los diferentes gobernantes, así como de las oposiciones en las diversas coyunturas. Al reinterpretar a los actores como expresiones de un determinado modo cultural, ya sea individualista, jerárquico o igualitario, o mediante una coalición de algunos de dichos modos, da nueva luz sobre algunos acontecimientos, tales como el fortalecimiento temprano del PAN, las derrotas priístas y los avatares de la izquierda para encontrar la unidad. En otras palabras, ofrece la posibilidad de interpretar de otra manera las peculiaridades de la historia bajacaliforniana, y quizás entenderlas mejor.

Asimismo, en el segundo capítulo se examina la existencia del fenómeno de la posmodernización. Además, se analizan otras posibilidades de este planteamiento teórico, relacionadas con el abstencionismo. La crisis de los liderazgos tradicionales, provoca que un sector de la población –que antes era movilizado por las elites- quede sin dirección y no esté en posibilidades de movilizarse por iniciativa propia debido al alto nivel de conocimientos y especialización que implican los temas específicos (como el medio ambiente, el feminismo, y otros), pero también y principalmente porque no son de su interés particular (pues viven todavía en el reino de las necesidades inmediatas). Esta parte de la población –que puede ser numerosa- se puede quedar, en la práctica, sin ser movilizada y sin opción inmediata de ser auto-participante. De ambas circunstancias pueden surgir varios tipos de abstencionistas, adicionales al que es desafiante de las elites (el cual sería, de acuerdo con teoría de la posmodernización, el más capacitado), los que son producto de la crisis de movilización tradicional (por la inoperancia de las maquinarias partidistas), y por la incapacidad de otros para comprender los temas especializados y cada vez más complejos de la vida política.

La segunda parte del capítulo 2, está dirigida a destacar las características más notables durante los procesos electorales desarrollados a lo largo de los dos sexenios de gobierno panista. Lo primero que se observa es la cerrada competencia entre el PAN y el PRI, a la que se le llama polarización,⁸ durante todo el periodo (1990-2001). En segundo lugar, el creciente abstencionismo, en particular desde las elecciones locales de 1995. En tercer lugar, se observa la existencia de un tipo de votación parecido al voto “retrospectivo”, el cual es resultado de la calificación del desempeño de los partidos en el gobierno que hacen los electores. Si es malo, tiende a favorecer a la oposición. En este caso, se observan incrementos mayores de la votación de los partidos en donde éstos son oposición. Sin embargo, también se puede producir abstencionismo entre un sector de la población ante la falta de alternativas partidistas. Una mala evaluación del desempeño de un gobierno determinado puede orientar la decisión de votar por la oposición, pero la falta de alternativas partidistas convincentes puede llevar al elector a abstenerse. Ambas posibilidades caben en la lógica del descontento político. El problema es saber de qué tipo de descontento político se trata, si es el caso.

Es decir, hay distintas explicaciones de la participación y la abstención en las elecciones. Aquí se han apuntado algunas de ellas y en los capítulos 1 y 2 se analizan con mayor amplitud, para encontrar su consistencia o inconsistencia.

Con base en el capítulo teórico y en el análisis histórico desarrollado en el capítulo 2, en el capítulo tres se trabaja la parte de la tesis relacionada directamente con la participación y el abstencionismo en Tijuana. En dicho capítulo son puestas a prueba cuatro teorías sobre la participación y el abstencionismo, a partir de los datos empíricos, resultado de encuestas de opinión. Sin menoscabo de la corrección que signifique una revisión histórica sobre posibles tendencias de largo plazo que provengan de antes de 1989 y estén influyendo en el abstencionismo presente, se considera el resultado de las elecciones de 2001 como la expresión concentrada de todo el periodo de gobierno del PAN en Tijuana, desde 1989. Y, desde esa perspectiva, se analiza,

- El abstencionismo como producto de la desconexión social de los electores.

⁸ La polarización puede entenderse en dos sentidos, 1) en la competencia cerrada entre dos partidos por los votos, y 2) en la fuerte disputa con base en la ideología partidista. Aquí se utiliza en el primer sentido.

- El abstencionismo como resultado de la desconexión del proceso político y el desafecto con el mismo. En este punto, se analizan tres hipótesis particulares,
 1. El abstencionismo está asociado con el desafecto político de los electores hacia la legitimidad democrática.
 2. El abstencionismo está asociado con una mala evaluación retrospectiva de los electores sobre el desempeño del partido gobernante, en particular, y sobre los partidos en general.
 3. El abstencionismo está asociado con un bajo sentido de eficacia política personal, interna y externa,
- La existencia entre el electorado tijuánense de valores materialistas, posmaterialistas y valores mixtos (es decir, materialistas y posmaterialistas débiles y fuertes), asociados tanto con la participación, como con el abstencionismo. De acuerdo con esto, se espera encontrar una mayor relación entre valores posmaterialistas fuertes y posmaterialistas débiles con el abstencionismo. Asimismo, una mayor asociación entre valores materialistas fuertes y materialistas débiles, con la participación.
- La existencia de una asociación entre los tres modos de solidaridad social inclinados a la participación (individualista, igualitario y jerárquico), mientras que la no participativa (la fatalista), con la abstención.

La metodología utilizada para trabajar en este capítulo es a través de los estudios de opinión, y se toman como base los datos obtenidos por medio de cuatro encuestas realizadas en Tijuana. Una en noviembre de 2000, la segunda en mayo de 2001, la tercera en junio y, la cuarta, una semana después de las elecciones (ver anexo).

En las conclusiones se hace una consideración de conjunto sobre los temas tratados en cada capítulo, y los alcances y limitaciones del método interpretativo utilizado. La pertinencia del enfoque es evidente, sobre todo en una época como la nuestra, de cambios políticos profundos en el nivel mundial que han trastocado los métodos de interpretación tradicionales. Se trata de conocer hasta qué nivel el municipio de Tijuana refleja este tipo de cambios, de qué dimensión y alcance son, y hacia dónde es más probable que se orienten.

CAPÍTULO 1

CULTURA POLÍTICA, PARTICIPACIÓN Y ABSTENCIÓN UNA APROXIMACIÓN CONCEPTUAL

En este capítulo se estudian, desde el punto de vista teórico, los temas de la participación y la abstención en las elecciones. Para ello, se analizan las teorías de la cultura política y otros trabajos, teóricos y empíricos, sobre dichos temas. El objetivo general es hacer una revisión del estado del arte sobre la participación y el abstencionismo, con el propósito de destacar aquellos aspectos que permanecen en la discusión actual y contrastarlos con nuestra propia realidad. En particular, con nuestro objeto de estudio, la cultura política, la participación y la abstención en Baja California. El caso de Tijuana.

El capítulo comienza con una revisión de tres teorías de la cultura política, 1) la teoría de la cultura cívica, más conocida como *cultura política*, 2) la teoría de la *nueva cultura política* y 3) la *teoría cultural*. La primera se deriva de la obra de Gabriel Almond y Sidney Verba, *The Civic Culture*, publicada en 1963. Esta obra es iniciadora de la *primera ola* de los estudios que pusieron el énfasis en el comportamiento de las poblaciones a partir de las orientaciones y actitudes de los individuos, a diferencia de los estudios tradicionales que se apoyan en las características estructurales de las poblaciones. La teoría de la nueva cultura política es obra principalmente de Ronald Inglehart, quien la ha venido desarrollando desde los años setenta. Esta teoría se distingue por su fuerte acento en los estudios de carácter empírico, principalmente de encuestas. La teoría cultural fue fundada por Mary Douglas (1970), desarrollada en su interpretación política por esta misma autora en conjunto con Aarón Wildavsky (Douglas y Wildavsky, 1982) y actualmente se sigue impulsando por un grupo de teóricos, destacando entre otros Michael Thompson, Richard Ellis, Gunnard Grendstad y Peer Sele. Esta teoría, a diferencia de las anteriores, no surgió alrededor de las preocupaciones por los temas políticos, pero establece bases teóricas y metodológicas para el estudio de los temas de interés para el desarrollo de la tesis, la participación y la

abstención electorales. La intención es hacer una revisión general de la discusión sobre estos conceptos y, al mismo tiempo, aclarar de qué se trata cuando se habla de cultura política.

Después de revisar estas tres teorías culturales, se realiza un examen de otros enfoques, teóricos y empíricos, sobre participación y elecciones, con base en las preguntas, 1. ¿Por qué vota la gente?, 2. ¿Por qué no vota? y 3. ¿Quiénes son ambos, votantes y abstencionistas?. Enseguida se realiza un análisis de conjunto con los conceptos de cultura política y los estudios empíricos sobre la participación y en especial sobre el abstencionismo.

El estudio del abstencionismo ha adquirido relevancia en nuestro tiempo no sólo porque este fenómeno ha venido en aumento, sino también porque están cambiando los parámetros con los que se le asocia, tales como aquéllos de que los abstencionistas son principalmente quienes tienen un estatus social bajo y, por ello, inestables; por el contrario, hallazgos recientes muestran que también entre quienes tienen un estatus social alto –y son estables– hay abstencionistas, aunque su comportamiento no se ha dilucidado por completo, de ahí la necesidad de esta revisión.

La cultura política

Al inicio de la década de los sesenta fue publicado el libro *The Civic Culture* (Almond y Verba, [1963] 1989).⁹ Dicha obra tiene importancia para esta tesis, por tres razones. La primera, porque se convirtió en una obra seminal para los estudios que trataron de analizar el comportamiento de las poblaciones desde la perspectiva de los individuos, en lugar de inferirlo de causas políticas estructurales (Verba, [1965] 1967: 514).^{10*} La segunda, porque

⁹ Pongo entre corchetes o paréntesis cuadrados el año de la primera edición, cuando la conozco.

¹⁰ “Nuestro interés fue mirar más allá de las estructuras de la política, en las creencias que afectan los modos en los que la gente actúa dentro de esas instituciones políticas.” (Ésta y todas las citas de obras en inglés son traducciones mías).

* Un comentario necesario sobre el formato de las citas de pie de página, normalmente, salvo que se indique lo contrario, cada cita va enseguida del paréntesis, el cual incluye autor, año y número de la página de donde está tomada, cuando existe la referencia precisa (como en el caso de la cita 1, en este ejemplo), la cual va debidamente entrecomillada. En ocasiones son varias referencias, pero siempre se trata de seguir la misma regla. En algunas, no está completa la referencia al número de página, como en el ejemplo del paréntesis. Esto es porque se trata de citas no textuales, o bien de artículos de revistas bajadas del Internet que vienen en Word

el libro hace un análisis comparativo de la cultura política de cinco países, entre ellos México, al inicio de los años sesenta.¹¹ Y la tercera, por el debate que suscitó, el cual es necesario tener en cuenta ahora, cuando hay un renacimiento de los enfoques culturales en relación con los estudios de temas políticos.

La obra desató críticas y elogios. Por unos, fue desestimada por funcionalista (La Palombara, 1987), “sicologista” o “conductualista” (Pateman, 1971; 1980), conservadora (Gibbins [1989] 1990) y acusada de poner en un plano superior a los países anglosajones en los casos seleccionados en el estudio (Inglaterra y Estados Unidos) y en un plano inferior a los de otras lenguas, Alemania, Italia y México (Lijphart, 1980; Pateman, 1980; Ross, 1977). En cambio, por otros, fue utilizada como el “manantial” en el que abrevaron los estudios empíricos no sólo sobre el comportamiento diferenciado de los países, sino también de partes de las poblaciones en el interior de éstos.

En América Latina, la recepción de esta obra fue apática o bien de franco rechazo. En esos años el ambiente intelectual predominante, en particular en las universidades, era refractario a las interpretaciones culturales o “superestructurales”. Por ejemplo, estos estudios fueron considerados por los teóricos de la dependencia “no sólo sin sentido, sino positivamente dañinos”, dado que atribuyeron una sólida realidad a lo que más bien era producto del sistema de explotación de la periferia por el centro (Almond, 1994). En el caso particular de México la hostilidad fue todavía mayor, pues los autores fueron acusados de ser “agentes de la CIA y peor” (Almond, 2002: 197).¹²

En términos generales, el concepto en sí ha desatado una polémica alrededor de tres cuestiones principales, (1) de definición, (2) como conflicto de paradigmas y (3) debido a las dificultades para ser “operacionalizado” (Gibbins, [1989] 1990: 3).

y no están paginados. Pero en la bibliografía se citan el total de páginas del artículo de referencia. Cuando hago una observación personal, generalmente no la entrecorrijo (como en la cita que sigue).

¹¹ La encuesta en México fue realizada en 1959.

¹² Entre las remembranzas de Almond sobre esta obra y las diversas dificultades para obtener la colaboración científica internacional, está la relacionada con el estudio que encabezaron Verba, Nie y Kim en 1977 en seguimiento al de *Civic Culture*. Cuenta Almond que Verba estaba teniendo problemas con Pablo González Casanova, el jefe del equipo mexicano que haría el estudio en México, quien tenía “compunciones” en trabajar con “gringos”. Almond platicó con González Casanova “heart-to-heart” y finalmente pareció convencerlo de que los propósitos del estudio no eran políticos, que podía tener confianza y que sería bueno para el desarrollo de las ciencias sociales en México si se unía al proyecto y dirigía el equipo mexicano. Brindaron por la ocasión con tequila y le dieron al académico mexicano un fondo sustancial, incluso para comprar un jeep que les permitiera acceder a las áreas remotas del país. Meses después, el académico mexicano se retiró del proyecto con el argumento de que eran agentes de la CIA y peor. Dice Almond, “We felt betrayed, particularly when he held on to the jeep.”

Para analizar las aportaciones de esta propuesta temprana de interpretación del comportamiento político, desde una perspectiva cultural y su crítica, es necesario referirnos primero a lo que los propios autores definieron por cultura política (Almond, 1956; Almond y Verba [1963] 1989; Verba, [1965] 1967: 513 y Almond y Verba, [1980] 1989). Asimismo, al desarrollo del concepto que hicieron en obras subsecuentes.¹³ Más adelante se verá el debate suscitado alrededor de esa propuesta.¹⁴

Almond y Verba hacen una importante distinción entre cultura cívica y cultura política. La primera es un término que aparece en los libros para describir al ciudadano ideal. Sobre la segunda, dicen, “el término ‘cultura política’ se refiere a las orientaciones específicamente políticas –actitudes hacia el sistema político y sus componentes, y actitudes de la persona hacia el sistema. Hablamos de cultura política del mismo modo que hablamos de cultura económica o religiosa. Es un conjunto de orientaciones hacia un conjunto especial de objetos y procesos sociales” (Almond y Verba, [1963], 1989:12). Por su parte, Eckstein precisa que las orientaciones son disposiciones generales, diferentes a las actitudes (Eckstein, 1988: 789-804; 1992: 296)¹⁵

Más adelante se refieren a la utilización de los marcos conceptuales de la sociología, antropología y la psicología en esta definición, pero aclaran, entre sus varios significados, se utiliza en el sentido de “*orientaciones psicológicas hacia objetos sociales*” (obra citada, 13.

¹³ Según Sidney Verba ([1965] 1967), el término “Cultura política” fue usado por primera vez por Almond en 1956 (Almond, 1956). Dicho autor define la cultura política como “aquella que consiste en las orientaciones cognitivas, afectivas y evaluadoras hacia el fenómeno político, distribuido en una población o en un subgrupo”. Otro uso temprano del término es el de Samuel Beer, quien la definió como “aquella que orienta a la población hacia una entidad política y sus procesos, proveyéndola con un sistema de creencias (un mapa cognoscitivo), un modo de evaluar sus operaciones y un conjunto de símbolos expresivos” (Beer y Ulam, 1958) {las definiciones del término de ambos autores fueron tomadas de Almond y Verba, [1980], 1989}. En cambio, el uso de la palabra ‘cultura’ es quizás “un poco desafortunado en este contexto” por su gran variedad de usos. Se utiliza, según Verba, porque ya es de uso corriente en la literatura respectiva y porque una palabra sustituta podría causar más confusión. Sin embargo, el término se refiere “a una aproximación general a la política” y “algunas imprecisiones en su definición probablemente no serán demasiado cruciales.” Por su parte, el propio Almond (en Almond y Verba, [1980] 1989, nota 14), aclara que el término Cultura política fue usado por primera vez por J. G. Herder a finales del siglo XVIII.

¹⁴ Es necesario, por otra parte, hacer este repaso porque –en nuestra opinión– algunas partes de esta obra no son citadas correctamente, en detrimento de la objetividad en su análisis y el desarrollo del concepto.

¹⁵ Para Eckstein, es importante distinguir entre “orientaciones” y “actitudes”. Las orientaciones son “disposiciones *generales* de actores para actuar de ciertas formas en juegos de situaciones. Ellas moldean (pattern) acciones [...] Las orientaciones no son ‘actitudes’, estas últimas son específicas, las primeras son disposiciones generales. Las actitudes en sí mismas derivan de y expresan orientaciones (actitudes, aquí, se pueden sustituir por acciones o comportamiento) [...] Si las orientaciones son consideradas así, entonces afirmaciones sobre ellas o juegos de ellas (culturas o subculturas) son afirmaciones de ‘regularidad’; son como leyes o, más simple, teorías.” (Énfasis en el original).

Subrayado en el original). Así, cuando hablan de cultura política de una sociedad se refieren “al sistema político internalizado en las cogniciones, sentimientos y evaluaciones de su población”. La internalización del sistema político en los individuos se expresa por medio de orientaciones o disposiciones generales, en forma de cogniciones, sentimientos y evaluaciones. En conjunto, estos tres tipos de orientaciones constituyen expresiones o modos de relación entre individuos y objetos políticos. Por otro lado, los objetos políticos son el sistema político, sus diversas instituciones y la persona misma como miembro activo o pasivo dentro del sistema.

La cultura política de un país es, entonces, “la distribución particular de patrones de orientación hacia objetos políticos entre los miembros de una población”. El conocimiento de tal distribución se obtiene mediante la exploración sistemática de las orientaciones individuales hacia objetos políticos entre sus integrantes. Los “modos de orientación política” y las “clases de objetos políticos” son las principales dimensiones de la cultura política, en opinión de Almond y Verba. Los modos de orientación política se componen de tres tipos de orientaciones, Cognitivas, afectivas y evaluadoras [evaluative]. Por su parte, las clases de objetos políticos se refieren a, 1) El sistema como objeto general, 2) Los objetos políticos específicos (inputs), tanto en la corriente de demanda de la sociedad hacia el cuerpo político, como en la traducción de estas demandas en políticas de gobierno, a través de los organismos típicamente intermediarios (partidos, grupos de interés, medios de comunicación). 3. Objetos administrativos (outputs) a través de los cuales se aplican o se obligan políticas de autoridad (como los cuerpos burocráticos, tribunales, etc.), y 4. La persona como actor político, particularmente su sentido de competencia respecto al sistema político.

El conjunto de relaciones entre dichas orientaciones y clases de objetos da como resultado un esquema general que constituye la cultura política de un país determinado o de una parte de su población (véase, a manera de resumen, el recuadro # 1).¹⁶

Recuadro # 1.

DIMENSIONES DE ORIENTACIÓN POLÍTICA

MODOS DE ORIENTACIÓN	CLASES DE OBJETOS POLÍTICOS			
Orientaciones,	1. Sistema como objeto	2. Objetos	3. Objetos	4. Uno mismo como

¹⁶ Recuadro rediseñado con base en Almond y Verba [1963] 1989, obra citada, pp. 13-16.

aspectos internalizados de objetos y relaciones	general [como un todo] Tiene tres clases de objetos, 1) Estructuras o roles específicos (cuerpos legislativos, ejecutivos o burocracias) 2) Titulares de roles (monarcas, legisladores) y 3) Decisiones de Políticas públicas particulares u obligaciones [enforcements]	políticos (inputs) [proceso político, corriente de demanda de la sociedad hacia el cuerpo político (polity) y su conversión en políticas de gobierno]. A través de partidos, grupos de interés, medios de comunicación	administrativos (outputs) [proceso administrativo, Proceso mediante el cual se aplican o se obligan políticas de autoridad]. Cuerpos burocráticos y tribunales.	objeto [como actor político]. El contenido y calidad de las normas de obligación política personal y el contenido y calidad del sentido de competencia personal respecto al sistema político
1. Orientación cognitiva, conocimientos y creencias sobre el sistema político, sus papeles y sus titulares, sus entradas y rendimientos (salidas)	¿Qué conocimiento tiene de la nación y del sistema político en términos generales, Su historia, tamaño, localización, poder, características constitucionales y demás?	¿Qué conocimientos tiene de las estructuras y roles, las elites políticas y las propuestas de política implicadas (involved) en la corriente superior de la hechura de políticas?	¿Qué conocimientos tiene sobre la corriente inferior de obligaciones de política, estructuras, individuos y las decisiones implicadas en esos procesos?	¿Cómo se percibe a sí mismo en tanto miembro del sistema político? ¿Qué conocimiento tiene de sus derechos, poderes, obligaciones y estrategias para influir políticamente?
2. Orientaciones afectivas, sentimientos acerca del sistema político, sus papeles, personal y desempeño	¿Cuáles son sus sentimientos hacia esas características sistémicas?	¿Cuáles son sus sentimientos sobre estas estructuras, líderes y propuestas políticas?	¿Cuáles son los sentimientos sobre ellos?	¿Cómo se siente sobre sus capacidades?
3. Orientaciones evaluadoras, juicios y opiniones sobre objetos políticos que implican típicamente la combinación de valores estándar y criterios con información y sentimientos.	¿Cuáles son más o menos sus consideraciones y juicios sobre ellos?	¿Cuáles son sus opiniones sobre estas estructuras, líderes y propuestas políticas?	¿Cuáles son sus opiniones sobre ellos?	¿Qué normas de participación o ejecución reconoce y emplea al formular juicios políticos para llegar a opiniones?

Lo importante de esta clasificación es que permite ver hacia qué objetos políticos están orientados los individuos, cómo se orientan hacia ellos, y si tales objetos están implicados en la corriente *superior* de la hechura de políticas (inputs) o en la corriente *inferior* de la subordinación o acatamiento de la política (outputs).

De la forma en que se den estas orientaciones, resultan tres tipos de cultura política, parroquial o localista¹⁷, de *súbdito*, subordinación o imposición¹⁸ y de participante. La cultura política localista es cuando no hay orientaciones hacia alguno de los cuatro objetos

¹⁷ Localista es traducción literal de “parochial”. Suele traducirse como “localista”. Esta última se utilizará de manera preferente.

¹⁸ “Cultura de súbdito” es traducción literal de “Subject culture”, pero también suele traducirse como cultura de “subordinación” o de “imposición”. Preferentemente, utilizaremos la segunda, pero en el capítulo 2 haremos un uso diferente de los dos últimos términos.

políticos (sistema, objetos políticos, objetos administrativos y la persona como tal). En dicha cultura política localista, el individuo no está relacionado y no espera nada del sistema político, en especial cuando se trata de un sistema simple. En los sistemas políticos más complejos, la relación de la cultura localista tiende a ser más afectiva y normativa, que cognitiva.

Una cultura política de subordinación ocurre cuando existen orientaciones hacia dos de los objetos políticos, el sistema político general y el aspecto administrativo del sistema. En este tipo de cultura las orientaciones hacia los aspectos políticos y de las personas hacia sí mismas, como participantes, son nulas o se aproximan a serlo. Las orientaciones subjetivas de la cultura política de súbdito son afectivas y normativas. En un sistema político diferenciado -que ha desarrollado instituciones democráticas-, es probable que un sector de este tipo de cultura tenga en cuenta a dichas instituciones, sin embargo, esto no implica que le otorgue legitimidad, como sucedió con los realistas franceses con respecto a la República, o en otro tipo de sistemas, sobre todo después de una revolución.

Existe una cultura política participativa cuando los individuos se orientan hacia los cuatro objetos políticos, el sistema político general, los aspectos políticos, los administrativos y a la persona misma, en tanto protagonista. En este tipo de cultura, los ciudadanos toman parte activa en la política, aunque sus sentimientos y evaluaciones puedan variar desde la aceptación al rechazo de determinados aspectos de los objetos políticos. Una cultura participativa no implica adhesión sin crítica a las instituciones.

Estos tres tipos de cultura política coinciden y conviven en todas las sociedades, aún en las más avanzadas en donde predomina la cultura participante. “Las imperfecciones en el proceso de socialización política, preferencias personales y limitaciones de inteligencia o en oportunidades de aprendizaje continuarán produciendo localistas y súbditos incluso en las sociedades democráticas bien consolidadas y estables” (Almond y Verba, [1963] 1989: 19).

Las culturas políticas pueden ser congruentes o no con las estructuras del sistema político, en dependencia del contexto político. Una cultura localista es congruente con una estructura política tradicional. Una cultura de subordinación es congruente con una estructura autoritaria, y la cultura participante con una estructura política democrática. Sin embargo, los cambios políticos y culturales tienden a producir incongruencias entre los

diferentes tipos de cultura política y la propia estructura, sobre todo en una época de cambios políticos rápidos.

La congruencia-incongruencia entre tipos de culturas y estructura se da de acuerdo a cómo las orientaciones cognitivas, afectivas y evaluadoras se relacionan con los objetos de la unidad política. Una relación congruente o leal es cuando las orientaciones se relacionan positivamente con los objetos políticos. La incongruencia sucede cuando existen indiferencia y evaluación negativa de las orientaciones hacia la estructura. Esta incongruencia produce una situación de alienación. La congruencia-incongruencia puede ser interpretada también como una relación de estabilidad-inestabilidad política. Cuando se pasa de una situación en donde las orientaciones y las instituciones coinciden, a otra donde no coinciden, se crea un estado de alienación o rechazo a las instituciones o estructura política.

Los anteriores solamente son tipos puros de cultura política, aclaran los autores. Pero en la realidad existen en forma de mezclas sistémicas. Así, existen tres tipos de mezclas, 1) La cultura localista-de subordinación, 2) La cultura de subordinación-participante, y 3) La cultura localista-participante.

La primera es una forma de cultura política en que una parte sustancial de la población ha rechazado el reclamo de exclusividad de una estructura política simple y ha desarrollado lealtad hacia un sistema político más heterogéneo, con estructuras gubernamentales especializadas más complejas. Este es el caso de reinos o regímenes contruidos con unidades relativamente indiferenciadas.

La segunda existe cuando una parte de la población ha adquirido orientaciones especializadas hacia la corriente superior del sistema político (partidos, grupos de interés, medios de comunicación), y un conjunto activo de auto-orientaciones, mientras la mayoría de la población continúa orientada hacia una estructura gubernamental autoritaria y tiene un conjunto relativamente pasivo de auto-orientaciones (conocimientos de sus derechos y obligaciones y estrategias para influir políticamente). Este tipo de mezcla cultural puede producir un síndrome de componentes, tanto de aspiración idealista como de alienación respecto del sistema político, entre los partidos, los grupos de presión y la prensa. Aquí se puede hablar, desde nuestro punto de vista, de aquellos regímenes en donde formalmente existen elecciones, pero subsiste un conjunto de trabas a la libre participación de los

partidos de oposición y a la libertad de prensa que, prácticamente, convierte dichas elecciones en una fachada democrática.

La cultura localista-participante es aquella en donde la gran mayoría de la población tiene una cultura localista y en la cual, aún cuando existan normas estructurales de tipo participante, no hay todavía una cultura adecuada que las sostenga.

Así, según los autores citados, se puede establecer la distinción entre cultura cívica y cultura política. La cultura cívica es la que uno se encuentra en los libros. En éstos se describe cómo debe ser el ciudadano ideal, informado, racional y orientado hacia la parte activa de la política. “Pero la cultura política es eso y algo más”, dicen los autores citados. La cultura política incluye también las actitudes no políticas. “El mantenimiento de estas actitudes más tradicionales y *su fusión* con las orientaciones participantes, conducen a una cultura política balanceada” (Almond y Verba [1963] 1989: 30, subrayado en el original). Esta definición, ayuda a precisar el sentido que dan los autores al concepto de cultura política, el cual suele malinterpretarse en el lenguaje común, pero también en el académico. Por si quedara duda, en su obra más reciente, Almond apunta [en referencia a la obra], “La cultura cívica afirma que la democracia es estable o consolidada cuando actitudes y prácticas específicamente democráticas se combinan en equilibrio con ciertas actitudes y prácticas no democráticas” (Almond, 2002: 209).

Almond (en Almond y Verba, [1980] 1989) plantea que el concepto inicial se adaptó al análisis de las propiedades culturales asumidas para ser asociadas con la estabilidad democrática. En consecuencia, la elaboración de los conceptos enfatizó el conocimiento y las destrezas políticas, los sentimientos y las orientaciones de valores hacia objetos políticos y procesos –hacia el sistema político como un todo, hacia el individuo como participante, hacia los partidos políticos y las elecciones, burocracia y demás. Pero poco o ningún énfasis tuvo lugar sobre las actitudes hacia la política pública.¹⁹

En suma, *The Civic Culture* es el análisis de las creencias que afectan los modos con los que la gente actúa con respecto a las instituciones políticas. Estas creencias se distribuyen en patrones de orientación hacia objetos políticos entre los miembros de una nación o de una comunidad. En la medida en que sepamos hacia dónde se dirigen las orientaciones,

¹⁹ En una formulación posterior, Almond y Powell (1992) elaboraron el concepto de cultura política en tres direcciones, 1. Contenido sustantivo, 2. Variedades de orientaciones, y 3. Relaciones sistémicas entre estos componentes. Un análisis de cultura política tendría que involucrar dichas direcciones.

podremos conocer los distintos tipos de cultura política y sus mezclas sistémicas, que son las que existen en la realidad

Es decir, la cultura política es en realidad una combinación de varias culturas políticas (democráticas y no democráticas, participantes y no participantes), en donde una puede llegar a ser preponderante en un proceso dinámico. En esta mezcla de culturas en equilibrio inestable, puede cambiar la correlación que permita a una prevalecer sobre otra, pero no suprimirla por completo, pues el desarrollo desigual de las sociedades las reproduce.

El debate sobre la cultura cívica

Esta “primera ola” de estudios de cultura política –inaugurada por *The Civic Culture*– recibió diversas críticas y suscitó, como ya se mencionó, problemas de definición del concepto, un conflicto de paradigmas y cuestionamientos metodológicos (Lockhart, 1999: 862).

En relación con las definiciones, el problema comienza con la existencia de multitud de ellas. Patrick, por ejemplo, encuentra más de treinta definiciones de cultura política (Patrick, 1976, citado en Kavanagh, 1983: 50).

Kavanagh las agrupa en cuatro grandes rubros, a) *Sicológica*, en la cual la cultura es vista como un juego de orientaciones individuales hacia objetos políticos (en esta categoría el autor citado ubica a Parsons y Shills, 1951, y a Almond y Verba, 1963), b) *Compreensiva* que incluye las orientaciones individuales (como en el inciso a) y el comportamiento. Este enfoque tiene avances en describir una cultura. Sin embargo, tiene problemas al analizar la relación entre actitudes y comportamiento, y problemas de “circularidad” (Fagen, 1969; Tucker, 1973 y Geertz, 1983),²⁰ c) *Objetiva*, donde la cultura connota “[...] los estándares autorizados que definen el rango de comportamiento aceptable para los actores dentro de cualquier sistema político” (Patrick, 1976: 9 citado en Kavanagh, 1983: 50). Con este enfoque se está menos interesado en la subjetividad de los individuos, que en las características particulares del sistema que forman la conducta de una persona (como en las sociedades comunistas) y d) *Heurística*, en donde la cultura es una construcción hipotética, empleada con propósitos analíticos. Un ejemplo de su empleo puede ser el que proponen

²⁰ Este último incluido por Gibbins ([1989] 1990), pero no por Kavanagh.

Almond y Verba sobre la congruencia entre tipos de cultura con determinados regímenes (subordinada o pasiva, con regímenes autoritarios, y participante con democráticos).²¹ Kavanagh dice que Patrick prefiere el enfoque c. Los antropólogos el enfoque b, y él el enfoque a, “[...] en tanto nuestro principal uso de cultura es para explicar o entender el comportamiento político. Aunque la concentración en lo psicológico para excluir la acción o las variables del comportamiento implica algunas desventajas.” (Kavanagh, 1983: 51).

Por su parte, Gibbins ([1989] 1990), sumándose a las clasificaciones de Kavanagh, agrega que la cultura política también ha sido definida como, 1. Lingüística, en tanto discurso de sentidos para un grupo (Pekonen, [1989] 1990), 2. “Equívoca” o “multi-definicional”, por la multiplicidad de definiciones, lo cual acarrea equivocaciones que trasladan la carga de definir la cultura política, usando términos tales como cultura nacional, identidad política o ideología dominante (Mackenzie, 1967; 1978), y 3. La cultura política como orden moral de la sociedad (Toft, [1989] 1990). En total, siete clasificaciones de un numeroso juego de definiciones de cultura política. Situación que hace difícil intentar una nueva o tomar posición por alguna sin abrigar dudas sobre su pertinencia.

Respecto al conflicto de paradigmas, Almond establece que la *Civic Culture* ha sido impugnada desde cuatro perspectivas, 1) La que le atribuye un tinte determinista, 2) La marxista, 3) La de los estudiosos del comunismo y 4) La de la teoría de la elección racional (Almond [1990] 2001: 203-205).

Almond no menciona que una de las primeras críticas que recibió la *Civic Culture* fue acerca de su relación con el funcionalismo, como la perspectiva de estudio central. Según Gibbins (Gibbins, [1989] 1990: 4), el análisis funcionalista de la cultura política atribuye al valor de la conformidad y el conflicto un papel determinante en la explicación del comportamiento político. Para Durkheim y Parsons los valores y normas son una especie de hechos sociales, el cemento de la sociedad. La falla de una sociedad en crear y mantener una cultura de acuerdo, aunque consensual y pluralista, podría producir problemas estructurales y de comportamiento, así como cambios que amenazarían el cuerpo social. En este sentido, para Almond y Verba el paradigma requeriría que fuera descubierto el juego natural de valores y normas, y que tanto la investigación como la política práctica

²¹ Este punto es interpretado por Gibbins de la siguiente manera, “[...] incluye aquellos que proveen construcciones hipotéticas o tipos ideales, empleados para explicar fenómenos parciales, tales como creencias y comportamientos autoritarios o cínicos (Weber, Bell, Lipset).”

exploraran las precondiciones culturales para un gobierno estable y efectivo en una variedad de estados (dicho en palabras de Almond y Verba, el análisis se adaptó a las necesidades de estudiar las propiedades asociadas con la estabilidad democrática).²² Tal concepción –continúa Gibbins- fue basada en premisas no sólo sobre supuestos sociológicos cuestionables, tales como la correlación del valor del consenso y la estabilidad política, sino que descansa también en varios supuestos ideológicos, según los cuales el trabajo de los gobiernos y la ciencia política es mantener la estabilidad y organizar el cambio gradual. Al respecto, Almond y Verba reconocen que las primeras definiciones “descansan” en el trabajo de Parsons y Shills. Sin embargo, mencionan que es un concepto basado también en una conceptualización que proviene de los estudios anteriores de la psicología y la sociología aplicadas a aspectos políticos, en especial los estudios de Charles Merriam (Merriam, 1931; 1934), pero, 1) es resultado también de la crítica al uso “más bien ingenuo” de ésta, principalmente respecto a la afirmación de que la socialización temprana es determinante en el comportamiento individual. Por el contrario, los autores hablan de las distintas posibilidades de “re-socialización” en la edad adulta, en dependencia de cambios importantes en el sistema político (Almond, en Almond y Verba, [1980] 1989: 29). 2) Este concepto también es utilizado de manera interdisciplinaria con otras corrientes de pensamiento, como la sociología y la antropología (Verba, en Pye y Verba, 1965: 515).²³

Sobre el problema de la relación entre cultura política y democracia, Pateman considera que Almond y Verba ignoran otras formas de democracia –como, por ejemplo, la democracia participativa planteada por Stuart Mill y Rousseau-, de ahí el sesgo complaciente hacia la democracia liberal y hacia el sistema angloamericano como representativo de la cultura cívica. En este mismo sentido, Gibbins ([1989] 1990:5).²⁴ Esta crítica puede separarse en dos partes. La primera es más bien de carácter doctrinario, acerca de cuál modelo de democracia es el más adecuado, si el de democracia participativa, que plantea Pateman o el de democracia elitista, como nos parece que plantean Almond y Verba. Pero ésta, en realidad, es una polémica sobre preferencias políticas e ideológicas

²² Es decir, no para el cambio. Esta es otra de las debilidades que se atribuye a la teoría.

²³ “El término “cultura política” vincula nuestro estudio de las creencias políticas a los trabajos de la sociología y la antropología sobre cultura y enfoca nuestra atención en los valores básicos, cogniciones y compromisos emocionales”.

²⁴ Gibbins plantea que con la tesis de la cultura política también hubo un prejuicio de superioridad moral de la democracia y la “teoría de la convergencia” de que todos los caminos culturales conducían a la cultura cívica.

(más adelante se retomará el tema). La segunda tiene que ver con una crítica persistente, pero no aceptada por los autores de la *Cultura Cívica*, y es la relacionada con la supuesta supremacía de los países de habla anglosajona. Almond y Verba consideran que en su tiempo los países más representativos del desarrollo de una cultura política congruente con su respectivo sistema, eran los de habla anglosajona, como Inglaterra y Estados Unidos. No obstante, esto no significa su ubicación en una posición superior respecto a los demás – como plantea la crítica-, sino que son los países que en ese tiempo respondían mejor al modelo propuesto. Porque los países no siempre se conservan con unas características determinadas, como observan en el análisis retrospectivo de *The Civic Culture Revisited* (Almond y Verba, [1980] 1989),²⁵ en Almond [1990] 1998 y en Almond, 2002: 201-202).

La crítica que Almond llama determinista se refiere aquella que les imputa el establecimiento de una dirección causal en relación con la estructura, implicando con ello que la cultura produce la estructura. En este sentido, Barry (Barry, 1970: 48 y ss.) y Pateman (1980) argumentan que el patrón causante actual puede ser uno en el cual una experiencia democrática satisfactoria produce cultura cívica en un sentido de aprendizaje racional.

La crítica a *The Civic Culture* en el sentido de que la cultura política causa la estructura política es incorrecta –dice Almond, con razón. En todo el libro se argumenta que el desarrollo de patrones culturales específicos se explica por la experiencia histórica particular de cada país, como por ejemplo con la Revolución mexicana, en el caso de México. “Es muy claro que la cultura política es tratada en ambos sentidos, como variable independiente y como dependiente, como causante de la estructura y causada por ella”. (Almond y Verba, [1980] 1989: 29). Es en este sentido que califican la polémica con Barry y Pateman como “intranscendente”, no por desestimación de la misma (como sugiere Tejera, 2002: 4), sino porque no la plantean en los términos que lo hacen los críticos citados, esto es, que los autores le atribuyen a la cultura política “un tinte determinista” (Almond [1990] 1999: 203).

²⁵ En el volumen retrospectivo, *The Civic Culture Revisited* (1980) dicen que la cultura cívica británica y norteamericana se encontraba ya en problemas. El balance entre consenso y conflicto se había movido hacia el conflicto. El orgullo hacia la nación y la confianza en el gobierno habían caído. En contraste, Alemania mostraba logros dramáticos en confiabilidad social, confianza en el gobierno y competencia cívica. En Italia, la alienación política y el antagonismo partidista extremo continuaba grandemente sin cambio. Y en México el PRI ya no era una coalición incluyente, y sobrevivía la cultura política de la creencia ambivalente en la legitimidad de la revolución democrática y la corrupción de los políticos y los funcionarios.

Fagen, por su parte, argumenta que la separación de la orientación relacionada con la actitud, respecto a la relacionada con el comportamiento, tiende a dar un sesgo conservador a las investigaciones de cultura política, atribuyendo gran poder a las variables de socialización y tiende a subestimar la importancia de la estructura política, particularmente los esfuerzos organizados deliberadamente para transformar la cultura política, como en Cuba (Fagen, 1969). Tucker argumenta posiciones similares también con relación a la cultura-estructura de las sociedades comunistas (Tucker, 1973: 173-90). La objeción de Almond es que Fagen y Tucker, hacen caso omiso del hecho de que separar la dimensión psicológica de la conductual permite averiguar cuáles son, en realidad, estas relaciones. “No separarlas, nos impide explorar las complejidades de la relación entre el pensamiento político y la acción política.” (Almond, [1990] 1999: 204). La objeción de Almond nos parece certera, aunque débil. Tiene razón al decir que la separación con fines analíticos entre pensamiento político y acción permite examinar las complejidades de su relación. Sin embargo, Almond persiste en una interpretación preponderantemente psicológica del pensamiento político como idea internalizada. Al respecto, la distinción planteada por Eckstein (ver nota 15) entre orientaciones y actitudes o comportamientos, en el sentido de que las primeras expresan disposiciones generales de los individuos, mientras que las segundas son derivadas y expresión de las primeras, permite aclarar que no existe una separación –como critica Tucker- sino una relación de jerarquía, pues la primera, según Eckstein, “moldea” las acciones.²⁶

La crítica marxista proviene del análisis de origen gramsciano, que abandonó la versión marxista crudamente reductora que establecía la determinación de la superestructura por causas de orden material, y elaboró la categoría de hegemonía. La teoría de la hegemonía plantea que toda suerte de valores puede jugar un papel principal en crear y mantener una cultura. Las ideas y valores son producto del consentimiento popular y por lo tanto cualquier partido o gobierno necesita éxito en la construcción, promoción y defensa de un juego legítimo de ideas. Sin embargo, en opinión de Gibbins, este paradigma puede ser objeto de crítica también por su exceso de confianza en el consentimiento voluntario que plantea, lo cual es, de alguna forma, un reconocimiento de la reproducción inconsciente de

²⁶ Para Eckstein, tal como se mencionó antes, las actitudes son lo mismo que comportamientos y ambas diferentes a orientaciones.

la cultura política entre la población, tal como –supuestamente- plantean Almond y Verba (Gibbins, [1989] 1990: 5).

En cuanto a la crítica proveniente de los estudiosos de los regímenes comunistas, Fagen, por ejemplo, plantea que el énfasis en los aspectos psicológicos (y de exclusión del estudio del comportamiento) le fue de poca ayuda en el estudio de la transformación de la cultura política de Cuba, en donde el objetivo del régimen es no sólo cambiar las actitudes sino también el comportamiento de las masas. Fagen, por lo tanto, optó por un enfoque que abarcara tanto los factores relacionados con las actitudes, como con los del comportamiento (Kavanagh, 1983: 51). Pero, en opinión de Almond, la posición de Fagen en relación con la experiencia de los países socialistas tampoco se sostiene. Uno, porque a la fecha en que el autor escribe hay pocos estudios al respecto, y dos, como lo demuestran Archie Brown y Jack Gray en sus estudios, cuando concluyen, “Los intentos de crear un hombre nuevo socialista han sido en su totalidad una falla deprimente [...] Casi donde quiera hay apatía. El “privativismo” y “economismo” prevalecen, son tolerados y a veces inclusive estimulados (Brown y Gray, 1977: 32). Esta observación, al parecer, se confirma más ahora, después de los acontecimientos que sucedieron a 1989, con los casos de los países de Europa del Este. Sin embargo, la observación de Barry y Pateman en cuanto a que una experiencia democrática satisfactoria produce cultura cívica en un sentido de aprendizaje racional, se sigue sosteniendo, sobre todo con experiencias como la de la antigua Alemania Occidental. Aunque esto no contradice el planteamiento de Almond y Verba, de la mutua influencia entre cultura política y estructura. En todo caso, es necesario preguntarse sobre los límites de dicha influencia entre una y otra (lo que nos regresa de nuevo al problema del origen causal o determinante de uno de los lados).

En *Civic Culture*, cuando se plantea que las creencias, sentimientos y valores influyen significativamente en el comportamiento político, y que esas creencias, sentimientos y valores son producto de las experiencias de socialización, es una de las muchas evidencias que se sostienen. “Pero la Civic Culture fue uno de los estudios tempranos que enfatizó la importancia de la socialización y la experiencia política adulta, para demostrar la relativa debilidad de la socialización en la niñez.” (Almond y Verba, [1980] 1989).

Esta concepción relativamente abierta de cultura política, vista como causa de comportamiento y estructura, tanto como efecto de ésta, incluidos el aprendizaje político

adulto y el componente cognitivo racional, es objeto de crítica por Ronald Rogoswky, quien rechaza la teoría de la cultura política por ser muy suelta y formulada de manera difusa para ser aceptable como una teoría explicativa. Él argumenta que hay relaciones racionales claramente delimitadas (clear-cuts) entre intereses socioeconómicos, étnicos, religiosos y estructura política, y que la explicación racional individualista de la estructura política es una teoría más poderosa y parsimoniosa que la teoría política cultural (Rogowsky, 1976). Pero, contesta Verba ([1980] 1989), esta afirmación no se sostiene por la evidencia. La acción racional auto-interesada de la clase social, los grupos étnicos o movimientos religiosos son explicativos de cambios políticos, pero el patriotismo, la lealtad comunitaria, los valores religiosos y los simples hábitos y tradiciones también entran en la explicación de la estructura política y la legitimidad. Y contra ataca mencionando que en algunas versiones de la teoría de la elección racional, también llamada “individualista metodológica”, no hay lugar para valores, normas, sentimientos y componentes cognoscitivos más complejos (lo cual es cierto). Pero otros integrantes de esta escuela “[...] reconocen el poder explicativo de las variables culturales y sociológicas” (Almond, 1999: 205).²⁷

La crítica metodológica se puede dividir en dos partes, 1) La de orden conceptual o metodológica, propiamente hablando, y 2) La de tipo técnico, relativa a los instrumentos de investigación más apropiados para “captar” la cultura o culturas políticas.

Con respecto a la primera, la crítica de Pateman está dirigida al intento de Almond y Verba de establecer un vínculo entre micro y macro política a través de la cultura política, ya que “es difícil ver cómo la cultura política en sí puede proveer un vínculo cuando ésta está situada en uno de los lados del proceso que va a ser estudiado” (Pateman, [1980] 1989: 68). Por su parte, Lijphart ([1980] 1989) critica la obra por caer en una “falacia individualista”; esto es, en inferir de manera incorrecta condiciones inherentes a un sistema de orden superior, a partir de condiciones pertenecientes a un nivel inferior. A estas críticas se agregan otras, acerca de su escaso poder de predicción (Laitin, 1995), la duda de si realmente juega algún papel en relación con la democracia (Di Palma, 1990); acerca de si no es una categoría residual y, en palabras de Max Kaase (1983), por su dificultad en medirla, pues es tan difícil como “[...] tratar de clavar [gelatina] Jello en la pared.”

²⁷ Almond no menciona quiénes, sin embargo, más adelante veremos una referencia específica.

No obstante, doce años después, es el propio Kaase (junto con Kenneth Newton, [1995] 1998: 9) quien reconoce que *The Civic Culture* es el mayor ejemplo de una investigación desarrollada poco a poco, aunque mientras fue un avance teórico no estimuló un esfuerzo concertado para desarrollarlo o para saber cómo la cultura política cambiaba con el tiempo, tal como en su tiempo tampoco ocurrió con los trabajos de Theodor Adorno (respecto al concepto de cultura autoritaria) y a otros pensadores.

Finalmente, respecto a las técnicas e instrumentos de investigación, Ross dice que la cultura no es propiedad de individuos singulares, pues está enraizada en una práctica social y en entendimientos recíprocos. Desde esta perspectiva, ningún instrumento de investigación, solo, puede lograr el entendimiento completo de la cultura política. Esto explica por qué las encuestas están limitadas y es necesario utilizarlas en conjunto con otros instrumentos, de los cuales da una lista, investigación participante, análisis de contenido, y otros (Ross, [1997] 1999: 72). En este mismo sentido, Eckstein (1992). Estas prevenciones son correctas, pero no deben servir de pretexto para desestimarlas en bloque o privilegiar una sobre otra u otras, como a veces también sucede en la academia.

Esta reseña crítica muestra la diversidad de perspectivas de análisis y la dificultad para establecer una sola definición de cultura política aceptada por todos. Pero también lo vívido del debate que suscitó *The Civic Culture* y la base que sentó para su desarrollo posterior.

La nueva cultura política

A finales de los años sesenta y principios de los setenta comenzaron a observarse importantes cambios en los valores y habilidades de las poblaciones de los países más desarrollados. Los cambios consistían en que ciertos sectores de esas poblaciones estaban dando más énfasis a temas relacionados con una mejor calidad de vida que a los vinculados con la seguridad económica y física.

Al mismo tiempo, comenzó a observarse otro cambio, una mayor proporción de estas poblaciones disponía de más capacitación para actuar en su entorno y tomar decisiones propias en lugar de dejarse orientar por los liderazgos tradicionales, ya fueran éstos los sindicatos, iglesias o partidos. De una cultura tradicional *orientada por las elites*, pasaban a otra de *desafío de las elites*. Entre dichos sectores surgió con más fuerza lo que Almond y

Verba en su tiempo llamaron “competencia política subjetiva”, la cual significa mayor autovaloración personal respecto de los asuntos públicos.

El nuevo cambio político observado se expresa a favor de una política basada en el *estatus* social, antes que en la clase, y en la pérdida de sentido de la polaridad izquierda-derecha. En la demanda de participación en la toma de decisiones en las distintas esferas de la vida, públicas y no públicas. En el ascenso de una clase media y de sectores ocupados en los servicios, interesados en temas específicos, como el de la preservación del medio ambiente, los derechos de las minorías, y otros de orden político, pero no necesariamente electorales. Así mismo, en las expresiones locales de la cultura y la originalidad de las comunidades, pero al mismo tiempo en cuestiones de tipo internacional.²⁸ En la espontaneidad y la expresión individual, antes que en las acciones de masas. A este cambio se le calificó de “revolución silenciosa” (Inglehart: 1977, 1-18) y también como, “La nueva cultura política” (Clark y Hoffmann-Martinot, 1998).

El cambio se observa especialmente entre las generaciones jóvenes y su análisis está basado en dos hipótesis principales, 1. La hipótesis de la escasez, y 2. La hipótesis de la socialización.

La primera, plantea que las prioridades de un individuo reflejan el entorno socioeconómico, damos mayor valor subjetivo a las cosas de las que existe una oferta relativamente escasa.

La segunda, establece que la relación entre el entorno socioeconómico y las prioridades valorativas no es una relación de ajuste inmediato, se produce en un lapso relativamente considerable entre el entorno y las prioridades valorativas porque, en buena medida, nuestros valores básicos reflejan las condiciones que predominaron antes de llegar a ser adultos (Inglehart, 1990: 68).

La hipótesis de la escasez es parecida al principio de la teoría de la utilidad decreciente de la economía. Sin embargo, tiene un sentido más amplio pues también implica un sentimiento de seguridad física ante peligros inminentes, como las crisis y las guerras. Es, sobre todo, un sentimiento de seguridad subjetivo que resulta de haberse socializado en condiciones de relativa bonanza y seguridad. Las adversidades o las crisis pueden

²⁸ En el pensar globalmente y actuar localmente, como dicen los integrantes del movimiento verde europeo.

contrarrestarlo, pero no a la larga, en la medida en que se restablezcan las condiciones de bienestar.

La hipótesis de la socialización, a su vez, parte del hecho de que la socialización temprana parece tener más peso que la socialización en una edad adulta. No es que los individuos adultos no puedan cambiar, pero la socialización temprana parece ser más importante que la socialización posterior (Aquí, Inglehart se aleja de la propuesta de Almond y Verba, quienes acentúan más el papel de la “re-socialización” en la edad adulta. Ver arriba).

Las dos hipótesis juntas generan una serie de predicciones concernientes al cambio de valores. Mientras la hipótesis de la escasez implica que la prosperidad conduce a la propagación de los valores posmaterialistas y posmodernos, la hipótesis de la socialización implica que ni los valores de un individuo ni los de una sociedad entera suelen cambiar de la noche a la mañana. El cambio fundamental de valores se produce gradualmente; en buena medida ocurre cuando una generación joven sustituye a otra anterior y forma la nueva población adulta de una sociedad (Inglehart, 1998: 42-43).

Una de las implicaciones de las nuevas condiciones de mejoría en el bienestar de las personas se expresa en la menor influencia de los conflictos políticos, tal como lo planteaba Daniel Bell en los años sesenta. Pero esto no significa que los conflictos desaparezcan, sino que adquieren otra expresión que no tiene como sustento las divisiones económicas con base en la pertenencia a una clase social. En consecuencia, la polaridad tradicional izquierda-derecha comienza a desaparecer y adquiere otras connotaciones, en tanto que una nueva polarización ocurre con base en los valores materialistas y posmaterialistas. Una de las expresiones de esta nueva polarización también ocurre en términos de un nuevo tipo de comportamiento político-electoral (Inglehart, 1977: 280-286).

El cambio de un tipo de participación política *orientada por las elites* a otro de *desafío de las elites* tiene como base tres factores, 1) los crecientes niveles de educación e información política, 2) el cambio en las normas de participación política de la mujer, y 3) el mayor énfasis en la auto-expresión. Sin embargo, estos cambios de largo alcance –que implican mejoría en las condiciones de participación-, han sido encubiertos en parte por la decadencia de las maquinarias políticas partidistas, las organizaciones sindicales y las instituciones religiosas. El resultado ha sido el estancamiento de la votación electoral y

otras formas de movilización orientadas por las elites, junto con el crecimiento de la participación desafiante hacia ellas. “La ley de hierro de la oligarquía [de Michels] está siendo parcialmente repelida” (Inglehart, 1977: 340) y el sistema tradicional de instituciones jerárquicas va en declive.

Entre las nuevas formas de participación política están aquellas que no tienen un papel especial en las instituciones políticas tradicionales, fuera de las que se crean a propósito para un tema específico. Las crecientes tasas de participación en la discusión política y el surgimiento de nuevos movimientos sociales, son manifestaciones de la participación desafiante de las elites.

En opinión de Inglehart, está probado que a mayor educación, mayor es la participación política. Pero un nivel alto de concepción política es aún más fuerte instrumento que la educación, para predecir un comportamiento político no convencional. Por su parte, la participación política está siendo reforzada por la creciente quiebra del sistema político basado en las diferencias de género. Y, finalmente, por el nuevo tipo de valores que están adquiriendo las poblaciones jóvenes.

Esta teoría se ha venido desarrollando desde los inicios de los años setenta y se apoya en un vasto número de investigaciones empíricas de nivel comparativo. Primero en países europeos de la entonces comunidad económica europea -que abarcó a unos cuantos de ellos. Posteriormente, a través de la “Encuesta Europea de Valores” que incluyó más de veinte países, de los cuales más de la mitad pertenecían a ese continente, pero también a los de otras latitudes. Después se realizó otro estudio, esta vez bajo la denominación de “Encuesta Mundial de Valores” (1990-1991) que incluyó a 43 sociedades con diferente nivel de desarrollo económico, de estructura política y de sistemas culturales. Y en 2000-2001 se realizó otra encuesta mundial, cuyos resultados todavía están por conocerse, pero de los cuales ya se tienen algunos adelantos para el caso de México.²⁹

Inglehart (1998) plantea que de acuerdo con la evidencia obtenida por las encuestas se puede probar la teoría del cambio intergeneracional de valores y que este giro posmaterialista es sólo un componente de un cambio cultural más general que es más apropiado llamarlo posmoderno -en lugar de posmaterialista.

²⁹ Publicados en el periódico *Reforma* en mayo de 2000.

Este cambio profundo en las visiones de las poblaciones del mundo ocurre principalmente en los países industrializados, aunque también entre determinados sectores de las poblaciones de los países en vías de industrialización. Es en esencia la tesis de la modernización planteada en su momento por Marx y Weber. El proceso central de la modernización es la industrialización, en donde el crecimiento económico y la motivación del logro individual se convierten en las metas más importantes. La transición de la sociedad preindustrial a otra industrial se caracteriza por el cambio de los valores tradicionales a los racional-legales en la vida social, económica y política. Pero la modernización no es la fase final de la historia. En las sociedades post-industriales empieza a perder importancia la racionalidad instrumental.

La teoría de la posmodernización –en términos de Inglehart- difiere de la teoría de la modernización en que (1) no es lineal, (2) no es determinista, (3) no equipara modernización con *occidentalización* y (4) no plantea que la democracia sea inherente a la modernización, aunque sí considera que en la fase de la posmodernización aumentan los costos para evitarla (Inglehart, 1998: 13).

Gran parte del trabajo de Inglehart descansa en la batería de preguntas con las que pretende medir los valores materialistas y posmaterialistas. Estas preguntas se vienen haciendo desde las primeras encuestas y en opinión del autor han demostrado consistencia en reflejar el cambio que viene ocurriendo entre las poblaciones estudiadas.³⁰

De acuerdo con lo que hemos visto hasta aquí, la teoría de la nueva cultura política está basada en la teoría de los valores materialistas-posmaterialistas. Enfatiza el surgimiento de una nueva polaridad, no clasista ni ideológica, sino temática. Los partidarios de estos temas los proponen con intenciones de que se conviertan en políticas públicas. Por lo tanto, se

³⁰ En 1971 la batería inicial de preguntas fue de cuatro, “Si usted tiene que decidir sobre las siguientes opciones, cuáles son las dos que le parecen más importantes. 1. Mantener el orden en el país, 2. Dar a la gente más opinión en decisiones de gobierno importantes, 3. Combatir el alza de precios, y 4. Proteger la libertad de palabra”. La preferencia materialista fue definida de acuerdo con las respuestas 1 y 3, y la posmaterialista con las respuestas 2 y 4. En 1977, la batería de preguntas fue aumentada con las siguientes ocho, “5. Mantener un alto nivel de crecimiento económico, 6. Asegurarse de que el país esté fuertemente defendido, 7. Ver que la gente tenga más opinión en cómo se deciden las cosas en su trabajo y en su comunidad, 8. Tratar de hacer nuestras ciudades y nuestro campo más bonitos, 9. Avanzar hacia una sociedad más humana y menos impersonal, 10. Luchar contra el crimen, 11. Avanzar hacia una sociedad en la cual las ideas cuenten más que el dinero, y 12. Mantener la economía estable.” La preferencia posmaterialista se define con las respuestas 7, 8, 9 y 11, y las materialistas con las restantes.

interesan y participan en política, aunque tienden a evitar los compromisos con los partidos políticos.³¹

La crítica a la teoría de la nueva cultura política

Davis y Davemport (1999) plantean que al asumir que el índice de los valores materialistas y posmaterialistas mide los cambios de las orientaciones de valores en el nivel individual, Inglehart hace un gran acto fe, dado que esta teoría describe un proceso individual y al usar un índice para medirlo, los resultados no deben agregarse y ser usados para explicar los cambios culturales de las sociedades de masas sin validar el índice al nivel en que parece más apropiado, el nivel individual o de micro nivel, pues de lo contrario, el índice parece haber tomado vida propia.³²

Estos mismos autores dicen que se puede esperar que ciertos valores adquieran particular relevancia en algunos países. En tiempos de guerra o amenaza internacional, por ejemplo, se le puede dar prioridad a tener fuertes defensas nacionales. En tiempos de disturbios civiles, la ley, el orden y la libertad de palabra pueden adquirir prioridad en lugar de combatir la inflación, defensa u otros. Pero los individuos que dan prioridad en situaciones particulares a alguno de los temas no necesariamente están haciendo evidente que son materialistas o posmaterialistas. En su lugar, simplemente están respondiendo lo mejor que pueden a las alternativas propuestas por el cuestionario, sin que necesariamente demuestren algún compromiso hacia una orientación particular de valores subyacente (Davis y Davemport, 1999).

La batería de preguntas es cuestionada desde el punto de vista conceptual, empírico y aún por la técnica de recolección de los datos. Clarke *et al* (1999), por ejemplo, analizan la serie bianual de datos del *Eurobarómetro* y las comparan con estudios realizados en Canadá y Alemania (1966 y 1967) en donde replican las mismas preguntas del cuestionario. Al mismo tiempo, los autores realizan un experimento al sustituir unas preguntas con otras para probar su validez -por ejemplo, sustituyen “combatir el alza de precios” por “crear más

³¹ Salvo cuando forman los propios, como el partido verde de Alemania.

³² Esta es la misma observación que hace Lijphart cuando critica “la falacia individualista” en el trabajo de Almond y Verba.

empleos”. Mediante este procedimiento encuentran que, en relación con la situación económica del momento, “crear más empleos”, se puede convertir en más importante que “combatir el alza de precios” y, más aún, este ítem resulta el más seleccionado por los que sostienen una posición posmaterialista, por lo cual no es representativo de un “valor” materialista consistente, como lo plantea Inglehart. Por lo tanto, es un indicador inestable y una medición artificial (artifactual).

Para refutar estas objeciones, Inglehart y Abramson (1999) sostienen la validez del giro posmaterialista en las sociedades industriales avanzadas. Reiteran el argumento según el cual la tesis del cambio intergeneracional en los valores ha sido documentada ampliamente. No sólo en dirección hacia el posmaterialismo, sino también alejado de los valores religiosos y el *continuum* tradicional izquierda-derecha.

En respuesta a Davis y Davemport (1999) sobre la validez de los temas seleccionados en el cuestionario, insisten en su validación extensiva a través del trabajo de científicos sociales en muchos países. Desde 1971, con el trabajo de Inglehart en seis países; en 1977, cuando se amplió el cuestionario a doce preguntas para medir las dos posiciones y se encontró una consistencia considerable en las seis que medían el énfasis en la seguridad económica y física, y en cinco de las destinadas a medir los valores posmaterialistas. A este respecto cita en su apoyo a Lafferty y Knudsen (1985), de particular relevancia porque previamente habían criticado la tesis materialista-posmaterialista (MPM) y después la encontraron “verdaderamente sorprendente” (Lafferty y Knudsen, 1985: 485).

El método de solicitar al encuestado que elija entre los temas propuestos aquél que le parezca más importante, es mejor que pedirle que establezca calificaciones entre ellos, pues lo primero lo fuerza a seleccionar uno entre otros, mientras que el segundo le puede llevar a calificar a cada uno como igual de importante. Jerarquizar y seleccionar una opción en lugar de calificar puede medir mejor las prioridades individuales entre objetivos altamente valorados.

En relación con la aleatoriedad, otro de los aspectos cuestionados por Davis y Davemport -quienes plantean que la forma en que están estructuradas las preguntas producen un sesgo que conduce a la uniformidad de respuestas-, Inglehart y Abramson dicen que, tal como lo había pronosticado la teoría MPM, las proporciones de respuestas

posmaterialistas han aumentado con el tiempo y, por lo tanto, no reflejan esa supuesta uniformidad.³³

Por otra parte, acerca del cuestionamiento de que la teoría MPM no predice la posición individual sobre asuntos teóricamente relevantes, los autores plantean que aún cuando ninguna teoría predice todo, ésta en particular implica que la emergencia de estos valores está contribuyendo a reformar las normas sociales, sexuales y religiosas, y a dar paso a tipos más activos de participación política desafiantes de las elites. Incluso están surgiendo a escena nuevos temas, como los de auto expresión y de la calidad de vida, en lugar de aquellos basados en la polaridad de izquierda-derecha. Finalmente, admiten que el cambio intergeneracional no es tan determinante en el caso de los Estados Unidos, pero sí en las otras sociedades analizadas, en particular en lo que se refiere al impacto de la edad y la educación.

En respuesta a Clarke *et al* (1999), los autores plantean que uno de los principios de las ciencias sociales es que una propuesta que está basada en una serie de tiempo requiere una evidencia similar para refutarla. Por lo cual desestiman el cuestionamiento de Clarke *et al* por ser resultado del análisis de dos encuestas. La razón por la cual obtiene alta prioridad la seguridad en el empleo es diferente entre materialistas y posmaterialistas. Los primeros, pueden dar alta prioridad al desempleo porque éste los amenaza con reducirlos a la pobreza; mientras que los segundos lo hacen por un sentido de solidaridad con los menos privilegiados. Para demostrar lo anterior, analizan los datos de las encuestas de Alemania, irónicamente, conducidas por Clarke *et al*. Dichos autores solamente trabajaron la serie de datos durante 1976-1986, pero no la serie completa, de 1970 a 1992. Durante 1970-1975 y 1987-1992, no se encuentra una relación positiva entre combatir el desempleo y valores posmaterialistas (Inglehart y Abramson, 1999).

Sin embargo, la polémica continúa. Davis (2000) argumenta que las medidas de los valores materialistas y posmaterialistas aportados por la batería de preguntas de Inglehart tienen, cuando mucho, sólo una utilidad muy limitada para entender una variedad de creencias políticas, actitudes y opiniones del electorado americano.

Por su parte, Clarke (2000: 492), retoma la discusión para insistir en la invalidez de la batería de preguntas, con base en evidencia encontrada en 1997. Lleva su crítica a decir que

³³ Por lo demás, a los encuestadores se les pide que roten el orden de las preguntas en cada entrevista.

las hipótesis del cambio de valores del materialismo al posmaterialismo han adquirido muchas de las características de lo que Lakatos llama “un programa de investigación degenerativo”. Clarke se lamenta de la expansión de la nueva teoría cultural, que tiene las características de un movimiento religioso, con sus acólitos en todas las esquinas del mundo trabajando bajo los auspicios del proyecto mundial de valores, recogiendo datos en apoyo a una teoría inviolable. Y en una involuntaria resignación, dice al final, “La ironía es profunda, la tesis del cambio de valores puede tener méritos, pero no lo sabremos hasta que nuevas teorías alternativas y mejores mediciones de la naturaleza y dinámica de la psicología política sean desarrolladas y desplegadas” (Ib).

Finalmente, en un artículo que es una especie de resumen no exento de ironía,³⁴ Inglehart y Baker (2001), examinan la relación entre valores culturales y globalización económica y modernización y se preguntan, “¿Es inevitable un McMundo?” (Véase el recuadro # 2 a manera de resumen).

DOS DIMENSIONES DE LA VARIACIÓN CULTURAL SEGÚN LA TEORÍA DE LA NUEVA CULTURA POLÍTICA	
<p>1. Valores tradicionales vs. Secular-rationales Los valores <i>tradicionales</i> enfatizan lo siguiente,</p> <ul style="list-style-type: none"> • Dios es muy importante en la vida de los entrevistados. • El entrevistado cree que para los niños es más importante aprender la obediencia y la fe religiosa que la independencia y la determinación. • El entrevistado cree que el aborto nunca se justifica. • El entrevistado tiene fuerte sentido de orgullo nacional. • El entrevistado favorece un mayor respeto por la autoridad. 	<p>2. Valores de supervivencia vs. Auto-expresión Los valores de <i>supervivencia</i> enfatizan lo siguiente,</p> <ul style="list-style-type: none"> • Los entrevistados dan prioridad a la seguridad económica y física sobre la auto-expresión y la calidad de vida. • Los entrevistados se describen a sí mismos como no muy felices. • Los entrevistados no han firmado ni firmarían una petición. • Los entrevistados creen que la homosexualidad nunca se justifica.

³⁴ Una parte del título es, ¿Quién le teme a Ronald [Inglehart] McDonald?

<p>Los valores <i>secular-racionales</i> enfatizan lo contrario.</p>	<ul style="list-style-type: none"> • Los entrevistados creen que se debe ser muy cuidadoso en confiar en la gente. <p>Los valores de <i>Auto-expresión</i> enfatizan lo opuesto.</p>
--	---

La teoría cultural

La teoría cultural surge de los trabajos seminales de Mary Douglas (1970; 1982a; 1982b). En 1982 es trabajada conjuntamente entre Douglas y Aarón Wildavsky y después éste se asocia con diversos teóricos que la siguen impulsando (Thompson, Ellis y Wildavsky, 1990; Ellis y Wildavsky, 1991; Coyle y Ellis, 1994; Ellis y Thompson, 1997; Chai y Swedlow, 1998 y Thompson, Grendstad y Selle, 1999). Esta teoría no ha sido utilizada todavía para analizar temas electorales (al menos, el autor no conoce trabajos al respecto), sin embargo, trata sobre la participación y la no-participación política desde una perspectiva novedosa que, desde nuestro punto de vista, permiten ver otros aspectos que la teoría de la cultura política y la de la nueva cultura política no tocan. Por tal razón, se hará primero una revisión general de la teoría y después sobre los aspectos relacionados con nuestro tema de investigación, la participación y la abstención electorales.

En opinión de los expositores de esta teoría, entre las muchas definiciones de cultura hay dos que rivalizan por la supremacía, la que ve la cultura compuesta de valores, creencias, normas, racionalizaciones, símbolos e ideologías, es decir, productos mentales -definición que siguen los estudiosos de los procesos políticos, como Almond y Verba e Inglehart- y la que ve la cultura como el modo de vida total de los individuos, sus relaciones interpersonales, así como sus actitudes -esta visión es preferida por los antropólogos norteamericanos.

En lugar de objetarlas, la teoría cultural propone ganar claridad mediante la distinción de tres términos, 1) preferencias culturales, 2) relaciones sociales y 3) modos de vida o formas de solidaridad social (Douglas, 1982: 199; Thompson *et al* 1999).³⁵ Preferencias culturales se refiere a valores y creencias compartidas; relaciones sociales, a patrones de relaciones interpersonales. Cuando existe una combinación viable de preferencias culturales

³⁵ “Formas de solidaridad social” es un término más reciente; también se usa el de “culturas”, “modos de vida” y “tipos de medio ambiente social”. Aquí se utilizarán, indistintamente.

y relaciones sociales, se trata de modos de vida o formas de solidaridad social (Thompson *et al*, 1990 y Thompson *et al* 1999).

Preferencias y relaciones son recíprocas, interactuantes y mutuamente reforzadas. Ninguna tiene prioridad causal sobre la otra. La viabilidad de una forma de solidaridad social depende de la relación mutua de apoyo entre una preferencia cultural particular y un patrón de relación social particular. A esto se le llama condición de compatibilidad. Valores y creencias de una preferencia cultural no son libres de estar juntos en cualquier forma, ellos siempre están estrechamente relacionados con los patrones de relaciones interpersonales correspondientes a las relaciones sociales que ayudan a legitimar.

En lugar de una ciencia social que empieza al final -asumiendo valores y creencias-, esta teoría pregunta por qué la gente quiere lo que quiere, y por qué percibe el mundo de la forma en que lo hace, entre otros interrogantes centrales de la indagación social. Este es un método que contrasta también con el de la elección racional, que no se interesa en esta problemática (Barnes, 1997: 120).³⁶

La explicación de las preferencias y percepciones de los individuos plantea la necesidad de un modo funcional de explicación; esto es, una explicación “en la cual las consecuencias de algún comportamiento o arreglo social son elementos esenciales de las causas de tal comportamiento” (Stinchcombe, 1968: 80, citado en Thompson *et al*, 1990: 2). El análisis funcional dirige la atención hacia las restricciones sociales que delimitan a los individuos y, por lo tanto, refuerzan un conjunto particular de instituciones sociales. Las formas de solidaridad social son viables por la clasificación de ciertos comportamientos de los individuos, independientemente de si dichos comportamientos son considerados valiosos, indeseables o inclusive impensables. Sin embargo, aún cuando son los individuos quienes construyen, refuerzan, compiten y desacreditan las formas de solidaridad social, desde el punto de vista de un simple individuo el mundo social aparece como dado y “excede con vastedad el impacto que cualquiera de nosotros pueda hacer sobre éste” (Popper, 1969: 272) (Ib).

Si bien es cierto que la explicación funcional fue imperfecta en principio, y mal utilizada por los funcionalistas, el análisis funcional es indispensable para explicar cómo la vida

³⁶ “En un planteamiento clásico de Milton Friedman, se argumenta que una teoría prospectiva debe enfocarse sobre lo que la gente hace o debería de hacer para perseguir sus objetivos, y no en las razones para elegir dichos objetivos”.

social adquiere coherencia -después de todo, se preguntan Thompson *et al*, 1999, si el sistema social no está generando modos de comportamiento en el mundo, modos que sostienen ese sistema, ¿cómo puede uno explicar el mantenimiento del sistema, excepto como una ocurrencia fortuita?- Los abusos del funcionalismo tuvieron mucho que ver con las funciones adjudicadas a la sociedad como un todo. Sin embargo, mediante la fragmentación de la sociedad en sus modos de vida constituyente, y al vincular las funciones a esos modos, en la propuesta de la teoría cultural se rehabilita el análisis funcional.

Las formas de solidaridad social canalizan el pensamiento y el comportamiento de los individuos. No obstante, Thompson *et al* coinciden con Anthony Giddens acerca de las fallas del funcionalismo en no reconocer que los individuos también ejercen influencia sobre ellas, pues, de alguna forma “también el individuo posee un conjunto de conocimientos sobre las condiciones de reproducción de la sociedad, de la cual él o ella es miembro” (Giddens, 1979: 5, citado en *Ibíd.*). Esto mismo es expresado por Ellis de la siguiente manera, “Cultura, un prisma, sí; una prisión, no” (Ellis, 1991: 174). La extensión a la cual un individuo está consciente de apoyar una forma de solidaridad social depende de su nivel de conciencia cultural.

El argumento básico de la teoría cultural es que detrás de todas las particularidades de la diversidad humana, hay cinco formas de vida, jerarquía, igualitarismo, fatalismo, individualismo y autonomía, con distintas condiciones de viabilidad (Thompson, 1990).³⁷ Las cuales pueden ser encontradas con variaciones de fuerza y patrones de interacción en cualquier sistema social. A esto se le llama, “aunque algo grandiosamente, el teorema de la imposibilidad” (Thompson *et al*, 1999: 21).³⁸

³⁷ La validez de este planteamiento es independiente de la validez del primero. Aún si este no es el caso de que (1) sólo estos cinco modos de organización de la vida reúnen las condiciones de viabilidad, debe permanecer verdadero que (2) para ser viable, los modos de vida deben emparejar (match) patrones de relaciones sociales con preferencias culturales, y que (3) los cinco modos de vida que identificamos reúnen estas condiciones de viabilidad.

³⁸ El teorema de la imposibilidad de la teoría cultural está relacionado con el de Arrow (1951) que plantea la imposibilidad de agregar las preferencias individuales a una colectiva, en forma tal que satisfaga ciertas condiciones mínimas de racionalidad y transitividad. Para Arrow la única posible es la función dictatorial del estado de bienestar, pero la dictadura es incompatible con la democracia. Sin embargo, Rayner y Malone (1998b) plantean que Arrow asume que las preferencias son inherentemente individuales, pero si se asume otro juego de supuestos, como por ejemplo que las preferencias son inherentemente relacionales (esto es, expresiones de la solidaridad social), cambia la naturaleza del problema, de ser uno de agregación individual a

Si bien cinco puede parecer un número reducido de modos de vida, éste es más del doble de la cantidad que plantean todas las teorías sobre la organización social, las cuales rara vez van más allá de dos, “solidaridad mecánica y orgánica de Durkheim, comunidad y sociedad de Tönnies, estatus y contrato de Maine, etcétera” (Thompson *et al*, 1999: 10). Los modos de vida representados por jerarquía e individualismo, dejan de lado el fatalismo, el igualitarismo y la autonomía, con lo cual estas teorías faltan al requisito de la variedad.

Los cinco *modos* de vida no son impermeables al mundo real. El que la percepción humana sea en todo lugar culturalmente sesgada no significa que la gente pueda hacer que el mundo resulte de la forma que desea. La discrepancia entre lo esperado y lo actual es de central importancia en tanto que desplaza a los individuos de una forma de solidaridad social particular. Ante esta circunstancia, el cambio puede ocurrir cuando eventos sucesivos intervienen de tal manera que rebasan una forma de solidaridad social en cuanto a las expectativas que ha generado, haciendo que los individuos busquen alternativas más promisorias o que se acomoden a su nueva situación.

Al mismo tiempo que los cinco modos de vida están en competencia por obtener adherentes, así también son dependientes uno de otros. Destruir a alguno de los otros es destruirse a sí mismo. Si una forma de solidaridad social depende de la supervivencia de las otras cuatro, de esto se sigue que por una existente debe haber al menos otras cuatro en existencia. Este es el requisito de la condición de variedad, es decir, puede haber más de cinco modos de vida, pero no puede haber menos.³⁹

Que una forma de solidaridad social no pueda existir sola no significa que cada una de ellas deba estar igualmente representada dentro de un solo país en un momento dado. Las sociedades pueden estar constituidas de tal forma que toleren ciertos modos de vida y desalienten otros. En Estados Unidos, por ejemplo, con su *excepcionalismo americano*, al apoyar al individualismo y el igualitarismo juntos, ha conspirado para debilitar la cultura jerárquica; en Inglaterra, en contraste, jerarquía e individualismo se han aliado de tal forma que durante mucho tiempo han excluido al igualitarismo. Pero esto no significa que estén en un equilibrio invariable. Por el contrario, los patrones recurrentes que distinguen a esos

otro en el que se discierne de la estructura y la dinámica de la solidaridad social, lo cual abre un nuevo espacio de solución al problema de la acción colectiva.

³⁹ Esto no quiere decir que siempre se estudien las cinco. De hecho, la mayoría de los trabajos empíricos suelen trabajar nada más con las tres formas culturales participativas (individualista, jerárquica e igualitaria)

regímenes políticos son posibles sólo si los modos de vida que los distinguen están en una relación de desequilibrio, de tal modo que estos cambian incesantemente su fuerza relativa sin que se asienten en alguna forma de estado de equilibrio. Las diferencias entre regímenes, por lo tanto, pueden encontrarse en la diferente configuración de este *inbalance* dinámico perpetuo entre las cinco formas de solidaridad social.

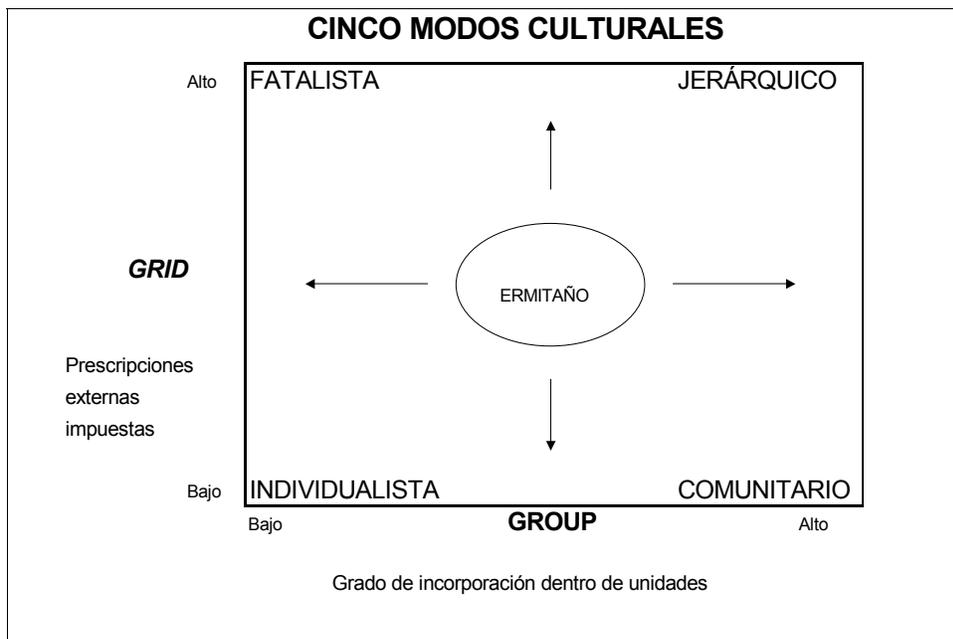
El estudio de la cultura, de cualquier forma que se le defina, ha enfatizado siempre la singularidad. Desde este punto de vista, cada cosa es diferente de otra y cualquier intento de paralelismo es vedado. Pero aún cuando hay distintos juegos de valores, creencias y hábitos entre las sociedades, sus convicciones básicas sobre la vida son reducibles a sólo unas cuantas preferencias culturales. La universalidad de la cultura revela, más que la existencia de una sola, diferentes formas de solidaridad social que compiten en cada sociedad.

La teoría cultural tiene como punto de partida la tipología *grid*⁴⁰-*group*, propuesta por Mary Douglas (1982a, 1983b, 1987, 1992a). Esta autora plantea que la variabilidad en la que un individuo se involucra en la vida social puede ser captada adecuadamente por dos dimensiones de lo social, “*grid*” y “*group*”. “Uso ‘*grid*’ para una dimensión de la individuación y ‘*group*’ para una dimensión de la incorporación social” (Douglas, 1982: 190). *Grid* denota el grado al cual la vida individual está circunscrita por prescripciones impuestas externamente. Mayores lazos y alcances de las prescripciones, implican que es menor la vida abierta a la negociación individual. Grupo se refiere a la extensión en la cual un individuo es incorporado dentro de unidades enlazadas. Mientras más grande es la incorporación, la decisión individual está más sujeta a la determinación del grupo.

La dimensión *grid* adopta la misma idea propuesta por Durkheim de “regulación social”. Un contexto social altamente regulador (o alto *grid*), plantea Douglas, está significado por un conjunto explícito de clasificaciones institucionalizadas que mantienen a los individuos aparte y regulan sus interacciones. En una situación así, por ejemplo, los hombres no compiten en las esferas en donde se desenvuelven las mujeres y los hijos no definen sus relaciones con los padres. En la medida en que los individuos disminuyen su adscripción a las relaciones externas impuestas, aumentan las expectativas de negociar sus propias relaciones con otros individuos.

⁴⁰ El término “*Grid*” es traducido como “*retícula*” en algunas publicaciones en español. Pero aquí se conservará el nombre original”.

La dimensión de grupo expresa la extensión a la cual la vida individual es absorbida y sostenida por la membresía del grupo. Una persona que comparte con otros residencia, trabajo, recursos y recreación podría ser asignada en una alta escala grupal. Mientras menos cerca se encuentra de la dimensión grupal, más fuerte es el control sobre su admisión en el grupo y más altas las fronteras que lo separan de los miembros de éste. Así, en la dimensión grupal, hay gradaciones en la adscripción que ubican a unos en un nivel alto o bajo.



Los modos de control social son el punto focal del análisis grid-group. La elección individual puede ser constreñida tanto por el requerimiento de que la persona sea sujeta por las decisiones del grupo, como por las demandas de que siga las reglas establecidas.

El control social es una forma de poder. En el marco del análisis del grid-group, los individuos son manipulados y tratan de manipular a otros. Es la forma de poder –quién está o no está autorizado para ejercitar el poder sobre otros- la que difiere.

Límites grupales fuertes, acoplados con prescripciones mínimas (alto grupo, bajo grid), producen relaciones sociales igualitarias. Las relaciones entre estos grupos son ambiguas, no hay control o jerarquía interna y las sanciones se hacen en nombre de la organización,

por lo que las diferencias se agudizan o zanján en función de quién representa mejor los ideales colectivos.

Una relación social jerárquica se caracteriza por un medio ambiente de fuertes lazos grupales y prescripciones ajustadas (alto grupo, alto grid). En este contexto social los individuos están sujetos tanto al control de otros miembros del grupo, como a las demandas de los papeles impuestos por la sociedad. Aquí, a diferencia de las relaciones igualitarias, sí existen diferentes alternativas para la solución de los conflictos internos, como las promociones, las degradaciones, segregaciones, etcétera. El ejercicio de la autoridad se justifica sobre la base de que los diferentes papeles asignados a distintos individuos permiten a la gente en su conjunto vivir en armonía, más que con formas alternativas.

Una relación individualista no está apegada estrechamente a la incorporación a un grupo, ni a fuertes papeles sociales prescritos. En este contexto, todos los límites son provisionales y sujetos a negociación. Pero aún cuando el individualista, por definición, no está sujeto a control externo, esto no significa que él no pretenda controlar a otros. Por el contrario, el éxito del individualista es medido con frecuencia por el tamaño del número de las personas que comanda.

La gente que se encuentra sujeta a fuertes prescripciones y está excluida de los grupos (alto grid, bajo grupo), ejemplifica el modo de vida fatalista. Para el fatalista, lo característico es la apatía. Están controlados por preceptos externos y excluidos de las decisiones que regulan su vida.

Hay una quinta posibilidad de modo de vida para algunos individuos, el ermitaño. Su característica principal es que escapa al control social, rehusándose a ser controlado y a controlar a otros. Esta quinta posibilidad, sin embargo, es poco estudiada debido a su escasa influencia social (Thompson et al. 1990: 8). A manera de resumen, en el siguiente recuadro (elaborado en base a Douglas, 1982: 205-208) se establecen las características de los cuatro tipos principales de preferencia cultural (se omite el quinto tipo).

Recuadro # 3

Cuatro tipos de preferencias culturales⁴¹

<p>APATÍA (FATALISTA), CONTEXTO SOCIAL DOMINADO POR EL AISLAMIENTO (Alto grid, bajo group)</p> <ol style="list-style-type: none"> 1. En el caso extremo, por definición el individuo no tiene libertad para transacciones personales. 2. En el caso extremo la esfera de la autonomía individual es mínima. 3. El comportamiento individual es ordenado por la clasificación del sistema social, plenamente definida y sin ambigüedad. 4. No hay recompensas a las que pueda aspirar, diferentes a aquellas por cumplir en su posición asignada. 5. Por definición, al no tener frontera que lo abrigue, es excluido de los grupos. 6. El poder que mantiene el aislamiento obligatorio sobre él es remoto, impersonal, tanto del poder de exclusión de los grupos (5), como de las energías competitivas del individualismo, o de una combinación de ambas. 7. Aunque periférico a toda toma de decisión, por definición, los individuos pueden también pertenecer a la más grande categoría de la población en una sociedad dada 	<p>JERARQUÍA (Alto grid, alto group),</p> <ol style="list-style-type: none"> 1. Como 1 en comunitario, límites grupales acotados 2. Como 2 en comunitario, apoyo vital del grupo 3. Como 3 en comunitario control del comportamiento individual. 4. En seguimiento de las condiciones de un fuerte grid, la jerarquía es organizada internamente en compartimientos separados por grados, tiene competencia para la especialización interna de los papeles y puede de acuerdo con ellos distribuir desigualmente los recursos entre sus miembros. 5. En consecuencia con 4, tiene un arsenal de diferentes soluciones para los conflictos internos, aumentando grados, cambiando lugares, degradando, re-segregando o haciendo redefiniciones 6. En consecuencia con 4 y con 5, el grupo puede ser más grande que los grupos comunitarios, desde donde puede transferir, federar, convertirse en tributario de alguien, etcétera, en las varias formas que representa estar en un sistema de jerarquías. 7. En consecuencia también con 4 y con 5, este grupo puede esperar persistir mucho tiempo sin fisiones 8. En consecuencia con la evidente factibilidad (7) de persistir como grupo en el futuro, puede hacer recaudaciones entre sus miembros para asegurar la inversión de capital que funde su prosperidad 9. En consecuencia con 8, la factibilidad de persistir como grupo realizable por medio de la inversión de capital emprendida, éste persiste de hecho más tiempo que los grupos comunitarios.
<p>INDIVIDUALISMO, CONTEXTO SOCIAL DOMINADO POR CONDICIONES COMPETITIVAS FUERTES, CONTROL SOBRE OTRA GENTE Y AUTONOMÍA INDIVIDUAL (Bajo grid, bajo group)</p> <ol style="list-style-type: none"> 1. Por definición, la experiencia social de los individuos no está constreñida por ningún límite externo 2. Y por definición no está controlada por signos substantivos de estatus adscrito, todas las clasificaciones existentes son solamente límites negociables provisionales 3. En seguimiento de 2, las relaciones entre individuos serán ambiguas y las obligaciones implícitas 4. Los individuos pueden hacer transacciones libremente. El caso extremo lo representa el sistema de libre mercado. 5. En el caso extremo de 4, la gran recompensa favorece a los innovadores sobre sus competidores 6. En consecuencia con 4, las economías de escala son consideradas valiosas, por lo tanto presionan para expandir la esfera de operaciones y la especialización 7. En consecuencia con 4, cualquier posibilidad de controlar el mercado depende de tener aliados que hagan cumplir algo equivalente a las leyes de la empresa o se comprometan con prácticas restrictivas 8. En consecuencia con 6 y 7, los individuos se comprometen en proteger sus conocimientos potenciales de servicios útiles y rechazar a quienes no pueden hacer nada para incrementar el radio de sus actividades 9. Nadie espera apoyo de nadie. Si falla o se equivoca, lo considera como bajas del sistema. 10. En consecuencia con 1, 2 y 3, no hay manera de contar con éxito, sino creciendo. 10 exagera las presiones implícitas en 4, 6, 7, 8 y 9. 	<p>COMUNITARIO (Bajo grid, alto group)</p> <ol style="list-style-type: none"> 1. La experiencia social del individuo es, primero y principalmente, impuesta por los límites externos mantenidos por el grupo contra los de afuera 2. El caso extremo del grupo fuerte sería uno en el cual los miembros obtienen apoyo durante toda su vida del grupo como tal. 3. El comportamiento individual está sujeto a control ejercido en el nombre del grupo 4. De acuerdo con la condición de bajo grid, las divisiones formales internas, las segregaciones, las delegaciones y los papeles especializados estarán ausentes 5. En consecuencia con 4, las relaciones entre los individuos serán ambiguas y siempre habrá dificultades sobre la adjudicación de derechos, los cuales permanecerán implícitos 6. En consecuencia con 4 y con 5, los instrumentos para resolver conflictos internos son inadecuados, solo las sanciones de retiro de privilegios de membresía, expulsiones o divisiones del grupo pueden ser aplicados efectivamente 7. En consecuencia con 4 y con 2, el carácter drástico de la única solución definitiva al conflicto personal producirá una tendencia a manejar el desacuerdo en forma clandestina. El rencor y la frustración probablemente florecerán bajo la superficie y proveerán combustible para intentar ganar apoyo para expulsar a las personalidades incómodas 8. En consecuencia con 7, podría haber facciones encubiertas en el grupo 9. En consecuencia con 6 y 7, la necesidad de controlar la admisión y fortalecer las fronteras contra los fuereños podría ser considerada para evitar la desintegración del grupo 10. En consecuencia con la debilidad de la organización y el control indicado en 4 a 8, el grupo tenderá a ser pequeño y esperará decepcionado por su persistencia; podría ser objeto de división.

La teoría cultural y la política

⁴¹ Los nombres de los casilleros los adoptamos de Thompson *et al* 1990, quienes ubican en el centro del esquema al modo denominado “Ermitaño”. El concepto de apatía es sustituido por el de “fatalista” en obras posteriores. El título original es “Cuatro tipos de medio ambiente social”.

La Teoría cultural ha abordado los temas más diversos utilizando la tipología grid-group –desde los estilos de consumo en los hogares, hasta las actitudes sobre el cambio *climático* global- y a partir de 1982 (con la obra de Douglas y Wildavsky) los de tipo político (Ellis y Wildavsky, [1989] 1991; Thompson et al, 1990 y 1999; Wildavsky y Chai, 1998; Ney y Molenaars, 1999).

En relación con este tema, la teoría cultural plantea que no hay una línea divisoria evidente entre lo político y lo no-político. Ésta es construida socialmente. Es producto de la cultura política. Ello significa que el estudio de *lo político* en la cultura debería poner atención a la forma en que las fronteras de lo político y lo no-político son negociadas socialmente. Si las fronteras son construidas socialmente, entonces el estudio de la cultura política debería ocupar un lugar central en la disciplina de la ciencia política (Thompson et al. 1990: 216).

Al respecto, puede objetarse que el abandono de la insistencia en que hay una sola línea divisoria entre lo político y lo no-político abre las compuertas a un relativismo sin restricciones. Pero si la cultura tiene que ver con valores y creencias compartidas y si al menos dos personas comparten algo, se establece una restricción necesaria que evita el relativismo, separando los varios trazos de la frontera entre lo político y lo no-político. Esto es lo que la teoría cultural realiza y, al hacerlo, muestra cómo los que refutan el relativismo en realidad están excluyendo “la política de lo político”, con lo cual están regalando algo que con todo derecho pertenece al campo de la ciencia política (Thompson et al. 1999)

Más aún, si las formas de solidaridad social, por un lado, están influyendo en el comportamiento considerado político -o donde es dibujada una línea demarcatoria- y, por otro, cada una de estas formas se encuentra en constante afirmación frente a las otras, entonces se abre un proceso de conflicto y negociación política permanente entre las distintas culturas. En consecuencia, 1) La ciencia política debe prestar atención especial a las vías donde las fronteras entre lo político y lo no-político son negociadas socialmente, esto es, al entre-juego dinámico de las solidaridades sociales. 2) Los científicos políticos deben abandonar la noción de que la distinción entre política y otras esferas -ya sean económicas, sociales, medioambientales, tecnológicas o cualquier otra- está *allá afuera* en el mundo, lista para ser utilizada, y 3) Si las fronteras entre lo político y lo no-político son socialmente construidas e inevitablemente están en competencia, entonces el estudio de

esas construcciones sociales -y su afianzamiento dentro de esas solidaridades contendientes- debe asumir un lugar central en la disciplina.

Con base en lo anterior, se pueden establecer cuatro formas de solidaridad en relación con la definición que cada una de ellas hace con respecto a la negociación de las fronteras entre lo político y lo no-político, así como al papel que se le asigna a la participación política.

Recuadro # 4

**FORMAS CULTURALES
DISTINCIÓN ENTRE LO POLÍTICO Y NO- POLÍTICO Y LA PARTICIPACIÓN**

<p>FATALISTA (+ grid, - group),</p> <ul style="list-style-type: none"> ○ No discrimina entre lo político y lo no-político. Ambos son vistos con temor y desconfianza. ○ Se concentra en lo familiar y personal. ○ Evita todo tipo de participación 	<p>JERÁRQUICA (- grid, + group),</p> <ul style="list-style-type: none"> ○ Lucha por una distinción clara y sin ambigüedades entre lo político y lo no-político. ○ Propenso a expansión del Estado. ○ Promueve la participación calificada.
<p>INDIVIDUALISTA (- grid, - group),</p> <ul style="list-style-type: none"> ○ Lucha por definir lo más estrechamente posible lo político ○ Busca maximizar el comportamiento privado más allá de la regulación estatal legítima. ○ Considera que la participación debe ser libre y voluntaria 	<p>IGUALITARIA (+ grid, + group),</p> <ul style="list-style-type: none"> ○ Considera que todo (o casi todo) es político. Y busca borrar esta distinción. ○ Considera que en la esfera pública se realiza mejor la vida de todos. ○ Altamente participativo

La participación, como se aprecia, es característica de tres formas culturales, individualista, jerárquica e igualitaria. En cambio, se puede postular que la cultura fatalista es la forma conspicua de la abstención. Aunque Wildavsky y Chai (1998), al analizar la violencia política y la participación, encuentran que la forma cultural fatalista puede llegar

a participar en forma auto defensiva y anárquica. Téngase en cuenta, además, que Mary Douglas menciona que ésta puede estar integrada por la mayor parte de la población en una sociedad determinada. De aquí la importancia particular de esta cultura.

Por otra parte, el hecho de que existan tres formas participativas no implica que todos sus integrantes lo sean en todo o en un mismo grado. Las preferencias muestran tendencias típicas de una forma de solidaridad social y, en consecuencia, de un modo de participación, pero también existen fallas en el interior de las mismas, relacionadas con la apatía. Entre los estudios de los expositores de la teoría cultural, hay una caracterización de la apatía política que es pertinente para nuestro análisis, y se refiere a cómo ésta es vista por las diferentes culturas (Thompson et al. 1990: 65-66).

Recuadro # 5

LA APATÍA DESDE LA PERSPECTIVA DE CUATRO FORMAS CULTURALES

FATALISTA,

Cree que la apatía se debe al hecho de los votos de los individuos no valen y, aún cuando valieran, no importaría quién ganara en una elección. Para los fatalistas, votar es un acto irracional –como cualquier otra forma de participación pública. En caso contrario, cuando se ven en la necesidad de votar, son capaces de racionalizar su participación considerando las elecciones como una apuesta *-a horse race-* y entonces tratan de apostarle al ganador más probable.

JERARQUÍA,

Aunque considera que la abstención también implica consentimiento, es propenso a preocuparse porque la falta de votación en realidad refleje un sentido de conciencia cívica pobre. Por lo tanto, trata de inculcar y a veces de legislar para que sea obligatorio votar. Sin embargo, en su opinión la participación no debe ir más allá de la casilla electoral. En realidad, lo que preocupa más a la cultura jerárquica no es tanto la baja votación, sino los modos de participación no convencionales en los cuales los individuos lleguen a actuar fuera de la esfera de competencia que se les asigna.

IGUALITARIA,

Justifica la abstención como rechazo al sistema establecido, argumentando que en él no hay participación real. “Desenmascaran” al poder, al mostrar que el fatalismo es el verdadero lugar de la masa de ciudadanos -la cual puede llegar a ser la absoluta mayoría de la población. Con todo, los igualitarios intentan reclutar a los fatalistas, quienes en su opinión son apáticos porque las decisiones sobre ellos son tomadas por el sistema.

INDIVIDUALISTA,

Contra demandan que la apatía implique consentimiento. La no-votación sólo indica que los individuos encuentran que los modos de votar son más costosos que los beneficios que obtendrían al hacerlo. Si bajaran los costos (por ejemplo, facilitando el registro o a través de otros procedimientos) y aumentaran los beneficios (según esto, que la competencia fuera cerrada),⁴² predicen que la votación aumentaría. Consideran también que hay muchas formas de participación, diferentes a la de votar, más benéficas para el individuo.

De acuerdo con lo que visto hasta aquí, se puede señalar en un nuevo esquema las características centrales de los cuatro modos culturales en relación con la participación y el abstencionismo.

⁴² Es decir, suponemos, donde al menos dos de los principales contendientes tuvieran la misma oportunidad de ganar.

CUATRO VISIONES SOBRE PARTICIPACIÓN Y APATÍA	
<p>FATALISTA</p> <p>Evita todo tipo de participación</p> <p>No vota, pero cuando lo hace actúa en las elecciones como apostador (tiende a votar por quien considera que va a ganar)</p>	<p>JERÁRQUICA</p> <p>Propone participación calificada</p> <p>Le interesa la abstención si afecta al sistema</p> <p>Llega a proponer voto obligatorio</p>
<p>INDIVIDUALISTA</p> <p>Considera que la participación debe ser libre y voluntaria</p> <p>No cree que la abstención implique consentimiento</p> <p>Propone reducción de costos para aumentar la votación</p>	<p>COMUNITARIA</p> <p>Altamente participante</p> <p>Considera la abstención como rechazo al sistema</p> <p>Propone la educación cívica entre los abstencionistas</p>

Las críticas a la teoría cultural, hasta ahora, son relativamente pocas -al menos el autor no ha encontrado muchas- Rusel Salton (1999) la menciona como "... la tercera versión distinta de análisis de cultura política".⁴³ Nada más. En parte, esto se debe a lo novedoso de la teoría y su utilización relativamente reciente en el campo de la política. Son los propios autores (Thompson *et al*, 1999: 273) quienes se preguntan sobre la evidencia que puede contarse en contra de la teoría cultural, y se contestan, el mayor daño podría ser si se demostrara que los valores están poco constreñidos por las relaciones institucionales. Si las mismas preferencias culturales prosperan en contextos culturales no similares y, a la inversa, si preferencias diferentes existen en contextos sociales similares. Un estudio que muestre, por ejemplo, que las creencias acerca de la naturaleza humana o física preocupan poco o no se relacionan con la forma en que la gente organiza sus vidas, podría poner en duda los supuestos básicos de la teoría.

En síntesis, se han examinado tres teorías culturales que tratan la política, enfocando el interés principalmente en destacar los temas más relacionados con la participación y el abstencionismo. Se hizo un recorrido relativamente largo para encontrar que algunas de dichas teorías, especialmente la primera, no siempre se han citado con certeza, a veces

⁴³ Las dos anteriores que menciona son, 1) La cultura cívica, de Almond y Verba, y 2) la teoría cultura-autoridad de Harry Eckstein (haciendo caso omiso de la teoría de la nueva cultura política).

hasta por sus críticos más agudos. La *Civic Culture* tuvo la virtud de suscitar un amplio debate sobre los aspectos que explican los fenómenos de la participación y la no-participación políticas más allá de causas estructurales. Que no se hayan logrado explicaciones plenamente plausibles no quita el mérito a la singularidad de la propuesta y a la aportación que representa el intento mismo de buscar otro tipo de respuestas a procesos políticos tan complejos. El análisis de Almond y Verba permitió pensar en diferentes culturas dentro de una misma sociedad, a pesar de que los propios autores siguieron con la costumbre en boga de los estudios que pretendían fotografiar el carácter o el espíritu *de los pueblos*, como si fueran bloques monolíticos. Sin embargo, dicho estudio no sólo superó estos esquemas analíticos, sino también ayudó a mostrar las diferentes caras de una misma entidad social. De esta propuesta se rescatan las distintas preferencias culturales que forman parte de la cultura política de una sociedad, participativas y no participativas, informadas y no informadas, democráticas y antidemocráticas, en constante juego y reproducción. Pero especialmente relevantes para el análisis de nuestro tema nos parecen los conceptos de “culturas mixtas”, en particular el de “subordinación y participación”, pues refleja un proceso político dinámico, tanto de contención como de empuje por el cambio, en el comportamiento de las sociedades modernas y, de alguna forma -es una hipótesis-, en las sociedades en proceso de modernización, sólo que en éstas el componente de contención –o mejor dicho, de imposición-, puede llegar a ser el predominante y contener o reprimir al sector participativo.

La teoría de la nueva cultura política busca interpretar los procesos de modernización y posmodernización de las sociedades en prácticamente todo el mundo. En el ámbito global vienen presentándose fenómenos como el colapso de las jerarquías políticas tradicionales, el cambio del centralismo estatal hacia el de la iniciativa privada en el mercado y la participación ciudadana, y el de una cultura corporativa hacia otra en donde se toman decisiones colegiadas en las empresas y en la propia familia. La declinación económica y social mina el poder de la clase política tradicional, los partidos políticos y los liderazgos autoritarios. Todos estos cambios, unos más que otros al principio, comenzaron a observarse desde los años setenta (la primera encuesta fue levantada en 1971) en los países industrializados. Después se comprobó que la posmodernización no era privativa sólo de esos países. Con todo, esta teoría establece que los cambios en los valores están vinculados

a procesos económicos y sociales, que implican periodos de bienestar y cambios en la mentalidad de las nuevas generaciones de una sociedad, en respuesta a dichas transformaciones. Entonces, a pesar de que la teoría tiene validez general, habrá que considerar algunas restricciones en el caso de países con menor desarrollo y buscar saber cómo se presentan en este tipo de realidades.

La teoría de la nueva cultura política permite explicaciones a fenómenos aparentemente contradictorios como la alta participación social y política y, al mismo tiempo, la de una baja participación tradicional y en las urnas. Una explicación proviene del hecho de que las nuevas generaciones están mejor preparadas y capacitadas para luchar por sus propios temas de interés, diferentes a las generaciones anteriores. Estas destrezas permiten a las nuevas generaciones estar en mejores condiciones para desafiar a las elites tradicionales, ya sean éstas iglesias, grandes organizaciones corporativas o partidos políticos. Debido a ello, estos sectores son muy participativos en actividades diversas y heterogéneas,⁴⁴ pero no necesariamente en las de tipo electoral.

Por otra parte, es necesario aclarar que esta teoría no postula que todos los abstencionistas provienen de quienes poseen valores posmodernos. También advierte sobre la existencia de un sector que se queda desmovilizado como producto de la decadencia de las maquinarias de las distintas elites. Esto produce una brecha muy amplia de participación entre aquellos que, al no estar orientados por los líderes ni poseer las cualidades que se requieren para involucrarse en los nuevos temas –que probablemente no le interesen, se suman al abstencionismo, aunque por otros motivos.

La “tercer ola” de las teorías culturales –la que adopta el nombre de teoría cultural-, tiene el defecto de que ha incursionado poco en los estudios de la participación política, particularmente en los de carácter electoral, pero tiene la virtud de disponer de un conjunto coherente de supuestos lógicos que permiten interpretar estos fenómenos, tal como se desprende de sus referencias específicas a la cultura política de la participación y la apatía, desde los distintos modos o preferencias culturales. De acuerdo con esta teoría, se puede decir que la no-participación o abstencionismo, tiene como base la cultura fatalista de manera predominante.

⁴⁴ Entre estas nuevas formas participativas están las que propicia el Internet.

Hasta aquí, han sido vistas tres teorías de la cultura con el propósito de conocer sus aportaciones a la comprensión de los fenómenos de la participación y el abstencionismo en las elecciones. Además de las teorías culturales, están los estudios sobre la participación de la escuela de análisis empírico. De hecho, esta escuela tiene investigaciones que son anteriores a los de las teorías culturales, y se ha dedicado de manera sistemática al estudio del comportamiento electoral. En el siguiente apartado se realiza una revisión de las principales explicaciones surgidas de la observación empírica.

La participación política

El término participación⁴⁵ tiene un carácter relacional. Es decir, necesita referirse a algo externo para expresarse. Junto con el término política,⁴⁶ suele utilizarse tanto en forma sustantiva (participación política) como adjetiva (política participativa). Este último más en uso en el discurso político en México, en particular desde cuando comenzó la serie de reformas que plantearon, por ejemplo, “la planeación democrática” (de la Madrid, 1982).⁴⁷

En sí mismo, el término participación es popular en el lenguaje político cotidiano. Es un término “grato” y quizás como ninguno “goza de mejor fama”, dice Merino (Merino, 1995). Sin embargo, no es un concepto unívoco y su “labilidad” se presta a un tratamiento trivial (Ramírez, 1993). Su uso generalizado indica que además de “grato” es un término útil, el cual en todo caso amerita precisión, para saber de qué se trata cuando se hace referencia a la participación política, desde esta perspectiva.

Según algunos estudiosos del tema, la participación política, como concepto, tiene origen en las democracias occidentales. Por lo tanto, tiene un contexto histórico específico,

⁴⁵ Del Lat. *participatio*, -onis. 1. f. Acción y efecto de participar. A su vez, participar viene de *participare*. 1. Tomar una parte en una cosa. 2. Recibir una parte de algo. 3. Compartir, tener las mismas opiniones, ideas, etc., que otra persona (Diccionario de la Real Academia Española, 2000)

⁴⁶ 1. Arte, doctrina u opinión referente al gobierno de los Estados, 2. Actividad de los que rigen o aspiran a regir los asuntos públicos, 3. Actividad del ciudadano cuando interviene en los asuntos públicos con su opinión, con su voto, o de cualquier otro modo, 5. Por ext., arte o traza con que se conduce un asunto o se emplean los medios para alcanzar un fin determinado, 6. Orientaciones o directrices que rigen la actuación de una persona o entidad en un asunto o campo determinado.

⁴⁷ “La planeación democrática, como método de gobierno, organizará el trabajo y las tareas del sector público, y permitirá incorporar las actividades de los sectores social y privado en la consecución de los objetivos nacionales. Así entendido, la planeación no es sólo un proceso técnico de toma de decisiones, elección de alternativas y asignación de recursos; constituye, fundamentalmente, un proceso de participación...” Miguel de la Madrid, Exposición de Motivos de la *Ley de Planeación*, diciembre de 1982.

una tradición cultural y una infraestructura social y cultural propicia, además de una base legal e institucional que cubre y anima del algún modo. Desde este punto de vista –dice Giacomo Sani-, no se pueden aplicar las nociones de participación política a contextos antidemocráticos o países subdesarrollados (Sani, 1988). No obstante, en nuestra opinión, las sociedades no son estancas y aún en aquellas otrora dictatoriales se demostró el renacimiento y, en algunas, un verdadero nacimiento de organizaciones de la sociedad civil, en sus procesos de transición democrática (Di Palma, 1990; Cohen y Arato, 1992; Sadowski, 1994).

Aquí se examinan textos que analizan la experiencia europea, pero principalmente estadounidense. Las razones son evidentes, pues es en donde se han realizado esta clase de estudios desde inicios del siglo pasado. Y si bien reflejan otras realidades, tienen la cualidad de haber establecido metodologías que pueden ser utilizadas en nuestro caso.

Existen muchos usos del término participación, pero se podría empezar clasificándolos de acuerdo con su definición general, citada del diccionario. Según Vázquez (Vázquez, 1988: 1622, citado en Ramírez, 1993: 25), la participación tiene cuando menos dos significados, uno que representa una actitud pasiva -recibir algo- y otro vinculado más a una actitud activa -ser parte, compartir algo. El primero “define a ésta como un estado o situación, y enuncia la pertenencia y el hecho de tener parte en la existencia de un grupo, de una asociación” El segundo significado se refiere a la actividad social que ejercen unos individuos en un grupo del que forman parte; la participación supone una coincidencia de las finalidades operativas de un grupo, un sentimiento de responsabilidad personal, unas obligaciones creadas por el deber o unos vínculos de amistad. En esta segunda acepción, la participación se puede entender como acción y compromiso. Sartori, por su parte, establece que, “La participación es *automovimiento* y, por tanto, lo contrario del heteromovimiento -por otra voluntad-, es decir, lo opuesto a movilización.” (Sartori, [1988] 1991: 153, subrayado en el original).

De acuerdo con esta perspectiva de análisis, la participación podría dividirse en dos grandes tipos,⁴⁸ 1) La que expresa un estado o situación de pertenencia, un heteromovimiento, que significa una movilización por otros, y 2) La acción y compromiso

⁴⁸ Tómese nota de que esta división en dos, no concuerda con la que establece la teoría cultural. Más adelante se volverá al tema.

o automovimiento. “Autodominio, autorrealización y auto educación”, corresponden al sentido estricto, no al laso, de la palabra.” (Ib). Esta primera tipología de la participación, a grandes rasgos, atiende a su contenido.

Según la forma, podemos dividir la participación en dos, una de carácter político y otra de carácter no político (Verba *et al*, [1995], 1998: 40). En la primera se considerarán a todas “...aquellas actividades de los ciudadanos que intentan influir en la estructura de gobierno, la selección de los gobernantes o las políticas de gobierno. Estas actividades pueden ser de apoyo a las estructuras, funcionarios o políticas existentes o pueden buscar el cambio de cualquiera de ellas.” (Conway, 2000: 3). En la segunda, aquellas relacionadas con la actividad social, civil, religiosa, etcétera.

Es necesario aclarar que la participación social o civil también es política, en la medida en que ambas persiguen intereses determinados y “las relaciones de un sistema de intereses son siempre relaciones de poder” (Pizzorno, citado en Ramírez, 1993: 26). Sin embargo, la distinción es pertinente porque según esta perspectiva de análisis la participación política, propiamente dicha, está relacionada con la conservación o el cambio en el gobierno; en tanto que no todas las actividades vinculadas con la participación social o civil se proponen este objetivo. Aún cuando las fronteras entre lo social o civil constantemente son trascendidas hacia lo político “... ésta es (...) una distinción –analítica- básica.” (Verba *et al* [1995] 1998: 8). En este entendido, parece que Pizzorno se equivoca al proponer entre cuatro *tipos* de participación política la *civil*, como una función de las solidaridades que se forman en la lucha de los intereses privados” (citado en Ramírez, 1993: 28), ya que entre las organizaciones civiles existen aquellas como los clubes sociales, los de asistencia, caridad o del tipo que cita Putnam (1993) de “observadores de aves” que no son, propiamente hablando, políticas, aunque pueden tener un impacto importante en la sociedad.

En un estudio anterior, (Verba *et al* 1978, citado en Kavanagh, 1983: 182-88) establecen *cuatro modos principales de participación política*,

1. Votar
2. Actividades de campaña
3. Actividades comunitarias
4. Contactos particularizados

Los dos primeros son evidentes por sí mismos. Mientras que la actividad comunitaria incluye contactar a funcionarios locales sobre temas sociales y los contactos particularizados incluyen tratar con funcionarios locales sobre problemas altamente específicos.

Estos *modos* difieren en ciertas *dimensiones* importantes, 1. La cantidad de iniciativas que cada acto requiere, o el tiempo, esfuerzos y recursos que están comprometidos. 2. El alcance del resultado potencial, sea que afecte a todos los ciudadanos por ejemplo, con una propuesta sobre impuestos o sólo a unos cuantos. 3. La cantidad de conflicto implicada por el acto, qué tanta oposición alcanza, ya sea por políticas de redistribución de beneficios o de costos, y 3. El tipo de influencia ejercido por el acto, ya sea que exprese información para los funcionarios o presiones para conformar una política.

Estos diferentes *modos* de participación atraen a personas con orientaciones diversas. Básicamente tres,

- Compromiso psicológico en política, medido por intereses y atención en asuntos políticos.
- Militancia, medida por la identificación con un partido político, y
- Sentido de contribución al bienestar comunitario, basado en las respuestas del individuo entrevistado, acerca de su propia creencia de que realiza tal contribución.

Desde este punto de vista, la votación, por ejemplo, atrae a los militantes que se identifican fuertemente con un partido político, pero tiene poca asociación con la sensación de que el individuo está contribuyendo al bienestar comunitario, “[...] probablemente porque el acto de votar no requiere mucho compromiso psicológico” (Id). Las actividades de campaña están asociadas también con un compromiso psicológico, militancia y un sentido de contribución a la comunidad. Las actividades comunitarias de igual forma se relacionan altamente con este tipo de compromiso, pero no con la militancia. Los participantes en esta área están menos interesados en los aspectos conflictivos de la actividad. Finalmente, las actividades particularizadas tienen poca asociación con la militancia o el sentido de utilidad comunitaria y sólo tienen una relación modesta con un compromiso psicológico.

Kavanagh (Ib.) dice que los autores citados “[...] sugieren que las actividades de las campañas y las comunitarias son el corazón de la participación política” y que las actividades de los votantes y las actividades particularizadas “[...] son explicadas por

factores más específicos.” Las primeras se distinguen en que conciernen a temas políticos más generales y requieren mayor iniciativa de los individuos involucrados en ellas. Por lo tanto, es de esperarse mayor compromiso psicológico en política en este tipo de participantes.

Por su parte, Barnes y Kaase (citados en Conway, 2000: 4). hacen una distinción sobre actividades convencionales y no convencionales. Las primeras se refieren a aquellas actividades aceptadas como apropiadas por la cultura política dominante, tales como votar, trabajar por un candidato o un partido. Otras, en este mismo rubro, son de carácter organizativo, cuyo foco de atención puede ser uno o varios temas del amplio espectro de las políticas públicas, como oponerse a la contaminación o al cierre de una escuela. Ciertas actividades política no convencionales pueden ser consideradas inapropiadas, aunque legales, por la cultura política dominante y otras pueden ser inclusive ilegales. Estos autores plantean también la existencia de otra forma de *participación* que busca reprimir la participación misma, tanto legal como ilegal, que anima a algunos grupos de extremistas incluyendo a autoridades establecidas

En cuanto a lo que pueden llamarse niveles o grados de participación política, Sani distingue por lo menos tres, 1. *La presencia*, que es la forma menos intensa y más marginal, de tipo receptivo o pasivo como la presencia en reuniones, la exposición voluntaria a mensajes políticos, u otras, en donde el individuo no hace ninguna aportación personal. 2. *La activa*, en donde el sujeto desarrolla, dentro o fuera de una organización política, una serie de actividades de las cuales es delegado permanente o de las que se encarga de vez en vez o puede ser él mismo el promotor, el proselitista y 3. *La participativa*, propiamente dicha, en donde el individuo es el que “...contribuye directa o indirectamente en una situación política”. (Sani, 1988: 1180-81).

Milbrath (citado en Merino, 1995: 34), sugiere a su vez una clasificación similar, los apáticos, los espectadores y los gladiadores, como reminiscencia del circo romano. “Un símil no sólo gracioso sino preciso”, según Merino. Sin embargo, esta interpretación de la participación es unidimensional, pues implica que los participantes en las formas más demandantes; por ejemplo, ser candidatos, también participan en las menos demandantes - ser militante, discutir de política y votar. No obstante, los hallazgos citados de Verba *et al*, no confirman esta hipótesis jerarquizada o escalonada -y en cierta forma estancada- pues

encontraron que en Estados Unidos “(...) la participación política era multidimensional y que la actividad en un contexto más demandante no implicaba la disposición a participar en el contexto ‘fácil’. Era más probable que si uno estaba comprometido en un acto perteneciente a un modo particular de participación, entonces era probable también que se involucrara en otros actos dentro de ese modo de participación.” (Kavanagh, 1983: 183).

En suma, hay distintos caminos para analizar, caracterizar y referirse a la participación, por su contexto, contenido, forma, tipo, modos y niveles o grados. De estas diferentes posibilidades nos interesa destacar, para efectos del desarrollo de nuestro trabajo y de esta sección, la distinción analítica de participación política y participación no política; esta última referida a la participación social, de asistencia, recreativa, u otra. Sobre la primera, se entenderá como participación política la de tipo electoral. Esta última como parte del objeto principal de nuestro análisis. Pero aquí cabe preguntar cómo caracterizar –desde esta perspectiva- la abstención electoral, ¿Cómo no-participación política? Más adelante se volverá sobre esta pregunta. Una forma de entrar a su análisis es a través del concepto de participación en el contexto de la discusión sobre su papel en la democracia.

Participación política y abstención

El concepto de participación está estrechamente relacionado con el de democracia. Sartori señala que el elogio de Tocqueville a las asociaciones voluntarias, la teoría de la sociedad multigrupal y la participación, como antídoto a la ley de hierro de la oligarquía de Michels, “todo ello se añade a la literatura que ensalza el carácter central de la participación en la democracia.” (Sartori, [1980] 1991: 154). Empero, este autor cita a teóricos de la democracia que consideran central la participación, mientras que algunos partidarios de la teoría elitista la consideran irrelevante y aún peligrosa para la democracia. Milbrath, por ejemplo, en cuatro de 15 puntos de conclusión sobre la participación, menciona, “3) Es un hecho, en consecuencia, que *no se necesita una muy alta participación para el éxito de la democracia*. 4) No obstante, para asegurar la responsabilidad de los funcionarios públicos, *es esencial que un alto porcentaje de ciudadanos participe, al menos, en los procesos electorales [...]* 6) *Sin embargo, niveles moderados de participación suelen ser útiles para mantener un cierto equilibrio* entre los roles ciudadanos de participación activa y

demandante y de obediencia a las reglas democráticas de convivencia [...] y 13) Con todo, *una sociedad con amplios niveles de apatía puede ser fácilmente dominada por una elite poco escrupulosa*, de modo que sólo *una continua vigilancia de por lo menos algunos ciudadanos puede prevenir de los riesgos de la tiranía.*“ (Citado en Merino, 1995: 39-40, los subrayados son míos).

Es claro que la teoría elitista –al menos, el teórico citado- propone como bueno para la democracia que existan bajos niveles de participación no electoral, aunque amplios niveles de apatía no son convenientes y se requiere que por lo menos “algunos ciudadanos” ejerzan continua vigilancia. Pero también considera esencial “un alto porcentaje” de participación en los procesos electorales. Pero ¿qué tan alto debe ser éste?

La respuesta depende de las teorías. Según Richard Rose, no hay consenso acerca de cuál es una buena votación. Los teóricos de la elección racional pueden argüir que "lo que sea, es correcto", o bien dar por supuesto que los ciudadanos asumirán la importancia de votar (Polsby y Wildvasky [1964] 2000: 8),⁴⁹ mientras que en el otro extremo, para el del idealismo democrático "cualquier cifra menor al 100% es mala". Pero una tercera opción -a la cual, se podría llamar pragmática- plantea la necesidad de tomar medidas "para mejorar una buena votación". Desde esta perspectiva, concluye Rose, una votación menor a la mitad del electorado expresa una brecha entre el sistema y la práctica electoral, tan grande que resultaría "excluyente", pues la mayoría de los electores no participa en la elección de sus gobernantes. Por otra parte, una votación del 100% podría plantearse como "un límite matemático para ser alcanzado, pero nunca posible." Por lo tanto, el equivalente "casi perfecto" de una votación que podría describirse como una meta honestamente alcanzable se podría establecer en 95% (Rose, 1997).⁵⁰

Se ha visto lo que pudieran llamarse parámetros de la participación electoral, que muestran los límites de lo que sería una votación buena o mala. Aún cuando la fijación de los parámetros implica ya una controversia, se partirá de la regla elemental del conteo

⁴⁹ Polsby y Wildavsky citan (sin estar de acuerdo con él) el mencionado supuesto de la siguiente manera, "La ventaja de votar per se es que hace posible la democracia. Si nadie vota, entonces el sistema se colapsa porque ningún gobierno es elegido. Nosotros asumimos que los ciudadanos de una democracia suscriben sus principios y en consecuencia derivan los beneficios de su continuidad; por lo tanto, ellos no quieren que se colapse. Por esta razón, los ciudadanos otorgan valor al acto de votar per se y reciben recompensa por ello".

⁵⁰ Rose no explica por qué eligió ese porcentaje. Es probable que sea porque es uno de los más altos y sostenidos que se han alcanzado hasta ahora en una elección democrática.

democrático, según la cual, la mitad más uno ya expresa una mayoría suficiente para tomar una decisión.

Falta preguntarnos ahora quiénes son los votantes y los no votantes. Sin embargo, la tarea de distinguir entre unos y otros es “...un desafío persistente que produce perplejidad para todos los analistas políticos.” (Miller y Shanks, 1996: 16).

Para Polsby y Wildavsky, “[...] en general los votantes son gente conectada en varios modos a la sociedad en gran parte, o a su comunidad local, y *los abstencionistas no*.” (Polsby y Wildavsky, [1964] 2000: 9. El énfasis es del autor de este trabajo) Estos autores señalan que los votantes son aquellos que están asentados en un lugar, casados, organizados de alguna forma, los adultos, los mejor educados y quienes simpatizan por un partido. A esto, dichos autores le llaman la “teoría de la conectividad social”. De acuerdo con ellos, los abstencionistas serían aquellos que no están “socialmente conectados,” cuyas características serían las opuestas a las antes mencionadas. Pero, aquí comienza otro debate.

A este respecto, Doppelt y Shearer (1999: 13) consideran que existe una falacia en buena parte de la sabiduría convencional, al creer que “...el abstencionismo está basado en el estereotipo de que el no votante es homogéneo, como si todos los abstencionistas estuvieran infectados del mismo virus del ausentismo.” En este mismo tenor, Texeira dice que “...no hay una razón convincente para creer que el conjunto (pool) de no votantes se ha vuelto crecientemente inclinado hacia las categorías socioeconómicas más bajas” (Texeira, 1987: 108) y que, dicho conjunto, “aún cuando no es una fiel representación de la población total, difícilmente es un monolito de los desaventajados.” (Texeira, 2000). Sin embargo, el punto de vista de Avey (1989: 28-31) es contrario, al considerar que -en Estados Unidos- son los negros y los blancos pobres los que menos votan. Y, finalmente, está el hallazgo que provoca perplejidad en Miller y Merrill Shanks cuando plantean que, en una elección dada, los no votantes -quienes erróneamente contestaron en una encuesta haber votado- “(...) son muy similares a aquellos que realmente votaron, mientras que los que reconocieron haberse abstenido de votar difieren de los votantes reportados en muchas dimensiones importantes.” (Miller y Merrill Shanks, 1996: 17). En efecto, este es un caso que produce perplejidad -el hecho de no haber votado y decir que sí votó, y, el que tengan un perfil que no difiere de los votantes reales, ¿indicará que al menos tenían la intención

hacerlo y que eso los hace similares?. Asimismo, no se descarta que sea resultado de las dificultades que existen para estudiar este fenómeno tan complejo, por medio de encuestas.

Doppelt y Shearer (1999: 17), a su vez, en un estudio concentrado en los no votantes, encontraron que los abstencionistas no cumplen con el estereotipo político, de edad, educación e ingreso, que se les asigna. Tampoco carecen de opiniones. “Cuando finalmente se les pidió su opinión, ellos la tenían, y eran tan variadas como las de los votantes.” Algunos abstencionistas son pobres. Otros tienen ingresos arriba de 75 mil dólares al año. Algunos no terminaron la preparatoria, mientras otros obtuvieron algún grado. Algunos están conectados con el gobierno y se ponen en contacto con sus representantes, y a otros simplemente no les interesa. De esta variedad de abstencionistas, los autores encontraron cinco subgrupos, 1) Los “hacedores” (doers), entre quienes tiende a haber educados, seguros económicamente, activos e informados. A algunos de ellos les ofende la expresión, “votar por el menos malo”, pero han votado solamente dos veces en su vida. Otros se avergüenzan de estar entre la mayoría de los no votantes, pero confiesan no saber nada sobre candidatos. Y otros están contentos con dejar la carga a los interesados en la política, mientras ellos ejercitan su derecho a perseguir la felicidad ordinaria en su trabajo. 2) Los “desconectados”, son los que no tienen mucha educación formal y no interactúan en sus comunidades. Algunos de ellos se quedaron con la mente fija en hechos políticos dramáticos (como el asesinato de Kennedy y el caso Watergate) y tienden a ignorar las discusiones políticas. Ellos creen que los políticos no los atienden y, en consecuencia, les retribuyen con la misma moneda. 3) Los “irritables” están inclinados a creer que su voto no cuenta sin importar quién es el candidato. No conocen un candidato que merezca su voto y no tienen idea de qué hacen los políticos en la vida cotidiana. 4) Los “no sé”, son los que “saben que no saben”. Ven diario las noticias y no distinguen un demócrata de un republicano, y 5) Los “alienados” son los que se encuentran en el núcleo duro de los no votantes. Han perdido la fe en el sistema. A pesar de tener un pariente cercano que ha votado siempre, ellos nunca han votado y nunca votarán. (Id.: xiii-xiv). Entre esta diversidad de grupos y tan alta divergencia de puntos de vista, sin embargo, hay una fuerza unificadora “(...) su desafección por, y desconexión del, proceso político.” (Id.: 16).

Se tiene entonces dos grandes explicaciones sobre las características de los no votantes, 1. Son los que están desconectados socialmente, y 2. Son los desafectos y desconectados

del proceso político. La primera, ubica las causas de estas diferencias en las condiciones de orden socioeconómico. La segunda, en cambio, se orienta más por una explicación que reside en cuestiones de orden político. Sus perfiles diferenciales con respecto a los votantes, aún cuando no son tan grandes como para ubicarlos en un bloque aparte, sin embargo existen.

¿A qué se deben las diferencias entre votantes y no votantes? Las explicaciones se han buscado en los antecedentes históricos, las condiciones socioeconómicas y sociodemográficas, las regionales, en el estatus social, en las leyes e instituciones, en el sistema de partidos, en los liderazgos, en la movilización y desmovilización de grupos, en causas psicológicas, en la racionalidad - e irracionalidad- de la participación política, en los aspectos religiosos y en los patrones culturales. Cada una de ellas con sus aciertos y sus fallas -también están, por supuesto, las causas coyunturales, características de la falta de atracción de una determinada campaña o candidatura, pero aquí se analizan los temas relacionados con lo que se cree produce comportamientos más “estables” en la votación y el abstencionismo.

Los antecedentes históricos sólo se enuncian. Sin embargo, Polsby y Wildavsky, Miller y Merrill Shanks, demuestran la existencia de ciertos anclajes en la historia, cuya persistencia es notable, como por ejemplo, el voto favorable de los negros hacia el partido demócrata por la posición de apoyo que éste adoptó con respecto a sus derechos civiles. Avey (1989), por su parte, es especialmente incisivo en destacar factores enraizados en la historia basados en políticas definidas por las elites, destinadas a disuadir al votante de nivel socioeconómico bajo, sobre lo cual proporciona una larga lista de ellos.

La explicación clásica sobre participación política es la que plantea que esta varía de acuerdo al estatus socioeconómico, como la educación, el ingreso y la ocupación. Aquellos con más años de educación formal, son los que tienen más probabilidad de comprometerse con varias formas de participación política. “Los individuos de estatus alto, especialmente los mejor educados, probablemente son los que tienen más tiempo, dinero, acceso a la información política, el conocimiento y la habilidad para involucrarse políticamente. Tan extendida está esta noción que Verba y Nie se refieren al estatus social como ‘el modelo estándar’ de la participación política.” (Dalton, [1988] 1996). La ocupación también puede a veces predecir mejor que el ingreso o la educación, una asociación con la participación.

Sin embargo, desde mediados de los años sesenta la votación va a la baja (López y Gratschew, 2002). El gran enigma es saber ¿por qué, si en términos generales se han relajado las restricciones para el sufragio, han aumentado los niveles de educación, ingreso y la ocupación se ha diversificado, han bajado las tasas de participación electoral?

A esta baja en la participación se agregan los grupos de edad joven, especialmente los que se encuentran entre los 18 y 24 años, quienes se caracterizan por no ser propensos a votar, como ha sucedido en cuatro de las seis elecciones presidenciales, y para la del 2000, cuando solamente se registró el 49% de ellos (Fetto, 1999). Por su parte, Doppelt y Shearer (Id.) encuentran en su estudio que "... el 39% de los probables no votantes son menores de 30 años, en comparación con el 16% de los votantes." Para muchos jóvenes la política es un mundo lejano. Pero al aumentar la edad, la gente paga impuestos, tiene casa, sus hijos entran a la escuela y pueden obtener beneficios de los programas de gobierno. "La mayoría de los estudios encuentra que el compromiso político aumenta con la edad" (Dalton, [1988] 1996: 55). De hecho, Gray y Caul (2000) plantean que la mayor proporción de votantes adultos comienza a regresar con el envejecimiento de la generación del "baby boom". Al respecto, Miller y Shanks (obra citada: 19), en un análisis retrospectivo desde 1952 a 1988, encuentran un patrón de comportamiento entre los diferentes conjuntos de edad que muestran esta misma tendencia. Por otra parte, el género también influye en la baja votación, los hombres frecuentemente son más activos en política que las mujeres. Adicionalmente, la socialización temprana con frecuencia considera inapropiada la política para las mujeres. En una época de cambios en los roles sexuales, se puede esperar que el género sea todavía un pronosticador importante de la participación (Conway, 2000).

En cuanto a la desmovilización, Avey (1989: 28-31) apunta una extensa lista de factores asociados que la producen. Todos relacionados con el papel que históricamente han jugado las elites.⁵¹

⁵¹ 1) El sesgo participativo ocurre porque las elites recompensan a los grupos de mayor estatus socioeconómico, 2) Asimismo, por la recompensa a los segmentos adultos y la represión al activismo joven de los años sesenta y setenta; 3) La penalización de la movilidad física de los electores, 4) El desarrollo de una política de las elites dirigida a crear responsabilidad cívica en determinados segmentos de la población, hacia los cuales dirigen los programas de gobierno, 5) Lo anterior también se aplica a los votantes que cuentan con un sentido de eficacia política, 6) Las elites políticas influyen para no dejar en claro las diferencias entre los distintos candidatos, con el propósito de disuadir a los ciudadanos de votar, 7) Si los ciudadanos simpatizan por algún candidato, las elites determinan a qué segmento dirigen la campaña o los beneficios políticos, 8) La fuerte identificación de los votantes con un partido político es resultado del trabajo de las elites dirigido a ese sector específico de simpatizantes, a través de las políticas de gobierno, 9) La

Por su parte, Gray y Caul (2000) plantean que la declinación de los sindicatos y los partidos laboristas -los cuales han estado asociados con la movilización de los votantes periféricos- y el incremento real del costo de la movilización, han bajado las tasas de votación. Específicamente, los cambios en las tasas de sindicalización y el voto compartido de los partidos laboristas, por ejemplo. Asimismo, la nueva estructura ocupacional -orientada a los servicios- debilita las lealtades de clase y dificulta la movilización de los trabajadores desorganizados.

En el compromiso psicológico en política -también llamado compromiso político- influye quién participa y la forma y extensión de la participación. Ésta puede incluir un sentido personal de eficacia política, obligación de participar, interés, participación en una campaña e identificación con un partido político. Quienes tienen lazos débiles con un partido o no tienen ninguno, "(...) están menos interesados en los resultados de una elección y en menos probable que participen" (Dalton, [1988] 1996). Aunque desde los años cincuenta, algunos componentes de este compromiso psicológico, como la identificación con un partido, la creencia de que el gobierno es sensible y responsable a las preferencias ciudadanas, ha declinado y el porcentaje que expresa cinismo político ha crecido (Conway, 2000).

El factor institucional implicado en el sistema electoral y de partidos también se pone en juego. El sistema electoral norteamericano, como ya se dijo, es atípico.⁵² Es diferente en

conciencia de grupo es resultado de reciprocidad con respecto a los beneficios que las elites destinan a los grupos específicos, 10) La fortaleza de los partidos políticos es resultado de la decisión de las elites políticas de hacerlos fuertes, 11) Cuando los partidos son muy competitivos -lo cual reduce la desmovilización- es resultado también de que las elites se proponen reducir la participación de los estratos bajos en política, a través del sistema de partido dominante, 12) Si las elites deciden alinear a los partidos con cleavages económicos o sociales es para reducir las presiones de votantes potenciales y la desmovilización, 13) Más aún, un alto nivel de conflicto político entre grupos sociales y económicos, conducido por las elites, lleva a una movilización de los votantes más fácil, 14) Esto implica la movilización de organizaciones que movilizan sectores del electorado (como sindicatos, grupos de derechos civiles y profesionales), 15) La decisión de quién debe recibir altos niveles de información es decisión de las elites, pues ellas determinan los medios y el lenguaje más apropiado para comunicar los mensajes especialmente diseñados para la población objetivo, 16) Si las leyes de registro y los procedimientos de votación son simplificados, es decisión de las elites, 17) Es decisión también de las elites facilitar que se vote en un día feriado, 18) Incluso extender las horas de votación a más de un día, 19) Reducir el número de elecciones para concentrar la movilización del votante en las más importantes, y 20) Evitar las proyecciones del más probable ganador antes del término del proceso, cerrando las casillas simultáneamente.

⁵² En primer lugar, en Estados Unidos, según observó Alexis de Tocqueville hace más de 150 años, lo que caracteriza a esa sociedad es la capacidad de sus ciudadanos para organizarse en diferentes tipos de asociaciones. Esta movilización organizativa es destacada en la actualidad por Robert Putnam (1993; 2000) y Francis Fukuyama ([1995] 1996; 1999), entre otros, que tiene por base el "capital social", con el cual se refieren a un conjunto diverso de redes organizativas, basadas en normas de reciprocidad, así como en la confianza mutua de sus integrantes. Según dichos autores, el capital social es el que sostiene a la sociedad

muchos sentidos al europeo y el que más se le parece es el de Suiza, en donde también la votación es muy baja.

El factor anterior sirve para mencionar el planteamiento de la teoría de la elección racional. De acuerdo con esta propuesta, algunos de los puntos mencionados anteriormente aumentan los costos para votar. Luego, un elector racional no vería la utilidad de votar, menos si su voto individual no influye en el resultado general. Al respecto, hay un gran debate por las contradicciones *racionales* de esta propuesta, a las que se hará referencia después.

Los patrones de baja participación están relacionados con la declinación de la fuerza de los partidos, el sentido de eficacia política de los ciudadanos, así como cambios en los patrones de militancia partidista. Aunque “(...) si bien es generalmente aceptado que estos cambios han contribuido a la baja de la votación, los estudiosos no están de acuerdo en los efectos de estos cambios en la confianza política” (Conway, 2000: 179), pues ésta sigue expresándose en la existencia de otras formas de participación. Estas otras formas de participación política, diferentes a la de votar, tienen importancia e involucran a la población en gran número, a través de diversas instituciones mediadoras, civiles, sociales, culturales, y otras. La experiencia participativa en la toma de decisiones de un club u organización voluntaria, desarrolla habilidades y orientaciones que conducen al mundo de la política (Verba, Schlozman y Brady, 1995). Por lo tanto, la participación en grupos no políticos puede estimular también el compromiso político. No obstante, Putnam (1995; 2000) ha encontrado fuertes signos de agotamiento del capital social.

Finalmente, los valores políticos ciudadanos influyen en la participación, por ejemplo, la insatisfacción política. Al respecto, hay un debate sobre su papel causal, que puede ser contradictorio. Por un lado, puede implicar crítica proactiva al proceso político y, de esa

activa y participante, a pesar de la baja votación en las elecciones presidenciales y legislativas (sin embargo, este es un concepto sujeto a debate. Edwards *et al*, 2001). En segundo lugar, en ese país existe una altísima actividad "electiva" de los ciudadanos, cuando tienen que elegir a jueces, autoridades educativas, votar por distintas proposiciones, etcétera. Russell J. Dalton menciona que –por ejemplo- en Irvine, California, un ciudadano podría haber participado hasta en ¡cuarenta y cuatro! distintas elecciones realizadas en un determinado año. (Dalton, [1988] 1996: 47). En tercer lugar, está la peculiaridad del sistema electoral norteamericano, el cual, como se sabe, no tiene registro y voto obligatorios, realiza sus elecciones en un día laboral, tiene una alta movilidad de su población, un sistema bipartidista y elecciones uninominales, todos esos factores, se dice, contribuyen a la baja votación. Sobre este aspecto, Polsby y Wildavsky consideran que, “Una mejor explicación de por qué los votantes norteamericanos están divididos entre votantes y no votantes, es el registro.”

manera, una alta participación. Por otro lado, puede representar crítica reactiva y, por lo tanto, pasividad. Desde esta perspectiva, altas tasas de votación podrían implicar una amplia insatisfacción con el proceso político general o con un gobierno determinado; pero también la abstención podría representar insatisfacción política pasiva. Aún cuando los estudiosos puedan estar en desacuerdo con la dirección causal de la insatisfacción política, consideran a ésta una influencia potencial importante en los niveles de participación (Dalton, [1988] 1996: 56). El problema estaría en detectar de qué tipo de insatisfacción política se trata, al estudiar el abstencionismo.

Otro juego de actitudes políticas incluye las creencias acerca del papel de los ciudadanos y la naturaleza de la acción política. La creencia de que los ciudadanos deben participar en política y que esa participación hace la diferencia, puede estimular el compromiso con ella. Esta creencia es descrita como sentido de eficacia política -el sentimiento de que la acción política del individuo puede afectar el proceso político. Por el contrario, un sentimiento de cinismo político puede conducir a la apatía política y a su retraimiento. Si uno no puede afectar el proceso político, ¿por qué preocuparse en intentarlo?

En términos generales, se tiene dos grandes explicaciones sobre la participación y la abstención. La primera explica a esta última como producto de la desconexión social. La segunda, como resultado del desafecto y la desconexión con el sistema político. La primera explicación adolece de contradicciones resultantes de que los hechos actuales no compaginan con una de las predicciones principales de la teoría en el sentido de que a mayor estatus socioeconómico es mayor la votación. La segunda, al encontrar semejanzas importantes entre los abstencionistas y los participantes, acude a explicaciones del fenómeno del abstencionismo relacionadas con el desafecto y la desconexión con el proceso político mismo.

¿Es importante la participación? Es evidente que la participación, ya sea en la política o en áreas no políticas, tiende a influir en las actitudes o creencias individuales en dirección positiva hacia la sociedad y el sistema político. Ahora bien, la falta de participación es considerada positiva cuando es en pequeñas dosis, pero cuando la abstención es alta, preocupa aún hasta a los que se desentienden de ella.

La falta de participación es en dos sentidos, hay desconexión de los no votantes con el proceso político y de éste con los no votantes. La desconexión puede ser resultado de

muchos factores. Uno de ellos es el solo acto de que el ciudadano ejerce su derecho de no ejercer su derecho. Esto en sí constituye un problema, pero no tan grave como el hecho de que alguien quiera participar y por circunstancias ajenas a su voluntad no pueda hacerlo. Entonces el problema de la participación y la no-participación adquiere otras dimensiones.

Cultura política, participación y abstencionismo

Se han descrito diversas teorías sobre cultura política. Se han esbozado también algunas de las principales aportaciones de los trabajos empíricos -y sus referentes teóricos- sobre la participación y la no-participación electoral. Se destacará ahora los aspectos más relevantes de ambas aportaciones y, en particular, su pertinencia para este estudio.

El primer estudio cultural fue importante por la aportación a las investigaciones no estructurales en el comportamiento político. Este estudio pionero suscitó un debate amplio, acertado y desacertado, teórico e ideológico, en ocasiones acre –como se vio-; debate que sirvió de base para nuevas investigaciones, igualmente motivo de polémica.⁵³

La teoría de la nueva cultura política, la cual también reconoce el trabajo germinal de Almond y Verba, puede considerarse como la continuación de “la primera ola” de los estudios culturales, pero con importantes modificaciones, tiende a basarse más en factores estructurales para explicar los cambios de valores y, en consecuencia, los comportamientos políticos.

Esta teoría, no obstante la controversia que suscita y seguirá provocando, tiene la virtud de que es contrastable en el tiempo con la realidad que predice. El planteamiento central de la nueva cultura política es que a partir de la posguerra, comenzó un cambio cultural hacia valores posmaterialistas, tales como la auto expresión y tener opinión sobre las decisiones de gobierno. Sin embargo, como dicen Grensdtdad y Selle (1999: 57) este cambio debe completarse [en el tiempo] muy pronto, pues de no hacerlo “la teoría estará en dificultades”.

⁵³ Ver, por ejemplo, el trabajo de Putnam (1993) en donde reconoce su obra como continuación de la *Civic Culture*. Sin embargo, Laitin (1995), quien elogia a Putnam por su investigación, niega la afirmación de que ésta sea una continuación de la *Civic Culture* y lo atribuye a la modestia de Putnam.

Una característica interesante de la nueva cultura política es que está viva y actuante y cuenta, como dice Clarke, con acólitos en todas las esquinas del mundo trabajando por desarrollarla -y entre esas esquinas estaría Tijuana, nuestro objeto de estudio- y ha comprobado su validez, sobre todo en los países desarrollados. Asimismo, esta tendencia se observa en los países de nueva industrialización, como México (Inglehart, Bazáñez y Nevite, 1997) e inclusive en el nivel regional (Cortés, 1997). Empero, Dalton (1996), cuestiona su aplicación plena en estos países. Más aún, encuentra que, de acuerdo con la teoría de la nueva cultura política, el paso hacia los valores posmodernos implica una movilización conciente (con auto-valoraciones, en términos de Almond y Verba) de un sector muy pequeño de la población. Por lo mismo, se abre una brecha en relación con un sector de la sociedad, más numeroso, que no está en capacidad de orientarse por los nuevos temas, aún cuando los prefiera. Por otra parte, estaría aquel sector de la sociedad que puede seguir manteniendo valores materialistas, pero no es movilizado por las elites tradicionales, debido a las condiciones de crisis de liderazgo por las que éstas atraviesan. De ser cierto lo anterior, se trataría de una crisis de movilización tradicional por parte de las elites, así como una de auto-movilización, como sería el caso de quienes simpatizan con valores posmodernos, pero no tienen las destrezas y capacidades para auto-movilizarse. En el caso de los países post-industriales, esto es cierto en la medida en que el porcentaje de la población movilizada conforme a los valores posmodernos es todavía proporcionalmente menor en relación con quienes poseen valores materialistas, aunque va en aumento. Pero en el caso de los países con nueva industrialización, este sector es aún menor. Lo cual obliga a estudiar su aplicación en nuestra propia realidad, teniendo en cuenta los matices señalados.

Con respecto a la teoría cultural, calificada ya como “la tercera ola” de los estudios culturales, tiene un origen diferente a las dos anteriores, como pudo observarse. Esta teoría no trata las relaciones de la cultura con el gobierno, sino con la autoridad, una distinción importante que le permite incursionar en temas muy diversos, como ya se mencionó. De aquí tal vez la explicación de por qué no ha tratado en forma extensa los temas político-electorales. Pero tiene potencialidades de desarrollo en la medida en que abarca y llena – o pretende hacerlo- los vacíos de la primera ola de estudios culturales. Asimismo, por su apertura a reconocer las aportaciones de teorías consideradas tradicionalmente rivales de

los estudios culturales, como la institucional y la de la elección racional, y a reinterpretar los estudios clásicos de carácter electoral.

Desde esta perspectiva –y con esta actitud–, algunos de los proponentes de la teoría cultural reconocen ciertas críticas que tradicionalmente se han hecho a la teoría de la cultura política. En efecto, el término de cultura política es utilizado frecuentemente como variable “residual”. Esta es –dicen–, en la práctica una tácita aceptación de un “no sé.” Asimismo, en relación con la crítica sobre la causalidad de la cultura política respecto a las estructuras institucionales, consideran que, ciertamente, la cultura política no debe ser tratada como una causa “incausada” que pretende explicar por qué la gente se comporta como lo hace, pero es incapaz de ser explicada ella misma. Hacerlo así es como suponer la existencia de un mundo en donde los valores están despegados de los seres humanos.

La continua adhesión a ciertas creencias y hábitos de parte de las personas debe ser explicada. La cultura política es transmitida de generación en generación, pero no por casualidad y sin dudas. Es producto de algo vivo y constantemente negociado por los individuos. Una cultura política admisible no debe convertir al individuo en un autómatas que recibe pasivamente e interioriza normas políticas. Un primer paso en esta dirección es reconocer la importancia de la experiencia en la formación de las orientaciones de los adultos, en lugar de considerar sólo la experiencia durante la infancia. Un segundo paso es reconocer las normas y valores que compiten dentro de la sociedad. Si la cultura política resulta de continuas negociaciones practicadas y ensayadas por los individuos, el cambio político –considerado el talón de Aquiles de las teorías culturales– adquiere así toda su importancia.

La teoría cultural reinterpreta el trabajo realizado por Almond y Verba en *The Civic Culture* y, de acuerdo con los propios datos aportados por dicho estudio, llega a conclusiones diferentes. Por ejemplo el caso de México, que es considerado por Almond y Verba como una cultura política en donde se combinan la “alienación y la aspiración.” Según estos autores, los mexicanos son alienados, desconfiados y evitan lo que consideran un gobierno corrupto y arbitrario, pero en opinión de los seguidores de la teoría cultural parece que en realidad están describiendo una cultura más bien fatalista. Sin embargo, ese estudio también mostraba la existencia de formas culturales participantes, como la

jerárquica y una cierta mezcla de individualismo e igualitarismo, al lado de la cultura fatalista.⁵⁴

Algunos de los autores (Grendstad y Selle, 1997: 169-190), integrantes del grupo de teóricos de la teoría cultural, polemizan con la teoría de la nueva cultura política. Por ejemplo, realizan un estudio sobre la problemática relacionada con el medio ambiente desde las dos perspectivas y encuentran que la primera explica mejor las distintas posiciones culturales respecto a las diferentes formas en que se aprecia el fenómeno del medio ambiente y sus peligros.

En el caso de la teoría de la elección racional, aunque una buena parte de los exponentes de la teoría cultural la descarta por ser parcial y explicar, en todo caso, sólo una determinada forma cultural –la individualista-, otros, como Chai y el propio Wildavsky (1998: 299-306), la utilizan para llenar algunos vacíos de la teoría cultural, tanto como de la elección racional. Sobre este último aspecto, por ejemplo, dichos autores consideran que el teorema del voto de los electores orientado hacia el centro, basado en la ideología de los partidos, propuesto por Downs, es anómalo en tres sentidos, 1. Por cuanto sigue siendo unidimensional y los electores no votan con base en la ideología de los partidos, sino por los varios temas propuestos en las plataformas, de las cuales sólo algunos electores –los más preparados y los identificados con alguno de ellos- infieren la ideología de los partidos, 2. Porque los partidos no convergen ideológicamente, pues perderían su naturaleza. Por el contrario, tienden a mantener su plataforma distintiva -aunque pueden ir cambiándola con el tiempo, en un proceso más bien lento-, y 3) Porque los partidos no se reducen a la dimensión izquierda-derecha propuesto por Downs, basado en qué tanta intervención del Estado debe haber en la economía, sino al menos a una más, de carácter social, qué tanto el Estado debe regular la moralidad. El planteamiento de Downs, al considerar una sola dimensión ideológica de izquierda-derecha, termina por equiparar el no intervencionismo económico con el intervencionismo en lo moral -ambos de derecha- con lo que oscurece el conflicto ideológico realmente existente. Por lo tanto, se preguntan Wildavsky y Chai, ¿Es posible registrar estabilidad de los partidos en el corto plazo y singularidad ideológica de los mismos, sin reducirlas arbitrariamente a un espacio unidimensional y sin adelantar

⁵⁴ Se debe recordar que en el caso de México este estudio se realizó solamente sobre la población urbana, en el año de 1959.

explicaciones ad hoc a la abstención?⁵⁵ En opinión de los autores la respuesta es afirmativa si se utiliza la teoría grid-group.⁵⁶

De acuerdo con lo planteado por Chai y Wildavsky, se puede intentar -desde la perspectiva de la teoría cultural-, una reinterpretación de algunos de los principales aportes de las otras teorías que se han analizado hasta aquí.

Empezando con las diversas clasificaciones sobre la participación, por ejemplo, con la que establece dos grandes tipos, los movilizados y los auto-movilizados. Reinterpretados desde la teoría cultural se podría hablar, en principio de tres tipos de participación, en lugar de dos, los pertenecientes a las preferencias culturales individualista, jerárquica e igualitaria. La primera es participativa voluntaria, por lo que admitiría caracterizarse también como “auto-movilizada”, la segunda es participativa pero vinculada a las jerarquías, por lo que permitiría agregarle también la connotación de movilización por otros (heteromovimiento), y la tercera, la igualitaria, la cual se caracteriza por ser la más participativa de todas, se ubicaría también como auto-movimiento, pero de forma diferente, porque también es anti-jerárquica y anti-individualista. Tendría entonces que hablarse de una forma diferente de participación, no incluida en la división dicotómica propuesta por la escuela empírica. Desde este punto de vista se podrían replantear las distintas formas, tipos, modos y niveles o grados de participación mencionados. Igualmente, desde la perspectiva de la teoría cultural, ¿cómo se podría analizar el abstencionismo? Como puede constatarse, las distintas teorías empíricas han presentado dos tipos de factores que explican el abstencionismo, Los de la teoría de la conectividad social, y los de la desafección con - y la desconexión del- sistema político.

Sobre el primero, como se vio, hay una gran polémica acerca de la posibilidad de separar a los participantes de los abstencionistas. Esta polémica, como ya ha sido mencionado también, es relativamente nueva, porque antes la explicación usual era dada por factores socioeconómicos y demográficos, casi sin discusión. Pero los estudios actuales no permiten afirmar a ciencia cierta que los no votantes se distinguen de los votantes.

⁵⁵ La no convergencia ideológica de los partidos en la vida real se pretende explicar por Downs, al establecer que es producto del temor hacia los votantes más extremistas, quienes se abstendrían de votar si las plataformas se parecieran mucho.

⁵⁶ Grid, determinaría la extensión a la que los individuos aprobarían la intervención en su comportamiento social, y group determinaría la extensión a la que los individuos aprobarían la intervención del gobierno en la economía para redistribuir la riqueza.

Esta circunstancia nos lleva a la segunda explicación, la de la desconexión del -y el desafecto con- proceso político. De acuerdo con los estudios de Doppelt y Shearer, algunos de los abstencionistas no sólo no se distinguen de los participativos por el estatus, sino tampoco por su falta de preocupación y compromiso en actividades comunitarias o de tipo social. Teniendo esto en cuenta, es posible decir, según la teoría cultural, que los abstencionistas pueden distinguirse en función de la forma cultural a la que pertenezcan. Es decir, habrá, al igual que entre los participativos, formas culturales individualistas, jerárquicas e igualitarias, con justificaciones de la apatía como las que ya se vieron. Aunque hay una forma cultural que podemos considerar como la más típica del abstencionista, la fatalista. Asimismo, podría incluirse entre los abstencionistas la preferencia cultural de los ermitaños -pero ésta no se desarrolla mucho por los teóricos, por lo que sólo queda enunciarla aquí. La composición cualitativa y cuantitativa dependería de los arreglos existentes en las relaciones de poder o de autoridad. Sin embargo, recordemos que Mary Douglas menciona la posibilidad de que llegue a alcanzar la gran mayoría de la población en un contexto y momento determinados. Con base en lo anterior, en la clasificación de Doppelt y Shearer (1999: 27-40), se puede ubicar a los “hacedores” (doers) en la preferencia cultural individualista.⁵⁷ A los “desconectados”, aún cuando los autores los ubican como los más parecidos a los “hacedores”, de acuerdo con la tipología grid-group, se les puede ubicar como fatalistas.⁵⁸ Los “irritables, pueden ser ubicados entre individualistas y jerárquicos.⁵⁹ Los “no sé” pueden ser ubicados entre fatalistas y

⁵⁷ “El más grande de los probables no votantes, representan el 29% del total, se parecen mucho a los votantes. Aunque desproporcionadamente jóvenes, aún entre los no votantes. Los hacedores también son las más ricos, mejor educados, y más comprometidos con su comunidad o grupos de voluntarios. Son consumidores ávidos de noticias y siguen las noticias políticas con regularidad. Es más probable que a diferencia de otros no votantes, ellos contacten a sus representantes políticos y, como grupo, tengan mejor opinión acerca de los partidos y las instituciones políticas. Ellos creen que controlan el éxito en su vida y que si votaran, su voto contaría.”

⁵⁸ Entre sus integrantes hay los que no ponen mucha atención a las noticias políticas, consideran que no importa por quién se vote, pues las cosas siguen igual, creen que los políticos mienten, que las decisiones del gobierno (federal) no les afectan personalmente y consideran que el gobierno trata de hacer más ricos a los ricos, y que a los representantes electos no les importa lo que piensa gente como ellos.

⁵⁹ Entre los “irritables” se encuentran los segundos más ricos de los no votantes. Tienen el mayor porcentaje de diplomados. Están bien informados (serían el sueño de los directores de publicaciones y de quienes manejan la televisión), pero son infelices con la política, de la cual desconfían. Son los que más se registran para votar, pero llegan a votar en blanco. Simpatizan con la posibilidad de un partido independiente, y no tienen empacho en apoyar programas de gobierno que mejoren a las clases medias.

jerárquicos.⁶⁰ Finalmente, los “alienados”, quienes son considerados por los autores como los más pesimistas y el núcleo más duro de los abstencionistas, pueden ser ubicados entre igualitarios e individualistas.⁶¹

Comentario final

En las líneas anteriores se hizo una recapitulación de las distintas teorías, sobre lo que parecen sus aportaciones y limitaciones respecto a la explicación de los temas que constituyen el objeto del presente estudio, la participación y el abstencionismo.

De la teoría de la cultura política se rescata la propuesta de las mezclas de culturas. En particular, la de las culturas de subordinación-participación, aunque con un importante matiz, como se verá más adelante. Asimismo, para hacer una periodización en el caso de Baja California.

Con respecto a la teoría de la nueva cultura política, los conceptos que parecen pertinentes para realizar este estudio, son los siguientes, 1) comprobar la existencia de los valores materialistas-posmaterialistas. Primero, para verificar su validez; es decir, su existencia misma en las condiciones que representa una población de un país no altamente desarrollado. Segundo, para comprobar su impacto diferenciado, respecto a la participación y la abstención. Al respecto, la teoría plantea que el sector posmaterialista o posmoderno, aunque es altamente participativo, no lo es necesariamente en las elecciones. 2) El concepto de desafío de las elites. Se trata de verificar si se presentan las características señaladas sobre este proceso, en el sentido de que se presenta una crisis de liderazgos y, por lo tanto, de desmovilización. En este caso, de tipo electoral. 3) El concepto de la pérdida de la vigencia de la polaridad izquierda-derecha, como resultado del interés por temas específicos de los sectores posmodernos. Asimismo, de la lealtad por cuestiones

⁶⁰ Representa a los que contestan “no sé” (el 14% de los no votantes). No les importa la política y la gran mayoría no ha tenido trato con funcionarios; algunos sólo para resolver líos han tenido tratos con el gobierno. Consideran que su opinión no cuenta.

⁶¹ Son los más viejos de los no votantes, los que tienen menos ingreso y menos educación. El 40% de ellos está registrado en el padrón. Algunos realizan trabajo voluntario. Otros están decepcionados al ver la experiencia de sus padres, que siempre votaron, pero consideran que su voto nunca contó. Consideran que el gobierno se interesa por su dinero y cómo puede obtener más. Piensan que los líderes tratan de cambiar la mentalidad de la gente (para mal).

ideológicas. Desde este punto de vista, eso explicaría el comportamiento cambiante del electorado bajacaliforniano. 4) La polaridad de clase, en el sentido que están disminuyendo los extremos sociales y aumentando los sectores medios.

En el apartado anterior, se pretende también la reformulación -desde la perspectiva de la teoría cultural- de algunas aportaciones de las otras teorías, ya sean del propio campo de la cultura política, o del de la escuela empírica. De esa reinterpretación destaca la idea de que en México, en 1959, cuando fue realizado el estudio de la *Civic culture*, parecía predominar una cultura fatalista. Sin embargo, también existía la cultura jerárquica, y una cierta mezcla de culturas individualistas e igualitarias. Esta formulación parece más versátil, que la existencia de “alienación y aspiración”, propuesta por los autores de la cultura cívica. Esta misma idea se contrastará en el caso de Baja California. De entrada, parece que se presentaba un fenómeno muy diferente al caso nacional, pues en ese mismo año el estado se encontraba en plena efervescencia política.

Por otra parte, la propuesta de la teoría cultural, acerca del análisis de un contexto político concreto, con base en la ubicación del modo cultural predominante o una alianza entre algunos de ellos, parece especialmente relevante para intentar una caracterización de los distintos gobiernos bajacalifornianos. Asimismo, para intentar caracterizar a los otros actores políticos, principalmente los partidos.⁶²

Sin embargo, la principal propuesta que se desprende de la teoría cultural es la explicación de la participación y el abstencionismo electorales de acuerdo a la pertenencia a una forma o modo cultural. De acuerdo con sus rasgos principales, los modos culturales participativos en las elecciones serían el individualista, el jerárquico y el igualitario. El fatalista sería el más proclive al abstencionismo. Son definiciones genéricas. No significa que todos los abstencionistas sean fatalistas, o que los pertenecientes a culturas participativas no se abstengan. Pero es la propuesta general que se pondrá a prueba en los siguientes capítulos.

Finalmente, respecto a los planteamientos y hallazgos del enfoque empírico, es conveniente verificar si se presentan y cómo las características señaladas por la teoría de la conectividad social, acerca de la participación y la abstención en las elecciones. A saber,

⁶² Sería muy interesante ampliar el radio de actores; por ejemplo, con sindicatos, empresarios, etcétera. Sin embargo, el objetivo principal de este ejercicio es comprobar de manera inicial la pertinencia del planteamiento teórico, con los datos que se tienen a la mano.

son participantes aquellos que reúnen condiciones de estabilidad -adulter, educación, ingreso, arraigo, etcétera-, y son abstencionistas quienes de alguna manera son inestables. Asimismo, en relación con la teoría de la desconexión con el proceso político y el desafecho hacia el mismo, interesa verificar si permite explicar el abstencionismo electoral, como producto de 1) un proceso de cuestionamiento de la legitimidad del sistema democrático, 2) de descontento o insatisfacción con el gobierno y 3) de desafección política, propiamente dicha. Estas teorías serán sometidas a prueba en los dos capítulos siguientes.

CAPÍTULO 2

CULTURA POLÍTICA, PARTICIPACIÓN Y ABSTENCIÓN EN LA HISTORIA DE BAJA CALIFORNIA, A MANERA DE CONTEXTO

Entre 1988-89 y 2001, en Baja California suceden acontecimientos políticos extraordinarios, es el único lugar del norte del país donde un candidato a la presidencia de la República, con una reconocida filiación de izquierda, sale triunfante en las elecciones; es el estado en donde comienza la alternancia política, y es el lugar en donde antes que otro obtiene el PAN su primer senador de mayoría. Todas estas primeras veces sin duda corroboran el calificativo de acontecimientos extraordinarios. Asimismo, sus giros dramáticos, en las elecciones presidenciales de 1994, el PRI recupera todas las posiciones perdidas anteriormente y en algunos distritos gana en todas las casillas. También, en las elecciones locales de 2001 la participación electoral se desploma hasta alcanzar niveles cuestionables sobre la creencia generalizada de que en Baja California se está consolidando un régimen democrático con alta participación ciudadana.

En algunos de estos acontecimientos, el municipio de Tijuana representa en buena medida la vanguardia. Es el único municipio que ha permanecido en manos del PAN desde 1989 y es el que más abstencionismo ha registrado en las últimas elecciones.

¿A qué se debe este comportamiento? Si revisamos la votación general en el estado, efectuada desde 1989 hasta 2001, vemos que la participación ciudadana ha disminuido. Incluso en las elecciones de 1989, cuando se dio la alternancia en el gobierno, producto -entre otros factores- de una intensa movilización ciudadana, la tasa de participación (medida de acuerdo con el número de electores registrados en el padrón electoral, que acudieron a las urnas), fue de 50.1%. Apenas por arriba de la mitad más uno, que aquí se considerará como el umbral para una votación decidida por la mayoría de los electores. A pesar de la intensa movilización ciudadana desarrollada durante el proceso electoral (Negrete, 1989b; Ruiz, 1989; Guillén, 1992).⁶³

⁶³ Durante el proceso mencionado, uno de los aspectos más llamativos fue no sólo la amplia movilización que provocó Ernesto Ruffo (la *ruffomanía*), más allá de la militancia panista, sino también entre la sociedad civil, por ejemplo, a través de los observadores electorales y también en la habilitación de *reporteros por un día*, como la que realizó el semanario Zeta.

Este último dato –la baja votación relativa, a pesar de la intensa auto movilización,⁶⁴ efectuada en las elecciones de 1989-, lleva a preguntarse, dicha votación límite o de umbral ¿es una tendencia producida por un comportamiento similar, ocurrido desde elecciones anteriores? Si es así, ¿se puede decir que el electorado bajacaliforniano y tijuanaense, en particular, es y siempre ha sido abstencionista o ha rondado en los límites de serlo? De no ser así, es decir, que antes de 1989 la participación se haya presentado con tasas de votación por arriba de la mitad más uno de los electores, ¿se puede hablar del abstencionismo actual como un fenómeno vinculado con el proceso de alternancia, que han vivido la entidad y el municipio en los últimos años? Entonces, si es esto último, puede preguntarse de manera más específica, si el fenómeno del abstencionismo es expresión del descontento generalizado de parte de un amplio sector de ciudadanos; o, por el contrario (pues ambas posibilidades existen), es resultado de alguna forma de satisfacción con el proceso. O bien, ¿se puede decir que no es resultado de alguna de las razones anteriores, sino de aspectos coyunturales, tales como malas campañas y malos candidatos?; o, definitivamente ¿es sólo debido a deficiencias en el registro electoral, como también se ha afirmado?

Existen tres problemas para contestar algunas de estas interrogantes, desde una perspectiva histórica. Primero, la falta de un registro confiable de los resultados electorales, anteriores a 1989. Al respecto, el propio Consejo Estatal de Población (Conepo, 1995), publicó las cifras electorales desde 1953, año de los primeros comicios en el estado, pero las cifras son deficientes. Debido, principalmente, a que no proporciona los registros de electores, entre 1953 y 1986 – ya que *desaparecieron*. En su lugar, hace un cálculo del número de habitantes en edad de votar, de acuerdo con los censos de población, y proyecciones de los mismos. A falta de los padrones electorales, este es un procedimiento alternativo correcto (Rose, 1997; y López y Gratschew, 2002, lo utilizan ampliamente). Se hará uso de esos datos con sus respectivas acotaciones.

El segundo problema es igualmente complejo, pues se trata de reconstruir los datos electorales, con el enfoque de los protagonistas, pero hay muy poca documentación en torno al tema. Los personajes clave que aún viven, no escriben o hablan sobre sus

⁶⁴ Se utiliza el concepto de auto movilización, o bien de movilización ciudadana, en el mismo sentido de automovimiento que le da Sartori, para diferenciarlo del heteromovimiento o movilización por otros.

experiencias, y pocos están dispuestos a conceder entrevistas. Lo que existe, son algunas memorias y entrevistas de, y sobre, algunos personajes o acontecimientos históricos del estado y el municipio, estos son incompletos, parciales y también frecuentemente apasionados. Sin embargo, es con lo único que se cuenta.

El tercer problema es, quizás, todavía más complicado, ¿Cómo interpretar ese conjunto de datos. Sobre todo los correspondientes a los años anteriores a 1989?. Aaron Wildavsky recomienda proveerse de una buena teoría para interpretar los hechos históricos. No se cuenta con una en particular, no obstante, se utilizará el enfoque cultural, indistintamente; es decir, se hará uso de las tres teorías de la cultura política que fueron examinadas en el capítulo anterior. Como un esbozo o aproximación al tema para formular preguntas pertinentes, antes que respuestas definitivas.

Con base en lo anterior, el procedimiento que se utiliza para desarrollar este capítulo es el siguiente, 1) Se hará una exposición, en forma sucesiva, desde las elecciones de 1959⁶⁵ hasta las de 2001. 2) Al mismo tiempo, se irán intercalando breves observaciones a manera de apunte, según el caso, desde la perspectiva de las diversas teorías de la cultura política, a) La cultura política, para caracterizar los distintos periodos, de acuerdo con los conceptos de cultura participante y de subordinación-imposición, de acuerdo con la connotación que se dan aquí a estos dos últimos términos, b) La nueva cultura política, cuyo uso permitirá interpretar los cambios en el comportamiento electoral, el voto por uno u otro partido, o bien el no-voto, y c) La teoría cultural, con la cual se intentará otro tipo de interpretación de este mismo comportamiento. Son trazos gruesos de un primer bosquejo de la historia política de la entidad y el municipio, desde una perspectiva cultural.

El capítulo consta de dos partes. La primera, comienza con los antecedentes sobre la formación del estado. Continúa con las primeras elecciones sobre las que se tienen datos, hasta las elecciones de 1989 (el parte aguas de la historia política del estado). La segunda, trata el periodo posterior a 1989.

En este trabajo se da seguimiento a los procesos electorales locales. No obstante, se incluyen referencias a algunos procesos electorales federales, sobre todo en la segunda parte, aún cuando no son objeto particular de este estudio. Lo anterior se lleva a cabo,

⁶⁵ Se carece de datos sobre las elecciones de 1952, para el Congreso constituyente; así como de las de 1953, para gobernador, salvo algunas referencias parciales. Sobre estas últimas, se sabe que hubo un solo candidato, el del PRI.

cuando aportan algún dato especialmente relevante para la totalidad del trabajo. Las elecciones federales y locales obedecen a dinámicas diferentes, aunque a veces dichas dinámicas parecen mezclarse. Son elecciones con diferentes circunstancias y juego de intereses, aún cuando son los mismos electores quienes reaccionan ante ellas. Por último, se hace un comentario -no concluyente-, en donde se ensaya una reflexión general sobre el material expuesto, y las observaciones y comentarios intercalados en el texto, con la intención expresa de formular preguntas más afinadas para ulteriores investigaciones. De igual modo para utilizarlas a manera de contexto en el capítulo siguiente.

Primera parte

Antecedentes

A mediados del siglo XX, la población de Baja California aumentó hasta cumplir con creces el número necesario para convertirse en estado.⁶⁶ El desarrollo económico había despegado con el establecimiento del régimen de zona libre,⁶⁷ la reforma agraria cardenista y la coyuntura favorable de la Segunda Guerra Mundial. La peculiaridad de este desarrollo, en general más característico de la región norteña, había producido –se afirma- una mentalidad individualista, más emprendedora y moderna. Sin embargo, ese mismo proceso estuvo acompañado de otras mentalidades –que en adelante llamaremos formas o modos culturales, o simplemente culturas-, tales como la jerárquica, la igualitaria y la fatalista.⁶⁸ De estas cuatro culturas, las tres de tipo participante –individualista, jerárquica e igualitaria-, disputarían el liderazgo en el nuevo estado, ya sea para alguna de ellas por separado o mediante un juego de alianzas entre las mismas. Se parte del supuesto de que antes de la creación del estado existía un régimen político encabezado por una forma cultural predominantemente jerárquica, sobre todo por los jefes políticos de ascendencia militar. El nuevo estado propició un juego de fuerzas y alianzas entre las diversas culturas, tal como se expondrá en las siguientes líneas.

⁶⁶ En los considerandos de la iniciativa para reformar los artículos 43 y 45 de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos se menciona que el Censo de 1950 registró 226,967 habitantes en Baja California. El requisito legal para poder convertirse en estado era de 80 mil, como mínimo.

⁶⁷ El régimen de zona libre fue establecido en forma tentativa en 1933, y luego en forma definitiva en 1937. Este régimen perduró hasta 1993, pero luego fue ampliado por siete años más.

⁶⁸ Lo que caracterizaría a una sociedad, entonces, no es sólo una cultura, sino el conjunto de ellas, su composición particular y el predominio de una o algunas de ellas, en un momento dado.

La vida política del entonces Territorio de Baja California estaba regida por autoridades nombradas desde el gobierno federal *-el centro*, en el lenguaje regional. Entre 1915 y 1927, el Territorio se dividió en municipios. Después, los municipios fueron eliminados y convertidos en delegaciones y subdelegaciones. La desaparición de los municipios suscitó la protesta de varios grupos de la población, quienes exigían la restauración de la institución municipal. Más adelante, dicha protesta avanzó hacia un reclamo mayor, la elección de todas las autoridades y el establecimiento de instituciones políticas propias, a través de la conversión del Territorio en una entidad federativa, con sus respectivos municipios.

En la proximidad de la constitución formal del estado, ya existían cuatro fuerzas políticas. Unas, bien definidas y otras en ese proceso. Dos principales, dentro de la clase política dirigente, los llamados *liberales* y *revolucionarios*, según los definió el ex dirigente estatal del PRI, en ese tiempo, Milton Castellanos (Castellanos, 1991). Una, era encabezada por el ex gobernador del Territorio y ex presidente de la República, Abelardo L. Rodríguez. Otra, por grupos relacionados con fuerzas que tenían en ese tiempo el control político del país (la presidencia de la República). La tercera fuerza, emergente, estaba representada por el panismo naciente (Lizárraga, 2000: 35-36);⁶⁹ y la cuarta, más heterogénea, representada por las izquierdas. Estas fuerzas, desde sus distintas posiciones, buscaron un nuevo espacio para la expresión de sus intereses en la demanda de la creación del estado 29. Para efectos de la interpretación de este proceso, desde la perspectiva de la teoría cultural, se propone denotar al llamado sector de los liberales y revolucionarios como una alianza individualista-jerárquica; dividida entre un sector que pugnaba por mantenerla como tal, inclinada hacia los individualistas (los *liberales*), pero con nuevos arreglos institucionales, y otra, la jerárquica, orientada hacia una nueva alianza con la cultura igualitaria, pero con predominio de la primera (los *revolucionarios*). Por otra parte, la cultura individualista, característicamente representada por el PAN, aliada también con un sector de la cultura igualitaria, y, finalmente, las izquierdas, representativas de la cultura igualitaria, pero inclinadas a establecer alianzas con la cultura jerárquica.

⁶⁹ El PAN, en 1945 informaba tener un “grupo formado de obreros y clase media y tres profesionistas y apenas llegamos a 65 personas” (agosto 4 de 1945). Tres años después decía tener *Comités en las principales ciudades*.

En torno a la creación del estado, surgió inmediatamente la controversia entre el sector *revolucionario y liberal* y la oposición panista. Entre los opositores se encontraba Salvador Rosas Magallón, el destacado dirigente panista de Baja California, quien -en entrevista con el autor-, recordaba que en su opinión era mejor empezar con el restablecimiento de los municipios, “pues la gente no estaba preparada todavía para el estado” (Rosas,1991).⁷⁰ Sin embargo, esta opinión no coincidía con la dirección nacional de su partido, como lo prueba la participación directa de Manuel Gómez Morín (Lizárraga, 2000: 41-42).⁷¹

El 16 de enero de 1952 fue promulgado el decreto de creación del estado de Baja California. En noviembre de 1952 fue nombrado gobernador provisional Rodolfo García González (quien venía fungiendo como gobernador del Territorio), con el propósito de organizar elecciones para el Congreso constituyente, elaborar la Constitución y realizar elecciones para gobernador, en el siguiente año. De estas elecciones resultó triunfador el priísta Braulio Maldonado,⁷² con una amplia mayoría de votos a favor (Maldonado, 1960).⁷³ Pero ya existía una fuerte oposición de los panistas (Rosas, 1991).⁷⁴ El 1 de diciembre de 1953 tomó posesión el primer gobernador constitucional del estado de Baja California.

Con la creación del estado 29, tuvieron que elaborarse (entre otras) las leyes referentes a la participación. Se promulgó la ley electoral estatal, el régimen de partidos y las reglas generales para la competencia política, en forma similar a lo que existía en el nivel federal. En este sentido, no hubo grandes aportaciones del nuevo estado. Empezó a construirse la

⁷⁰ Decía Rosas Magallón, "Primero el municipio y después el estado (...) pero no oyeron eso. Se creó el estado libre y se improvisó todo."

⁷¹ Manuel Gómez Morín –fundador y presidente nacional del PAN- participó directamente en la elaboración de la propaganda a favor de la creación del estado de Baja California.

⁷² Braulio Maldonado fue impuesto por “dedazo”, como él mismo lo reconoció. Aparte de su amistad con el presidente de la República, factor clave de poder, fue nombrado con la intención directa de contrarrestar el poder de los seguidores de Abelardo L. Rodríguez. Sin embargo, Maldonado, además de buscar ese objetivo, lo haría desde su propia perspectiva cultural, más inclinada hacia la igualitaria, pero desde la jerarquía.

⁷³ El propio Braulio lo dice así, "Obtuve en Baja California el 94 por ciento de la votación para gobernador de mi Estado. Los electores están vivos y no me dejarán mentir". Las cifras de Conepo, para ese año registran un porcentaje de 90.6, y una votación total de 65,710, pero no se calcula la abstención.

⁷⁴ "Para el congreso constituyente hicimos una gran propaganda que superó a la del PRI. Está mal que yo lo diga, pero en aquél tiempo nosotros encabezábamos ya el movimiento cívico", decía Rosas Magallón. Para las elecciones de 1953, Conepo registra 7.28%, para el PAN. En las municipales de 1954 y 1956 no se registra participación de este partido.

vida institucional y sus respectivas relaciones de poder, de acuerdo con las expresiones de la cultura política prevaleciente.

Mientras tanto, viejos y nuevos problemas se hicieron presentes en el espacio representado por el régimen estatal recién formado, los expresados en las crecientes necesidades de una población en constante crecimiento (“las grandes masas populares”, en el lenguaje de Maldonado) y los de sectores medios y grupos opositores, a quienes el gobernador calificó de “enemigos del progreso y la civilización” (Maldonado, 1960: 23).⁷⁵ Esta postura del gobernador (típica de la cultura jerárquica), encontraría luego las diferencias políticas hasta en su propio partido, especialmente con los representantes de la cultura individualista.

Los problemas políticos de fondo comenzaron a perfilarse en dos campos, entre los simpatizantes del general Abelardo L. Rodríguez, ocasionado por la derrota en el nombramiento del gobernador (Castellanos, 1991).⁷⁶ Y por los panistas, quienes comenzaron a canalizar la inconformidad por la imposición. Unidos ambos por su oposición a un gobernador designado por el *centro*. El interés regional, ya manifestado en otras circunstancias, habría de expresarse también en el ámbito político (Negrete, 1988).⁷⁷

Desde la perspectiva del gobernador, la unidad entre el sector social era "artificial y aparente". Los ejidatarios estaban divididos, la Unión Agrícola Regional, la Confederación Revolucionaria de Obreros y Campesinos (CROC), y el sector popular "eran una verdadera olla de grillos." (Maldonado, 1960: 50).

En su libro, Maldonado menciona las dificultades que tuvo que afrontar para allegarse recursos, además de los problemas con los contribuyentes, especialmente los dueños de grandes extensiones de terrenos. Del mismo modo, en el caso del lecho de la zona del Río Tijuana (donde se encontraban asentados miles de tijuanaenses), por los intentos de

⁷⁵ "Nuestra obra contó en todo el tiempo con el apoyo y la aprobación de las grandes masas populares y fue atacada sistemáticamente por *los enemigos del progreso y la civilización*". (Subrayado por JNM).

⁷⁶ En opinión del entonces dirigente del PRI estatal, Milton Castellanos Everardo, "Se perdió la idea del por qué se había creado el gobierno provisional y se encauzó más la situación a lograr que viniera como primer gobernador constitucional alguien afín a ellos. Inicialmente lucharon para que fuera gobernador el general Abelardo L. Rodríguez, cuando fue Braulio, se trató de combatirlo."

⁷⁷ Con esto se hace referencia al descontento que se generaba entre la población frente al gobierno federal, por las medidas tomadas "a tres mil kilómetros de distancia" (como suele decirse aún hoy en día), especialmente las de tipo fiscal y ante los reiterados intentos por restringir el régimen de zona libre.

urbanizar la zona y la oposición que encontró entre los colonos. Según el gobernador, "azuzados por los propietarios de fincas en la Avenida Revolución, los dueños de cabarets, hoteles y prostíbulos (...) quienes se valieron nada menos que del Partido de (sic) Acción Nacional" (Maldonado, 1960: 55). Las cosas no fueron así de sencillas. Al menos no desde el punto de vista de los panistas, quienes acusaban al gobernador, sobre este caso particular, de haber concesionado ilegalmente a una compañía constructora la canalización del Río Tijuana y querer "apoderarse de los terrenos que están poseyendo los particulares" (Lizárraga, 2000: 49).

El conflicto de la zona del río de Tijuana fue una especie de parte aguas en el joven estado, porque significó la consolidación del PAN como oposición indiscutible y con base social propia. Según Carlos Ortega (Ortega, 1996: 25-47), el Congreso del Estado aprobó a finales de 1958 un decreto que declaraba de utilidad pública una zona llamada "adyacente", del lecho del Río Tijuana, "que abarcaba más de dos millones de metros cuadrados, y en algunas partes llegaba a menos de cincuenta metros de la avenida Revolución" -la avenida principal de Tijuana.

El hecho es que esta zona adyacente estaba ocupada por "más de cinco mil familias". Algunos colonos, encabezados por la familia Marín, se opusieron de entrada a la expropiación, mientras otros aceptaron la oferta del gobernador de un diez por ciento del terreno, una vez que estuviera urbanizado. Pero hubo muchos enredos financieros y la gente desconfió del trato, y todos se unieron contra la expropiación. Acudieron con el abogado Rosas Magallón, para que los defendiera legalmente, y éste logró la suspensión provisional de la expropiación. Entonces, el gobierno acusó a los colonos de estar dirigidos por el PAN y urdió una orden de aprehensión contra el abogado. El 30 de diciembre de 1958 la policía desalojó a balazos al líder de los colonos y su familia, así como a los vecinos que les hicieron frente, "Nueve heridos de bala, numerosos golpeados a culatazos, que en su gran mayoría sufrieron fracturas, diez fincas arrasadas e incendiadas y más de treinta detenidos, fue el saldo de la noche de terror". El 3 de enero de 1959, el PAN "... a quien la insania de Braulio Maldonado estaba dando una fuerza irresistible" (...), convocó un mitin (...) los policías, atemorizados, veían desde lejos la gigantesca concentración". A partir de entonces, cada semana se realizaba un mitin en las ciudades de Mexicali y Tijuana, y el PAN "... a cada nuevo atraco recibía un alud de nuevos militantes". Unos meses antes, "... sólo por lo que respecta a Tijuana, se habían afiliado al Partido más de cinco mil ciudadanos, entre ellos todos los residentes de la zona del río".

Se han citado con amplitud estos acontecimientos, no sólo por representar una parte olvidada de la historia política de Tijuana. Sino para mostrar un detalle peculiar, el tipo de

reclutamiento de simpatizantes que practicaba el panismo tijuanense y la manera en que fue formando su propia base social. Así fue como Rosas Magallón se convirtió en líder popular. También se han citado porque en nuestra opinión refleja la presencia de las otras dos formas culturales participantes, la individualista (o libertaria), representada por Rosas Magallón, y la igualitaria (también conocida como sectaria), representada por los colonos (y tal vez también por Ortega, el autor de quien se hizo la cita). De esta manera se fue construyendo la alianza individualista-igualitaria del PAN; la cual se enfrentaría a la cultura política representativa del gobernador, la cultura jerárquica, y la alianza que intentaba construir con la cultura igualitaria, pero dominada por la primera.

En el último informe de gobierno, Braulio Maldonado menciona el problema ocasionado por el aumento explosivo de la población, lo cual acarrió problemas muy complejos, “que fue necesario afrontar en forma directa y dinámica, siendo el principal de ellos el reacomodo y la estabilización de los grupos humanos” (Martínez, 1961), diría, con un lenguaje típicamente jerárquico.

En la evaluación de su gobierno hubo posiciones encontradas. Por una parte, la de quienes destacaban su obra social, como la del historiador Pablo L. Martínez, (Martínez, 1961: 577);⁷⁸ y, por otra, la del panismo, "No hubo tal obra social de Braulio. El paracaaidismo no era obra social, pura demagogia" (Rosas, 1991). Dos visiones encontradas, la cultura jerárquica y la individualista, que derivaban en dos métodos para enfrentar la problemática social. Dos perspectivas desde las cuales se desprenden dos tipos de política social.

En esta comprimida síntesis, pueden vislumbrarse algunos elementos del conflicto político que caracterizaron los primeros años de vida política del estado de Baja California. Por un lado, el gobernador encontró una unidad “artificial y aparente” en el sector social del PRI. Las organizaciones campesinas y populares “eran una verdadera olla de grillos”. Por otro lado, encontró “hostilidad” entre “los elementos adinerados”, la cual enfrentó con una visión jerárquica y polarizante. Acusó a sus opositores de “enemigos del progreso y la civilización”, decidió enfrentar los problemas “en forma directa y dinámica” y apoyó

⁷⁸ “Me consta, por haber vivido en la entidad durante todo el período de Maldonado, que el gobierno por éste presidido se distinguió por un apoyo incondicional a las clases económicamente débiles, lo cual provocó gran contrariedad entre los elementos adinerados, quienes lo hostilizaron de mil maneras; pero no obstante esto, terminó con éxito el lapso para el que había sido electo.”

incondicionalmente “a las clases económicamente débiles”. Al PAN de Tijuana, lo acusó de ser instrumento de los “dueños de cabarets, hoteles y prostíbulos” y “azuzar” a los colonos asentados en la zona del Río Tijuana para que se opusieran a los desalojos. En correspondencia, el dirigente del PAN sentenciaba, “no era tiempo de un diálogo con él” (Rosas, 1991). Aquí pueden verse con mayor claridad los rasgos de la cultura jerárquica, con tintes populistas (tendientes a construir un puente con la cultura igualitaria), que caracterizaron al primer gobernador de Baja California. Por otra, la oposición panista, encabezada por Rosas Magallón, cuyos rasgos conducen a caracterizarlo como representativo de la cultura individualista o libertaria. No obstante, entre sus seguidores también se pueden señalar algunos portadores de la cultura igualitaria o sectaria, especialmente los representados por la familia Marín de la zona del Río Tijuana (quienes ingresaron al PAN). Ambos estuvieron unidos en la lucha contra el autoritarismo de la cultura jerárquica expresada por el gobernador. No sólo en términos políticos generales, sino también en el terreno electoral.

La creación de los nuevos espacios políticos en el estado fue la oportunidad para que Braulio Maldonado contribuyera a encauzar los intereses de los diversos grupos y sectores sociales. Sin embargo, las pugnas lo rebasaron. Apeló a la movilización social, fomentando o permitiendo ocupaciones de terrenos en el campo y la ciudad, lo que generó descontento de los propietarios, no necesariamente de los más ricos. Ejerció el poder en forma autoritaria contra la oposición y frente a la prensa independiente. Asimismo, dividió al PRI al apoyar a un perdedor en la nominación de la candidatura oficial de este partido (Valderrábano, 1990). El primer gobernador del estado realizó una obra social trascendente, pero sus métodos arbitrarios recrudecieron las pugnas políticas entre los propios *liberales* y *revolucionarios* (especialmente con el sector representativo de la cultura individualista de este partido), y suscitaron descontento político general. En particular, hizo posible que se fortaleciera la oposición panista.

Entre la cultura política de imposición y la de participación

Entre 1959 y 1989, transcurrieron tres décadas de participación política intermitente, de altibajos, intensa por momentos y, en otros, declinante. Igualmente, cambiante, en cuanto a la orientación política se refiere. Durante la primera década (1959-1968), se desarrolló una cultura de imposición que se sobrepuso a la cultura de participación, con métodos

coercitivos. Posteriormente, entre 1969 y 1982, la oposición disminuyó por falta de apoyo de la población participante. La mayoría de la población votante favoreció al partido del gobierno. Éste, ya no necesitó imponerse por la fuerza. Al parecer, predominó la cultura de subordinación, mientras la cultura participante entró en crisis.⁷⁹ Podría decirse que esta última entró a un periodo de acumulación de fuerzas, porque en seguida, entre 1983 y 1989, tuvo un renacimiento, y, a su vez, la cultura de subordinación-imposición entró en crisis, hasta convertirse en minoría.

1959-1968, Una década de auge de la cultura política de imposición

En las postrimerías del gobierno de Braulio Maldonado existía ya una fuerte oposición política en Baja California, principalmente la impulsada por el PAN. "Al gobernador Maldonado le seguían cayendo denuestos, invasor de terrenos, corrupto, represor, hostigador de opositores. A su resguardo surgieron los Chemitas, grupo de choque encargado de reprimir los movimientos sociales" (Valderrábano, 1990).

En abril 10 de 1959, Rosas Magallón envió a Gómez Morín la copia de un extenso (Ortega, 1961: 73),⁸⁰ proyecto de instancia para declarar desaparecidos los Poderes de Baja California sobre el cual dice, "Los cargos son ciertos y las pruebas de ellos están a la mano". Es importante exponer, aunque sea en forma breve, lo tratado en el proyecto (Ortega, 1961: 70-73; Lizárraga, 2000: 43-50),

Los cargos fueron, I. Ha desquiciado gravemente la hacienda pública. II. En 1955 ordenó el desalojo de los moradores del Río Nuevo de Mexicali, destruyendo sus casas. III. El primero de octubre de 1955, la policía judicial del estado secuestró al diputado local Genaro Castro, a las puertas del Congreso, cuando el gobernador iba a rendir su segundo informe. IV. El director del diario Centinela de Mexicali fue aprehendido, junto con el propietario del periódico, por escribir que el gobernador no había dicho la verdad en su segundo informe. V. El Congreso "ha dictado leyes y decretos contraventores de la Constitución y que constituyen abuso de poder". VI. Propició el imperio del pistolero, con un grupo de policías apodados los "Chemitas" (en este punto menciona el asesinato del periodista Manuel Acosta Meza, del impresor Fernando Márquez Sánchez y el secuestro de Guillermo Canett). VII. La pretensión de engañar a la opinión pública con una conjura en su contra, la detención de José Jasso como presunto magnicida a quien no se le pudo consignar debido a sus condiciones deplorables, por el tormento. Después desapareció. VIII. "Ha organizado verdaderas pandillas de forajidos", paracaidistas profesionales,

⁷⁹ Almond y Verba, según se vio en el primer capítulo, utilizan el concepto de cultura política mixta de subordinación y participación para caracterizar a una sociedad en donde una gran parte de la población tiene vínculos con los elementos pasivos del sistema político, en tanto que la participante posee un conjunto de auto orientaciones y vínculos con el sector activo. Sin embargo, este es un modelo conceptual que parte de una situación ideal, por ejemplo, la existencia de elecciones libres y el respeto a sus resultados. Pero no dice nada de una situación en donde se realicen elecciones fraudulentas. En este escenario, ¿cómo podría calificarse el hecho de que, por ejemplo, se expresara una mayoría de votantes a favor de una opción opositora y no se les respetara el triunfo? He aquí porque es utilizado el término imposición.

⁸⁰ Ocho y media fojas, tamaño oficio a renglón cerrado, menciona Ortega.

agitadores y “otros comunistas como Gorgonio Hernández, Julio Prado, etc.” IX. Ha pretendido cometer un grave atraco contra las familias que habitan al margen de la zona federal del Río Tijuana. X. Ha solapado el vicio, la prostitución y los juegos de azar. XI. Ha disuelto con violencia las asambleas públicas del PAN. XII. Ha amenazado al director del diario Noticias de Tijuana, quien publicó que teme atentados del gobernador. XIII. Ha acarreado desprestigio en el extranjero, por sus “antecedentes comunistoides”, por lo cual le negaron entrada en Estados Unidos

Aún en forma escueta, la relación de hechos permite vislumbrar la conflictividad alcanzada durante el gobierno de Braulio Maldonado (los hechos descritos abarcan desde el primer año de gobierno, hasta seis meses antes del término de su mandato). El punto XI, referente a la violencia con que fueron disueltas las asambleas públicas del PAN, es reflejo también de la fuerza que había logrado este partido. Por supuesto, no por la suspensión de los actos mencionados, sino por la energía con la cual los manifestantes defendían sus actos. Por ejemplo, Ortega (Ortega, 1961: 16-17) narra los acontecimientos de Mexicali, de la siguiente manera,

...y entonces el pueblo comenzó a replegarse hacia las vías del ferrocarril, donde encontró piedras en abundancia; y como los bomberos y policías seguían avanzando, fueron recibidos por una lluvia de proyectiles.

Tres bomberos cayeron descalabrados, y un agente secreto los imitó enseguida. Tres bajas en las filas de los agresores, y ninguna en las del pueblo (...) Terminada la zacapela, el pueblo de Mexicali quedó dueño del campo de batalla...

Una semana después –el 27 de diciembre de 1958-, algo parecido sucedió en Tijuana. Al respecto, Ortega hace la siguiente reflexión,

¿Qué balance arrojaron estos dos primeros encuentros entre pueblo y Gobierno? En Mexicali, sin duda alguna, los ciudadanos triunfaron en toda la línea (...) Los resultados de Tijuana no pueden considerarse una derrota, aunque tampoco constituyeron un triunfo (...) en las filas del pueblo hubo muchos lesionados y encarcelados, nueve de los cuales permanecieron en prisión más de un mes, pero tampoco los agresores escaparon indemnes.

Las formas culturales individualista e igualitaria se encontraban en una etapa de alta participación política, frente a la cultura jerárquica; la cual, por su parte, tenía problemas para encauzar a los integrantes de su propia expresión cultural, y cometía errores no permitidos dentro de las reglas propias de dicha cultura.

En su afán protagónico, Braulio Maldonado dividió a la central campesina oficial, dando margen para el surgimiento de una liga agraria estatal. Pero tal vez su error más grande fue apostar por un candidato presidencial diferente al que resultó el candidato oficial del PRI, Adolfo López Mateos. En las elecciones federales de 1958 el PRI perdió en Baja

California, frente al candidato panista Luis H. Álvarez. Esta derrota le fue imputada al gobernador (Valderrábano, 1990).

En el PRI, se manejó originalmente la idea de que habría elecciones internas para elegir los candidatos a los diferentes puestos de elección popular de 1959, cuando fuesen renovados todos los puestos públicos de elección en el estado. Cualquier priísta con méritos –dijeron- podría apuntarse en la lista de competidores. Esto despertó el entusiasmo y la competencia interna. Sin embargo, el delegado nacional del PRI aclaró que no todos podrían ser candidatos, sino sólo quienes reunieran los requisitos. Sería en las propias convenciones del partido, en donde diría los nombres ya que ni él mismo los conocía, pues estaban en unas listas, dentro de “un sobre lacrado”. Las pasiones se desbordaron. El propio Braulio en su libro, describió la situación en los siguientes términos, "El pueblo bajacaliforniano desató sus pasiones como un torrente. Los hombres que aspiraban a algún puesto público perdían la cabeza. Prácticamente, algunas de nuestras poblaciones se convirtieron en verdaderos manicomios". No obstante lo pintoresco de la descripción, refleja bien la situación conflictiva de esos tiempos. En cambio, entre algunos miembros del PRI se afirmaba –contra toda noción de la realidad política imperante- que ese periodo fue tranquilo, "casi bucólico" (Eguía, 1990: 140).⁸¹

Con la participación en las elecciones presidenciales de 1958, el PAN adquirió experiencia y al año siguiente, en las elecciones para gobernador, presidentes municipales y diputados, se presentó más organizado.

Para el día de las elecciones (de 1959), "La gente estaba preparada –decía Salvador Rosas Magallón (...). La gente votó temprano y los resultados eran favorables al PAN.⁸² Pero hubo fraude y luego represión" (Rosas, 1991).⁸³ Desde agosto hasta noviembre de 1959 hubo protestas por el fraude. El día de la toma de posesión de Eligio Esquivel, el primero de noviembre de ese año, las mujeres panistas realizaron una gran movilización.

⁸¹ "...se puede decir que hasta el año de 1968 en Baja California prevaleció la estabilidad y el equilibrio político casi bucólico, con incidentes sí, pero sin repercusiones permanentes en el tiempo. Así transcurre el sexenio del Lic. Braulio Maldonado Sandez...".

⁸² Conepo registra un 34.21%, para el PAN, y un 65.78% para el PRI, pero no calcula la abstención.

⁸³ "Pero sucedió que el ejército, al mando del general [Hermenegildo] Cuenca Díaz, empezó a recoger las actas y a secuestrar las urnas. En Mexicali detuvieron a Enrique Silva, a Carlos Pineda, a Manuel Rodríguez y decenas de panistas. En Tijuana la tropa se quedó en la calle, impidiendo que la gente se reuniera. Había estado de sitio. Entonces yo declaré que Cuenca Díaz había traicionado el honor militar, que era un ladrón de votos y asesino de la democracia. Ellos dijeron que iban a encarcelarme por el delito de disolución social (...) Meditando en todo eso, yo ya veía venir la represión. Nosotros tuvimos que ocultarnos, yo me fui a San Ysidro (California), donde a otros compañeros y a mí se nos concedió protección política consular por el gobierno de Estados Unidos, una especie de asilo.

Fue la última protesta. Después, Esquivel declaró una amnistía política y los panistas exiliados pudieron regresar.

Eligio Esquivel gobernó de noviembre de 1959 a 1964, año en que murió. Lo sustituyó Gustavo Aubanel, en diciembre de 1964. Durante el gobierno de Esquivel, cumplido por Aubanel, la actividad del PAN decayó. En noviembre de 1965 tomó posesión como gobernador Raúl Sánchez Díaz (1966-1971).⁸⁴ En las elecciones intermedias de 1968, el PAN resurgió.

Las elecciones de 1968

En opinión del ex gobernador Milton Castellanos Everardo (1972-1976), desde 1959, cuando fue candidato el ingeniero Eligio Esquivel, hasta 1968, cuando se anularon las elecciones y designaron "Concejos Municipales" en Tijuana y Mexicali, "se habían presentado graves problemas de orden político" (Hernández, 1983: 224). En particular, fue en el periodo del gobernador Raúl Sánchez Díaz, en donde surgieron "... conflictos que nacen de un conjunto de cuestiones relativas al método de designación de candidatos y las sospechas sobre su legitimación en el ascenso a cargos de elección popular" (Eguía, 1990: 145). Además, se presentaba un mayor intervencionismo del centro del poder político "que adopta decisiones sin consultar [y] manipula los presupuestos dejando en estado indefenso a la administración pública estatal" (Ib).

La selección de los candidatos del PRI fue al estilo tradicional, imposición de los candidatos principales, arreglos con las camarillas sindicales y de organizaciones sociales para integrar sus representantes en las planillas municipales y de candidaturas a diputados, sin importar su popularidad. En fin, toda la parafernalia usual del PRI.

El PRI tuvo problemas para recomponer su antigua alianza jerárquico-individualista. Por el contrario, se impuso la cultura jerárquica con lo más distinguido de sus estructuras corporativas. Los métodos de designación interna de los candidatos, así como su impopularidad, provocaron escisiones en este partido y la postulación de algunos de sus integrantes como candidatos del PAN y después el ingreso a sus filas, particularmente en Tijuana.

⁸⁴ Según los datos de Conepo, en 1965 hubo 73% de participación. El PAN obtuvo 26.08%, y el PRI 73.91%.

En 1968, el PAN ganó las elecciones en Mexicali y Tijuana.⁸⁵ Pero no fue reconocido su triunfo, los resultados fueron anulados y fueron creados “Concejos municipales”. Ante esas decisiones, se realizaron grandes marchas de protesta en ambos municipios. Sin embargo, el gobierno no cedió. Los Concejos funcionaron durante dos años (1969-1970) y se completó el trienio con una nueva elección municipal en 1970, en donde el PAN de Tijuana no participó.⁸⁶

En las elecciones locales de 1959 y 1968, el PAN logró movilizar a la mayor parte de los electores a favor de sus candidatos. En 1959 le hicieron fraude, con intervención del ejército. En 1968, se anularon las elecciones de Mexicali y Tijuana. En el interior del PRI, estas últimas fueron vistas críticamente, entendidas como resultado de los métodos de selección de los candidatos y con sospecha sobre la legitimidad de los resultados (pero ésta fue una observación crítica posterior). Con todo, la creación de los “Concejos” fue una especie de “reconocimiento” del fraude, o bien de que el régimen ya no contaba con la total impunidad para alterar los resultados a su favor.

Crisis de la cultura política de participación

Entre 1969 y 1982, se realizaron cinco elecciones locales y cinco federales. En total, diez elecciones en las que el PAN participó con altibajos. Mientras tanto, la otra oposición, representada por las organizaciones de izquierda, entraba a un proceso de redefinición de su línea táctica con respecto a su participación en los procesos electorales.

A partir de los resultados de 1968, el PAN entró en un periodo de crisis que le llevaría a transitar por caminos extraños, como la coincidencia con el Partido Comunista Mexicano – este último sin registro electoral- en la táctica de no-participación en las elecciones de

⁸⁵ Según los datos del escrutinio reunidos por el PAN, en Tijuana su candidato Luis Enrique Enciso Clark obtuvo 30 mil 269 votos, contra 24 mil 272 del candidato priista Luis Santana Covián. En Mexicali, los datos obtenidos por los panistas daban el triunfo a sus candidatos con 61 mil 957 votos contra 49 mil 724 (Conepo registra ceros en ambos casos).

⁸⁶ En Mexicali cubrieron el periodo Francisco Gallego Monge (1969), Arcadio Chacón Mendoza (1970) y Manuel Martínez Palomera (1971); en Tijuana estuvieron Ernesto Pérez Rul (1969-1970) y José González (1971).

1970, en lo que fue llamado por un grupo de panistas de Tijuana *huelga electoral*.⁸⁷ En las elecciones para gobernador de 1971, Milton Castellanos Everardo (1972-1977) ganó sin discusión. Incluso el candidato panista, Salvador Rosas Magallón, así lo reconoció públicamente. Había desencanto entre los propios panistas, y la duda entre algunos acerca de si valía la pena votar (se supone que del sector perteneciente de la cultura igualitaria, a través del sectarismo, que también implica a esta cultura, como forma de denuncia del sistema).

En las elecciones de 1974 -dice el ex gobernador Milton Castellanos- el Partido Acción Nacional "prácticamente llamó a un referéndum, pues su campaña consistió en invitar a los ciudadanos a que votaran a favor del PRI si estaban de acuerdo con el gobierno, y a favor del PAN si no lo estaban. El PRI ganó sin discusión alguna, por amplio margen. El referéndum, pues, me fue favorable" (Hernández, 1983: 224).

En las elecciones presidenciales de 1976, no hubo acuerdo en el PAN para postular un candidato a la presidencia de la República. Esta posición fue firmemente apoyada por Salvador Rosas Magallón, quien, como candidato minoritario a la nominación en la convención nacional panista, se negó a renunciar a su candidatura y ceder los votos al otro contendiente. En esas elecciones, dice Milton Castellanos, "no se perdió una sola casilla en Baja California, ni hubo protestas" (Ib). En otras palabras, al parecer en el PRI se había consolidado una alianza jerárquico-individualista que habría de lograr un nuevo consenso social.

En 1977 volvió la efervescencia política, con la candidatura del general Hermenegildo Cuenca Díaz para gobernador. El PAN reaccionó inmediatamente, intentando encabezar la oposición. Asimismo, en el seno del priísmo surgieron fisuras, y oposición abierta encabezada por el ex presidente municipal de Ensenada Guilebaldo Silva Cota (1970-1972), Hugo Abel Castro Bojórquez, de las juventudes del PRI en Mexicali, y otros (quizás representativos de la cultura individualista de este partido). Pero la muerte del general y su rápida sustitución por Roberto de la Madrid, impidió que la división del PRI se consolidara. El ex gobernador, Milton Castellanos, rememora que no estuvo de acuerdo con la candidatura del general Cuenca (Hernández, 1983: 226). Pero prefirió ser fiel a la cultura jerárquica de la que provenía,

"pero tampoco podía traicionar al sistema que a mí me había llevado al poder, la realidad es que yo únicamente pensaba que era un error su candidatura, porque sentía el rechazo popular, y sabía que por su

⁸⁷ La fecha de esta coincidencia no es segura. Un participante de estos hechos no recuerda con precisión si fue este año o el siguiente. De acuerdo con el contexto político, pudo ser en 1970, cuando fue elegido el presidente del Concejo Municipal para completar el periodo de tres años de las elecciones anuladas en 1968.

avanzada edad y su precario estado de salud no estaba en condiciones de gobernar un estado como el nuestro, que es sumamente complicado. Su fallecimiento me dio la razón " (El subrayado es mío).

El reflujo electoral del PAN fue resultado de los fraudes y de un cierto desencanto entre la parte de la población que lo apoyaba. El PAN de los años setenta se desarrolló no sólo en medio de una crisis de participación que le llevaría a promover la *huelga electoral*, sino a enfrentar una división interna, que le impidió participar en las elecciones presidenciales de 1976. De esta manera, coincidieron dos expresiones de la apatía, pero desde perspectivas culturales diferentes dentro del PAN, la expresión sectaria de la cultura igualitaria que también la implica, la cual se impuso contra la opinión misma del liderazgo ejercido por Rosas Magallón.⁸⁸ Pero aún el mismo Rosas Magallón, desde su propia perspectiva cultural, fue coincidente con esta política en 1976.⁸⁹

La muerte del general Hermenegildo Cuenca Díaz y la candidatura de Roberto de la Madrid superaron la crisis de la alianza jerárquico-individualista del priísmo.⁹⁰ El panismo, con la solución del caso Cuenca y el ascenso al poder de Roberto de la Madrid (1977-1983), entró a una etapa de descenso. Mientras tanto, entre la izquierda comenzó una etapa de reconstrucción y cambio de táctica frente a los procesos electorales.

La otra oposición

La presencia en Baja California de organizaciones políticas conocidas por sus inclinaciones prosocialistas y a favor de cambios radicales en la sociedad, coincide con el comienzo de las grandes oleadas migratorias hacia este estado. Las primeras referencias a la actuación de un organismo de izquierda en Baja California datan de los años treinta y se refieren al Partido Comunista de México, llamado después Partido Comunista Mexicano (PCM). Posteriormente, de acuerdo con la versión de los militantes más antiguos de esa corriente política, hubo varios núcleos constituidos en Tijuana, Mexicali y Ensenada.

⁸⁸ El comunitario o igualitario justifica la abstención como rechazo al sistema establecido, argumentando que en él no hay participación real. "Desenmascaran" al poder, al mostrar que el fatalismo es el verdadero lugar de la masa de ciudadanos (la absoluta mayoría de la población).

⁸⁹ Aunque por otras razones. Más por la dinámica de la lucha interna del PAN nacional, cuya dimensión escapa a este comentario.

⁹⁰ Incluso, entre Roberto de la Madrid y el PAN, especialmente con Rosas Magallón, se tendieron puentes de acercamiento. De tal suerte que –se dice– hubo pláticas sobre la posibilidad de que éste ocupara un puesto en el gobierno (de Procurador de Justicia). Lo cierto es que otros funcionarios del gobierno "robertista" eran destacados simpatizantes del PAN, lo cual provocó suspicacias entre priístas y panistas.

Profesores normalistas y algunos profesionistas fueron los principales promotores iniciales de estos núcleos, cuyo trabajo político se orientaba hacia los ejitadarios en Mexicali, empleados del comercio y de servicios en Tijuana, además de pescadores y estibadores en Ensenada.

En algunos momentos de la década de los cuarenta, la organización comunista llegó a tener influencia importante entre los sectores laborales organizados, de tal forma que compartía algunos puestos de dirección en las principales organizaciones de la época.⁹¹ El auge relativo de esta corriente tuvo continuidad en la década de los cincuenta, a veces al amparo del primer gobernador (a través de la alianza jerárquico-igualitaria, de que se habló antes), quien comenzó a impulsar los movimientos sociales y a utilizar un lenguaje populista que, de alguna forma, favorecía las actividades de los comunistas, a pesar de las posiciones hostiles de los representantes de la cultura individualista, incluida la de los panistas (recuérdense las referencias despectivas de Rosas Magallón sobre ellos). En 1956 surgió el Partido Popular Socialista (PPS), antes existió como Partido Popular (1948), el cual consiguió el registro electoral y el derecho a competir en las elecciones postulando sus propios candidatos. Desde 1959 han participado formalmente en Baja California los militantes de esta corriente. Con el surgimiento del PPS y su participación electoral, los ciudadanos tuvieron una opción de izquierda ante el PRI y el PAN, aunque con poca incidencia.

En las elecciones presidenciales de 1964, el PCM en alianza con otras fuerzas, representadas por los grupos del ex gobernador Braulio Maldonado y de Alfonso Garzón Santibáñez –quien luego sería dirigente de la Central Campesina Independiente–lograron grandes movilizaciones con el Frente Electoral del Pueblo (FEP, sin reconocimiento legal), sobre todo en el valle de Mexicali, en la campaña electoral presidencial de 1964, encabezada por el dirigente campesino Ramón Danzós Palomino. Al año siguiente, parte de esta alianza continuaría con la movilización electoral, con la postulación del doctor Julio Prado como candidato a gobernador, sin registro electoral.

Después de estos intentos por participar en las elecciones, para lo cual incluso planteaban la necesidad de una Reforma Electoral Democrática, la corriente comunista de la izquierda bajacaliforniana adoptó una táctica desesperada, al promover la *abstención activa* y, después, un grupo llegó a cuestionar hasta esta forma de lucha, por considerarla *reformista*.

⁹¹ Esto se reflejaba en cierta medida en las festividades oficiales del primero de mayo, día del trabajo, en las cuales era común que participara un orador del PCM, como parte de las celebraciones oficiales.

En efecto, ya en las elecciones locales de 1968, pero especialmente en las presidenciales de 1969, la izquierda comunista, a través la Juventud Comunista de México (JCM),⁹² tomó parte activa en el boicot a la campaña de Luis Echeverría, y realizó manifestaciones en cada lugar del estado donde se presentó el candidato oficial, llamando a no votar. Posteriormente (en 1970), coincidiría con el PAN en Tijuana para promover una *huelga electoral*. Después, a finales de 1971, un sector importante de esta organización, se escindió para formar parte de la lucha guerrillera en el país.

En las diversas elecciones desarrolladas entre 1969 y 1982, únicamente participó el PPS, unas veces solo y otras en alianza con el PRI. Entre los demás grupos de la izquierda sin reconocimiento legal, el PCM continuó llamando al abstencionismo electoral en 1968 (cuando se realizaron las grandes movilizaciones electorales del PAN en los municipios de Mexicali y Tijuana), y de igual forma en los siguientes años, hasta 1976.

En las elecciones presidenciales de 1976 el PCM participó con Valentín Campa, candidato sin registro a la Presidencia. Otros grupos impulsados por los trotskistas formaron el Frente de Izquierda Revolucionaria (FIR-Campa). En el nivel estatal también postularon candidatos a senadores y diputados independientes. Las elecciones locales de 1977 fueron enfrentadas nuevamente por la corriente comunista con candidaturas sin registro electoral. Había cambiado ya la táctica de la abstención activa.

En suma, durante el periodo 1968-1977, la izquierda no reconocida oficialmente para participar en las elecciones, desplegó una actividad política diversa en el estado. Primero, mediante una táctica de denuncia y boicot a las elecciones, y después exigiendo su registro legal, participando en los procesos electorales con candidatos independientes -sin reconocimiento legal.

La izquierda, en su amplio espectro, no consideraba en forma plena las elecciones como su instrumento de lucha política principal. Incluso el PPS, partido que contaba con registro legal para participar en elecciones desde 1959, no tenía un concepto respetuoso de los procesos electorales y sus resultados. Por ejemplo, en las elecciones de 1968, llegó a justificar la anulación de las elecciones en aras de evitar que llegara *la reacción* al poder (una expresión de la cultura jerárquica, no infrecuente en las filas de organizaciones socialistas).⁹³ Entre tanto, la izquierda comunista orientaba más su lucha a tratar de penetrar -con poco éxito- en las organizaciones sociales de forma más bien clandestina, en un ambiente de *guerra fría* y de anticomunismo por parte de los gobernantes y líderes sociales.

⁹² Esta organización juvenil tenía influencia en la Federación Estatal de Estudiantes Bajacalifornianos (FEEB), organismo que agrupaba a un número importante de secundarias y preparatorias de todo el estado. Asimismo, en la Federación de Estudiantes Universitarios de Baja California, (FEUB).

⁹³ En círculos oficiales se afirmaba que Tijuana y Mexicali, por su ubicación fronteriza, eran estratégicas para la seguridad nacional. Por lo tanto, no podían caer en manos de la oposición.

La participación en las elecciones se centraba en llamar a no votar y hubo un momento, al inicio de los setenta, en que debatió en su interior si la vía más adecuada para impulsar los cambios era por medio de la lucha armada. Un grupo decidió por esta última. Otro, tomó la determinación de conquistar sus derechos electorales y participar en estos procesos, incluso sin tener registro. La participación en las elecciones presidenciales de 1976, marcó el inicio de un cambio de táctica de la izquierda radical, con base en la lucha electoral. Los iniciadores de esta táctica fueron el PCM, principalmente, y el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT). A finales de la década de los años setenta el PCM y el Partido Socialista de los Trabajadores (PST) obtuvieron el registro legal que les permitiría participar en las elecciones. Los otros grupos, entre ellos el Partido Mexicano de los Trabajadores y uno que integraba un importante grupo de ex guerrilleros, fueron incorporándose lentamente a este proceso en la década de los ochenta.

En términos de la teoría cultural, podría decirse que entre las diversas organizaciones de izquierda, destacaba una cuya preferencia cultural era típicamente igualitaria, intensamente participativa, pero no en los procesos electorales; los cuales, inclusive, denunciaba como farsa. Luego, como también es característico de esta cultura, mediante un proceso lento, decidió participar en ellos. Sin embargo, con muchas reticencias y sectarismo. Otra expresión, como la representada por el PPS, sí participaba en los procesos electorales, pero más bien desde una perspectiva cultural jerárquica, parecida a la del PRI.

Crisis de la cultura de imposición y alternancia política

El año de 1983, puede ser considerado como representativo del inicio del cambio entre la mezcla de culturas políticas de imposición y participación en Baja California. En ese año, se realizaron elecciones intermedias. En el municipio de Ensenada, el Partido Socialista de los Trabajadores (PST) obtuvo la mayoría de votos y su triunfo le fue reconocido. Por primera vez en la historia del estado, un partido de oposición presidiría en un municipio. Sin embargo, en ese mismo año, en el municipio de Mexicali, el PAN denunciaba un fraude cometido en su contra.

El nuevo presidente municipal de Ensenada era un antiguo priísta que había salido del PRI. Con el tiempo, aún siendo presidente municipal, regresó a sus filas. En Mexicali, la novedad fue que el PAN, encabezado por Eugenio Elorduy, no se conformó con realizar las efímeras protestas poselectorales, sino que mantuvo durante todo el trienio un gobierno alternativo, que tuvo la virtud de sostener una protesta permanente. Al parecer, todo seguía

igual. Sin embargo, en retrospectiva, puede observarse que se estaban gestando cambios importantes.

En 1986, nuevamente en el municipio de Ensenada, triunfó la oposición; esta vez a manos del PAN, con Ernesto Ruffo Appel a la cabeza. Este acontecimiento resultaría definitivo para perfilar los siguientes sucesos políticos de la entidad. Entre ellos, el de la alternancia en 1989. Pero antes hubo un proceso fundamental, el triunfo de Cuauhtémoc Cárdenas en Baja California.

El 6 de julio de 1988 en Baja California

Baja California fue la única entidad nortea donde triunfó el cardenismo en 1988, para sorpresa de todos. La explicación de este acontecimiento no es sencilla. Al menos, no es posible aceptar que Cárdenas fue *el candidato del centro* -del país- (Zavala, 1988). Otra explicación, con este mismo sentido regional, ubicó el triunfo del cardenismo "en la ciudad de México y en el mapa biográfico del general Cárdenas, Michoacán, Morelos, buena parte de Guerrero, la zona petrolera" (Krause, 1988), aunque omitió a Baja California. Una explicación más, estableció que "...el cardenismo se liga a los estados que tienen una producción manufacturera por habitante elevada, que cuentan con altos índices de marginación social y bajos niveles de alfabetización y en los estados en los cuales la crisis ha pegado con fuerza".⁹⁴ Otra más consideró que el cardenismo se explicaba por el apoyo de los sectores favorables al cambio y la modernización, como los de las ciudades y las zonas rurales desarrolladas.

El triunfo de Cárdenas en Baja California no puede interpretarse basándose en una sola explicación, excluyendo las otras. No fue un fenómeno generado solamente por una región el que explica este triunfo (el caso de Baja California obligaría a hablar de un fenómeno pluriregional). Tampoco se puede incluir en *el mapa biográfico del general Cárdenas* a Baja California, aunque sin duda sí realizó una obra trascendente. El criterio regional no explica por sí mismo el triunfo de Cárdenas. Incluso no puede decirse que la crisis fue factor explicativo único, porque Baja California no resultó tan golpeada y pudo sortear la crisis en mucho mejores condiciones que los otros estados donde triunfó el cardenismo (Negrete, 1989a).

⁹⁴ *Excelsior*, Sección Financiera, 21 de julio de 1988.

Al parecer, el triunfo de Cárdenas en Baja California fue parte de un movimiento nacional combinado con diversos factores locales que le fueron propicios. En Baja California ya existía, como hemos visto en este recorrido histórico, una inclinación a apoyar una opción alternativa a los candidatos del PRI, cuando ésta se presentara. En Ensenada ya existía el antecedente del triunfo del PST y en Tijuana existía lo que podemos llamar una predisposición favorable para ello, según una encuesta realizada en 1987 (Guillén, 1987).⁹⁵ No había sido viable por el lado del PAN, ni se había encontrado en alguno de los partidos que antes de la formación del Frente Democrático Nacional (FDN) actuaban aisladamente. En esta ocasión la encontró en Cuauhtémoc Cárdenas. Un desprendimiento de la alianza jerárquico-igualitaria del PRI -en este caso, el sector que se conoce como *el PRI social*.

A lo anterior se agregan otros factores no menos importantes, tales como el deterioro político que había alcanzado el gobernador Xicoténcatl Leyva (quien se encontraba en el penúltimo año de su sexenio). Además, la división de la burocracia política priísta, debido a la abierta preferencia del gobernador por un candidato diferente al que resultó el candidato oficial, y, finalmente, por el alejamiento de este gobernante con un sector de la burguesía local. Todo ello creó una especie de vacío político que ocuparon los electores -de alguna manera encauzados por los partidos del FDN. Sin embargo, lo anterior no hubiera sido plenamente posible sin los esfuerzos previos de reagrupación que tuvo la izquierda.

A partir de su reconocimiento legal, el PCM y el PST pudieron participar en las elecciones federales de 1979, cada uno por su lado y en alianza con otros grupos, con candidatos para los seis distritos electorales en que está dividido el estado. El Partido Mexicano de los Trabajadores (PMT) se abstuvo de participar electoralmente dado que consideraba a la nueva ley electoral como *fascista* -repitiendo la formulación de Heberto Castillo- y el PRT no había logrado todavía su registro. Los resultados de la primera participación electoral del PCM fueron relativamente exitosos, al conseguir una votación de alrededor del 5% de la votación total nacional que lo colocó arriba del PPS, el partido con mayor tradición electoral de la izquierda. Es decir, se colocó en el tercer lugar de la votación, abajo del PAN (10.79%) y muy lejos del PRI (69.71%). En el nivel estatal, PPS, PST y PCM obtuvieron 4.5%, 2.0% y 4.7%, respectivamente.

Entre los años de 1979 y 1988, la participación electoral de nuevos partidos produjo un reacomodo de fuerzas en la izquierda. Al mismo tiempo, la situación política en el estado,

⁹⁵ El autor encuentra en una encuesta realizada en Tijuana, Ciudad Juárez y Chihuahua, que el electorado tijuaneño, no obstante que consideraba muy críticamente al gobierno, todavía prefería dar su voto al PRI, pero no al PAN como en las otras ciudades

en especial durante el gobierno de Roberto de la Madrid, obligó a una mayor definición de su línea táctica, que la condujo a un proceso de reagrupamiento. Primero, hacia los sectores representativos de la cultura igualitaria entre las izquierdas, y luego hacia sectores representativos de la alianza jerárquico-igualitaria desprendida del PRI.

En 1981, el PCM, junto con otros partidos, como el Partido del Pueblo Mexicano, formado por el grupo dirigido por Alejandro Gascón Mercado (una escisión del PPS) y el Partido Socialista Revolucionario, formaron el Partido Socialista Unificado de México, PSUM.

El PSUM participó en las elecciones locales de 1983, en alianza con la Corriente Socialista (después convertida en Partido Patriótico Revolucionario, PPR). Esta organización era importante porque agrupaba a un sector de ex guerrilleros, que revaloró el trabajo político abierto, en particular el de tipo electoral. Otros sectores de izquierda todavía seguían discutiendo la pertinencia de participar en elecciones. Posteriormente, el PSUM entró a un proceso de fusión con el Partido Mexicano de los Trabajadores (PMT) y el PPR. En 1987, estas organizaciones formaron el Partido Mexicano Socialista (PMS). Finalmente, este nuevo partido se unificó con la Corriente Democrática del PRI y otros grupos, culminando en la formación del Partido de la Revolución Democrática (PRD).

Mientras tanto, el PST cambió su nombre por el de Partido Frente Cardenista de Reconstrucción Nacional (PFCRN) en 1988. En el estado, el PFCRN se dividió durante su proceso de transformación y el grueso de sus integrantes ingresó al PMS.

Entre 1981 y 1988, hubo tres elecciones federales (dos de ellas para presidente de la República) y dos elecciones locales (para gobernador en 1983 y para diputados y Municipios en 1986). Fue en las elecciones federales para diputados de 1985 donde se dio por primera vez una alianza entre PSUM, PPS, PMT y CS. El cuadro de alianzas logrado en todo el estado por la izquierda, quedó de la siguiente manera,

Cuadro 1

ALIANZAS DE LAS IZQUIERDAS EN BAJA CALIFORNIA					
ELECCIONES FEDERALES DE 1985					
DISTRITOS	MUNICIPIOS				
I	Mexicali	PSUM, PRT y LOM	PMT, PRS	PPS	PST
II	Tijuana	PSUM, PMT, CS y PPS			
III	Ensenada-Tecate	PSUM, PRT, PMT, MRP y CS		PPS	PST
IV	Mexicali	PSUM, PRT y LOM	PMT, PRS	PPS	PST
V	Tijuana	PSUM, PMT, CS y PPS			
VI	Tijuana	PSUM, PMT, CS y PPS			

FUENTE: Elaboración propia
 PSUM, Partido Socialista Unificado de México; PRT, Partido Revolucionario de los Trabajadores; LOM, Liga Obrera Marxista; P los Trabajadores; CS, Corriente Socialista; PRS, Partido de la Revolución Socialista; PPS, Partido Popular Socialista; PST, Trabajadores; MRP, Movimiento Revolucionario del Pueblo.

En este cuadro, se pueden apreciar también otros aspectos interesantes de los encuentros y desencuentros de las izquierdas en Baja California, como precedente de la *gran alianza* en el FDN. En primer lugar, está la participación del PPS, por primera vez en su historia, en algunas alianzas en Tijuana. Este partido se caracterizaba por no querer ningún tipo de contacto con el resto de las organizaciones de izquierda. En contrapartida, era visto con recelo por éstas debido a su proclividad a aliarse con el PRI. De hecho, era acusado de ser un *palero* del gobierno. Nótese que en Tijuana y Ensenada- Tecate se da la alianza con el PMT. Por otra parte aparece por primera vez el MRP, en Ensenada (grupo que llegaría a predominar en el PMS y el PRD). Es importante destacar la alianza del PMT y el PRS en Mexicali, en donde este último todavía subsiste como partido regional, sin registro, y ha participado en elecciones locales sin mucho éxito. Y, finalmente, el PST, partido que había ganado el municipio de Ensenada en 1983, el cual decide lanzarse solo.

Los votos obtenidos por cada uno de los partidos (con registro electoral), fueron los siguientes, PST, 25,050 (6.13%), de los cuales el distrito de Ensenada-Tecate aportó 15,865 votos; PPS, 12,522 votos (3.06%); el PSUM, 10,788 votos (2.64%); PRT, 7,417 votos (1.81%); PMT, 3,805 votos (0.93%). En general, los resultados fueron magros, considerando los esfuerzos establecidos para aliarse y si se comparan con los 118, 229 votos del PAN (28.97%) y con los 212,045 votos del PRI (51.96%). Sobre estos resultados, en el balance hecho por una de

las organizaciones participantes, se estableció, "La orientación política e ideológica de cada vez mayores capas de la sociedad mexicana va cambiando, y lo hace hacia la izquierda, a pesar de que lo más sonado sea el crecimiento de la derecha. Que la izquierda avanza en nuestro país es un hecho innegable." (Corriente Socialista, 1988a).

En 1986 hubo elecciones locales para renovar el Congreso y los Ayuntamientos. En esta ocasión participaron PPS, PSUM, PST, PMT y PRT. Los tres primeros partidos obtuvieron escasa votación con respecto al PRI y al PAN (partido que ganó en Ensenada), pero alcanzaron los porcentajes mínimos para tener diputados de minoría y regidurías en Mexicali, Tijuana y Ensenada. PMT y PRT no alcanzaron los porcentajes mínimos.

Después de 1986 hubo un pequeño receso electoral, aunque el tema no dejó en ningún momento de estar en el interés de los partidos de izquierda, debido a dos cuestiones principales. En el nivel nacional comenzaron a presentarse cambios, el PSUM entró en un proceso de fusión con el PMT, PPR, MRP y otras organizaciones con presencia local, culminando en la formación del PMS en 1987. El PST, por su parte, se convirtió en PFCRN; mientras que en el PRI comenzó a desarrollarse una corriente interna, la Corriente Democrática (CD), que impulsó la lucha por influir en el nombramiento del candidato a presidente por este partido para las elecciones federales de 1988.

Las primeras manifestaciones de que se estaban gestando cambios en la correlación de fuerzas políticas se dieron sin duda a partir de la aparición de la Corriente Democrática encabezada por Cuauhtémoc Cárdenas y Porfirio Muñoz Ledo, y por la inmediata respuesta que encontró esta iniciativa, por un lado, entre un pequeño grupo de priístas de Baja California en donde se encontraba el ex-gobernador Braulio Maldonado y, por otro, entre las agrupaciones de izquierda.

El PPS buscó inmediatamente relacionarse con la candidatura de Cárdenas porque respondía a su esquema de análisis. Igual actitud adoptó el PST, que enfrentaba un proceso de división interna del cual surgió el PFCRN. Entre tanto, el recién formado PMS, preparaba sus bases para la participación electoral con candidato propio, en medio de divisiones exacerbadas por la táctica que se debía adoptar ante la candidatura común con Cárdenas.⁹⁶

En el ámbito estatal, una de las más importantes expresiones de esta escisión la constituyó un grupo de militantes provenientes de PCM, quienes encabezados por Blas Manrique y Julio Prado, formaron la Tendencia Democrática Cardenista (TDC). En estas condiciones, casi en la víspera del 6 de julio de 1988, el PMS decidió la declinación de la candidatura de Heberto Castillo, a favor de la de Cuauhtémoc Cárdenas. La participación, a

⁹⁶ Hay que recordar, sin embargo que Cárdenas prefirió inicialmente aliarse con el PARM, partido que originalmente lo postuló como su candidato. Pero en Baja California este partido no contaba con mucha presencia y en la práctica fue desplazado por los demás.

última hora, del PMS en el FDN le procuró la conservación de un pequeño volumen de votos, ante una campaña polarizada entre PRI-FDN-PAN, pero donde el FDN era más reconocido por su candidato y por los primeros partidos que lo apoyaron (PPS, PFCRN y PARM). Esta polarización arrastró al PRT a la marginalidad electoral y casi también al PMS.

Cuadro 2

BAJA CALIFORNIA, VOTACIÓN DE CÁRDENAS EN 1988						
PAN	PRI	PARM	PPS	PFCRN	PMS	CÁRDENAS
						2,888*
101,164	157,190	19,938	85,736	43,699	13,196	165,497**

FUENTE: Comisión Local de la Comisión Federal Electoral, 1988.
 * Votos directos para el candidato
 ** Suma de los votos de PARM, PPS, PFCRN, PMS y votos para el candidato

El júbilo por el triunfo de Cárdenas condujo a cada uno de los partidos del FDN a adjudicarse la victoria, sin entender el mensaje de los electores. PPS, PFCRN y PARM simplemente derivaban el resultado electoral como producto de su trabajo y presencia en el estado. En el balance de la votación de 1988, el PMS aunque con un lenguaje más medido y mayor rigor analítico, encontró que el pueblo de México, "al expresar su voto a favor de Cuauhtémoc Cárdenas, lo hizo a favor de un cambio cuyo contenido se encuentra *en lo fundamental* en la plataforma política del FDN (PMS, 1988, subrayado en el original)". Analizaba también la nueva situación para el FDN y anticipaba un posible deterioro de la unidad alcanzada. Con respecto a la nueva situación política del estado pronosticaba mayor deterioro del PRI, en vista de la sucesión gubernamental, y una mayor dureza del gobierno con la izquierda, de acuerdo con el señalamiento de un periódico en su editorial (*La Voz de la Frontera*, 7/8/1988. Citado en *Ibíd.*)⁹⁷. Asimismo, erróneamente veían al PAN como un partido que "atravesaba por una crisis orgánica", aunque advertían, "Quien considere acabado al PAN puede cometer un grave error".

Los presagios de división en la izquierda, acelerados por el llamado de Cuauhtémoc Cárdenas, el 21 de octubre de 1988, a formar *el partido que nació el 6 de julio* (PRD) fueron en aumento. Comenzaron a perfilarse líneas políticas diversas con respecto a las elecciones estatales. El PPS proponía formar una coalición sólo en torno a la candidatura a

⁹⁷ "La libertad con la que se ha venido desempeñando la contrarrevolución y los partidos de izquierda (...) está propiciando la organización de todo un programa de acciones desestabilizadoras del orden y la paz prevalecientes en el país, por experimentados activistas del desorden y la confrontación social."

gobernador y el resto de candidatos con candidaturas comunes. El PMS planteaba la necesidad de coalición total, es decir, con candidatos únicos en todos los puestos de elección y con un sólo emblema. Pero aún más importante era el señalamiento que hacía este partido, "Nuestra propuesta (de táctica electoral) implica avanzar de manera simultánea hacia las fuerzas del FDN, PAN, posibles desprendimientos del régimen y hacia el PRD" (PMS, 1989).

La sola mención de una alianza con el PAN produjo mayores efectos de división que otros planteamientos. El PPS siempre ha considerado a este partido el representativo de la *reacción*. El PFCRN, para estas fechas prácticamente había desaparecido de la escena política del estado, (pero su dirigente nacional declaró que en ese caso ellos se unirían a la candidatura del PRI).

Las dos fuerzas políticas principales de la izquierda eran ya, por un lado, el PPS (al que después se uniría el PFCRN) y, por el otro, el PMS y la Corriente Democrática de Baja California (a la que luego se uniría el PARM). El PRT había desaparecido de la escena y enfrentaba la división de un grupo con influencia entre los colonos (el CUCUTAC, Comité Urbano de Colonos Unificados de Tijuana, A. C.), su más importante frente de masas, el cual finalmente se alió al PARM.

A partir de las elecciones de 1988 parecía que se había presentado una transformación cuantitativa y cualitativa de la izquierda en el estado. Aliada y con un importante caudal de votos, estaba presente ahora como una fuerza política importante y en condiciones de disputarle la influencia a los dos partidos tradicionales, PRI y PAN. Las elecciones estatales de 1989 eran el escenario para probar hasta donde había calado esta nueva fuerza entre la población bajacaliforniana. Sin embargo, en parte porque el gobierno central logró recomponer cierto grado de cohesión en el PRI, y también porque las organizaciones del FDN no pudieron mantenerse unidas, los partidos antes integrantes del FDN perdieron la oportunidad de ser actores principales del nuevo proceso electoral.

Para reinterpretar este complejo conjunto de acontecimientos en que se vieron involucradas las izquierdas, sus encuentros y desencuentros, habría que partir de las diferentes expresiones culturales a las que pertenecen. En términos generales son de tipo igualitario y jerárquico. Ambos con similitudes y diferente forma de ver las cosas y con distintas posibilidades para actuar juntos. Entre sus semejanzas están, 1. Ambos tienen límites grupales acotados, 2. Cuentan con apoyo vital de su grupo respectivo, y 3. Tienden a controlar el comportamiento individual de sus respectivos integrantes. Sin embargo, los pertenecientes a la cultura jerárquica tienden a la especialización y la segregación, asumidas o impuestas, para organizar sus relaciones y evitar conflictos; mientras que los pertenecientes a la cultura igualitaria están en contra de las divisiones formales internas

(pues todos son iguales), prefieren relaciones más personalizadas y, por lo tanto, organizaciones pequeñas y manejables; tienden a manejar los desacuerdos en forma clandestina y a formar facciones. Desde esta perspectiva, el complejo proceso de unidad en que se han visto las izquierdas, desde los años ochenta, ha venido travesando por diferentes etapas, la de grupos más afines, principalmente entre los de tendencia igualitaria (que inclusive llegaron a fusionarse en PSUM y PMS); la de una influencia jerárquica-igualitaria externa que se volvió dominante -representada por Cárdenas- a la cual se incorporaron transitoriamente los partidos, como PARM, PPS, PFCRN y PMS, al igual que un gran número de grupos -con diferentes formas culturales, inclusive igualitarios o libertarios- conformando el Frente Democrático Nacional. Esta gran coalición de modos culturales chocó cuando se formó el Partido de la Revolución Democrática, y, dentro de éste, las culturas que decidieron ser parte del mismo, continúan aún en el proceso de negociación de sus respectivas esferas de definición y actuación política, entre una coalición igualitario-jerárquica, con el predominio de una de ellas. En suma, una coalición de culturas jerárquica e igualitaria que no alcanza niveles estables de acuerdo y difícilmente los alcanzará en un periodo corto.

El dos de julio bajacaliforniano.

Para entender el 2 de julio bajacaliforniano de 1989 hay que recordar algunos antecedentes, cuando menos aquellos que, desde distinta vertiente, confluyeron en la primera derrota priísta de alcance estatal reconocida el 6 de julio de 1988. Ésta aceleró el proceso de deterioro político del gobierno estatal y desembocó en la renuncia del gobernador. La crisis de legitimidad del gobierno y su partido no pudo ser subsanada posteriormente por el gobernador sustituto, Oscar Baylón Chacón, lo que permitió una nueva derrota del PRI, esta vez a manos de los panistas, en las elecciones de 1989.

Al inicio del gobierno de Xicoténcatl Leyva muchas esperanzas se cifraron en éste, especialmente entre los sectores populares. *Xico* intentó restablecer la alianza cultural jerárquico-igualitaria, en contrapartida a la del gobernante anterior, de tipo jerárquico-individualista. Roberto de la Madrid era acusado por su especial favoritismo hacia los sectores empresariales (Contreras, 1982).⁹⁸

⁹⁸ En noviembre de 1983, durante el acto de toma de posesión de Xicoténcatl Leyva Mortera, ocurrió una alteración sin precedente en la ceremonia de transmisión de poderes, en un discurso, el presidente Miguel de la Madrid expresó una severa crítica al gobernador saliente por su disparidad para tratar al servicio público y a los negocios privados.

El nuevo gobernador, desde el principio, exacerbó los ánimos políticos del empresariado y de los sectores medios, no tanto por su populismo, más retórico que efectivo,⁹⁹ sino por su proclividad a favorecer a un grupo pequeño de empresarios afines, mientras atacaba verbalmente a otros por explotadores.¹⁰⁰

En su empeño por influir en la determinación del candidato a la Presidencia de la República, el gobernador no se detuvo en utilizar cualesquier medida para ejercer el control político del estado, especialmente el ligado a las organizaciones sociales del PRI. Esto creó una gran división entre la clase política, profundizada aún más porque finalmente no quedó el candidato presidencial apoyado por el gobernador. Por si faltara algo más, los resultados del 6 de julio del 88 vinieron a deteriorar la imagen de este gobernante, a quien se imputó la derrota priísta, a tal grado que ya no pudo sostenerse en el gobierno hasta el final del sexenio. Por primera vez en la historia del estado se dio el caso de la renuncia forzada de un gobernador.

En este contexto, se agregaron nuevos factores. Una administración pública deficiente por la falta de servicios públicos (algunos tan elementales, como agua y drenaje), de administración de la justicia, de seguridad, y otros. Estas características, aunadas a la división del PRI y la creciente pérdida de legitimidad del gobernador ante la población, crearon las condiciones sobre las que se realizaría la elección de 1989.

El gobierno federal tuvo participación directa en las elecciones de 1989, como pudo apreciarse con la renuncia de Xicoténcatl Leyva Mortera y el desmantelamiento de su corriente política, en un intento de recomponer la antigua alianza jerárquico-individualista; el convencimiento directo a los personajes priístas que coqueteaban con la izquierda, para una posible candidatura -como el caso de Guilebaldo Silva Cota, ex presidente municipal de Ensenada- la multimillonaria inversión federal; la imposición de Margarita Ortega como la candidata oficial, por el presidente Salinas en persona; el intento de compensación política a los grupos contendientes del PRI mediante la concesión de las candidaturas en las dos plazas fuertes del estado, como Mexicali y Tijuana y, finalmente, el fuerte apoyo en recursos económicos públicos para la campaña.

La campaña del PRI en 1989 no pudo remontar la división interna de manera total. Si bien logró desmantelarse la corriente *leyvista*, quedaron muchos resabios. Los grupos

⁹⁹ *Xico*, desde su campaña prometió “Un lote para cada familia humilde del estado” y “Agua para todos los hogares”. La primer promesa suscitó una ola de invasiones de terrenos; la segunda, especialmente en Tijuana, numerosas manifestaciones por su inmediato cumplimiento. En el municipio había apenas cerca de la mitad de la población con ese servicio. A finales del sexenio era todavía una promesa incumplida.

¹⁰⁰ Ello motivó que el empresario mexicalense Mario Hernández Maytorena, antiguo propietario del periódico *La Voz de la Frontera* y dueño del equipo de beisbol “Águilas”, emplazara al gobernador, para que dijera a qué empresarios acusaba de explotadores.

encabezados por los candidatos a municipales Milton Castellanos Gout en Mexicali y Gustavo Almaráz Montaña en Tijuana no lograron unificarse -esto fue particularmente cierto en Tijuana, donde el candidato se movilizó con su propio equipo y táctica. No obstante, Margarita Ortega –la candidata del PRI a gobernador- pudo alcanzar buen nivel de campaña, pues al final del proceso comenzó a emparejar a la del PAN.

El PAN, por su parte, tuvo mejores condiciones para aprovechar esta coyuntura. Contaba con una organización con experiencia y arraigo, un programa sencillo y claro para el electorado (basado, sobre todo en los errores del gobierno) y, particularmente, con un candidato carismático.

Estos tres factores -claves para analizar la campaña electoral- pudieron combinarse de manera propicia por el PAN. Como organización, este partido se presentaba con una larga tradición de lucha, a través de la cual había podido formar muchos cuadros inclusive, una cantidad estable de votantes -alrededor de 30 por ciento del electorado- (Conepo, 1995).¹⁰¹ Por ello, pudieron cubrir holgadamente con representantes la gran mayoría de las casillas el día de la elección, a pesar del requisito de residencia en la sección exigido por la ley estatal electoral

Desde el punto de vista ideológico, el PAN era el partido que principalmente había *politizado* a la población en el antigobiernismo, basado en la crítica a la mala administración y sobre todo a la corrupción. También, esta organización era la que mejor *aprovechaba* los errores del gobierno. Sin embargo, es necesario señalar que corresponde al PAN en gran parte el mérito de sostener una lucha permanente por la democracia electoral, principalmente en contra del fraude -sólo que habían caído en la rutina de hacer campaña denunciando el fraude por anticipado, sin tener siempre la razón. Tácticamente, en esta ocasión, el PAN –pero especialmente Ruffo- ya no puso la atención principal en denunciar anticipadamente la maquinación de un fraude, sino en generar un ambiente de confianza en el triunfo y en que éste les sería reconocido. Asimismo, Ruffo *desideologizó* la campaña, poniendo mayor atención en los problemas más inmediatos y sentidos por la población, enfatizando hábilmente que sólo una administración eficiente y honesta podría enfrentar este problema. Para ello el PAN tenía un candidato ideal en Ruffo, un representante típico de la cultura del esfuerzo personal. Además, un hombre probado en la administración municipal de Ensenada que fue capaz aún de enfrentar a un gobernante hostil.¹⁰² Ruffo pudo restablecer la antigua alianza individualista-igualitaria del PAN. Esto permitió al candidato panista entrar a la contienda electoral, desde el inicio, con una gran fuerza,

¹⁰¹ Promedio de los resultados de las elecciones para gobernador entre 1965 y 1983.

¹⁰² Es famosa la fotografía donde aparece Ruffo, como presidente municipal de Ensenada, barriendo las calles, en denuncia por la reducción de los recursos estatales.

desmantelar la estrategia de Margarita Ortega, ganar el voto de las mujeres y también de los cardenistas. Muy pronto la disputa principal se definió entre los candidatos de las dos fuerzas histórica rivales, PAN y PRI.

Por su parte, entre las izquierdas, este fenómeno de polarización fue rechazado por Martha Maldonado, la candidata a gobernador por la alianza PRD-PARM (una alianza igualitario-jerárquica). El mismo Cuauhtémoc Cárdenas, incluso, la negó como posibilidad.¹⁰³ Igual sucedió con los integrantes de la coalición PPS-PFCRN. Las dos mini coaliciones de lo que fue el FDN se presentaron en la campaña arrastrando sus mutuas diferencias, incluso intercambiando calificativos francamente insultantes entre sus candidatos.

El candidato de la alianza PPS-PFCRN (una alianza jerárquico-igualitaria), Sergio Quiroz, desarrolló su campaña con una plataforma cuya característica principal estuvo basada en un enfoque estatista y municipalizador como solución a los principales problemas de la entidad. Un enfoque típicamente jerárquico, cada vez más obsoleto y ajeno al complejo panorama de la realidad estatal -y del mundo, en ese mismo año. Al principio, invirtió recursos principalmente en propaganda y su estrategia fue diseñada para ganar a los supuestos votantes cardenistas, presentándose como el verdadero interprete de esta corriente.

La candidata del PARM-PRD empezó su campaña diciéndole al electorado que las elecciones no importaban, tanto como la construcción del nuevo partido -una expresión sectaria de la cultura igualitaria. Realizó una campaña sin plataforma electoral y desprovista de organización. Todo ello dio como resultado una desmovilización general.

Las consecuencias fueron inmediatas. Ambas minicoaliciones tuvieron muy pocos representantes de casilla, muestra del nivel de organización existente y no pudieron obtener siquiera la información a tiempo sobre los resultados de la votación.

En suma, la campaña del PRI no prosperó a pesar de todos los apoyos recibidos. Mientras que los antiguos integrantes del Frente Democrático Nacional se presentaron divididos en dos coaliciones. En esas condiciones, fue posible el triunfo de Ernesto Ruffo el 2 de julio de 1989. Así inició la era de la alternancia política en México. Ver cuadro 3.¹⁰⁴

Cuadro 3

¹⁰³ En una reunión con un grupo de académicos y profesionistas con Maldonado y Cárdenas en Tijuana se le presentó un detallado de análisis de este fenómeno, que Cárdenas rechazó arguyendo que “en todos lados a donde he acompañado a Martha, he visto el amplio apoyo que tiene...”

¹⁰⁴ Extrañamente, las cifras proporcionadas por Conepo sobre el padrón (609,468) son menores a las registradas en el cuadro 3, basado en cifras de la CFE. Por lo tanto, registra una abstención de 36%, menor a la que resulta del cuadro mencionado (49.9%).

BAJA CALIFORNIA: RESULTADO DE LAS ELECCIONES ESTATALES DE 1989										
Concentrado de resultados finales										
Candidatos	PAN	PRI	PPS	PRD	PFCRN	PARM	Candidato	Nulos	Total	Padrón
Gobernador	203943	163237	6195	8236	3864	4822	53	36014	426364	882461
Diputados	186352	170061	7961	10111	6312	5999	102	27552	414445	882461
Ayuntamientos	187009	178235	8122	9678	6335	5428	574	46990	442371	882461

FUENTE: Comisión Federal Electoral, 1989

En el recorrido por esta primera parte de la historia política del estado, tal como lo hemos dividido para su análisis, podemos apreciar la riqueza y complejidad de los procesos político-electorales desarrollados entre 1959 y 1989. Durante el primer decenio, hubo una participación intensa, la cual interpretamos como producto de la expresión de la cultura política participante en las elecciones. Una participación intensa, incluso probablemente triunfante, tal como se desprende de los testimonios de los opositores; pero también por las referencias, aunque crípticas, de algunos voceros representativos del sistema cultural jerárquico del PRI. Sin embargo, predominó la cultura política de imposición, en otras palabras la alianza jerárquico-individualista, por medio de procedimientos coercitivos. No se sabe si la participación intensa fue también mayoritaria -que haya alcanzado cuando menos la mitad más uno de los electores registrados- ya que no existen datos fiables al respecto. Es de suponerse que no fue tal, que probablemente la cultura participante -o culturas participantes- se expresó en medio del abstencionismo, o que la votación apenas alcanzó el umbral de la mayoría indispensable, como ocurrió en las elecciones de 1989; el punto de comparación más cercano, por las características de intensa participación que éstas tuvieron. Esto lleva, por lo tanto, a la necesidad de distinguir no sólo grados, sino tipos de participación, apoyados en las diversas categorías de las teorías culturales. Desde esta perspectiva, la periodización utilizada parece responder adecuadamente. Las expresiones de la cultura política participante adquirieron intensidad durante 1959-1968, pero se les sobrepuso la cultura de imposición; disminuyeron entre 1969-1982, y volvieron a aparecer desde 1983, tanto en elecciones municipales, como estatales y federales.

Se ha venido utilizando tanto las categorías de la cultura política, como las de la teoría cultural. Las primeras han permitido distinguir lapsos en el tiempo, periodos, para saber cuándo fue más importante una que otra -si la participante o la de subordinación, por ejemplo. Sin embargo, cierta limitación del concepto de cultura política participante, sobre todo por su connotación *cuantitativa* (Almond y Verba hablan de culturas congruentes con sus respectivos sistemas. Por ejemplo, la participante con el sistema democrático, lleva a la necesidad de pensar en un sentido de predominio o mayoría de esta cultura, pues, si no ¿cómo podría expresarse congruencia si una minoría dominara a la mayoría, sin contar con la participación de ésta, al menos en las elecciones?). Otro problema pospuesto hasta ahora

es el que se refiere a la identificación mecánica entre los simpatizantes de la oposición como representantes de la cultura política participante y a los simpatizantes del gobierno como representantes de la cultura política, ya sea de imposición o de subordinación. Pero en la realidad no es así. La teoría cultural resuelve estos problemas de otra manera, en primer lugar, todas son participantes, excepto una, la fatalista. En segundo lugar, las cuatro formas culturales pueden llegar a ser abstencionistas, aunque la más propensa en la fatalista; y en tercer lugar, la composición numérica de cada una está determinada por el arreglo o acomodo de las cuatro en su conjunto, en una sociedad dada, y la situación particular de cada una en su relación específica con otras o frente a las otras, ya que cada una (excepto la fatalista) está interesada en atraer a las otras, dominarlas o aliarse con ellas. Desde este punto de vista, los números sí juegan un papel y éste es importante, en cuanto a que implica un peso diferenciado de las expresiones culturales. En este sentido, es más importante saber cómo proceden las distintas cultura participativas y no participativas, cuáles votan y cuáles no, por quiénes y por qué; qué composición o alianza de culturas representa ese voto y si logra mayoría o no frente a otras opciones. En el caso del voto diferenciado entre 1988 y 1989 (el voto por Cárdenas y Ruffo), al parece ocurrió por un desgarramiento de la alianza jerárquico-igualitaria del PRI (en buena medida la parte social del PRI), que despertó la adhesión de otras expresiones igualitarias, agrupadas o sueltas, y fue suficientemente importante como para alcanzar mayoría. Sin embargo, no fue capaz de lograr apoyo un año después. En cambio, Ruffo, representativo de la cultura individualista logró atraer parte de los sectores igualitarios, tanto los que se habían incorporado en los inicios de la formación del PAN, como los que momentáneamente simpatizaron con la izquierda cardenista.

Segunda parte

Cultura política, participación y abstención durante dos sexenios panistas, 1990-2001

Durante los dos sexenios panistas hubo cuatro elecciones federales y cuatro locales. Entre las primeras, dos presidenciales, la de 1994, en la que arrasó el PRI en el estado, y la de 2000, cuando el triunfo del PAN en Baja California contribuyó a que este partido ganara la presidencia de la República. En las elecciones para gobernador de 1995 y 2001, el PAN retuvo el puesto, pero en medio de una baja generalizada de la participación ciudadana en las urnas. Especialmente en las últimas, cuando cayó a su punto más bajo en la historia del estado.

A primera vista, se puede decir que con el triunfo del PAN en las elecciones presidenciales de 2000, en Baja California se confirmó una tendencia que ya se venía observando. Sin embargo, es preciso analizar qué representa entonces la estrepitosa derrota que sufrió en 1994. Por lo que se refiere a las elecciones locales, se observa una tendencia más consolidada hacia el predominio del PAN en el estado. No obstante, en medio de una tensa disputa con el PRI. Finalmente, ¿qué representa el abstencionismo alcanzado durante todos estos procesos?

En esta segunda parte se comienza con el análisis de las elecciones realizadas durante el gobierno de Ernesto Ruffo. Se pone énfasis en las elecciones locales, especialmente en las de 1995, sin embargo, se destacan también los otros procesos, tanto federales como locales de tipo intermedio, en la medida en que aportan datos sustanciales para este análisis.

El primer sexenio panista de Baja California, 1990-1995

El ascenso de una nueva fuerza política en el gobierno del estado, sin precedente en el país y sin experiencia de gobierno -excepto en Ensenada- generó expectativas. No es el caso describir aquí los pormenores, sino aquellos relacionados con las elecciones durante el periodo 1990-1995.

La primera oportunidad para ensayar fuerzas se presentó con las elecciones federales de 1991. En esa ocasión el PRI y el PAN presentaron sus mejores cartas. El PRI realizó una auscultación interna con la que logró consensos en sus bases. Este mecanismo permitió la designación del ex presidente municipal de Tijuana, René Treviño (1984-1986). Los resultados, como es sabido, favorecieron a Héctor Terán para ocupar un puesto en el Senado -primer triunfo de mayoría en una candidatura a senador en la historia del PAN- y a los candidatos de los tres distritos electorales federales de Tijuana; los otros tres -dos de Mexicali y otro del distrito que abarca los municipios de Ensenada y Tecate- los ganó el PRI. En su conjunto, en las elecciones federales intermedias de 1991 se alcanzó una de las participaciones más altas, 79.0%.

Las elecciones federales de 1991 sirvieron como entrenamiento a las fuerzas en pugna, pero la verdadera contienda se centraba en torno del poder local, y las elecciones de 1992 para renovar congreso y ayuntamientos fueron el marco propicio para ello. Ante las elecciones locales de 1992, el PRI había logrado atemperar sus divisiones internas, lo que permitió postular candidaturas de unidad y ostentarse como un *nuevo* PRI. El PAN, en

cambio, había sufrido divisiones internas como resultado de su conversión en partido gobernante, debido a las presiones de los funcionarios panistas que pretendían adhesión a su labor, sin cuestionamiento, de los militantes de su partido. Asimismo, por el reclamo de algunos grupos del PAN por la forma heterodoxa con que, según ellos, actuaban los funcionarios panistas.¹⁰⁵ En parte como resultado de esa crítica, el PAN optó por postular únicamente candidatos surgidos de sus filas.¹⁰⁶ La campaña electoral del PAN se basó en la comparación entre el *antes* y *después*, mostrando la labor realizada por el gobierno panista en sus primeros tres años.

Las elecciones de 1992 fueron particularmente disputadas y copiosas. La votación aumentó casi en un 50% con relación a 1989.¹⁰⁷ El PAN retuvo los municipios de Ensenada y Tijuana y ganó el de Tecate por pequeño margen, mientras que el PRI sólo conservó el municipio de Mexicali.¹⁰⁸

Los resultados de esta elección confirmaron algunos fenómenos ya observados en la elección federal del año anterior. En primer lugar, la votación se concentró entre PRI y PAN, ya que aumentó de 86% a 89.8%, entre 1991 y 1992. Tal polarización impidió que los partidos pequeños (PPS, PFCRN y PARM) alcanzaran diputaciones de minoría. En tal virtud, el PRD, con el 3.3% de la votación, se quedó con las cuatro diputaciones de representación proporcional, según lo establecido por la ley (casi la quinta parte de la representación en el Congreso). En segundo lugar, las cifras mostraron una mayor

¹⁰⁵ El resultado de esas pugnas fue, por un lado, que varios militantes de Mexicali y Ensenada optaran por salirse del partido y formar un grupo, especie de foro doctrinario, que no prosperó. Por otro lado, un grupo de Tijuana, conocido como “los magallones” (en referencia a la presencia de varios familiares de Salvador Rosas Magallón), fueron desconocidos como dirigentes del partido. En el Ayuntamiento, Jorge Ramos fue cesado de su puesto de tesorero y el Secretario del Ayuntamiento, Alejandro González Alcocer, renunció en protesta por esa destitución. González Alcocer fue designado el gobernador sustituto por el congreso y Jorge Ramos el Secretario General de gobierno

¹⁰⁶ En los primeros años de gobierno del PAN había una fuerte sensación, entre las bases, de que solamente debería de haber funcionarios de origen panista en el gobierno. A los panistas les había causado mucho escozor que Ruffó declarara que se iba a quitar la camiseta del partido y actuar como gobernante de todos. Ya como gobernante designó a un funcionario no panista como Procurador de Justicia del estado, lo cual creó mucha inconformidad.

¹⁰⁷ Es necesario señalar que este aumento en la votación se pudo deber a la depuración del padrón electoral estatal. Incluso a pesar de que el PRI estuvo tratando de boicotear la nueva credencial estatal con fotografía, casi hasta el momento mismo de las elecciones.

¹⁰⁸ En las candidaturas a diputados, el PAN obtuvo 8 triunfos, los seis correspondientes al municipio de Tijuana, el distrito urbano de Ensenada y otro similar de Mexicali. En contrapartida, el PRI mantuvo el distrito rural de Ensenada, los tres del valle de Mexicali y dos de la ciudad (en donde recuperó un distrito que había perdido en 1989), así como el de Tecate.

recuperación del PRI que el PAN y una disminución de la diferencia entre sus caudales de votos. En tercer lugar, de acuerdo con los datos de la votación por distrito, cada partido registró un incremento de sus votos en los lugares en donde era oposición, el PAN en los valles de Mexicali y San Quintín (al sur de Ensenada) y el PRI en Tijuana y en el distrito urbano de Ensenada. Este fenómeno, al parecer, fue resultado del desgaste de los gobiernos de ambos partidos. Sin embargo en el caso de los municipios gobernados por el PAN, podemos decir que estaba naciendo el voto antipanista.¹⁰⁹

Entre tanto, el problema que se le presentó al gobierno de Ruffo fue cómo obtener apoyos en el nuevo congreso para sacar adelante los acuerdos. En un congreso compuesto por 8 panistas, 7 priístas y 4 perredistas, el gobierno logró una alianza con dos diputados del PRI, provenientes del sector campesino.¹¹⁰ Así surgieron los acuerdos básicos del congreso, ante el enojo de los demás priístas y el desconcierto de los perredistas, que en la práctica coincidieron con el PRI en su impugnación al *mayoriteo* de la alianza de los diez diputados contra los nueve.

Resuelto el problema del congreso, el gobierno estatal decidió abrir tres líneas de acción. Primero, comenzó a realizar actividades en las colonias mediante el programa “Voluntad”, en abierta disputa con el programa de Solidaridad.¹¹¹ Segundo, empezó a hacer gran despliegue publicitario sobre la obra realizada por el gobierno. Según el gobernador, durante los primeros tres años se habían dedicado los recursos a crear infraestructura, la mayor parte consistente en *obra enterrada*, y ahora se presentaban condiciones para crear otro tipo de obras, más visibles. Tercero, el gobierno estatal renovó la demanda ante la federación por la restructuración de los mecanismos de participación del presupuesto.

Por su lado, el gobierno federal, a través de Pronasol, esgrimió una política más beligerante en los municipios de Tijuana, Ensenada y Tecate (gobernados por el PAN). Política que motivó la queja pública de los presidentes de estos municipios ante la

¹⁰⁹ Por supuesto, no se descarta el papel, pobre o rico, jugado por los partidos y candidatos en la campaña. No obstante, aquí tratamos de apuntar tendencias más generales.

¹¹⁰ Esta es a todas luces una alianza extraña sobre la cual cabe especular que se debió a una negociación entre el gobierno federal y estatal para obtener gobernabilidad. Otra posible explicación es que fue producto de la fuerte división entre el sector campesino y la dirección estatal del PRI.

¹¹¹ En realidad este ya era un viejo litigio del gobernador que inició desde el momento en que entró el Pronasol al estado, pero se agudizó cuando fue nombrado como subdelegado de la zona costa (Ensenada, Tijuana y Tecate), Jaime Martínez Veloz (ex diputado federal 1994-1997, ex diputado en el congreso local, 1998-2000 y diputado federal, 2000-2003).

Secretaría de Gobernación por la *agitación* que realizaban *funcionarios* federales -en referencia a la actividad desplegada por el subdelegado, Jaime Martínez Veloz.

En las elecciones presidenciales de 1994, al igual que sucedió en casi todo el país, el PRI y en particular su candidato a la presidencia obtuvo muy alta votación, 402,844 votos, que equivalen a 48.9% en el estado; contra 298,260 votos del PAN (36.2%) y a gran distancia del PRD, cuyo candidato presidencial obtuvo 68,769 votos (8.4%). En conjunto, la participación alcanzó 79.2%, la más alta en la historia reciente del estado. El PRI arrasó en todas las candidaturas y, en algunos distritos, en todas las casillas. Con estas victorias, revirtió las derrotas de 1988 (cuando perdió Salinas en el estado) y de 1991, cuando el PRI perdió la senaduría. Esta avasalladora victoria del PRI sorprendió a todos.

Cuadro 4

BAJA CALIFORNIA: RESULTADOS DE LAS ELECCIONES FEDERALES DE 1994									
Candidatos	PAN	%	PRI	%	PRD	%	TOTAL	%	PADRÓN
Presidente	298260	36.2	402844	48.9	68779	8.4	822999	79.2	1038561
Senadores	295071	36.4	391695	48.3	67572	8.3	811536	78.1	1038561
Diputados	289450	35.7	399542	49.3	61704	7.6	810313	78.0	1038561

FUENTE: IFE, 1994

La explicación que se ha venido dando sobre este fenómeno no queda del todo clara. Una buena cantidad de analistas considera que fue resultado de los extraordinarios acontecimientos ocurridos ese año, tales como el alzamiento del EZLN en Chiapas y el asesinato de Colosio en Tijuana (el *voto del miedo*, le dicen). Por cierto, muy pocos mencionan la posible influencia que jugó el hecho de que el gobierno de Salinas estuviera bien evaluado (antes del *error de diciembre*).¹¹² Por otra parte, habría que agregar que la candidatura de Zedillo representó para los bajacalifornianos la oportunidad de que un *paisano* pudiera llegar a la presidencia.

Desde la perspectiva de la nueva cultura política se explicaría este fenómeno como resultado de la expresión de los sectores posmodernos de la sociedad, los cuales no están orientados por las elites dominantes, así como tampoco por la polaridad izquierda-derecha. Por lo tanto, bien pueden votar en unas elecciones por un candidato y en otras por otro, sin

¹¹² Por ejemplo, en las encuestas, no era infrecuente que Salinas apareciera mejor calificado que Ruffó.

importar la posición ideológica que representen. O bien, pueden dejar de votar. Esto explicaría por qué en 1994 el voto fue por un candidato priísta; en 1991, por un panista, y en 1988 a favor de Cárdenas. Sin embargo, queda una pregunta pendiente, ¿Por qué en 1991 y 1994 hubo prácticamente la misma alta votación?. De acuerdo con la teoría cultural, puede elaborarse otra explicación, es probable que en las dos situaciones, los respectivos candidatos lograran movilizar a la mayor parte de los electores integrantes de la coalición de culturas que representaban. Asimismo, atrajeron a integrantes de la cultura fatalista, quienes votaron por diferentes razones, a saber, en 1991, votaron por Terán los mismos integrantes de la alianza individualista-igualitaria que antes había apoyado a Ruffo, los nuevos aliados temporales,¹¹³ más aquellos a quienes Terán logró convencer por ser el más probable ganador en la competencia -una de las razones por las que votaría un fatalista, en caso de votar- en tanto que en 1994, Zedillo fue capaz de mantener la alianza jerárquico-individualista y, además, atraer parte de los integrantes de la cultura fatalista, quienes en esta ocasión se sintieron impelidos a votar por las condiciones extraordinarias, ya mencionadas, de ese año.

Los resultados de 1994 convencieron al gobernador Ernesto Ruffo de la necesidad de disputar las bases sociales del PRI en su propio terreno; para ello creó el programa “Manos a la obra” (desde una perspectiva individualista-igualitaria), en competencia con el Pronasol (realizado desde una perspectiva jerárquico-igualitaria),¹¹⁴ con gran éxito¹¹⁵ -en una reflexión posterior sobre este proceso, Ruffo considera que tal vez ese fue el factor determinante para obtener los resultados de las elecciones de 1995 (al respecto, puede verse Hernández y Negrete, 2000). Al mismo tiempo, redobló la campaña publicitaria para exaltar la labor realizada por el gobierno. El supuesto de que la población se daría cuenta por sí misma de la obra gubernamental cambió radicalmente.

¹¹³ Ejemplo de esto último es que un importante grupo de personas de Tijuana y Ensenada, todos ellos con ascendiente de izquierda, incluso algunos pertenecientes al PRD, llamaron públicamente a votar por Terán, “para garantizar la continuidad del cambio”.

¹¹⁴ Este es un enfoque interesante para interpretar las diferencias entre ambos programas. “Manos a la obra” se realizó mediante la aportación de los beneficiarios, a través de una estructura controlada por ellos, en obras de mayor impacto; en tanto que Pronasol tendió a privilegiar la estructura vertical y la aportación unilateral del gobierno (aunque a veces con aportación de mano de obra de los beneficiarios) en obras de impacto directo. Esto se conoció como la disyuntiva entre “Calles o escaleras”. Calles para el acceso general o escaleras para poder salir de las casas.

¹¹⁵ Con este programa, por ejemplo, el gobierno municipal de Tijuana realizó en un año más de mil obras con participación comunitaria.

De acuerdo a los antecedentes de las tres elecciones realizadas en la entidad, durante el gobierno de Ruffo (1991, 1992 y 1994), se anticipaba que las de 1995 serían la prueba definitiva para el PAN, continuaba como partido gobernante en el estado o perdía el poder. Los resultados de 1994 estaban en la mente de todos. En el PRI, el ambiente era de triunfalismo. En el PAN había preocupación. En el resto de los partidos no había opciones realistas de competir con fuerza frente a los dos principales partidos contendientes.

El candidato ganador en el proceso de elección interna del PRI fue Francisco Pérez Tejada (presidente municipal de Mexicali, con licencia), producto de una alianza entre los ex gobernadores Milton Castellanos, Roberto de la Madrid, Xicoténcatl Leyva y Óscar Baylón Chacón. Este fue un acuerdo sin precedente, que mostraba la intención de la clase política priista de regresar al poder en el estado. Un intento de alianza entre las culturas jerárquica e individualista de Milton Castellanos, Roberto de la Madrid y Óscar Baylón con las reminiscencias jerárquico-igualitarias de Leyva, que no prosperó. Pero en la candidatura para la presidencia municipal de Tijuana no hubo tal unidad y se impuso como candidato a René Treviño (quien ya había sido presidente municipal y candidato perdedor frente a Héctor Terán en las elecciones para el Senado de 1991). En Mexicali, la planilla municipal se integró a la usanza tradicional; es decir, por cuotas de poder, lo cual implicó bastantes fricciones. A la postre, esta situación debilitó la fuerza del PRI.

En contraste, el PAN entró mejor preparado a la campaña para gobernador. Héctor Terán triunfó indiscutiblemente en la convención panista. Las candidaturas a municipios también fueron resueltas sin grandes problemas.¹¹⁶ En esta campaña el PAN presentó un ambicioso proyecto de reforma de gobierno.

Por su parte, el gobernador del estado realizó una campaña personal. Conociendo que el PRI enfocaría las energías a censurar su gestión gubernamental, Ruffo desplegó una amplia ofensiva política en los medios de comunicación, destacando sin embozo sus principales logros en los años de gobierno transcurridos, en respuesta directa a los señalamientos de la oposición. Estos mensajes motivaron quejas de los partidos de oposición y el propio Instituto Estatal Electoral solicitó al gobernador la suspensión de la campaña. Ruffo aceptó, pero anunció que contestaría cualquier señalamiento sobre su gobierno que considerara

¹¹⁶ Lo cual no quiere decir que postularan candidatos populares. En Tecate, el candidato fue alguien surgido de las bases panistas, pero desconocido por la población, al contrario del candidato priista. En el caso de Ensenada, fue otra la situación, ya que si bien era un personaje reconocido, no logró convencer al electorado.

infundado -lo cual ocurrió pocas semanas después. Al mismo tiempo intensificó el programa de acción comunitaria. Ambas acciones del gobierno echaron por la borda la vieja demanda del propio PAN de que los gobiernos debían permanecer al margen de las contiendas electorales.¹¹⁷

El PRD, por su lado, dedicó especial atención a la definición de un perfil propio que lo diferenciara de los partidos mayoritarios, pero centró su estrategia en incrementar votos en proporción al descrédito del PAN y del PRI, y no a elaborar propuesta que fuera atractiva para el electorado.¹¹⁸

Lo que destaca de las elecciones de 1995 es que continuó presentándose la tendencia hacia la polarización. Entre PRI y PAN sumaron 90.81% de los votos. Asimismo, se acentuó el incremento de la votación de los partidos donde eran oposición, destacando los casos de los triunfos del PAN en Mexicali y del PRI en Ensenada y Tecate.

Con el proceso electoral de 1995 culminó un sexenio de intensa lucha política en Baja California. Sin embargo, no pudo definirse bien qué partido -o cuál coalición de culturas- había logrado la hegemonía en el estado o, mejor dicho, una mayoría estable. El PAN avanzó mucho desde su ascenso a partido gobernante y ratificó su fuerza al mantener el gobierno estatal y conquistar más diputaciones de mayoría, pero desde 1992 se observó que empezaba a pagar los costos de gobernar.

La derrota de Ensenada, por su simbolismo, fue un duro golpe al panismo; la derrota del PRI en Mexicali también fue simbólicamente contundente, pero tal vez más importante fue la pérdida de electores que empezó a tener en la zona rural. El PRD aumentó ligeramente su votación, lo que le permitió mantenerse como la tercera fuerza política del estado, aunque todavía lejos de las dos principales. La polarización entre PRI y PAN -la que alcanzó su más alto nivel, 90.8%- y el poco impacto de su propuesta, mantuvo al resto de los partidos fuera de la escena política importante del estado.

¹¹⁷ El efecto más inmediato de esta injerencia de Ruffo en el proceso electoral ocurrió en Puebla, en donde el gobernador Manuel Bartlett justificó su intervención en las elecciones de su estado aduciendo que el PAN hacía lo mismo en Baja California.

¹¹⁸ En las elecciones de 1995 participaron, además de los partidos antes mencionados, el Partido Frente Cardenista de Reconstrucción Nacional, el Partido del Trabajo y el Partido Verde Ecologista de México, de carácter nacional, el Partido de la Revolución Socialista y el Partido Progresista de Baja California, con registro estatal condicionado. Estos partidos, salvo el último, también postularon candidatos a gobernador, pero en conjunto no rebasaron la votación obtenida por el PRD.

En este primer sexenio panista, se definió con más claridad el predominio de la coalición individualista-igualitaria, cuando menos por su permanencia en el gobierno; otras fuerzas políticas fueron abatidas por la polarización entre el PRI y el PAN. La coalición jerárquico-individualista del PRI, básicamente mantuvo su fuerza, pero en la oposición. El PRD, en medio de las dificultades que representa consolidar su propia coalición interna, logró sostenerse en el escenario, pero muy alejado de la disputa principal.

El segundo sexenio panista de Baja California, 1996-2001

El segundo sexenio panista fue cubierto por dos gobernadores, Héctor Terán (1996-1998) y Alejandro González Alcocer (1999-2001).¹¹⁹ En vida del primero se realizaron las elecciones federales intermedias de 1997 y las locales intermedias de 1998. Durante el gobierno del segundo se realizaron las elecciones presidenciales de 2000 y las de gobernador, congreso y ayuntamientos de 2001.

En este último apartado, se concentrará la atención en los procesos electorales locales. Las elecciones federales sólo se irán refiriendo para mantener la secuencia de los acontecimientos, a pesar de que algunas, como las elecciones presidenciales de 2000, sean significativas por sí mismas y merezcan un tratamiento especial. Al final del mismo, se introducirá parte de la discusión que se ha venido realizando con base en los datos de este mismo periodo, para el caso de Tijuana.

Durante el gobierno de Héctor Terán hubo un importante giro en la estrategia del gobierno. En primer término, se atemperaron los litigios con la federación. En segundo lugar, el gobierno desarrolló una política de diálogo y concertación con las diferentes fuerzas políticas en el estado, especialmente del Congreso, al que confió la elaboración del proyecto de reformas que propuso durante su campaña.¹²⁰ En tercer lugar, avanzó en la política de descentralización, especialmente de fortalecimiento municipal. Los temas de desarrollo social y seguridad pública, sobre los que recibió fuertes críticas, quedaron como las asignaturas pendientes de su gobierno.

¹¹⁹ González Alcocer rindió protesta el 7 de enero de 1999.

¹²⁰ En realidad, fue una coincidencia entre la propuesta federal de Reforma del Estado y la del propio gobernador, quien, durante su campaña había articulado un ambicioso programa de reformas. Como resultado de dos años y medio de trabajo se generaron 50 propuestas de reforma en los más diversos rubros de la vida política estatal, cinco de los cuales fueron aprobadas durante su mandato. Entre ellas destaca la reforma electoral que normó las elecciones de 1998.

Las elecciones federales de 1997 representaron nuevamente un vuelco en el comportamiento del electorado, pues, a diferencia de 1994, el PAN ganó los tres distritos de Tijuana y, por primera vez, ganó el distrito de Ensenada-Tecate-Rosarito y uno de Mexicali. Por su parte, el PRI sólo conservó el distrito rural del valle de Mexicali. Ahora, la tendencia al *carro completo* parecía favorecer al PAN.

Las elecciones de 1998

Las elecciones para diputados y ayuntamientos de 1998 se realizaron en el marco de una nueva reforma a la ley electoral, la creación de un nuevo municipio -Playas de Rosarito- y un nuevo distrito (el XVI, que abarca Playas de Rosarito y parte de Tijuana).

En estas elecciones participaron ocho partidos.¹²¹ Todos ellos se esforzaron mucho para presentar una propuesta novedosa al electorado. Entre los tres partidos principales destacó el hecho de que sus candidatos fueron resultado de un proceso intenso de negociación y competencia interna, con el estilo de cada uno de ellos. El PRI cuidó mucho que los candidatos a diputados y ayuntamientos fueran resultado de amplios consensos. Esto se logró parcialmente, de tal manera que, en Tijuana, algunos periodistas calificaran al conjunto de los candidatos como el *dream team* del PRI e, inclusive, auguraran su triunfo sobre los candidatos del PAN.¹²² El PAN eligió sus candidatos mediante las tradicionales convenciones y, en el caso de Tijuana, en medio de una fuerte competencia interna.¹²³ El PRD utilizó la táctica que le estaba dando resultados en otras partes del país, las candidaturas externas. En Tecate y Ensenada postuló, sin problemas internos, a candidatos con importante reconocimiento social, mientras en Tijuana postuló a Jesús J. Barraza, quien había sido antes destacado dirigente priísta -inclusive llegó a ser presidente estatal del PRI.

¹²¹ Cinco nacionales, PAN, PRI, PRD, PT y PVEM, y tres regionales, Partido Progresista de Baja California (PPBC), Partido de la Revolución Socialista (PRS) y Partido de Baja California (PBC). Cinco nacionales, PAN, PRI, PRD, PT y PVEM, y tres regionales, Partido Progresista de Baja California (PPBC), Partido de la Revolución Socialista (PRS) y Partido de Baja California (PBC).

¹²² Los triunfos de los candidatos del PRI a las presidencias de Ensenada y Tecate se daban por descontados. Donde este partido puso especial énfasis fue en Mexicali y Tijuana, de tal suerte que el semanario Zeta (3-7 de abril de 1998), destacara en su primera plana; "En Mexicali y Tijuana peligró el PAN".

¹²³ El candidato opositor a Francisco *Kiko* Vega de Lamadrid fue Alejandro González, quien perdió por un cuantos votos. La importancia de este enfrentamiento radica no sólo en que el primero es un representante de los neopanistas del PAN, apoyado por el gobernador Terán, y el segundo es integrante del grupo conocido como "los magallones" una de las fracciones más doctrinarias del PAN, en Baja California. El hecho de que llegara a obtener esa gran cantidad de votos, avizoraba importantes cambios en la correlación de fuerzas interna del PAN. Por otra parte, está el hecho de que González Alcocer fue designado gobernador sustituto de Héctor Terán.

Esta candidatura acarreó el descontento del comité directivo de este municipio, el cual se auto excluyó de la campaña. La coalición igualitario-jerárquica del PRD se debilitó.

En las elecciones de 1998 el PAN ganó tres municipios y 11 distritos de mayoría, en tanto que al PRI le correspondieron dos municipios y 5 distritos de mayoría. El total de votos del PAN para municipales fue de 42.90% y 41.31% para diputados, mientras que el PRI obtuvo el 39.39% y 38.31%, para municipales y diputados, en tanto que el PRD alcanzó el 10.03% y 9.83%, respectivamente.¹²⁴

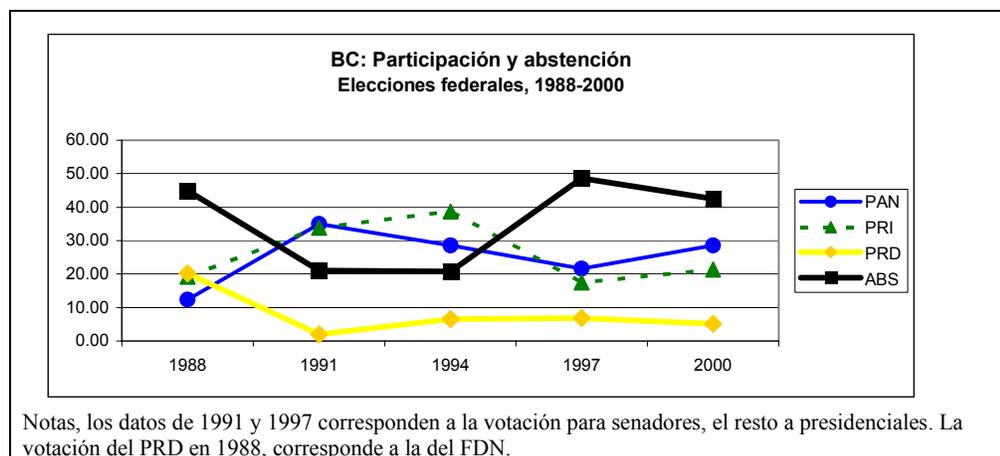
La característica más relevante de los resultados generales fue el abstencionismo, que alcanzó 53.43% de los ciudadanos empadronados. El municipio más afectado fue Tijuana (55.43%). El que menos tuvo fue Tecate (49.48%). La causa del abstencionismo se atribuyó a la forma en que se desarrollaron las campañas, de fuertes ataques, que llevó a la polarización ideológica (lo cual parece ser cierto por el lado del PRI, según afirma en su libro Gabriel González Molina (González, 2000: 18-19).¹²⁵ También hay quienes adjudicaron la baja votación a la injerencia del gobierno en la campaña -lo cual no está demostrado o, en todo caso, estudiado, pues hay análisis que muestran tanto el papel positivo que juega la propaganda gubernamental, para estimular la participación, como el aspecto negativo.

En las elecciones presidenciales de 2000, el PAN ganó en Baja California todos los puestos de elección, por primera vez en su historia. Incluso en los distritos rurales del estado. Sin embargo, aún cuando la votación general subió ligeramente respecto a la de 1997, fue solamente de 57.5%.

¹²⁴ En el reparto de los diputados de representación proporcional, de acuerdo con los términos establecidos por la nueva ley electoral, el PRI obtuvo 6 y el PRD 3, por lo cual, en el Congreso ningún partido tenía la mayoría relativa asegurada y se requerían, necesariamente, acuerdos de consenso para aprobar cualquier iniciativa.

¹²⁵ “Trabajamos noche y día en Mexicali y Tijuana para que esa estrategia funcionara. Los resultados están a la vista, el PRI obtuvo un número suficiente de escaños en el Congreso Local para arrebatarse el control al PAN y ganó en Tecate y en Ensenada. El PRI perdió Mexicali por un margen muy estrecho de votos y en Tijuana sufrió al no responder la estructura de promoción al voto. En todos los casos, la recuperación del PRI fue evidente”.

Gráfica 1



Las elecciones de 2000 fueron la culminación de un proceso de cambios en el comportamiento ciudadano del país, el cual puede verse reflejado de alguna forma en los resultados de los últimos doce años de procesos electorales federales de Baja California.

En 1988, el FDN encabezado por Cárdenas, triunfó en el estado. En 1991, el PAN, por primera vez en su historia, ganó un senador por mayoría. En 1994, el PRI recuperó todos los espacios federales perdidos, pero en 1997 volvió a perder cinco de seis distritos electorales, y en el 2000 todas las posiciones. Desde 1988, el PAN fue ascendiendo hasta lograr superar al PRI en tres ocasiones, con excepción de 1994. Por su parte, el PRD -exceptuando el caso de 1988- venía ascendiendo desde 1994 hasta 1997 (su mejor año en todo el país), pero decayó en el 2000. En términos de la teoría cultural, puede decirse que se afirmó el predominio de la coalición individualista-igualitaria representada por el PAN en el estado. La coalición jerárquico-individualista del PRI seguía perdiendo fuerza, y la coalición jerárquico-igualitaria representada por el PRD, cada vez más inestable, seguía también declinando. En este contexto, las elecciones locales del siguiente año permitirían saber si se presentaba un reacomodo de fuerzas y en qué sentido.

Las elecciones locales del 2001

En las elecciones de 2001, en las que se eligió gobernador, diputados y ayuntamientos, nuevamente se planteó la alternativa entre el PAN y el PRI. Sin embargo, en esta ocasión el panorama fue diferente a las elecciones de 1995, no sólo por el tiempo pasado, sino por las

fuerzas que entraron en la competencia y las circunstancias en que lo hicieron. Los resultados del 2000, además de confirmar una tendencia que venía desarrollándose en la entidad, coincidieron con el importante giro que tomaron los acontecimientos en todo el país.

El PAN eligió como candidato a gobernador a Eugenio Elorduy Walther, en una convención que le dio mayoría en la primera ronda de votaciones, lo cual reflejó el apoyo mayoritario de los panistas.¹²⁶ Asimismo, las convenciones para elegir candidatos a presidentes municipales y diputaciones se desarrollaron sin grandes complicaciones, aunque previamente atravesaron con algunos problemas. PAN y PVEM integraron la “Alianza por Baja California”.

Por otra parte, pero en este mismo ambiente electoral, antes de las convenciones, Jesús del Palacio Lafontaine -un destacado miembro del PAN-, renunció a este partido.¹²⁷ Asimismo, el PAN destituyó a Víctor Lagunas, presidente del Comité Municipal del partido en Tijuana, por motivos relacionados con tráfico de influencias.¹²⁸ Después fue expulsado.¹²⁹

El PRI, desde el principio, tuvo una elección de candidatos muy accidentada. Al tomar la decisión de abrir a la ciudadanía la elección, se registraron cinco candidatos, pero dos renunciaron a la competencia.¹³⁰ Las elecciones se desarrollaron en medio de denuncias de todas las expresiones de la cultura política del PRI, hechas por los candidatos perdedores.¹³¹

¹²⁶ Elorduy es un dirigente veterano del PAN. Fue presidente municipal de Mexicali en 1993-1995, Secretario de Finanzas con Ernesto Ruffo y en 1983 mantuvo un “Cabildo alterno” en Mexicali, en protesta por lo que llamó fraude electoral cometido en su contra.

¹²⁷ Jesús del Palacio fue presidente municipal de Ensenada, por el PAN (1990-1992). Posteriormente fue funcionario estatal, en el gobierno de Ruffo, en la Secretaría de Desarrollo Social.

¹²⁸ Al parecer, utilizaba su condición de dirigente del partido para reclutar nuevos militantes entre los taxistas, con la promesa de conseguirles permisos para sus taxis.

¹²⁹ Jesús del Palacio fue candidato a presidente municipal de Ensenada y Víctor Lagunas a diputado por el octavo distrito de Tijuana. Ambos por el PRD.

¹³⁰ El primero, Guilebaldo Silva Cota (ex presidente municipal de Ensenada, 1969-1971, y ex senador, 1995-1997), renunció aduciendo no tener dinero para cubrir la cuota acordada para financiar la competencia. El segundo, Amador Rodríguez Lozano, argumentó el mismo motivo, la organización fraudulenta del proceso y renunció al partido.

¹³¹ Jesús Montenegro (ex presidente municipal de Ensenada, 1996-1998), sostuvo la denuncia, pero no renunció al partido. En cambio, Héctor Manuel Gallego García (ex rector de la UABC) sí renunció al partido.

El candidato ganador fue Daniel Quintero Peña -presidente municipal de Ensenada, con licencia. Las elecciones para elegir candidatos a presidencias municipales y diputaciones fueron menos conflictivas, pero también tuvieron problemas.

El PRD también tuvo una selección accidentada de su candidato a gobernador.¹³² Las elecciones abiertas para nombrar candidatos a presidencias y diputaciones estuvieron llenas de denuncias de fraude. Al grado que el dirigente municipal de Tijuana planteó la posibilidad de demandar la anulación de los resultados. En Ensenada renunciaron varios dirigentes de organizaciones sociales por el mismo motivo.

En estas elecciones participaron otros partidos nacionales, como el PT,¹³³ el PAS,¹³⁴ y un partido regional, el Partido Baja California (PBC).¹³⁵

Como se ve, el panorama fue diverso. Sin embargo, destacaron dos hechos. Primero, el PAN se presentó con menos problemas internos frente al candidato del PRI. Segundo, tres candidatos opositores al PAN eran de origen priísta, lo cual, según encontró María de las Heras (de las Heras, 2000), restó votación al candidato del PRI.¹³⁶ A pesar de ello, el PAN no salió indemne de este proceso. No sólo por la baja votación, que lo afecta como partido gobernante, sino por cierto debilitamiento de su coalición interna. La salida de Jesús del Palacio –que en buena medida representa el debilitamiento de la corriente representada por Ruffo–, señala ese sentido. La coalición jerárquico-individualista del PRI, continuó

¹³² Primero, planteó la posibilidad de una elección abierta y entraron en negociaciones con Amador Rodríguez Lozano, pero al no llegar a un acuerdo resolvieron nombrar candidato al dirigente estatal del partido, Federico Sánchez Scott. Posteriormente, retiraron esta candidatura y propusieron a Gallego García -el candidato perdedor en la contienda del PRI-; después, Gallego renunció a la candidatura y volvieron a nombrar a Sánchez Scott.

¹³³ El PT postuló a Amador Rodríguez Lozano. Al parecer, sin convencer del todo a sus dirigentes. La dirigente estatal de este partido declaró que “hubiera preferido alguien más de izquierda”.

¹³⁴ Mediante una coalición de los partidos, denominada Alianza Ciudadana, integrada por Convergencia por la Democracia y Alianza Social, encabezada por Milton Castellanos Gout (ex diputado local, 1986-1989; ex presidente municipal de Mexicali, 1990-1992). Castellanos renunció al PRI, antes de sus convenciones.

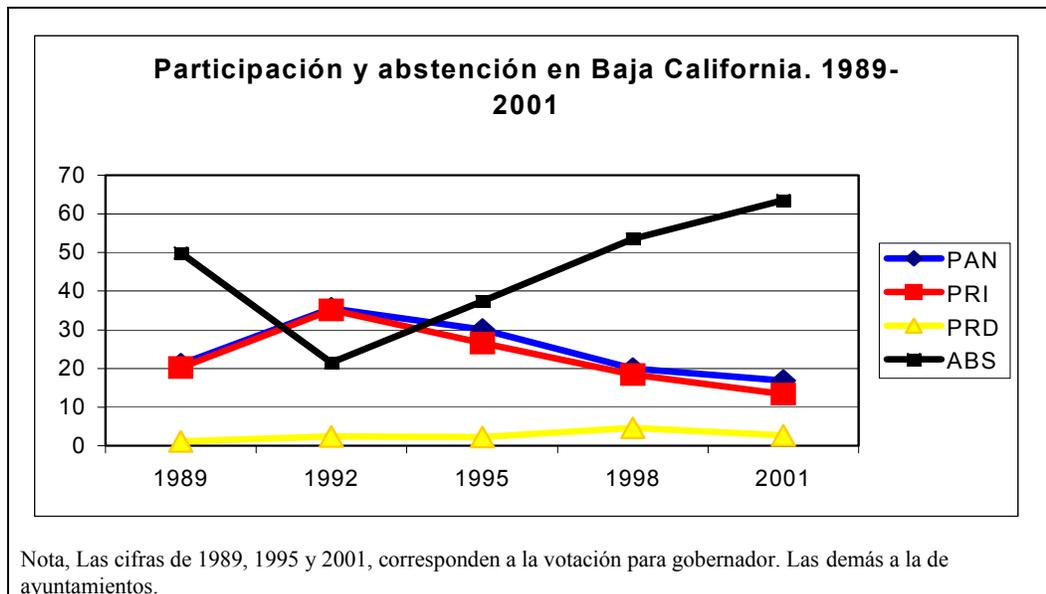
¹³⁵ El Partido de Baja California es un partido local, que participó en las elecciones de 1998, pero no obtuvo su registro definitivo. En esta ocasión nuevamente participó y su candidata a gobernador fue Beatriz Ávalos Valenzuela.

¹³⁶ Por tal razón, la competencia inicial entre estos tres candidatos fue tanto para ganar los votos tradicionales del PRI, como para competir con el PAN. De aquí se desprendía un escenario favorable al candidato a gobernador del PAN. No se sabía cómo iba a comportarse el electorado que tradicionalmente favorecía al PRI, respecto a un candidato formal y dos que antes pertenecían a sus filas. Lo que sí se perfilaba era una mayor dificultad de triunfar para cualquiera de ellos.

perdiendo posiciones sustanciales e influencia hasta en lugares estratégicos. El intento de redefinición de la coalición igualitario-jerárquica del PRD, una vez abortada la inclusión de ex priístas y con la incorporación de algunos ex panistas, tampoco prosperó.

Los resultados finales favorecieron al PAN, en la gubernatura, en 14 de 16 distritos y en los municipios de Mexicali, Tijuana, Playas de Rosarito y Ensenada. El PRI sólo conservó el municipio de Tecate (por 80 votos) y dos distritos de Mexicali. El PRD redujo su votación general a menos de la que sacó en 1998. El resto de los candidatos obtuvo votación poco significativa, excepto el candidato del PT, que se acercó a la del PRD.

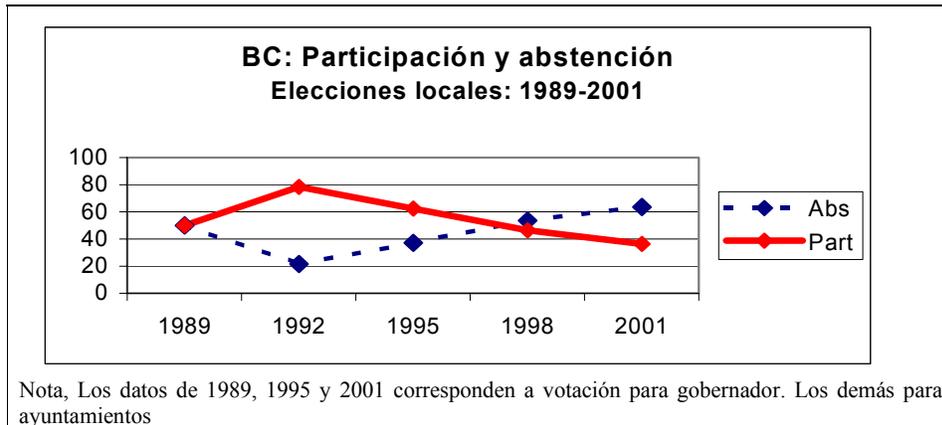
Gráfica 2



De los resultados oficiales se desprenden varios hechos. La polarización disminuyó apenas un centésimo respecto a 1995, por lo que en lo fundamental sigue prevaleciendo, como se puede observar en la gráfica 2. La votación del PRI se derrumbó y sólo conservó una parte del bastión del valle de Mexicali. Las candidaturas de origen priísta restaron la votación del PRI, pero no lograron sobresalir por sí mismas. La votación general del PAN también declinó, empero este partido obtuvo prácticamente el *carro completo* en el estado. El PRD no pudo remontar su condición marginal que viene arrastrando desde 1989, a pesar del repunte que tuvo en 1998.

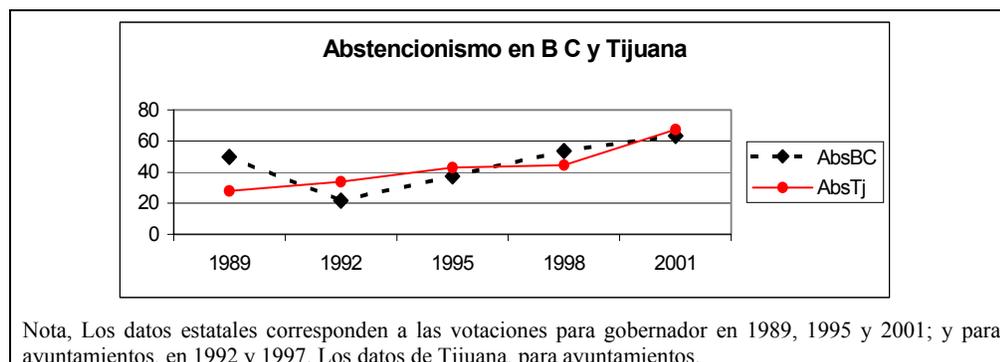
La abstención en las elecciones locales comenzó en 1989 desde una cifra razonablemente baja (49.9%); luego decreció en forma sustancial en 1992, después aumentó en forma vertiginosa hasta llegar, en las elecciones del 2001, al 63.5 por ciento, su máximo histórico. Ver gráfica 3.

Gráfica 3



En el contexto de esta historia, se ha venido entretejiendo el caso del municipio de Tijuana. Nuestro caso de estudio. Al principio del capítulo se mencionó que Tijuana fue el municipio con mayor abstención en el estado, 67.4%. Un porcentaje muy alto, desde todos los puntos de vista.

Gráfica 4.



Los promedios generales de las elecciones de Baja California y Tijuana durante el periodo 1989-2001, se sitúan por abajo del mínimo del 50 por ciento de la votación.

Según los promedios generales, las votaciones del estado y del municipio se encuentran por debajo de los parámetros planteados por Rose (Rose, 1997) como suficientes para que se les considere una decisión tomada por la mayoría del electorado.

Comentario final

El objetivo de este capítulo fue saber si el comportamiento electoral de Tijuana en los últimos años es resultado de un proceso que viene de lejos o comenzó a partir de la transición política bajacaliforniana, cuyo inicio se ubica en 1989. Para ello, se llevó a cabo una revisión de los antecedentes y las elecciones en el estado, especialmente desde finales de los años cincuenta del siglo pasado, hasta 2001. Alrededor de dicho objetivo se ensayaron otro tipo de interpretaciones de los acontecimientos históricos, mediante las diversas teorías de la cultura política. Parece que, así interpretados, arrojan luces diferentes que de otra manera no se habrían podido apreciar. Sobre todo ante acontecimientos tan extraordinarios como los que se enumeran al principio del capítulo y se ha intentado elucidar en el desarrollo del mismo.

De la teoría de la cultura política, se utilizaron los conceptos de cultura política de imposición y de participación, para ubicar periodos distintivos en el tiempo. En el ínterin, se utilizó la teoría cultural para reinterpretar los acontecimientos que dieron origen a las diversas crisis del PRI, el desarrollo del PAN y para entender en algo el complejo proceso

por el que han atravesado las izquierdas, y los actuales avatares del PRD. De esta misma teoría, así como de la teoría de la nueva cultura política, se hicieron esbozos interpretativos del comportamiento cambiante del electorado, de tal forma que permitan una explicación del voto en el 88 y en el 89, así como del voto en el 91 y el 94, y del propio abstencionismo.

En la clasificación del tiempo histórico, parece pertinente hablar de dos grandes etapas, una que abarca desde las elecciones de 1959 hasta 1987; y otra, a partir de 1990, hasta 2001. En sentido amplio, la primera debió de abarcar, cuando menos, desde las elecciones del Congreso Constituyente y las primeras para gobernador, pero no se dispone de tales datos. De 1959 a 1987 se cuenta con las cifras electorales. Sin embargo, no son plenamente confiables. Esta dificultad obliga a clasificar la primera etapa más bien en términos conceptuales, de acuerdo con las categorías de la cultura política. La segunda está clasificada de acuerdo con el acontecimiento inaugural de la alternancia en 1989 y su desarrollo posterior, de 1990 a 2001.

Los conceptos de culturas políticas de imposición-subordinación y participación, adaptados de Almond y Verba, son claves para distinguir los diversos periodos que dividen la primera etapa. Sin embargo, se aplican los conceptos de imposición y subordinación con contenidos separados. El primero para caracterizar un fenómeno que los autores no toman en cuenta, pues trabajan con un modelo en donde la gente participa o no participa en función de sus propias orientaciones y la diferente relación que sostiene con los objetos del sistema. Pero no dicen qué pasa cuando, por ejemplo, un sector es participante una y otra vez en un proceso electoral, incluso logra mayoría, y le hacen fraude. Por eso se hace la distinción entre imposición y subordinación, para enfatizar, con el primer término, el aspecto fraudulento que indudablemente ocurrió hasta 1968; en tanto que el segundo término es utilizado en su connotación de aceptación de la cultura dominante. Por otra parte, se habla de participación intensa, más en correspondencia con el concepto de cultura participante, que en su sentido numérico (aún cuando llegó a ser mayoritaria, como evidentemente sucedió en las elecciones de 1968). Las crisis de la cultura de imposición de los años ochenta, especialmente con los resultados de 1989, permiten comparar el fenómeno de la participación. En ese año, la participación general también fue baja, sin embargo, se ubicó ligeramente por arriba del umbral de una decisión tomada por la mayoría

(50.1%); al mismo tiempo, fue intensa y una mayoría relativa favoreció a la oposición. Este ejemplo muestra cualidades diferentes de la participación, una participación puede ser muy intensa y apenas mayoritaria en relación con el total del electorado. Sin embargo, cumple con los requisitos mínimos para llamarla cultura participante predominante. Pero, si así es, ¿cómo definir la cultura predominante posterior a 1989? De acuerdo con la segunda parte de este análisis, la característica principal de las elecciones locales entre 1990 y 2001 es la competitividad (a la que se le ha llamado polarización). En otras palabras, es de intensa participación, solo que con menos electores. En términos de la teoría de la cultura política, tal vez se pudiera hablar de un nuevo periodo de subordinación-participación, ahora bajo el gobierno panista, o de un periodo de subordinación de nuevo tipo, en tanto que existe intensa participación entre una minoría de electores...O bien, en definitiva, de una crisis de la cultura de participación, pues lo cierto es que ésta es muy baja, con respecto al umbral democrático de participación. El comportamiento cambiante del electorado incluye tanto el sentido de su voto, como su inasistencia a las urnas.

Ahora bien, ¿por qué la inasistencia masiva a las urnas?. El abstencionismo es un fenómeno viejo, pero hasta hace relativamente poco tiempo empieza a ser objeto de estudio sistemático. En los países con democracias estables, desde mediados de los años sesenta. En el país, apenas hace un año. En Baja California, quizás desde 1995, cuando la tendencia de la participación comenzó a caer, pero especialmente desde 2001.

En el debate internacional, el problema está en que las teorías tradicionales que vinculan el abstencionismo con causas sociales de diverso tipo, como la teoría de la conectividad social, ya no funcionan o no funciona del todo. El abstencionista, según los hallazgos más recientes, no pertenece a un bloque monolítico distinto del votante. Otras teorías, como la del elector racional y la de la desafección (que liga el abstencionismo a una especie de alienación y descontento político del elector), también se ponen a prueba. También están otras dos teorías de la cultura política, en la que se viene trabajando, la nueva cultura política, la cual tiene una explicación sobre el abstencionismo, y la teoría cultural, la cual si bien no ha trabajado los temas electorales, tiene bases para utilizarla en este tema específico.

La teoría de la nueva cultura permite entender la abstención política electoral como un campo complejo en sí mismo, rico en matices. En el cual, por ejemplo, la abstención podría

ser una opción elegida por actores emergentes que desafían a las viejas elites, o bien por la crisis de movilización que ha producido la transición política en el estado y en el municipio. El sector posmoderno de la sociedad, según esta teoría, puede ser altamente participativo, pero no necesariamente en elecciones. Esto, en general, se ha comprobado en los países desarrollados. Pero en ellos (con excepción de Estados Unidos y Suiza) la abstención es baja. Esto lleva de entrada a dudar que se pueda asimilar esta teoría para explicar la abstención (al menos no toda) para el caso de Baja California o Tijuana. Más pertinente puede ser la explicación, subyacente en esta teoría, del vacío que dejó la crisis de liderazgos como resultado de la transición. Sin embargo, es necesario primero comprobar su existencia.

Con base en la teoría cultural, se puede decir que el abstencionismo es resultado del retraimiento, principalmente, de las culturas participantes entre los distintos partidos políticos. Estas culturas se encuentran inmersas en un proceso de reafirmación de sus propios efectivos y de la definición de sus alianzas. Respecto a éstas, la coalición individualista-igualitaria en el poder, no consigue consolidarse plenamente. La cultura individualista que la integra, no está cumpliendo con su contraparte igualitaria. Por ejemplo, con una decidida política social. Habría que pensar, inclusive, si la renuncia al PAN de algunos personajes destacados está debilitando esta representación en el seno de dicho partido. La coalición jerárquica-individualista del PRI, aún cuando se mantiene en la competencia, no logra crecer. Por el contrario, está perdiendo cuadros importantes. La coalición igualitaria-jerárquica del PRD atraviesa por una crisis de correlación de fuerzas entre sus culturas integrantes. Ha intentado atraer representantes del sector individualista del PRI, ha atraído representantes del remanente del sector igualitario de este mismo partido, y a posibles integrantes del sector igualitario del PAN, como candidatos, pero no ha salido plenamente fortalecido.

Estas tres culturas participantes, en su conjunto o coaligadas en forma parcial, entre los diferentes partidos, no han sido capaces de atraer a la gran mayoría de sus respectivos integrantes. En esas condiciones, difícilmente son un polo de atracción ante la cultura fatalista, de por sí remolona a participar en los procesos electorales.

Desde luego, esto último también es planteado en el nivel de hipótesis. Primero hay que comprobar su existencia real. En el siguiente capítulo se hará un ejercicio de análisis sobre estas propuestas.

CAPÍTULO 3

CULTURA POLÍTICA, PARTICIPACIÓN Y ABSTENCIÓN EN TIJUANA

En este capítulo final son examinadas en forma empírica cuatro teorías sobre la participación y el abstencionismo. En primer término, la teoría de la conectividad social, la cual se refiere al condicionamiento que ejercen los factores socioeconómicos y sociodemográficos sobre la participación y la no-participación en las elecciones. Se trata de la explicación sustentada en los estudios empíricos que desde los años veinte del siglo pasado encontraron esta asociación de manera consistente. Sin embargo, esta teoría ha sido cuestionada a la luz de las nuevas investigaciones que desde mediados de los años sesenta han encontrado que no siempre los ciudadanos con un estatus social vinculado a factores que permiten una mayor estabilidad son los que más votan.

En el caso de Tijuana se hace un análisis de esta teoría al inicio del capítulo, pero de hecho es discutida a lo largo del mismo. Todas las teorías sobre la participación tienen la tendencia a confirmar su validez o a buscar referentes en las variables sociodemográficas y socioeconómicas. De aquí la persistencia de las explicaciones de este tipo, que luego suelen quedarse en ellas.

Enseguida se examina la teoría de la desconexión con el proceso político y el desafecho hacia el mismo, como otra de las explicaciones directamente relacionadas con la no-participación o abstencionismo electoral. En términos generales, esta propuesta es resultado de un conjunto de hallazgos que han causado perplejidad, el abstencionista no es aquél perteneciente a un bloque homogéneo claramente distinto del participante. Es decir, entre los abstencionistas también están quienes tienen ingresos altos, una escolaridad mayor y participan activamente en sus comunidades. Evidentemente, los participantes y los abstencionistas son diferentes en algunos rasgos, pero la diferencia principal se da por los referentes ideológicos y políticos de los abstencionistas. El abstencionista –según el planteamiento de esta teoría- en realidad lo es porque cuestiona la propia idea de la democracia, es hostil al proceso político en su conjunto y está descontento con éste.

En tercer lugar, es examinada la teoría de la posmodernización, a partir del tránsito de los valores materialistas hacia los posmaterialistas (VMPPM). Primero, se verifica si existe

este fenómeno en el municipio de Tijuana. Una vez confirmada su existencia, es analizada la hipótesis del cambio en el comportamiento político de los tijuanaenses debido al *desafío de las elites* entre las nuevas generaciones y los sectores con más escolaridad. Según la teoría VMPM, los portadores de los valores posmaterialistas serían los más propensos al abstencionismo.

Finalmente, es analizada la teoría cultural. Esta teoría, hasta donde es sabido, no ha sido utilizada anteriormente para explicar el comportamiento electoral. Pero parece pertinente como hipótesis interpretativa del fenómeno del abstencionismo por la caracterización que hace de las distintas formas o modos culturales que existen en todo tipo de sociedades, individualistas, comunitarias, jerárquicas y fatalistas. Las tres primeras de carácter participante y la última representativa de una preferencia cultural no participante. De acuerdo con esta propuesta, la preferencia cultural fatalista sería la más asociada con el abstencionismo electoral.

En el capítulo se hacen dos pruebas con la teoría cultural. Primero de manera tentativa con la preferencia cultural fatalista, a través de una pregunta que sirve como indicador del sentido de eficacia externa acerca del valor del acto de votar *-Al parecer, votar no importa, pues las cosas siguen igual*. Se encuentra una fuerte asociación entre ella y el abstencionismo. Después, continúa el análisis con la combinación de cuatro preferencias postuladas por la teoría cultural, a través de ocho indicadores -dos por cada preferencia. Aquí también, la preferencia fatalista –según el indicador arriba señalado- sale altamente asociada con la abstención. Las implicaciones de este hallazgo son examinadas en las conclusiones.

La categoría *abstención* es trabajada en dos formas. Primero, como una categoría construida a través del método utilizado por María de las Heras (ver anexo). Segundo, con base en los resultados de una encuesta poselectoral, en donde se buscó detectar a los abstencionistas con base en una pregunta directa al entrevistado sobre si votó o no el día de las elecciones. Los que respondieron que no votaron representan 26.4%. Esto es, muy alejado del porcentaje que registran los resultados oficiales como no votantes, 67.4%.¹³⁷ A

¹³⁷ Los resultados oficiales establecen que el abstencionismo fue de 67.4%. Según el análisis de Gabriel Estrella (obra citada), la realidad es que existe un sobre registro en la lista nominal de electores entre 9% y 12.5%. Aún tomando este último dato como bueno, se tendría 54.5% de abstencionismo “real”, el cual sigue siendo alto.

pesar de tomar las medidas preventivas del caso -como reiterarle al entrevistado la confidencialidad de la respuesta- y elaborar la pregunta en forma tal que permitiera al entrevistado no ser afectado por el efecto “telescópico” (Belli *et al*, 1999).¹³⁸ Pero evidentemente ganó en él el temor a la sanción moral que implica no reconocer el hecho de haberse abstenido de votar. No obstante, al porcentaje de los que reconocieron no haber votado se le agregó el de los que no contestaron la pregunta y los que contestaron no haber votado por “por ninguno”. Asimismo, se hizo el ejercicio mediante la desagregación de este último sector para examinar tanto su comportamiento particular, como para saber también cómo afectaba a la categoría construida de abstención.

Son cuatro teorías y fueron trabajadas con base en datos recabados en cuatro encuestas. La primera fue realizada en noviembre de 2000. La segunda en mayo de 2001 y la tercera en junio de ese mismo año. La cuarta encuesta se realizó el fin de semana posterior al del domingo 8 de julio de 2001 (ver anexo y la referencia específica en el momento en que son utilizadas).¹³⁹

Las técnicas utilizadas son las de análisis de componentes principales y el análisis de correspondencia, principalmente. También se utiliza el análisis de contingencia.

La conectividad social y la participación

La teoría de la conectividad social es simple. Establece, como se ha mencionado en el capítulo I, que, “[...] en general los votantes son gente conectada en varios modos a la sociedad en gran parte, o a su comunidad local, y *los abstencionistas no*”. (Polsby y Wildavsky, [1964] 2000, 9. El énfasis es nuestro). Estos autores señalan que los votantes son quienes reúnen diversas características que los hacen ser más estables por estar arraigados en un lugar, ser casados, participar en alguna forma de organización, ser adultos, tener más escolaridad y simpatizar por un partido. Por el contrario, de acuerdo con dichos

¹³⁸ El efecto “telescópico” resulta de la creencia en el entrevistado de haber votado en la elección sobre la cual se le pregunta, mientras que en realidad votó en una elección anterior. Entonces, la técnica recomendada para formular esta pregunta consiste en hacerle recordar qué hizo el día de las elecciones y con esta ayuda de memoria preguntarle si recuerda haber votado. En este caso se trata de una encuesta realizada en la semana siguiente al día de las elecciones y de todas maneras la sobre respuesta de participación fue muy alta.

¹³⁹ La explicación de por qué cuatro encuestas, es porque el autor no es responsable de ellas, sino que tuvo la oportunidad de incorporar algunas preguntas a los cuestionarios respectivos para realizar esta investigación.

autores -y muchos otros que sustentan esta explicación-, los abstencionistas serían aquellos que no están “conectados socialmente” y sus características serían las opuestas a las mencionadas; es decir, sinónimo de una condición social inestable.

Para verificar esta afirmación, se busca la relación general entre algunas de dichas variables sociodemográficas y la de simpatía por un partido,¹⁴⁰ de la encuesta número 1, por medio de la técnica de componentes principales (Dunteman, 1984; Ferrán, 2001).¹⁴¹

Matriz # 1

Matriz de componentes rotados ^a		
	Componentes	
	1	2
Edades	.842	
Residencia	.679	
Ocupación	.598	.206
Escolaridad	-.262	.787
Simpatía	-.272	-.629

Método de extracción: Análisis de componentes principales.
Método de rotación: Varimax con normalización Kaiser.
a. La rotación convergió en 3 iteraciones

En la matriz de componentes principales, los dos componentes o factores explican el 55.2% del total de la varianza. El resultado muestra que la variable simpatía partidista se distribuye entre los componentes o factores 1 y 2, pero su peso principal está en el segundo, tal como puede apreciarse. En este último, se asocia con más fuerza con la variable escolaridad y en forma muy débil con la de ocupación.¹⁴²

Llama la atención el hecho de que la simpatía por un partido no salga agrupada con las variables de edades y años de residencia o antigüedad en Tijuana, pues éstas también están

¹⁴⁰ Las variables de estado civil y pertenencia a una organización no fueron incluidas en la encuesta de referencia. La respuesta de simpatía por un partido es de 68%.

¹⁴¹ Esta técnica, según Dunteman, permite agrupar variables correlacionadas en un mismo componente o factor, y separar las que no lo están.

¹⁴² De hecho, la matriz de correlaciones, ajustada con el método de Bonferroni en un nivel de significancia de 0.05, presenta una probabilidad < 0.05 para el par de variables de simpatía por un partido y escolaridad, no así para la de ocupación. El ajuste se calcula dividiendo .05 entre el número total de iteraciones en la correlación de Pearson de las variables y se compara con el resultado, si son menores, la significación de la relación es alta, al nivel señalado.

consideradas entre aquellas que representan conectividad social –se debe recordar que la teoría plantea la asociación entre variables que implican estabilidad, con simpatía por algún partido político, como los elementos principales que explican la participación-

Para seguir analizando las relaciones entre las variables que nos indiquen *la conectividad social*, se introducen dos variables más, sexo y clase social, y aumenta el número a tres factores -que explican el 63.0% de la varianza- tal como se puede ver en la siguiente matriz.

Matriz # 2¹⁴³

	Componentes		
	1	2	3
Clase social	.825		
Escolaridad	-.792	-.220	
Edades	.259	.780	.222
Antigüedad		.771	
Simpatía	.387	-.405	
Sexo			-.832
Ocupación		.309	.754

a. La rotación convergió en 5 iteraciones

Con la introducción de las variables de sexo y clase social a la que pertenece el entrevistado, la variable simpatía se debilita al repartirse entre los factores 1 y 2. Por otra parte, se debilita la relación con escolaridad que aparecía en la matriz 1, y se incorporan las variables de edades y antigüedad en la nueva matriz.

El análisis precedente permite verificar que aún cuando la relación entre las variables de escolaridad y simpatía por un partido político se debilita, dicha relación se sigue manteniendo. Asimismo, la variable de simpatía partidista aparece aquí fuertemente relacionada con antigüedad o años de vivir en Tijuana y con los grupos de edad. En el caso

¹⁴³ En todas las matrices se utilizó el método de extracción de análisis de componentes principales y el método de extracción Varimax con normalización Kaiser.

de la ocupación, su peso mayor está en el factor 3. También se distribuye hacia el factor 2, en donde se relaciona débilmente con la simpatía partidista –aún cuando no aparece en la matriz de correlaciones asociada en forma consistente-

Para observar con mayor detenimiento la relación entre la variable simpatía por un partido y la variable de residencia o años en Tijuana, puede verse el siguiente cuadro.

Cuadro # 5

			Simpatiza por un partido		Total
			Sí	No	
Años en Tijuana	1-5	Observados	166	98	270
		%	61.5%	36.3%	100.0%
	6-10	Observados	200	108	312
		%	64.1%	34.6%	100.0%
	11-15	Observados	200	96	301
		%	66.4%	31.9%	100.0%
	16-20	Observados	279	177	469
		%	59.5%	37.7%	100.0%
	21-25	Observados	245	82	335
		%	73.1%	24.5%	100.0%
	26-30	Observados	223	74	303
		%	73.6%	24.4%	100.0%
	31-40	Observados	305	84	393
		%	77.6%	21.4%	100.0%
	41 y +	Observados	148	59	213
		%	69.5%	27.7%	100.0%
Total		Observados	1766	778	2596
		%	68.0%	30.0%	100.0%

$X^2 = 53.08 < .001$, g.l.=14

La simpatía por un partido y los años de residencia en Tijuana están fuertemente relacionadas, según la técnica de análisis de contingencia, como lo comprueba la *Chi cuadrada* obtenida. Salvo un descenso entre los que tienen 16-20 años de residencia, la trayectoria general es ascendente, hasta comenzar a bajar a partir de los 41 años en adelante. ¿Qué pasó con ese *hueco* entre el grupo que representa 16-20 años de estar viviendo en la ciudad? Se debe tener en cuenta que es un grupo en donde está gente que ha vivido la experiencia de todo el periodo de crisis en Tijuana, desde los años ochenta, la alternancia de 1989 y todo el proceso de sucesión continua de los gobiernos panistas hasta las elecciones de 2001, como se ve en el capítulo 2.

El caso de la relación entre simpatía partidista y los diferentes grupos de edad, puede apreciarse en el cuadro número 6.

Cuadro # 6

Simpatía por un partido y grupos de edad					
		Simpatiza por un partido		Total	
		Si	No		
Edades 18-30	Valores observados	684	382	1066	
	%	64.2%	35.8%	100.0%	
31-40	Valores observados	575	190	765	
	%	75.2%	24.8%	100.0%	
41 y +	Valores observados	507	206	713	
	%	71.1%	28.9%	100.0%	
Total	Valores observados	1766	778	2544	
	%	69.4%	30.6%	100.0%	

$X^2 < 0.001$

En el análisis particular de este cuadro, se ve que es en el grupo de edad de 31 a 40 años donde se llega a la cúspide de simpatía partidista y que ésta comienza a bajar conforme avanza la edad. Fueron agrupados por edades para efectos de exposición de los datos, pero la misma tendencia se observa en forma menos agregada. En términos generales se confirma parcialmente la tendencia de que la simpatía partidista aumenta con la edad y luego tiende a bajar. Llama la atención, por una parte, que es a una edad relativamente joven cuando comienza a bajar la simpatía (41 años), pues en los países desarrollados esta tendencia se presenta en edades mayores a los setenta años y, por otra parte, que es un grupo de edad muy reducido (de diez años) en donde se alcanza el pico más alto de simpatía partidista. Asimismo, que el mayor grupo, el más joven, es el que menos simpatía partidista manifiesta, lo que de entrada representa un reto para los partidos políticos.

Hasta aquí el análisis de contingencia entre simpatía partidista, edad y años de antigüedad en Tijuana, las cuales son consideradas las variables más relacionadas entre sí, de acuerdo con el análisis de componentes principales, representadas en la matriz # 2.

Ahora, ¿qué sucede con algunas de las variables que no expresaron una relación directa y fuerte, comenzando con la variable de escolaridad?

Cuadro # 7

Escolaridad por simpatía por un partido					
Escolaridad		Observados	Simpatiza por un partido		Total
			Si	No	
Analfabeta		Observados	26	13	39
		%	66.7%	33.3%	100.0%
Primaria incompleta		Observados	104	61	165
		%	63.0%	37.0%	100.0%
Primaria		Observados	230	113	343
		%	67.1%	32.9%	100.0%
Secundaria		Observados	423	218	641
		%	66.0%	34.0%	100.0%
Carrera Tecnica		Observados	177	78	255
		%	69.4%	30.6%	100.0%
Preparatoria		Observados	474	164	638
		%	74.3%	25.7%	100.0%
Universidad		Observados	294	116	410
		%	71.7%	28.3%	100.0%
Posgrado		Observados	23	10	33
		%	69.7%	30.3%	100.0%
Total		Observados	1751	773	2524
		%	69.4%	30.6%	100.0%

$X^2 < .02$

En el cuadro se ve, primero, que hay una relación menos fuerte que la expresada en los cuadros anteriores, como lo refleja la X^2 -aunque es consistente- Segundo, que aún cuando hay una línea ligeramente ascendente de menos a más educación, respecto a la simpatía con un partido, ésta se comporta en forma irregular, avanza hasta alcanzar su máximo en la preparatoria y comienza a descender en la carrera universitaria. Por lo tanto, en general, los datos muestran que el supuesto de que una mayor escolaridad produce mayor simpatía con un partido, no coincide con la realidad tijuana expresada en la encuesta. La importancia de esta observación estriba en la consideración de que si la simpatía por un partido implica, al menos, una precondition para votar, no es en la mayor escolaridad en donde ésta se presenta.

En la matriz de componentes rotados # 2, la variable sexo no aparece relacionada con la simpatía partidista, mientras que la variable clase social sí aparece relacionada en el factor 1. En el cuadro siguiente, de análisis de contingencia, puede apreciarse la relación entre las diferentes categorías de simpatía partidista y clase social.

Cuadro # 8

Simpatía por un partido y clase social					
			Si	No	Total
Clase social	Alta	Valores observados	44	13	57
		%	77.2%	22.8%	100.0%
	Media alta	Valores observados	204	72	276
		%	73.9%	26.1%	100.0%
	Media	Valores observados	878	307	1185
		%	74.1%	25.9%	100.0%
	Media baja	Valores observados	328	113	441
		%	74.4%	25.6%	100.0%
	Trabajadora	Valores observados	164	112	276
		%	59.4%	40.6%	100.0%
	Baja	Valores observados	133	135	268
		%	49.6%	50.4%	100.0%
Total		Valores observados	1751	752	2503
		%	70.0%	30.0%	100.0%

$X^2 < .001$

En primer lugar, la *Chi cuadrada* muestra una relación muy alta entre las variables de simpatía por un partido y clase social. Aquí sí se observa con mayor nitidez una línea de simpatía por un partido de acuerdo con la posición de clase. Va en sentido descendente conforme a la posición en que se ubica el entrevistado, mientras más alta es la clase en donde se posiciona, mayor es la simpatía partidista, y viceversa. Las clases medias tienen una simpatía partidista consistente y se ubican en una especie de meseta. Son, además, en términos numéricos, las más importantes. Llama la atención el hecho de que la auto ubicación en la clase media-media que simpatiza por un partido represente 50% de los simpatizantes por un partido político y 35% del total de los entrevistados.

Dicho lo anterior, es necesario recordar –tal como se vio en el capítulo 1- que la variable de clase social no está considerada como importante en las discusiones sobre la explicación de la participación electoral en los países posindustrializados, entre otras razones, porque está perdiendo su peso específico. Pero, como aquí puede comprobarse en el caso de Tijuana sigue siendo vigente. De esta manera, es necesario aclarar también que en la discusión mencionada se plantea la observación de que son las polaridades de clase las que

están desapareciendo de la escena política, y que su lugar lo está adquiriendo una tendencia de crecimiento de las clases medias. Este fenómeno también se observa en el caso de Tijuana, pues sumados todos los niveles relacionados con clase media expresados en la encuesta, éstos alcanzan el 56.3% del total de los entrevistados.

Por último, el comportamiento particular de la variable ocupación en relación con la simpatía partidista, se observa en el cuadro número 9.

Cuadro # 9

Simpatía por un partido y ocupación					
			Simpatiza por un partido		Total
			Si	No	
Ocupación	Estudiante	Valores observados	200	130	330
		%	60.6%	39.4%	100.0%
	Ama de casa	Valores observados	411	161	572
		%	71.9%	28.1%	100.0%
	Obrero	Valores observados	165	80	245
		%	67.3%	32.7%	100.0%
	Empleado	Valores observados	563	265	828
		%	68.0%	32.0%	100.0%
	Profesionista	Valores observados	182	33	215
		%	84.7%	15.3%	100.0%
	Empresario	Valores observados	107	14	121
		%	88.4%	11.6%	100.0%
	Desempleado	Valores observados	64	34	98
		%	65.3%	34.7%	100.0%
	Otro	Valores observados	71	59	130
		%	54.6%	45.4%	100.0%
Total		Valores observados	1763	776	2539
		%	69.4%	30.6%	100.0%

$X^2 < .001$

En este cuadro 9 se aprecia la existencia de una alta relación entre las variables de ocupación y simpatía partidista, según esta técnica de análisis.¹⁴⁴ De entrada, llama la atención el hecho de que los estudiantes aparezcan con el nivel más bajo de simpatía, incluso menor al de los desempleados. Los empresarios aparecen con los porcentajes más

¹⁴⁴ Recuérdese la mención de que no sale relacionada en forma consistente en el cuadro general de correlaciones.

altos de simpatía partidista, seguidos de los profesionistas. Las amas de casa se ubican ligeramente arriba del promedio y los obreros y empleados tienen porcentajes por debajo del mismo.

Los datos de este cuadro plantean algunas dudas y no permiten concluir que a mayor estabilidad se expresa mayor simpatía por un partido, pues no se puede decir, por ejemplo, que los estudiantes sean los más inestables, incluso más que los desempleados. La introducción de la variable de clase social, como variable interviniente, puede ayudar a despejar esta duda, de acuerdo con el siguiente cuadro.¹⁴⁵

Cuadro # 10

Simpatía por un partido, según clase social y ocupación							
	Alta	Media alta	Media	Media baja	Trabajadora	Baja	Total
Estudiante	7	44	112	20	11	4	198
	4%	22%	57%	10%	6%	2%	100%
Ama de casa	7	43	216	89	20	32	407
	1.70%	10.60%	53.10%	21.90%	4.90%	7.90%	100.00%
Obrero	3	6	35	37	42	42	165
	1.80%	3.60%	21.20%	22.40%	25.50%	25.50%	100.00%
Empleado	10	32	323	111	53	29	558
	1.80%	5.70%	57.90%	19.90%	9.50%	5.20%	100.00%
Profesionista	7	44	91	25	12	1	180
	3.90%	24.40%	50.60%	13.90%	6.70%	0.60%	100.00%
Empresario	7	27	54	12	6		106
	6.60%	25.50%	50.90%	11.30%	5.70%		100.00%
Desempleado	1	3	12	19	11	18	64
	1.60%	4.70%	18.80%	29.70%	17.20%	28.10%	100.00%
Otro	2	5	33	15	9	6	70
	2.90%	7.10%	47.10%	21.40%	12.90%	8.60%	100.00%
Total	44	204	876	328	164	132	1748
	2.50%	11.70%	50.10%	18.80%	9.40%	7.60%	100.00%

Se advierte que un poco más de la mitad de los estudiantes simpatizantes de un partido se ubican en la clase media, casi igual que los empleados y por arriba incluso que los empresarios y profesionistas. De hecho, la mayoría de los estudiantes se ubica en este sector, salvo los desempleados y otros. Aquí se destaca el caso de los estudiantes porque nos interesaba despejar la duda señalada, pero es importante hacer notar la influencia de la

¹⁴⁵ El cuadro representa solamente los datos de la parte de los entrevistados que contestó sí a la pregunta sobre simpatía por un partido. Los que contestaron no, fueron omitidos para hacer manejable el cuadro.

clase media en el comportamiento de las otras ocupaciones, especialmente entre empleados y amas de casa, respecto de su simpatía partidista.

En suma, mediante la técnica de componentes principales se encuentra una relación inicial fuerte, solamente entre simpatía por un partido y escolaridad. Asimismo, una relación débil entre la primera y la ocupación, pero el hecho de que haya salido agrupada en el mismo factor, llamó nuestra atención para insistir en su análisis. Con la introducción de las variables de sexo y clase social, se ve una relación adicional entre simpatía partidista y las variables de edad y antigüedad o años de residencia en Tijuana. Posteriormente, mediante el análisis de contingencia, se encuentran también los aspectos más específicos de dichas relaciones.

En el caso de la simpatía y años de residencia en Tijuana, hay una relación general, casi lineal, entre mayor cantidad de años de vivir en la ciudad y simpatía partidista. Sin embargo, se halla una excepción interesante a esa relación lineal en el grupo con 16-20 años de residencia en el municipio. El grupo que ha vivido al mismo tiempo con la crisis de Tijuana en los años ochenta, la alternancia y todo el proceso de transición bajo el gobierno del PAN en el municipio.

La relación de la variable simpatía partidista con la edad también es alta. Aquí llama la atención el hecho de que la edad en que la simpatía empieza a declinar es desde los 41 años en adelante, lo cual, parece extraño por cuanto es una edad en la madurez temprana. Desde este punto de vista, el reemplazo que se supone viene de las generaciones jóvenes no se ve muy promisorio para la simpatía política partidista.

La mayor escolaridad, una de las variables clásicas para demostrar la participación política, no se observa en términos de su expresión en simpatía. Nótese, además, que se habla de simpatía partidista, no de participación efectiva. La simpatía por un partido como condición subjetiva que precede a la participación. Y bien, al no existir la asociación entre ésta y la escolaridad, representa en particular una anomalía para la concepción teórica que la presenta como condicionante de la participación, y un problema cultural específico para Tijuana. Planteado en otra forma, ¿cómo obtendrá la sociedad los cuadros políticos capacitados que necesita?.

La asociación entre simpatía partidista y clase social muestra la importancia de esta última variable en las explicaciones del comportamiento político de Tijuana, al contrario de

la tendencia observada en los países posindustriales. Sin embargo, es importante hacer notar la relevancia de la clase media en este comportamiento. Del total de los entrevistados que manifestó tener simpatía por un partido, cuatro de cinco dijo pertenecer a algún sector de esta clase.

La ocupación y la simpatía partidista, no están asociadas de manera consistente, en términos de la propuesta de la conectividad social. La introducción –en forma interviniente– de la variable de clase social en la relación simpatía partidista y ocupación, nos permitió encontrar que algunas categorías de ocupación no tienen tanto peso por sí mismas, sino al parecer en función de la pertenencia de clase del entrevistado. Es decir, tienden a simpatizar más con un partido si están adscritos a la clase media, sin importar tanto si son estudiantes, amas de casa o empresarios.

En conclusión, la teoría de la conectividad social, la cual pretende explicar la participación política en relación con variables sociodemográficas y socioeconómicas que implican estabilidad, tales como edad adulta, arraigo, mayor escolaridad y ocupación estable, junto con la variable de simpatía por un partido, solo se cumple parcialmente en el caso de Tijuana. De acuerdo con el análisis desarrollado, la relación entre simpatía partidista y antigüedad o tiempo de vivir en Tijuana es alta, excepto entre quienes tienen entre 16 y 20 años. La edad también está relacionada con la simpatía partidista, sin embargo, esta relación declina a partir de los 41 años. La relación entre simpatía y escolaridad declina en el nivel de universidad y posgrado - contrario a lo postulado por la teoría. En cambio, la variable de clase social, a pesar de que aparece menos asociada con la simpatía partidista en el análisis de componentes principales, en el análisis de contingencia aparece con una relación fuerte, en particular entre las diversas categorías de clase media.

La desconexión con el proceso político y el desafecto de los votantes

La segunda explicación sobre el abstencionismo electoral plantea la existencia de una desconexión del proceso político de parte del ciudadano, como resultado de dos fenómenos. Por un lado, el proceso político va haciéndose cada vez más complejo y difícil para el ciudadano común. Al mismo tiempo, los órganos de representación se vuelven más especializados y se distancian del ciudadano. Esto provoca, por otro lado, una especie de extrañamiento de los ciudadanos con respecto a las instituciones públicas, al considerarlas

como no propias y, por tanto, ajenas a sus necesidades. En consecuencia, éstos pueden rechazarlas o simplemente ignorarlas por no creerlas útiles para sus intereses, o bien pueden impugnarlas o atacarlas.

La desconexión del proceso político de parte del ciudadano puede consistir, entonces, 1) en un proceso de cuestionamiento de la legitimidad del sistema democrático, 2) de descontento o insatisfacción con el gobierno y 3) de desafección política, propiamente dicha.¹⁴⁶

Por cuestionamiento de la legitimidad democrática se entiende, parafraseando a Linz (Linz, 1978b, citado en Montero *et al.* 1998: 12), la creencia de que la democracia no es el único tipo de régimen político que podría asegurar el mayor éxito de los objetivos colectivos.

Lo anterior puede analizarse a partir de las distintas expresiones de los encuestados sobre el papel que juega la democracia con respecto a los problemas que ésta enfrenta, principalmente económicos, de mantenimiento del orden, para dirimir conflictos y de efectividad en comparación con otros sistemas.¹⁴⁷

Recuadro # 1

LEGITIMIDAD DEMOCRÁTICA	INDICADORES	CLAVES
	1. En una democracia el sistema económico funciona mal	D_ecoMal
	2. Las democracias son indecisas y tienen muchos pleitos	D_indecisa
	3. Las democracias no son buenas para mantener el orden	D_noorden
	4. La democracia puede tener problemas, pero es el mejor sistema.	D_mejor

El descontento político se entiende “(...) como la expresión de una cierta frustración que surge de comparar lo que uno tiene y debiera tener” (Ib.). En este sentido, el descontento es un síndrome que incluye cuando menos dos clases de síntomas, una percepción negativa del

¹⁴⁶ Para efectos de su análisis, consideraremos estas divisiones como dimensiones; las cuales separaremos en componentes de la dimensión, según el caso, y a las variables que integran a los componentes las denotamos como indicadores. Los indicadores los expresaremos con sus respectivas claves.

¹⁴⁷ La dimensión de legitimidad democrática no está subdividida en componentes, por lo cual aparece directamente con sus respectivos indicadores, de acuerdo con la definición de Linz.

ciudadano sobre el proceso político, por cuanto éste no es eficaz para resolver los problemas que considera de especial importancia; y una percepción de insatisfacción política “(...) como expresión del desagrado que produce un objeto social o político significativo, y puede estimarse, en consecuencia, como un rechazo general de algo que no responde suficientemente a los deseos de los ciudadanos” (Di Palma, 1970, 30, citado en Montero, 1998, 18). Por lo tanto, “(...) la insatisfacción política surge de la evaluación que hacen los ciudadanos del rendimiento del régimen o de las autoridades, así como de los resultados políticos que generan...” (Ib).

La ineficacia puede ser evaluada de acuerdo con la satisfacción expresada por los ciudadanos sobre el funcionamiento de la democracia en la práctica, acerca de la capacidad que tiene para resolver los problemas sin grandes complicaciones, y en particular sobre cómo funciona en instituciones públicas específicas y el grado de confianza que éstas le despiertan. La insatisfacción se manifiesta en la evaluación política negativa del desempeño de un gobierno específico y en la manifestación de rechazo político expresado a través del voto a favor de la oposición. La dimensión de descontento político y sus dos componentes, así como sus respectivos indicadores y claves, **se ven** en el siguiente recuadro.

Recuadro # 6

DESCONTENTO POLÍTICO	INDICADORES	CLAVES
INEFICACIA	5. Cuánta confianza le tiene al gobierno federal 6. Cuánta confianza le tiene al gobierno estatal 7. Cuánta confianza le tiene al gobierno municipal 8. Satisfacción con la democracia en BC 9. Satisfacción con la democracia en Tijuana	Con_Fed Con_Edo Con_Mun D_BC D_Tj
INSATISFACCIÓN	10. Evaluación de diez años del PAN en Tijuana 11. Simpatía partidista	Diezpan SimpPp

Por desafección política se puede entender aquella orientación que “(...) abarcaría tanto visiones desconfiadas y recelosas de las relaciones humanas, adquiridas en un estadio temprano del proceso de socialización, como percepciones contradictorias de la esfera

política” (Montero *et al.* 1998: 25). En opinión de Morlino y Tarchi (1996), la desafección es una insatisfacción ideológica peligrosa para la estabilidad del régimen “(...) a causa de su relación con valores culturales alternativos” (Ib). Por lo tanto, “(...) la desafección política, al contrario de la insatisfacción, tiende a ser más reacia al cambio y puede tener consecuencias más duraderas para la política democrática” (Id: 26). La dimensión de desafección tiene dos componentes básicos,

1. La implicación psicológica de los ciudadanos en la política; la cual representa la medida en que los ciudadanos expresan un cierto interés o muestran alguna preocupación por la política y por los asuntos públicos, tales como,

Interés político subjetivo, el grado de curiosidad que la política despierta en el ciudadano (Van Deth, 1989: 281 y ss., citado en Ídem).

Frecuencia con que se discute de política. La expresión en términos de un comportamiento que cristaliza en participación política informal (Almond y Verba, 1963: 78 y ss.; Van Deth, 1991, y Topf, 1995, citados en Montero *et al.*: 26).

2. Sentido de eficacia política,

Eficacia política interna, la idea que el ciudadano tiene acerca de su propia competencia personal a la hora de entender la política y, en última instancia, de participar en ella.

Competencia política externa, la idea que tiene de la capacidad de respuesta de las autoridades e instituciones políticas a las demandas ciudadanas (Almond y Verba, 1963: 136, citados en ídem: 28).

Formatted: Bullets and Numbering

Formatted: Bullets and Numbering

Recuadro # 7.

DESAFECCIÓN	INDICADORES	CLAVES
SICOLÓGICA	12. Importancia de la política en su vida 13. Frecuencia con que discute política con amigos 14. Frecuencia con que atiende noticias políticas en los medios	Pol_Imp Pol_amig Pol_medios
EFICACIA INTERNA EFICACIA EXTERNA	15. La política y las cosas de gobierno son muy complicadas 16. El voto es el único medio por el cual personas como yo pueden influir en el gobierno 17. Las personas como yo no tienen ninguna influencia en el gobierno 18. No creo que a los funcionarios les importe gente como yo.	P_complic Solo_voto No influyo No Importo

Con base en lo anterior, se utiliza el total de las dimensiones, variables e indicadores arriba mencionados. La interrelación general de las dimensiones de legitimidad democrática, descontento y desafección, las cuatro variables y dieciocho indicadores se refleja en la siguiente matriz de componentes principales.

Matriz # 3.

Matriz de componentes rotados^a

	Componentes			
	1	2	3	4
D_indecisa	.822			
D_ecoMal	.804			
D_noorden	.802			
D_mejor	.719			
PolAmig	.301			
Conf_Edo		.895		
Conf_Fed		.886		
Conf_Mun		.850		
Pol_imp		.372		
NoInfluy			.790	
P_compl			.774	
NoImporto			.757	
Solo_voto			.718	
D_BC				.845
D_Tj				.835
SimpPp				.580
Diezpan				-.520
Pol_medios	.305			.471

a. Rotación en cinco interacciones

La matriz, constituida por cuatro factores –los cuales explican el 56.3% de la varianza total-, muestra que la dimensión de legitimidad coincide casi totalmente en el factor 1. En este factor se encuentran también dos indicadores (PolAmig y Pol_medios) pertenecientes a la dimensión psicológica de la desafección, los cuales, aún cuando tienen valores pequeños, están correlacionados a un nivel de significación menor a 0.05. Por su parte, los indicadores de la variable legitimidad democrática (D_ecoMal con D_indecisa, D_noorden y D_mejor), tienen entre sí correlaciones muy altas (entre .45 y .63). Las correlaciones menores se refieren a la afirmación “La democracia puede tener problemas, pero es el mejor sistema político” y las respuestas “de acuerdo” con la misma –el promedio nacional “de acuerdo” con esta afirmación es de 66%, mientras que en Tijuana es de 59%. Este aprecio menor por la democracia como sistema se ve reflejado en el factor 1. Su importancia estriba en que es un indicador de legitimidad política de primer importancia y su baja solamente se ve compensada con la significación que se le da a la democracia como un sistema que no necesariamente implica desorden, ni es conflictiva (similares al promedio nacional), pero sobre todo, porque no es considerada como un sistema que funcione mal en lo económico,

pues el promedio de desacuerdo con la afirmación de que funciona mal es de 56% en Tijuana, mientras el promedio nacional es de 45%. Por lo tanto, pueden nombrarse¹⁴⁸ al factor1 el representativo de la legitimidad (para los datos nacionales, periódico *Reforma* 8/5/2000; para los datos de Tijuana, la encuesta 1, ya citada).

La dimensión de descontento político expresada en la variable de ineficacia, está repartida en los factores 2 y 4. En el factor 2 predomina, pero lo comparte con Pol_imp, que pertenece al desafecho político en su expresión psicológica, con correlaciones de .22, .22 y .23, a un nivel de significación de .05 (altas, de acuerdo con el ajuste de Bonferroni),¹⁴⁹ con respecto a confianza en los gobiernos federal, estatal y municipal, respectivamente, por lo que se puede decir que le corresponde el nombre de descontento y eficacia.

La representación de la dimensión descontento político en el cuarto factor, tiene dos indicadores de la variable de ineficacia -los relacionados con la opinión sobre el desarrollo de la democracia en Baja California y Tijuana- y comparte con la variable de insatisfacción los indicadores de evaluación de desempeño del PAN en los diez años de gobierno y la simpatía política -o falta de ella- hacia el partido gobernante. Asimismo, comparte con un indicador de la variable psicológica de desafección política, la relacionada con el seguimiento de la política a través de los medios (Pol_medios). Este último indicador está correlacionado fuertemente con el indicador de evaluación sobre la democracia en el estado (D_BC, .35), en el municipio (D_Tj, .32) y la simpatía por un partido político (Simp_Pp, .26), y en forma más débil (pero consistente a un nivel de significación menor a .05)¹⁵⁰ con la evaluación de los diez años de gobierno del PAN, en una asociación negativa (Diezpan, -.09).

Las correlaciones entre el indicador perteneciente a la variable de insatisfacción, de la dimensión de descontento político (Diezpan) con los indicadores relacionados con la variable de ineficacia de esa misma dimensión, democracia en Baja California y Tijuana (D_BC y D_Tj), son ambas negativas, -.21 y -.24, respectivamente. Por su parte, el otro indicador de insatisfacción, perteneciente a la misma dimensión de descontento político (SimPp) se correlaciona positivamente con la democracia en Baja California (D_BC, .27) y

¹⁴⁸ La importancia de nombrar un factor según los indicadores que se concentran en él, consiste en que permite destacar la importancia de las dimensiones analizadas.

¹⁴⁹ El nivel de significación se expresa en que las correlaciones pearsonianas son menores al ajuste de Bonferroni expresado en .0032; es decir < .05.

¹⁵⁰ La correlación de Pearson es al nivel de .003 y el ajuste de Bonferroni es de 0.0032.

en Tijuana (D_Tj, .28). Esta circunstancia nos permite nombrar al factor 4 como el factor representativo del descontento político por ineficacia y de desafecto parcial por insatisfacción psicológica. Esto último, basado en el criterio de que para nombrar a un factor se deben tomar en cuenta las asociaciones más altas que resultan del análisis de componentes principales, pero basados también en la alta correlación que existe entre el seguimiento a la política en los medios y la evaluación de la democracia en el estado y el municipio.

La dimensión de desafección política, a su vez, representada por las variables psicológica y de eficacia interna y externa, sólo se mantiene consistente en el factor tres, pero nada más esta última, pues la variable psicológica se dispersa entre los distintos factores. Así pues, se menciona al factor 3 como el de desafección política por sentido de eficacia interna y externa.

Una vez visto el comportamiento de las dimensiones de legitimidad y de desafección política, en su expresión de eficacia, se afirma que son las que más se distinguen por su tendencia a agruparse por separado. En cambio, se presenta una agrupación entre indicadores de las dos expresiones de la dimensión de descontento político en el factor 4, ineficacia e insatisfacción. La agrupación de la expresión de desafecto por eficacia en un solo factor indica que no está asociada con los demás. No se puede decir lo mismo de la dimensión de legitimidad, pues está asociada con un indicador de desafección psicológica (PolAmig), aunque en una relación más bien baja. Pero las dimensiones de descontento político y desafecto en su variable psicológica, sí resultan mezcladas, lo cual implica asociación.

Para examinar estas relaciones se redujo el número de indicadores, tanto los que se refieren a los gobiernos federal y estatal, como los que mostraron menores pesos en las *comunalidades*, como se le denomina en esta técnica de análisis al peso de las distintas variables (o indicadores, como es llamado en este caso) con el que contribuyen al conjunto de las asociaciones, a fin de destacar los aspectos más directamente implicados en el municipio.

Matriz # 4.

Matriz de componentes rotados ^a				
	Componentes			
	1	2	3	4
Diezpan	-.747			
SimpPp	.715			
D_Tj	.586			.225
Conf_Mun	.482			.401
D_ecoMal		.880		
D_indecisa		.859		
NoImporto			.874	
NoInfluy			.861	
PolAmig	-.209	.247		.675
Pol_imp				.664
Pol_medios	.287	.268		.625

a. La rotación convergió en 5 iteraciones

El resultado se observa en la matriz cuatro, de cuatro factores y con el 60.7% de explicación de la varianza total. En el factor 1 se ve que los indicadores de descontento, Diezpan y SimPp, pertenecientes a la variable de insatisfacción, están altamente relacionados entre sí, ahora con la inclusión de los indicadores pertenecientes a la variable de ineficacia, de esta misma dimensión (PolAmig y Pol_medios). La variable de eficacia interna de la dimensión de desafección continúa separada de los demás en el factor 3 y la variable psicológica de la dimensión de desafección se agrupó en el factor 4, relacionada con los indicadores de confianza al gobierno municipal y satisfacción con la democracia en Tijuana o bien, desconfianza e insatisfacción, pues todavía se desconoce cuál es la relación específica entre las categorías que las integran.

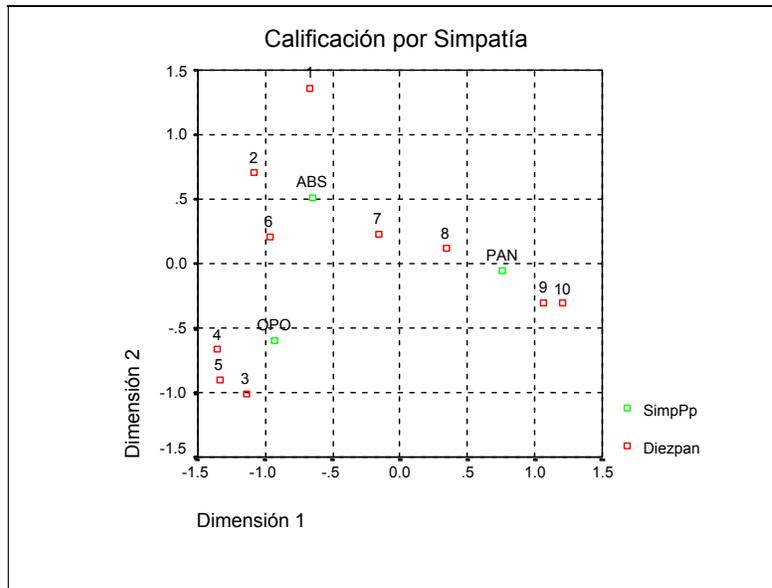
Para facilitar el análisis, en el recuadro siguiente se resumen los aspectos relevantes del factor 1. Como se aprecia, la gran mayoría de los indicadores pertenecen a las variables de la dimensión de descontento político.

Recuadro # 9.

FACTOR 1: DIMENSIONES, VARIABLES RELACIONADAS Y CORRELACIONES			
DIMENSIONES	VARIABLES	VARIABLES RELACIONADAS	
			CORRELACIÓN
Descontento	Insatisfacción	SimPp y Diezpan	-0.36
Descontento	Insatisfacción e ineficacia	D_Tj y Diezpan	-0.24
Descontento	Insatisfacción e ineficacia	D_Tj y SimPp	0.28
Descontento	Insatisfacción e ineficacia	Conf_Mun y Diezpan	-0.2
Descontento	Insatisfacción e ineficacia	Conf_Mun y SimPp	0.22
Descontento y desafección	Ineficacia y sicológica	Conf_Mun y Pol_Imp	0.24
Descontento y desafección	Ineficacia y sicológica	Conf_Mun y PolAmig	0.26

Recapitulando, en la matriz número cuatro se ven las distintas interrelaciones de las dimensiones de legitimidad, descontento político y desafección, pero las más consistentes, de acuerdo con el objetivo de encontrar aquellas que permitan alguna explicación del fenómeno político de la participación y la abstención, solamente se presentan en el factor 1. Esta circunstancia lleva a analizar de manera más detallada este factor, sobre todo la relación particular entre simpatía partidista y la evaluación de los diez años de gobierno del PAN en Tijuana, los dos indicadores de descontento político por insatisfacción más altamente correlacionados, por medio de la técnica de análisis de correspondencia.

Gráfica 5



En esta gráfica, resultado del análisis de correspondencia, puede observarse que la relación entre la simpatía por los partidos y la evaluación del desempeño de los diez años de gobierno del PAN en Tijuana¹⁵¹ se comporta en razón de la preferencia partidista, como parece obvio. La simpatía por el PAN está en medio de las tres calificaciones más altas, la de la oposición por los puntos bajos de la calificación (3, 4 y 5), y lo que se denomina una suerte de abstencionismo¹⁵² se comporta en forma ambivalente, pues se ubica en medio de calificaciones regulares (6 y 7) y las dos más bajas (1 y 2). En forma menos contrastada, pero en la misma lógica, se comportan los demás indicadores (es decir, Diezpan con D_Tj y con Conf_Mun), por lo cual se omiten.

La teoría de la desconexión con el proceso político y el desafecto de los ciudadanos hacia éste, en particular de los votantes, no se comprueba con el análisis realizado. La desconexión, entendida como resultado de la pérdida de legitimidad del sistema, no se observa en el comportamiento de los indicadores que la representan, ya que éstos no están vinculados con otros de manera consistente, según el análisis de componentes principales.

¹⁵¹ La pregunta fue, De 1 a 10, en donde 1 significa total reprobación y 10 total aprobación, ¿cómo califica los diez años de gobierno del PAN?"

¹⁵² Resultado de agregar los que contestaron que no votarían por ningún partido y los que no contestaron.

En otras palabras, en el caso de Tijuana no parece que la legitimidad de la democracia esté a discusión.

La desafección, por otra parte, según éste análisis, tampoco parece jugar un papel específico en el proceso político de Tijuana. Los indicadores de la variable de eficacia política se mantuvieron separados en todo momento. Los indicadores de la variable psicológica, por el contrario, se dispersaron. Por lo tanto, el problema del abstencionismo no parece residir en una suerte de alienación política.

En cambio, el descontento, sobre todo el que se refiere a las variables de ineficacia e insatisfacción con el proceso político, sí se presentan en este análisis, como también se observa en la gráfica del análisis de correspondencia. Sin embargo, parece ser más bien resultado de la confrontación política, es decir, del sesgo partidista, que del descontento político del ciudadano común.

En el caso de los datos de la gráfica # 1, se agrupan por un lado la simpatía manifestada por los partidos de oposición, como “Opo”, y por otro los que contestaron por ninguno y “no sabe”, como abstención en “Abs”, sólo para efectos del análisis. Los resultados parecen congruentes, en tanto que la oposición califica mal el desempeño del PAN en el gobierno, los panistas bien, pero los datos agrupados como abstención muestran un comportamiento interesante, califican muy mal y regular el desempeño gubernamental del PAN. ¿Podría suponerse que ésta fue la base del comportamiento real de las elecciones de 2001?. Es decir, ¿debido a que una parte de la población se abstuvo de votar por calificar muy mal y otra por calificar regular?, éste podría ser el caso, pues aún cuando sea contradictorio, como se vio en el capítulo 1, el descontento político puede provocar alta participación, o bien, alto abstencionismo. En otras palabras, unos se abstienen por evaluar mal el desempeño gubernamental, mientras que otros lo hacen por evaluarlo regular.

La teoría de la nueva cultura política, la participación y la abstención electoral

La teoría de la nueva cultura política es un aporte a la explicación de los cambios que están ocurriendo en el mundo, en particular los relacionados con la participación política de nuevo tipo. Es decir, una participación política activa, pero no necesariamente de carácter electoral. Estos cambios constituyen una “revolución silenciosa”, en términos de Ronald Inglehart, y ésta consiste en que las poblaciones jóvenes se interesan más por cuestiones

relacionadas con la calidad de vida y la auto expresión que con las de bienestar material y seguridad. “Las causas e implicaciones de este cambio son complejas, pero el principio básico puede plantearse de manera simple, la gente tiende a interesarse más por necesidades y peligros inmediatos que por cosas que ven remotas o no peligrosas para ellos.” (Inglehart, 1977: 1).

La premisa de esta afirmación consiste en que varias generaciones de la posguerra han mejorado notablemente sus niveles de vida y de seguridad, debido a lo cual, las necesidades de seguridad material y física ya no son prioridades inmediatas para ellas. Por lo tanto, se interesan más por resolver necesidades posmateriales, tales como la auto expresión, el tiempo libre, las amistades e inclusive la política sobre temas específicos, y otras. Este autor plantea la hipótesis de la existencia entre las nuevas generaciones de una cultura política “desafiante de las elites”, en alternativa a la de aquellos grupos o sectores que siguen “orientados por las elites” tradicionales, sean éstas los partidos políticos, los sindicatos y otras instituciones antes venerables como las iglesias y, podría agregarse también, las universidades.

En el capítulo 1 se plantean ya algunos matices y prevenciones sobre la utilización de esta teoría en los países no altamente industrializados. Pero la teoría es general y ahora se trata de saber si este mismo fenómeno está ocurriendo en Tijuana. Para ello, se aplicó el bloque de cuatro preguntas con las que originalmente se midieron los valores materialistas y posmaterialistas (VMPPM).¹⁵³ El resultado se puede apreciar en el cuadro número once.

¹⁵³ El cuestionario tiene cuatro reactivos, sobre los cuales se pidió al entrevistado que eligiera el más importante en una primera opción, y otro, segundo en importancia, del mismo bloque de reactivos, 1. Mantener el orden en la ciudad, 2. Dar más opinión a la gente en las decisiones del gobierno, 3. Proteger la libertad de expresión y 4. Combatir el alza de precios. Los reactivos 1 y 4 representan posiciones materialistas y los 2 y 3, posiciones posmaterialistas. Quienes contestaron en primera y segunda opciones los reactivos de una posición, se consideran representativos de esa misma (ya sea materialista o posmaterialista), los que contestaron una mezcla de ambos, ya fuera en primera o segunda opciones, son calificados de “mixtos”. Los que contestaron una sola opción quedaron fuera de la clasificación, junto con los que no contestaron ninguna.

Cuadro # 11.

	Frecuencia	Porcentaje válido	Porcentaje acumulado
Materialistas	627	26.8	26.8
Mixtos	1578	67.4	94.2
Posmaterialistas	137	5.8	100.0
Total	2342	100.0	

El porcentaje de 5.8 de posmaterialistas puede parecer bajo. Sin embargo, en Noruega, al inicio de los ochenta el porcentaje era de 8 (para 1993 era ya de 20%) y en Irlanda del Norte en 1993 era de 5%, aunque el promedio en Europa, en ese mismo año, era de 13% (Grenstad y Selle, 1997: 166).

En la siguiente matriz se analizan los VMPPM y algunas variables sociodemográficas. El objetivo es buscar su relación, pues, de acuerdo con la teoría, “El factor crucial para el surgimiento de los valores posmaterialistas es experimentar un sentimiento de seguridad económica y física durante los años formativos” (Inglehart, [1997] 1998: 189).

El periodo formativo se capta principalmente por la variable edad. Sin embargo, también intervienen la escolaridad y la residencia o los años de vivir en el lugar, por que implican estabilidad. La variable de la residencia o tiempo de vivir en Tijuana resulta de interés particular en nuestro análisis por las características de su población, principalmente de origen inmigrante.

Con base en lo anterior, se elaboró la siguiente matriz.

Matriz # 5.

	Componentes		
	1	2	3
Edades	.826	.215	
Residencia	.726		.214
Sexo		-.820	
Ocupación	.324	.750	
Valores MyPM			.852
Escolaridad	-.480	.245	.530

a. La rotación convergió en 6 iteraciones

En la matriz número 5, con una varianza explicada de 66.5%, se puede ver que en el factor 3 hay una fuerte relación de la variable de valores materialistas y posmaterialistas con la escolaridad y una relación un poco débil con la variable de residencia o años en Tijuana. Las correlaciones son consistentes, en ambos casos, al 0.05.

Lo que la matriz indica, primero, es la existencia misma de la relación entre la variable de la nueva cultura política y algunas variables sociodemográficas. Pero en este caso particular no aparece agrupada la variable de edades -tampoco en el cuadro general de correlaciones. Por lo cual, puede hablarse de una anomalía en la teoría. Un poco extraña resulta la relación con los años de residencia en Tijuana, pues se desconoce si es la movilidad o la falta de arraigo, propiamente dicho, lo que la impacta. Por tales razones es necesario analizar los detalles específicos de estas relaciones. En primer lugar, la de la escolaridad, cuya relación es la más alta.

Cuadro # 12.

Valores materialistas y posmaterialistas por escolaridad				
Escolaridad	Materialistas	Mixtos	Posmaterialistas	TOTAL
Analfabeta	29%	69%	3%	100%
Primaria incompleta	28%	69%	4%	100%
Primaria	29%	67%	4%	100%
Secundaria	31%	64%	5%	100%
Carrera Tecnica	29%	62%	9%	100%
Preparatoria	24%	71%	5%	100%
Universidad	22%	69%	9%	100%
Posgrado	8%	85%	8%	100%
TOTAL	27%	67%	6%	100%

$X^2 < .01$

La relación entre los valores MPM y la escolaridad también resulta alta en el análisis de contingencia. El comportamiento de los valores posmaterialistas es tal como lo plantea la teoría, es decir, que los niveles de escolaridad están relacionados con valores posmaterialistas en la medida en que la escolaridad aumenta, aunque la expresión de esta tendencia no es regularmente ascendente. Como se puede observar, en el nivel de educación preparatoria hay un descenso. Esto debido a que en el nivel de preparatoria están incluidas todas las edades, es decir, jóvenes y adultos, como se puede comprobar si se utiliza ésta como variable interviniente.¹⁵⁴ Lo contrario también es cierto en el caso de los valores materialistas. Es decir, que en la medida en que ocurre un aumento de la escolaridad, disminuye el porcentaje de materialistas. Aunque también en forma irregular, como puede apreciarse con el nivel de secundaria -la explicación es la misma que en el caso de la preparatoria, mencionado antes.

¹⁵⁴ No se incluye aquí el cuadro debido a su dimensión y dado a que los datos que aporta son reducidos (se trabaja con el 5.8% como expresión de los valores MPM). Baste mencionar que el nivel de preparatoria asciende al 5.6%, en un periodo de edad entre 18 y 30 años, en tanto que en el periodo de más de 31 años el nivel de preparatoria relacionado con valores posmaterialistas desciende a 4.8%.

Cuadro # 13.

Valores materialistas y posmaterialistas por años en Tijuana				
Años en Tijuana	Materialistas	Mixtos	Posmaterialistas	TOTAL
Hasta 10 años	34%	61%	5%	100%
Hasta 20 años	28%	66%	6%	100%
Hasta 30 años	23%	71%	7%	100%
Hasta 40 años	26%	68%	7%	100%
50 y +	18%	77%	5%	100%
TOTAL	27%	67%	6%	100%

$X^2 < .001$

En el cuadro de valores MPM y residencia o años de vivir en Tijuana, cuya relación es muy alta, según la *Chi cuadrada*, se aprecia que a mayor cantidad de años de antigüedad aumenta el porcentaje de portadores de valores posmaterialistas. Y a la inversa, en el caso de los materialistas. Ambas tendencias en forma irregular, aunque -nos parece- en forma consistente, excepto a partir de los 50 años. ¿Quiere decir que los recién llegados y con menos tiempo de vivir en Tijuana aportan más valores materialistas que posmaterialistas?

La variable MPM ha mostrado validez en su relación con algunas variables sociodemográficas, como la escolaridad, el arraigo o tiempo de residencia en Tijuana. No así con otras tan importantes, como la edad. Sin embargo, indirectamente, está última, al hacerla intervenir para aclarar la relación entre arraigo y valores MPM permite formular la pregunta de si tiene qué ver el lugar de nacimiento, relacionado con la edad, para saber si es un factor determinante en la definición de los valores MPM en Tijuana, pues no debe olvidarse el papel explicativo que tiene la socialización temprana en esta teoría. Es decir, no se sabe cómo impacta el hecho de haber nacido en Tijuana o fuera de ella. Desafortunadamente, en la encuesta que trabajada para este apartado no presenta esa pregunta.

No obstante, la variable de residencia o años en Tijuana puede ser clave para reinterpretar su relación con los valores MPM, en el sentido siguiente, en Tijuana se pueden enumerar diversos periodos de crisis, ligados con las devaluaciones. De la más cercana a la más lejana, las devaluaciones se han presentado en 1994, 1987, 1982, 1976 y 1952. Los

periodos coincidentes con esas fechas, son alrededor de 7, 14, 19, 25 y 49 años de vivir en la ciudad. Desde este punto de vista, puede decirse que entre 1952 y 1976 fue un periodo de estabilidad y relativa prosperidad general; la devaluación de 1976 fue el primer gran golpe a la economía regional, pero su impacto no fue tan grande. La devaluación de 1982 generó una verdadera crisis, pero como se ha mencionado en el capítulo 2, la economía bajacaliforniana y tijuanaense en particular logró sobresalir más o menos rápidamente. Sin embargo, con las crisis de 1987 y 1994, se creó un síndrome de incertidumbre. ¿Hasta dónde se refleja esta “sintomatología” en el caso de los valores materialistas y posmaterialistas?.

Para responder esta pregunta se realizó un análisis de correspondencia entre la variable años en Tijuana y los valores materialistas-posmaterialistas en forma desagregada, materialistas fuertes (Mf), materialistas débiles (Md), posmaterialistas débiles (PMd) y posmaterialistas fuertes (PMf).¹⁵⁵

Cuadro # 14.

Valores M y P	Años en Tijuana									
	1-5	6-10	11-15	16-20	21-25	26-30	31-35	36-40	41 +	Margen activo
M fuerte	75	103	85	110	79	53	39	48	35	627
M débil	77	82	67	135	86	112	52	56	86	753
PM débil	78	85	101	157	115	103	56	64	66	825
PM fuerte	10	15	16	25	21	17	7	16	10	137
Margen activo	240	285	269	427	301	285	154	184	197	2342

¹⁵⁵ El indicador de Mf se hizo con base en las respuestas a los reactivos materialistas en primera y segunda opción. El Md, se hizo con base en la elección de un reactivo materialista en primera opción y un posmaterialista en segunda opción. En forma similar, el indicador PMd se seleccionó con base en una respuesta posmaterialista en la primera opción y materialista en la segunda, y el indicador PMf, con base en la selección de este reactivo en las dos opciones.

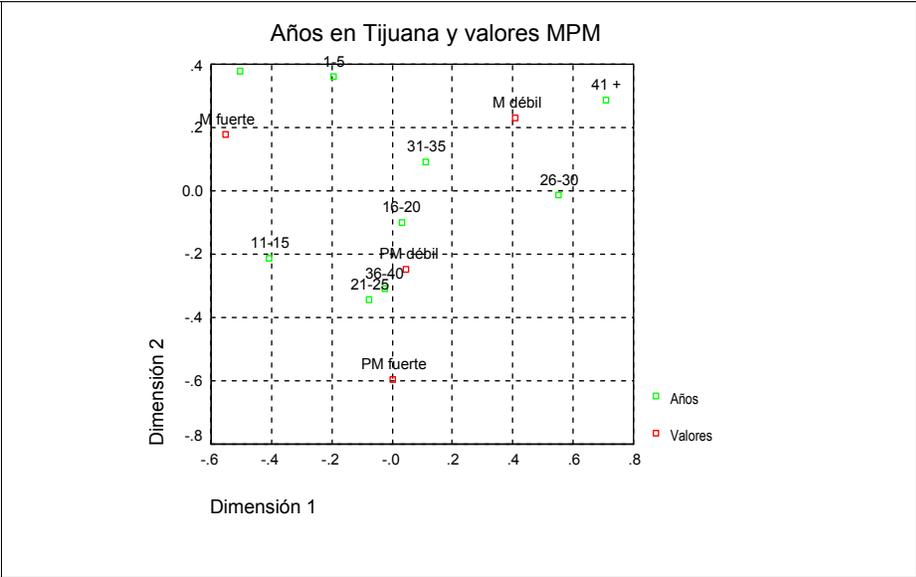
La tabla de correspondencia muestra una relación consistente entre las variables con un nivel de significación menor a .001. El comportamiento de las diferentes categorías¹⁵⁶ significa, en primer lugar, que entre los valores materialistas fuertes y los grupos que se encuentran dentro del periodo de 1 a 25 años de vivir en la ciudad, tienen más probabilidad de ocurrir que el resto de la misma categoría. Es decir, la categoría de valores materialistas fuertes se da más entre menos años se tiene de vivir en Tijuana. En el caso de la categoría materialista débil, los grupos que se encuentran entre los 16 y 30 años tienen las mayores probabilidades de ocurrencia. Asimismo, en un salto, en esta misma categoría se ubica el grupo de 41 y más años. La categoría de posmaterialismo débil se encuentra con mayores probabilidades de ocurrir entre el periodo de 11 a 30 años de vivir en Tijuana. Por su parte, los portadores de valores posmaterialistas fuertes que se encuentran entre los 11 y 30 años, así como el grupo de 36-40, tienen mayores probabilidades de ocurrir que el resto de valores que se encuentran asociados con la misma categoría. Esto significa que hay una diferencia importante entre los valores materialistas fuertes y los posmaterialistas fuertes. Primero, porque si bien hay algunos grupos que comparten ambos valores extremos (los que se encuentran entre 11 y 25 años de antigüedad), la tendencia es divergente, ya que los valores materialistas fuertes se concentran más en los grupos con menos antigüedad en Tijuana; mientras que los valores posmaterialistas fuertes muestran cierta tendencia hacia una mayor antigüedad en la ciudad (menos en el grupo de 41 años y más) y también con excepción del grupo de 31-35 años -aunque éste no expresa ninguna probabilidad de ocurrencia en ninguna de las categorías. El caso del grupo de 41 años y más de residencia en Tijuana es congruente con el hecho que no salga vinculado con los valores posmaterialistas, pero que el grupo de 31-35 años no esté relacionado de manera consistente con ninguna categoría de los valores MPM no tiene explicación a la mano. Es probable que entre 1966 y 1970 -que son los años que representa el grupo en cuestión) haya ocurrido algo que inhibió la formación consistente de valores hacia uno u otro signo. Fuera de este hueco relativo, se puede hablar de una tendencia desde 1976 (el año de la segunda devaluación) al presente, que corresponde con la presencia de valores materialistas fuertes.

¹⁵⁶ Para analizar el comportamiento de cada categoría se divide el margen activo de cada renglón por el número de columnas (en este caso entre 9) y el resultado se compara con el comportamiento de cada celda del renglón correspondiente. Por ejemplo, $627/9=69.6$, en el primer renglón (M fuerte) indica que las cinco primeras celdas (de izquierda a derecha) tienen más probabilidad de ocurrir que las cuatro restantes, etcétera.

Por otra parte, se puede decir también que entre 1971 y 1990, y entre 1961 y 1965, se incubaron valores posmaterialistas fuertes.

Otra manera de apreciar lo anterior, es mediante la siguiente gráfica.

Gráfica 6



La gráfica número 6 es interesante porque muestra una separación de los valores materialistas y posmaterialistas, en general (arriba y abajo del centro de la gráfica), que no se había alcanzado a visualizar en la tabla de correspondencia. Los valores materialistas salen agrupados con las categorías extremas de años en Tijuana (1-5 años y 41 y +) y los valores posmaterialistas con dos grupos de edad, 36-40 y 21-25. Estos últimos más fuertemente asociados con los valores posmaterialistas débiles.

Una vez encontrada la relación entre la variable de valores materialistas y posmaterialistas con algunas variables sociodemográficas, en particular con escolaridad, años de residencia en Tijuana y, parcialmente, con edad, se examinará cuáles relaciones pueden existir entre ésta y un grupo diverso de variables de carácter político.

Matriz # 6.

Matriz de componentes rotados ^a			
	Componentes		
	1	2	3
Seguridad de votar	.774		
Simpatiza por un partido	.742		
Voto duro y potencial	-.548	-.511	
Desempeño del Gobierno Municipal	-.264	.786	
Opinión si gana oposición		.782	
Valores M y PM			.989

a. La rotación convergió en 4 interacciones

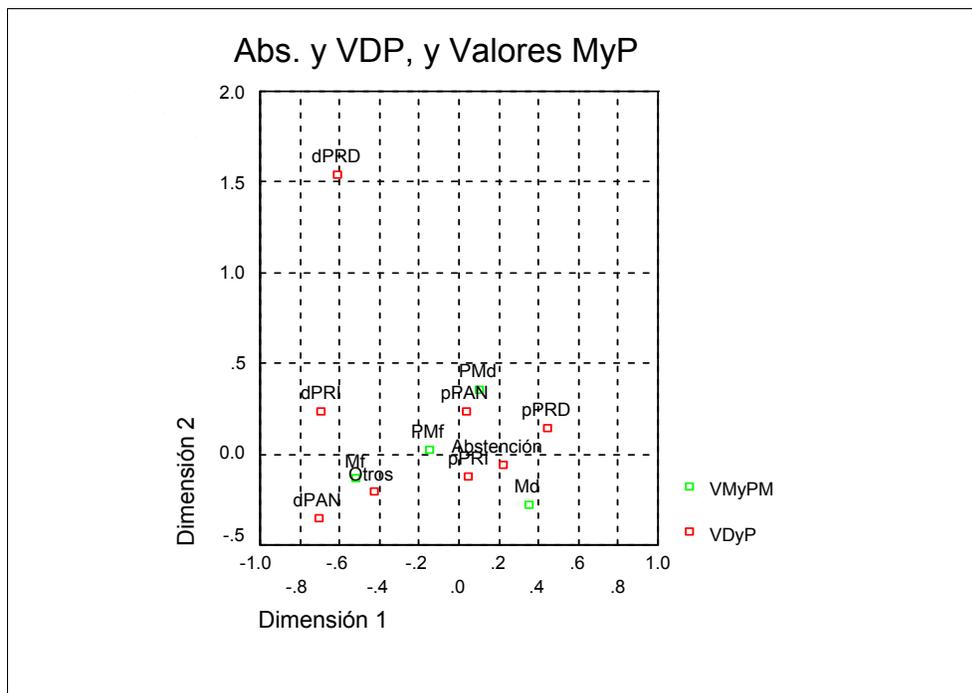
En la matriz número 6 de componentes principales de tres factores, con una varianza explicada de 67.57%, la variable de valores MPM aparece en el factor 3, aislada de las demás.¹⁵⁷ En el cuadro general de correlaciones solamente aparece asociada de manera consistente con la variable de seguridad de votar.

Al no haber encontrado relación entre la variable de voto duro y potencial, en la cual se encuentra la categoría de abstención, se empleará la técnica de análisis de correspondencia para buscar la posible relación con los valores MP (para la metodología utilizada en la construcción del “voto duro y potencial”, ver anexo).

Para poder apreciar en conjunto el comportamiento de las diversas categorías de las variables de voto duro y potencial y valores MPM, puede examinarse la gráfica siguiente.

¹⁵⁷ Tampoco la variable desagregada de valores fuertes y débiles aparece relacionada.

Gráfica 7



De esta gráfica se desprenden algunos hechos interesantes, la abstención sale asociada en general con los valores materialistas débiles y fuertes (más cercana de los primeros). Aparece muy asociada con los simpatizantes potenciales del PRI y, sorpresivamente, con los simpatizantes duros del PAN (aunque algo alejada). En el caso de la cercanía con los simpatizantes potenciales del PRI parece normal, éstos se están absteniendo; pero en el caso de los simpatizantes duros del PAN parece una anomalía ¿o será reflejo de una cierta auto complacencia de los simpatizantes panistas?.

De acuerdo a lo analizado, puede decirse que la teoría de la nueva cultura política tiene expresión de manera diferente en Tijuana. La variable edad no resultó asociada con los

valores MPM. Sin embargo, la escolaridad está altamente relacionada, tal como lo plantea la teoría. Por otra parte, mientras menos son los años de residencia en Tijuana, mayores tienden a ser los valores materialistas y menores los posmaterialistas. El abstencionismo electoral, de acuerdo con la variable que construida, se asocia tanto con valores materialistas débiles y fuertes, así como con posmaterialistas fuertes.

La teoría cultural, la participación y el abstencionismo en Tijuana

La teoría cultural –como ya ha sido mencionado- no tiene una explicación específica sobre el tema de la participación y el abstencionismo en las elecciones. Sin embargo, cuenta con un conjunto de proposiciones generales que permiten elaborar hipótesis para estudiar el caso de Tijuana.

De acuerdo con esta teoría, las formas o modos culturales de los individuos, de alguna manera condicionan sus actuaciones concretas. No se trata de un condicionamiento mecánico ante el cual éstos no tienen nada que hacer, por el contrario, es un medio ambiente dinámico, susceptible de ser modificado.

El problema, no obstante, es saber de manera particular cómo se concreta ese conjunto de factores que definen el entorno de un individuo, cómo éste interactúa con el mismo, y cómo, también, lo reproduce y lo puede modificar. Sin embargo, este es un problema que no está al alcance de este trabajo. Nuestro objetivo está limitado a describir si tal fenómeno se presenta en Tijuana y en qué sentido se expresa, en relación con los procesos electorales.

Entre los instrumentos de trabajo que comienzan a utilizar los impulsores de la teoría cultural están las encuestas. Se trata de saber cómo, a través de un cuestionario, se pueden conocer determinadas pautas del comportamiento individual que puedan explicar los fenómenos políticos. Tarea nada fácil. Sobre todo porque el problema que se presenta es precisar el tipo de preguntas que puedan conducir a ese conocimiento.

Uno de los estudios en este sentido es el de Gunnar Grendstad y Per Selle (Grendstad y Selle, 1997) quienes utilizan una encuesta internacional realizada en 1993, dedicada a medir valores materialistas y posmaterialistas, pero que en el caso de Noruega incluyó

preguntas sobre preferencias culturales.¹⁵⁸ Entre dichas preguntas están ocho que pretenden medir los cuatro modos de preferencias culturales que, según esta teoría, existen en todas las sociedades, fatalismo, individualismo, igualitarismo y jerarquía. Fueron utilizados dos planteamientos para medir cada uno de los modos culturales, “El ítem de fatalismo mide eficacia externa y actitudes hacia la cooperación. El ítem individualista mide el apoyo a la igualdad de oportunidades y la acumulación de propiedades. El igualitario mide el compromiso hacia la igualdad de recursos y el ítem de jerarquía mide el apoyo a la autoridad y el respeto por el pasado.” (Obra citada: 160).

Aquí se utiliza esta misma metodología y las dos preguntas pertenecientes a la preferencia cultural fatalista de eficacia externa y actitudes hacia la cooperación, primero, en forma experimental en Tijuana.¹⁵⁹ Al mismo tiempo, puesto que el objetivo era estudiar la participación y el abstencionismo, se aplicó la metodología de María de las Heras antes mencionada. La idea fue poner a prueba la existencia de una asociación entre las variables representativas de la preferencia cultural fatalista y la del voto duro y potencial de los partidos, pero en especial con la categoría que caracteriza la abstención en esta última.

Con base en lo anterior, se realiza el siguiente análisis de componentes principales,

¹⁵⁸ Este estudio se realizó para analizar la relación entre las variables culturales y las diferentes posturas respecto al medio ambiente.

¹⁵⁹ En la encuesta del 26 y 27 de mayo de 2001, en la cual incorporamos las siguientes preguntas de la preferencia fatalista, “Parece que no importa por quién vota uno, pues las cosas siguen igual” y “La cooperación con otras personas casi nunca funciona”. Ambas preguntas en una escala de 0 a 10, en donde 0 significa totalmente en desacuerdo y 10 totalmente de acuerdo. El promedio de la primera pregunta es 5.6 y el de la segunda es 3.7.

Matriz # 7.

	Componentes		
	1	2	3
Edades	.852		
Escolaridad	-.573	.356	
Años en Tijuana	.549		
Sexo		-.821	
Ocupacion	.436	.664	
El voto no cambia			.773
La cooperacion...			.734
VDYP			-.370

Método de extracción: Análisis de componentes principales.
Método de rotación: Varimax con normalización Kaiser.

a. La rotación convergió en 5 iteraciones

Como se puede observar en la matriz anterior, las dos preguntas de la preferencia cultural fatalista aparecen junto con la variable construida de voto duro y potencial (VDYP) en el tercer factor, lo cual confirma la hipótesis de su relación. Las otras variables de tipo sociodemográfico no aparecen relacionadas con estas dos que interesa al presente análisis. Sin embargo, en la matriz de correlaciones sí se presentan asociadas de manera consistente. Tanto la representativa de la preferencia cultural fatalista de eficacia externa (con escolaridad, edades y VDYP), como la del voto duro y potencial (con ocupación, edades y la de eficacia externa). A fin de analizar en forma específica el comportamiento de las variables más directamente relacionadas con la participación y la abstención, se eliminó la variable de actitud ante la cooperación y se analizó la nueva situación en la matriz número 8.

Matriz # 8.

	Componentes		
	1	2	3
Edades	.821	.223	
Años en Tijuana	.702		
Sexo		-.845	
Ocupacion	.346	.756	
El voto no cambia			-.697
Escolaridad	-.371		.600
VDYP	.250		.564

a. La rotación convergió en 7 iteraciones

En la matriz de componentes de tres factores, con una varianza total explicada de 58.3%, aparecen en el factor tres las variables cultural fatalista de eficiencia externa del voto (*El voto no cambia*), la escolaridad y el voto duro y potencial. Las tres con una relación relativamente alta. Las otras variables se distribuyen en los factores restantes, con muy altas correlaciones, como es de suponer entre variables sociodemográficas. No obstante, el voto duro y potencial también se relaciona, aunque en forma débil, con las variables del primer factor.

En el cuadro de correlaciones aparece altamente asociada (con un nivel de significación de $p < 0.05$), la variable fatalista con escolaridad, en forma negativa (-0.136), y con VDYP (-0.107). También, por cierto, aparece correlacionada con edades, aún cuando ésta no sale agrupada en el factor. Por su parte, la variable del voto duro y potencial, a pesar de que en la matriz de componentes principales está asociada con escolaridad, no tiene una correlación consistente (según el cuadro de correlaciones de Pearson). En cambio, sí aparece asociada con ocupación y edades, en el factor 1.

Para analizar las relaciones específicas de nuestro interés, tanto de las variables entre sí, como las relaciones entre las distintas categorías de dichas variables bajo estudio, se realiza un análisis de correspondencia. Primero, entre la preferencia cultural fatalista de eficacia externa (*al parecer el voto no importa, pues las cosas siguen igual*) y la variable construida del “voto duro y potencial”; de esta última nos interesa destacar la categoría de “abstención”.

Cuadro # 15.

Tabla de correspondencia												
V D y P	Al parecer el voto no cuenta, pues las cosas siguen igual											Margen activo
	0	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	
Abs	241	41	41	38	33	120	79	88	120	112	432	1345
dPAN	44	1	21	11	9	35	30	24	19	12	21	227
pPAN	120	14	22	19	10	50	41	37	38	23	77	451
dPRI	35	3	12	8	2	30	9	13	8	9	34	163
pPRI	63	14	23	14	8	23	22	31	35	24	72	329
dPRD	14	2	2	2	1	6	6	5	3	0	5	46
pPRD	15	2	7	4	0	7	9	4	5	4	13	70
Otros	13	2	4	3	0	9	7	5	4	1	14	62
Margen activo	545	79	132	99	63	280	203	207	232	185	668	2693

Nota, 0, Totalmente en desacuerdo, 10, Totalmente de acuerdo

El cuadro, característico del análisis de contingencia, muestra cómo las distintas categorías de elector califican diferente (desde 0 hasta 10) la expresión fatalista. En el caso de los abstencionistas, la frecuencia observada en la columna 10 (representativa del total acuerdo) es más probable que ocurra que la observada en cero.

De manera más detallada, si 122.27 es el promedio de respuesta de la categoría abstención, se tiene que el valor extremo del total desacuerdo con la expresión (el cero) es superior casi con el doble al promedio mencionado, entonces es más probable que exista un total rechazo a la expresión entre quienes representan a esta categoría. Sin embargo, como se trata de una escala que va desde el total rechazo (0) hasta la total aceptación de la

expresión (10), se observa que los demás valores representativos de la desaprobación (1 a 4) son claramente inferiores al promedio, mientras que los valores representativos de la aprobación de la preferencia cultural fatalista van ascendiendo a partir del 6 hasta llegar al 10, en donde esta última categoría se ubica en más de tres veces por arriba del promedio general, sesgando la respuesta hacia el total de acuerdo con la expresión “Al parecer el voto no cuenta, pues las cosas siguen igual”.

En el caso de los tipos de simpatizante de los partidos, el votante duro del PAN tiene el valor extremo del rechazo (0) al doble del promedio (de 20.6) y el 2 un poco arriba del promedio, mientras tres valores intermedios de aprobación (de 5 a 7) también se sitúan por arriba de dicho promedio, por lo cual es más probable que se ubique entre el rechazo y la aprobación. En el caso de los simpatizantes potenciales se presenta esta misma tendencia, pero más acentuada hacia el rechazo, pues la categoría máxima de rechazo (el 0) casi es el triple que el promedio de 41. Por lo que se refiere a los simpatizantes duros del PRI, comparado su promedio (14.8) con las diferentes categorías, se tiene que los valores extremos son similares (ambos más del doble que el promedio). Esta similitud de valores hace que tiendan a prevalecer los valores intermedios. No es el caso de los simpatizantes potenciales de este partido, pues comparado el promedio (29.9), se tiene que más categorías con valores cercanos al promedio y dos claramente superiores, en el lado de la aprobación.

Igual situación se puede apreciar con respecto al PRD. Aunque en este caso es interesante ver cómo entre sus simpatizantes duros se concentran valores extremos de acuerdo con el valor nulo del voto. Inclusive más que entre sus simpatizantes potenciales.

Para analizar de otra forma la relación entre las categorías de ambas variables, se procederá con el análisis de la inercia (Ferrán, 1998), en el cuadro siguiente.¹⁶⁰

¹⁶⁰ La inercia es el promedio de las distancias de los distintos puntos a su centro de gravedad, estando cada distancia ponderada por la masa del punto correspondiente. La inercia total será la misma tanto si la nube de puntos corresponde a la representación de los renglones como si corresponde a la de las columnas.

Cuadro # 16.

Dimensión	Valor singular	Inercia	Chi Cuadrada	Sig.	Proporción de la inercia	
					Explicada	Acumulada
1	.231	.053			.703	.703
2	.089	.008			.105	.807
3	.084	.007			.094	.901
4	.063	.004			.053	.954
5	.050	.002			.033	.987
6	.031	.001			.013	.999
7	.008	.000			.001	1.000
Total		.076	204.146	.000 ^a	1.000	1.000

a. 70 grados de libertad

Como se puede observar en el cuadro 16, las primeras dos dimensiones explican el 80.7% de la inercia total. Agregar una tercera dimensión implicaría aumentar sólo 9.4% a la inercia acumulada. Con base en ello, se trabajarán las dos dimensiones, como se puede ver en el siguiente cuadro de examen de los puntos de renglón.

Cuadro # 17

Examen de los puntos de renglón ^a							
VDYP	Masa	Puntuación en la dimensión		Inercia	Contribución		
		1	2		De la dimensión a la inercia del punto		Total
					1	2	
Abs	.499	.432	-.062	.022	.404	.021	.988
dPAN	.084	-.960	-.124	.021	.337	.015	.842
pPAN	.167	-.388	.180	.009	.109	.061	.701
dPRI	.061	-.393	-.836	.007	.040	.475	.824
pPRI	.122	-.059	.524	.005	.002	.378	.618
dPRD	.017	-.862	.273	.005	.055	.014	.654
pPRD	.026	-.544	.063	.004	.033	.001	.453
Otros	.023	-.441	-.368	.003	.019	.035	.494
Total activo	1.000			.076	1.000	1.000	

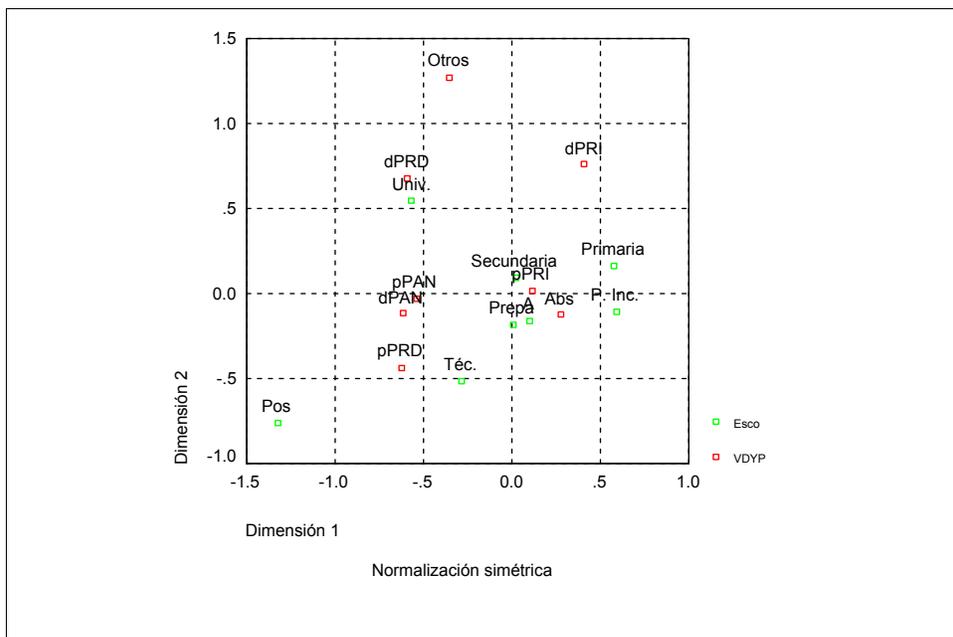
^a. Normalización simétrica

El examen de los puntos de renglón de la inercia muestra (en el cuadro 14) la calidad de la representación. La cual, aún cuando se redujeron las dimensiones, conserva una buena calidad, como puede verse en la columna de la inercia total. Algo similar ocurre con el examen de los puntos de la columna, cuya gráfica se omite.

Al comparar las masas, se encuentra que la abstención descuella sobre las otras categorías. Los duros y potenciales de PAN y PRI, respectivamente, son bastante similares, aunque con diferencias de grado. Los potenciales del PRD son similares a otros partidos. Luego, se da una agrupación de las categorías en cuatro subconjuntos, Abs; pPAN, pPRI; dPAN, dPRI y pPRD y otros. Estos subconjuntos se analizan en la siguiente gráfica.

Una vez que se ha comprobado la validez de la relación entre la variable representativa de la preferencia cultural fatalista de eficacia externa y la variable construida del voto duro y potencial, pero en particular la categoría de abstención de esta última, procede analizar rápidamente su relación respectiva al menos con la variable de escolaridad, la cual, tiene una correlación negativa con ambas.

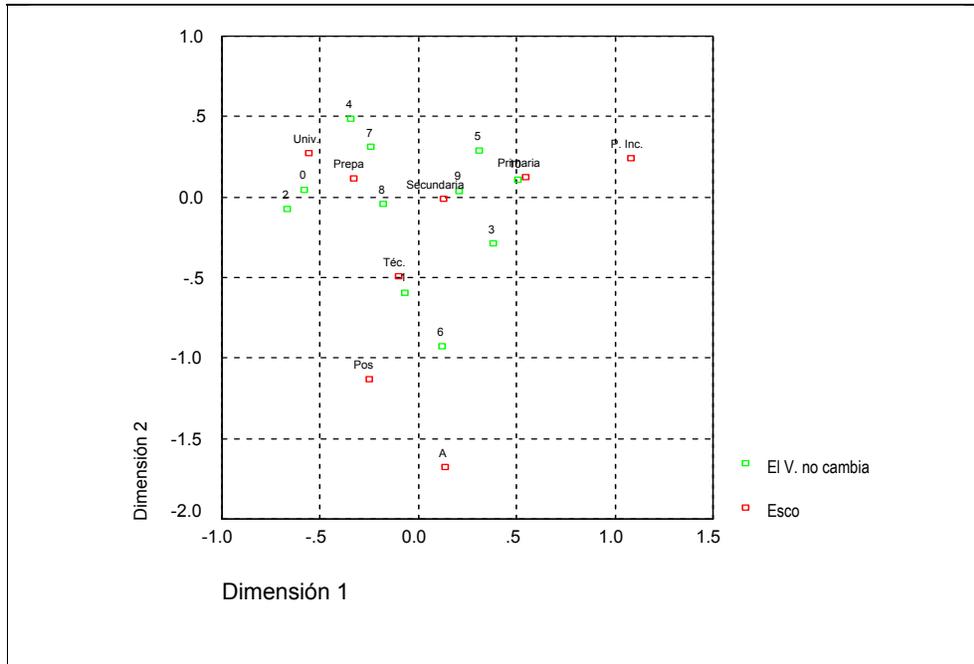
Gráfica 8



En la gráfica 8 destaca la abstención, como centro, rodeada por la educación preparatoria, secundaria, primaria incompleta (P. Inc.), primaria (un poco más alejada, pero también rodeándola), y...el simpatizante potencial del PRI. Entre los sectores de estudios de primaria, secundaria y preparatoria está la mayoría de la población. Fuera de este centro, destaca la relación entre nivel universidad y simpatizantes duros del PRD. Los dos tipos de simpatizantes del PAN, juntos entre sí y como subcentro de técnicos, secundaria y preparatoria (Prepa). Los simpatizantes duros del PRI, cercanos a los que tienen estudios de primaria, y los potenciales del PRD cercanos a técnicos. Los de nivel de posgrado están distanciados de todos, pero más cercanos a los potenciales del PRD y a ambos tipos de simpatizante del PAN.

Ahora se analizará en forma gráfica la relación entre la preferencia fatalista sobre la eficacia externa del voto y la escolaridad.

Gráfica 9



Lo que sobresale de esta gráfica es la relación entre valores máximos de desacuerdo con la expresión fatalista (0 y 2) con educación preparatoria y universitaria, pero también tienen cerca el 8, 7 y 4; en tanto que el valor 10 (de total acuerdo) está prácticamente pegado a la educación primaria, el 9 está muy cercano a secundaria. El 1 está cercano a educación técnica. Es decir, no hay un comportamiento que indique una relación clara entre los valores representativos de la aprobación de la frase con grados bajos de escolaridad. El hecho de que haya valores representativos de aprobación de la frase (por ejemplo el 6), junto a posgrado, así lo indica. En realidad, la preferencia cultural fatalista priva en todos los sectores, por diversas razones. O, mejor dicho, por la razón de su preferencia cultural. Ahora bien, tomando en cuenta que los niveles de primaria y secundaria representan la mayoría de la población, entonces se afirma que aún cuando la preferencia cultural fatalista

se distribuye entre los diversos sectores educativos, tiene una mayor concentración entre aquellos que son representativos de la mayoría de los electores. Esta observación es acorde con el hallazgo de Avey, quien afirma que los abstencionistas no son un bloque homogéneo, representativo de un solo sector, aunque hay ligera tendencia hacia los sectores más inestables.

En la encuesta realizada una semana después de las elecciones, se presentó la oportunidad para probar la batería completa de preguntas sobre las preferencias culturales.¹⁶¹ En esta ocasión no hubo oportunidad de hacer las preguntas pertinentes para obtener la variable de voto “duro y potencial”. No obstante, esta carencia permitió poner a prueba las variables culturales con la pregunta sobre la votación realizada en la semana anterior y la variable de abstención construida de otra forma. Por otra parte, a las respuestas sobre el sentido del voto realizado se les aplicó un filtro que permitió verificar, al menos, que los que no contestaron y los que dijeron haber votado “por ninguno” fueran un poco más apegados a la situación real.¹⁶²

La estadística general de las doce preguntas puede verse en el siguiente cuadro.

¹⁶¹ El estudio fue realizado los días 14-16 de julio de 2001, y las preguntas fueron, Para la preferencia **fatalista**, “Parece que no importa por quién vota uno, pues las cosas siguen igual” y “La cooperación con otras personas casi nunca funciona.” Para la **jerárquica**, “La mejor manera de proveer a las futuras generaciones es preservando nuestras tradiciones y costumbres” y “Uno de los problemas con la gente es que desobedece la autoridad muy seguido”. Para la **individualista**, “Todos debemos tener la oportunidad de triunfar o fracasar sin interferencias del gobierno” y “Si la gente tiene la visión y la habilidad de adquirir propiedades, debe permitírsele que las disfrute.” Para la **Comunitaria**, “Se necesita una reforma radical que permita una distribución más equitativa de la riqueza” y “Debería haber una alza de impuestos a las grandes empresas y a los ricos”. Las preguntas se hicieron en una escala de siete puntos, desde (1) muy en desacuerdo hasta (7) muy de acuerdo.

¹⁶² La prueba consistió en contrastar cada una de las preferencias partidarias con las respuestas sobre si votó o no. Se encontró que quienes no contestaron la pregunta sobre el voto emitido, tampoco aparecían como votantes. En cambio, los que contestaron no haber votado por ningún partido sí aparecían como votantes. Probablemente son parte de los votos nulos. Por tal razón, decidimos hacer dos pruebas, 1) agregando los que manifestaron no haber votado por ninguno con los abstencionistas, y 2) dejarlos separados para ver su comportamiento.

Cuadro # 18.

<i>Tipos</i>	Indicadores	Media	Promedios de tipos culturales.
Fatalista	El voto no cuenta	4.14	4.06
	La cooperación no funciona	3.98	
Jerárquico	Preservar costumbres	4.90	4.68
	Se desobedece la autoridad	4.46	
Comunitario	Impuestos a ricos	4.57	4.80
	Una reforma radical	5.04	
Individualista	Derecho a disfrutar propiedades	5.12	5.01
	No interferencia de gobierno	4.91	

CUATRO TIPOS CULTURALES EN TIJUANA

En esta ocasión las preguntas sobre preferencias culturales se hicieron mediante una escala de 1 a 7, en donde 1 es muy en desacuerdo con la afirmación y siete muy de acuerdo. Con esta información en mente, puede verse en el cuadro número 18 cómo se definen los entrevistados. Ello nos permite obtener una distribución de las preferencias culturales en Tijuana.

En promedio, la preferencia cultural individualista es la más alta. Le sigue la comunitaria, relativamente de cerca. La preferencia cultural jerárquica se encuentra en tercer lugar y, por último, la fatalista. Este resultado es significativo, por cuanto coincide con el supuesto de que los tijuanaenses poseen una cultura más individualista. No obstante, también el hecho de que el tipo comunitario sea segundo en importancia representa un matiz importante a esta creencia.

Se agruparon dos preguntas pertenecientes a cada preferencia cultural, sin embargo, se puede observar cuál es el comportamiento de cada una en particular. Nótese, por ejemplo, que la pregunta sobre el derecho a disfrutar las propiedades, característica de la preferencia cultural individualista es la más alta de todas. Pero también es muy alto el acuerdo con la frase de una reforma radical

De acuerdo con el objetivo de estudiar la relación entre la participación y el abstencionismo con base en la tipología completa que propone la teoría cultural, se analizará con las ocho preguntas culturales, la variable sobre el voto emitido y las de carácter sociodemográfico. Tal como puede observarse en la siguiente matriz.

Matriz # 9

	Componentes			
	1	2	3	4
Cooperacion no funciona	.784			
No importa votar	.725			
Desobediencia autoridad	.666			.281
Respetar costumbres	.517			
Por cuál votó	.235			
Ocupacion		.751	.261	
Ingreso		.722		
Sexo		-.692		
Edad		.227	.844	
Arraigo			.742	
Escolaridad		.299	-.564	
Reforma radical				.667
Derecho a propiedad				.660
No interferencia gobierno				.628
Impuesto a ricos	.331			.480

a. La rotación convergió en 7 iteraciones

En la matriz número 9 de componentes principales, en donde se analizan las ocho preguntas sobre preferencias culturales individualista, fatalista, jerárquica y comunitaria, junto con variables sociodemográficas y la pregunta sobre la acción realizada el día de las elecciones de la semana anterior (por cuál partido votó), consta de cuatro factores, los cuales explican el 47.4 de la varianza total.¹⁶³

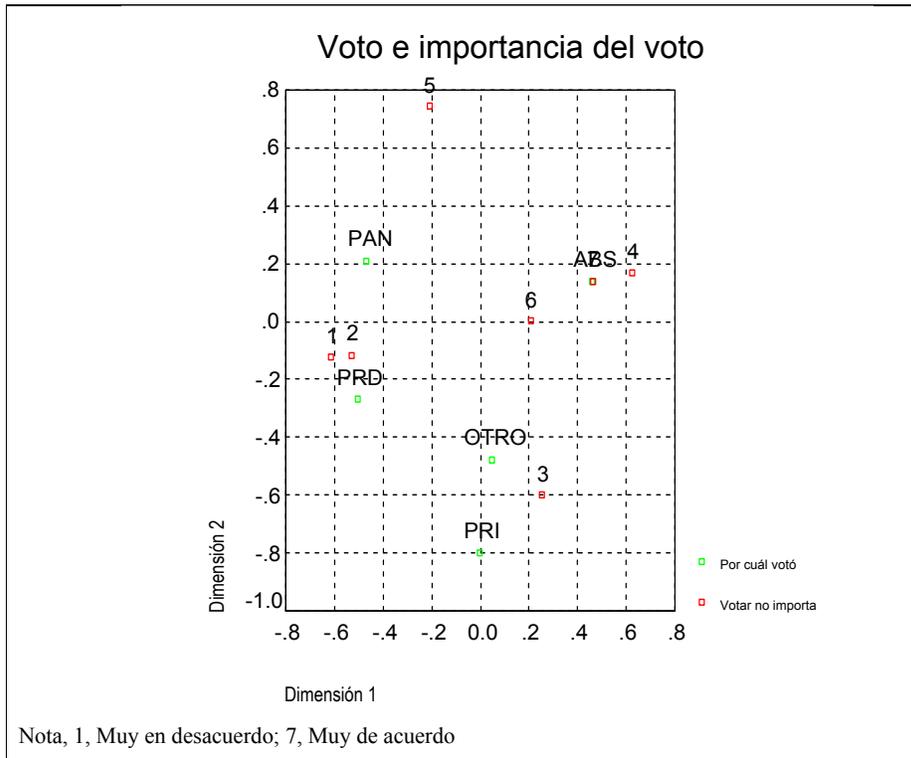
En la matriz se observa que en el factor 1 se concentran las variables fatalista y jerárquica, junto con la variable del voto. El factor 2 se distingue por concentrar las

¹⁶³ Se optó por la extracción de cuatro factores no obstante la relativa pérdida de varianza explicada, para analizar el comportamiento de la variable cultural fatalista de eficacia externa respecto al voto y la pregunta sobre el voto efectuado. En seis factores aparecían juntas en el sexto factor. En cinco, aparecían en los extremos, pero relacionadas débilmente.

variables de tipo socioeconómico. El factor 3, las sociodemográficas y el 4, las preferencias comunitaria y jerárquica. De este último factor se extiende hacia el primero una pregunta de la cultura comunitaria (alza de impuestos a los ricos y las grandes empresas) y del factor 1 se extiende hacia el factor 4 una pregunta de la cultura jerárquica -lo que sucede es que se desobedece la autoridad muy seguido.

En el cuadro general de correlaciones, los dos indicadores de la variable que expresa la preferencia cultural fatalista son los únicos que tienen asociación con el sentido del voto. A su vez, el indicador que representa la preferencia cultural fatalista de sentido de eficacia externa del voto (“No importa votar”) es el único que está relacionado fuertemente (al nivel de $p < .05$) con todos los indicadores que están en el factor. El resto de los factores e indicadores es muy interesante en si misma. Interesa destacar ahora, los indicadores relacionados con la pregunta sobre el voto y la preferencia cultural fatalista de sentido de eficacia externa del voto, pues es donde se encuentra el comportamiento del abstencionismo.

Gráfica 10

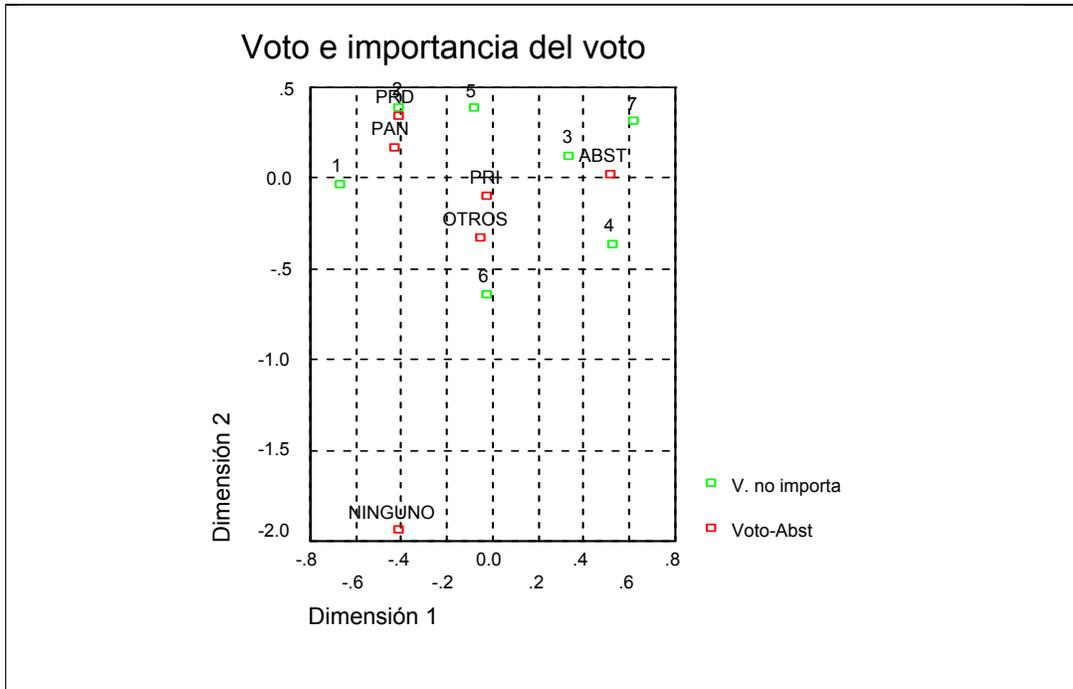


Los resultados del análisis de correspondencia entre el voto ejercido el 8 de julio de 2001 y la preferencia cultural fatalista del sentido eficacia externa del voto, el valor máximo de acuerdo con la expresión “Parece que no importa por quién vota uno, pues las cosas siguen igual” (el número 7), aparece confundido con la categoría representativa de la abstención (“ABS”). Al mismo tiempo, cerca del 4 y del 6. El PAN se encuentra cercano del 1 y el 2. El PRD, con los mismos números, pero más cercano todavía, y el PRI, alejado casi de todos, cercano al número 3.

En la siguiente gráfica se analiza el mismo problema, pero ahora con las respuestas de quienes contestaron no haber votado por ninguno, separados de la categoría de los abstencionistas, para analizar el comportamiento general de las categorías y en particular de

la de abstención y de la categoría “Ninguno”. El resultado se puede observar en la siguiente gráfica.

Gráfica 11



Como se observa, el haber desagregado la categoría “ninguno” permite comprobar que este sector de los votantes tiene un comportamiento peculiar, alejado de las otras categorías -aunque en la tabla de correspondencia su valor más alto coincide con la categoría 6, representativa del acuerdo con la expresión, tal vez por esa razón refuerza a la categoría de abstención en la gráfica número 10. En el caso de la categoría de abstención, no obstante que se despega del valor máximo (el 7) de acuerdo con la expresión de que al parecer votar no importa, es la categoría más cercana, aunque rodeada también de algo en desacuerdo (3) y ni lo uno, ni lo otro (4) -de hecho, en la tabla de correspondencia los valores más probables de ocurrir son el 6 y 7, y con el 3 casi en el umbral de la no ocurrencia-. En tal virtud, se puede concluir que ambas gráficas confirman la validez de las categorías construidas de abstención y su relación con la variable fatalista.

En suma, se han visto distintos caminos y utilizado diferentes procedimientos para probar la variable cultural fatalista, en particular la del sentido de eficacia externa del voto. Primero, apoyados en una variable construida –el voto duro y potencial- y luego con la variable que resultó de la respuesta directa del entrevistado sobre cómo ejerció su derecho de voto. En ambos casos, aunque con diferencias importantes –sobre todo en el comportamiento de las preferencias partidistas- los resultados del ejercicio son elocuentes, se demostró la utilidad de la preferencia cultural fatalista de sentido de eficacia externa del voto, para captar el abstencionismo. Dicho de otra manera, la preferencia cultural fatalista y el abstencionismo están asociados.

Finalmente se volverá al tema de la participación desde el punto de vista de la teoría cultural. De acuerdo con lo observado en la matriz número 9 de componentes rotados, la variable típica del abstencionismo apareció junto con los dos indicadores de la preferencia cultural jerárquica (desobediencia a autoridad y respeto a costumbres) y también con un indicador de la preferencia cultural comunitaria (impuesto a los ricos). Sin embargo, la variable del sentido del voto (por cuál partido votó) no aparece relacionada más que con la variable fatalista. Por tal razón, se introdujo una variable diferente, “Las elecciones son el mejor medio para elegir el gobierno que decida la mayoría”. Esta variable puede ser considerada como un componente más de la dimensión de legitimidad democrática, pero centrado en el método. Y la postura ante la frase implica una determinada preferencia cultural. Se espera que la preferencia fatalista tienda a estar en desacuerdo y que el resto de las preferencias, en mayor o menor grado, tiendan a estar de acuerdo.¹⁶⁴

Para observar las distintas reacciones aplican diferentes posibilidades mediante la técnica de componentes principales. Primero, se mantuvieron todos los indicadores trabajados en la matriz anterior, a la que se agregó la nueva variable mencionada. El resultado mostró un comportamiento similar en el primer factor, pero con una reducción importante de la fuerza explicativa del indicador del voto. Por otra parte, la nueva variable introducida se agrupó en el factor 2 con los indicadores de las variables comunitaria e individualista. Las variables socioeconómicas y sociodemográficas se mantuvieron separadas en el tercer y cuarto factor. Se observó también que el peso asociado al indicador

¹⁶⁴ De hecho el promedio de respuestas, en una escala de 1 a 7, en donde 1 representa muy en desacuerdo y 7 muy de acuerdo, fue de 5.04 y la moda fue de 6

“Respetar costumbres” de la variable de jerarquía se redujo, sobre todo, que la varianza explicada se empequeñeció sensiblemente, al alcanzar casi 40%. Por lo cual, en segundo lugar, se eliminó junto con la del sentido del voto. El objetivo, entonces, se concretó en observar el comportamiento de la nueva variable. El resultado puede verse en la siguiente matriz, con una varianza explicada de 51.9%.

Matriz # 10.

	Componentes			
	1	2	3	4
Cooperación no funciona	.776			
Desobediencia autoridad	.759			
No importa votar	.683			
Impuestos a ricos	.459	.339		
Elecciones mejor método		.742		
Reforma radical		.724		
Derecho a propiedades		.602		
No interferencia gobierno	.330	.480		
Ocupacion			.755	.252
Ingreso			.715	
Sexo			-.705	
Edad			.227	.846
Arraigo				.737
Escolaridad			.286	-.567

a. La rotación convergió en 5 iteraciones

En esta matriz, puede verse que la variable de las elecciones como mejor método para elegir un gobierno por mayoría, sale agrupada con las variables representativas de las formas culturales comunitaria e individualista. Antes de preguntar por qué no aparece agrupada también la jerárquica, pues también pertenece a las formas participativas, se debe enfocar un poco más el análisis en las relaciones representadas en el factor 2.

De acuerdo con la práctica utilizada hasta aquí, primero se observa cómo se expresan las correlaciones entre dichas variables en el cuadro general y utilizando el ajuste de

Bonferroni (que permite un nivel de significación menor a .05), se encuentra que la variable de las elecciones como mejor método está correlacionada (de mayor a menor) con, una reforma radical (.410), derecho a propiedades (.257), no interferencia del gobierno (.174) y la cooperación no funciona (-.122).¹⁶⁵ El indicador de “impuestos a ricos” (la frase completa es, “Debería haber una alza de impuestos a las grandes empresas y a los ricos”) no aparece correlacionada en forma consistente.

Esta información permite saber que un indicador de la preferencia cultural igualitaria aparezca como el más altamente correlacionado con la variable de la importancia de las elecciones como método, pero también, que los dos indicadores de la variable representada por la preferencia individualista estén ampliamente relacionados. Esto lleva a concluir, de entrada, que se confirma la hipótesis de la relación entre las dos preferencias participativas y la variable de la importancia de las elecciones como el mejor método para elegir el gobierno que decida la mayoría.

Cuadro # 19.

Tabla de correspondencia								
Las elecciones son el mejor método	Se necesita una reforma radical que permita un reparto más equitativo de la riqueza							
	Muy en desacuerdo	En desacuerdo	Algo en desacuerdo	Ni uno ni otro	Algo de acuerdo	De acuerdo	Muy de acuerdo	Margen activo
Muy en desacuerdo	9	11	3	3	6	3	6	41
En desacuerdo	5	16	7	7	6	6	6	53
Algo en desacuerdo	9	18	41	19	12	3	25	138
Ni uno ni otro	3	3	10	85	17	8	7	133
Algo de acuerdo	1	2	3	16	47	15	21	105
De acuerdo	2	13	11	20	35	139	6	279
Muy de acuerdo	14	13	10	5	32	53	118	245
Margen activo	36	76	85	155	152	245	245	994

$X^2=727.34 < .001, 36 \text{ g. l.}$

¹⁶⁵ La inclusión de esta variable en el mismo factor donde aparecen las preferencias participativas, probablemente se debe a que en general es rechazada por los encuestados, pues el promedio es 3.98 y la moda 2 (se trata de una escala de 1 a 7, en donde 1 es muy en desacuerdo y 7 muy de acuerdo).

En la tabla de correspondencia puede verse cómo tienden a coincidir las categorías de acuerdo en ambas variables. Además, en ambos casos representan los valores más altos. Por lo que se puede concluir que es más probable que quienes se pronuncian desde algo de acuerdo a muy de acuerdo, ante dichas preguntas, tiendan a coincidir. Planteado de otra forma, quienes se pronuncian por una reforma radical, al mismo tiempo, se pronuncian por los métodos democráticos de elección. Esta es, de cualquier forma que se le vea, una noticia muy importante.

Para terminar, se ve el caso de la relación entre las elecciones como método y el indicador de la preferencia cultural individualista del derecho a propiedades, la pregunta completa es, “Si la gente tiene la visión y la habilidad de adquirir propiedades, debe permitírsele que las disfrute”, en el siguiente cuadro.

Cuadro # 20.

Tabla de correspondencia								
Elecciones mejor método	Derecho a propiedades							
	Muy en desacuerdo	En desacuerdo	Algo en desacuerdo	Ni uno ni otro	Algo de acuerdo	De acuerdo	Muy de acuerdo	Margen activo
Muy en desacuerdo	7	5	8	3	3	9	6	41
En desacuerdo	3	5	6	7	3	6	13	53
Algo en desacuerdo	7	9	19	12	24	16	51	138
Ni uno ni otro	1	8	11	71	21	9	6	133
Algo de acuerdo	2	6	11	14	37	6	12	105
De acuerdo	5	13	17	15	32	133	63	278
Muy de acuerdo	18	8	4	14	39	59	101	243
Margen activo	43	61	76	136	162	262	251	991

$\chi^2=444.63 < .001, 36 \text{ g.l.}$

En esta tabla, aún cuando no de manera uniforme, se observa la tendencia a coincidir entre los valores altos de las categorías de acuerdo y muy de acuerdo de ambas respuestas. Por ejemplo, los tres valores de las categoría que van desde algo de acuerdo hasta muy de acuerdo en la variable del derecho a disfrutar las propiedades, se ubican por encima del promedio de la categoría “Muy de acuerdo” de la variable de las elecciones como el mejor método. No obstante, cuatro valores de esta misma categoría se encuentran por debajo del promedio (que es de 35). En forma similar, dos categorías de la variable de derecho a

propiedades coinciden con la categoría “de acuerdo” de la variable de las elecciones. Sin embargo, cinco valores se encuentran por debajo del promedio (de 39). A mayor abundamiento, en la categoría de “Muy de acuerdo” de la variable de derecho a propiedades se encuentran tres valores por encima de sus respectivos promedios, los cuales coinciden con las tres categorías de desacuerdo con la expresión de que las elecciones son el mejor método para elegir un gobierno. Asimismo, en las categorías de desacuerdo con ambas expresiones se presentan algunos valores mayores a los promedios respectivos, por lo cual se concluye que entre aquellos que tienen preferencias culturales individualistas hay sentimientos ambivalentes o, mejor dicho, contradictorios respecto a la valoración de las elecciones como el mejor medio para elegir el gobierno que decida la mayoría.

A manera de conclusión

Se han manejado cuatro teorías para explicar el comportamiento electoral de Tijuana, alrededor de los resultados de las elecciones de 2001. El objetivo del capítulo fue estudiar la participación y el abstencionismo en las elecciones. Por qué existe y cómo se comporta en tanto fenómeno.

Las cuatro teorías lo explican de diferente manera y con distintos resultados. La teoría de la conectividad social nos remitió al lado “terrenal” de la explicación. Las variables sociodemográficas y socioeconómicas han venido acompañando los estudios empíricos sobre el comportamiento electoral desde su nacimiento. Estas relaciones existen, pero no en forma ajustada a la explicación empírico-conceptual original.

En el caso de Tijuana, se descubre que la edad sigue siendo una variable con poder explicativo sobre un determinado comportamiento político, la simpatía con un partido. De ello se deriva, asume la teoría de la conectividad, la participación electoral. Pero la edad, en el sentido en que es utilizada por esta teoría –la mayor edad, como signo de estabilidad- no explica todo el fenómeno. En términos generales se confirma la hipótesis de a menor edad, menor simpatía partidista (luego entonces, menor participación). Sin embargo, en una etapa de madurez muy temprana la simpatía política comienza a declinar. Este es un lado fallo de la explicación. ¿O será que en condiciones de población joven, como la de Tijuana, la teoría no se aplica plenamente?.

Tampoco se confirma la propuesta de que a mayor escolaridad mayor es la simpatía política. Por el contrario, ésta declina en la medida en que la escolaridad aumenta. En cambio, se encuentra que el viejo “clivaje” de clase social sigue siendo pertinente en la explicación de la simpatía partidista, con una variante importante en el posicionamiento de las clases medias. En conclusión, la teoría de la conectividad social sólo se puede aplicar parcialmente.

La teoría de la desconexión del ciudadano del proceso político y el desafecho de los votantes hacia éste, permitió, en el caso de Tijuana, repasar los conceptos políticos más generales en relación con la legitimidad de la democracia, el descontento y la desafección como un recuento indispensable para valorar la importancia del voto y del no-voto. De acuerdo con este análisis, no hay tal desconexión como resultado de una posible ilegitimidad del sistema democrático en general, ni del proceso político en particular. Tampoco se observa desafección que pueda conducir a alienación o cinismo político. Pero sí hay descontento político, producto de insatisfacción por una creciente pérdida de confianza en las instituciones y por evaluación negativa del desempeño gubernamental. Este es un problema más directamente relacionado con los partidos. El descontento que se observa parece ser producto de los diferendos partidistas, más que del descontento del ciudadano hacia el gobierno, pues está mediado por la preferencia hacia éstos.

La teoría del materialismo-posmaterialismo tiene vigencia parcial en Tijuana. No se observa su presencia predominante entre los jóvenes, tal como se postula, pero sí entre los sectores con mayores niveles de escolaridad. Otros hallazgos también son contradictorios, grupos de viejos residentes de Tijuana son más propensos a la posmodernidad que los más nuevos. ¿Por qué?, no hay respuesta exacta, pero es probable que se deba al hecho de que a los más viejos residentes de Tijuana les tocó vivir los periodos de relativa estabilidad monetaria y de importante poder adquisitivo del ingreso. Lo cual, por cierto, es una manera de confirmar la teoría VMPPM, pero *al revés*. Es decir, si es cierto que los viejos residentes se socializaron en las épocas de mayor prosperidad relativa de Tijuana, es lógico que, de acuerdo con esta teoría, tengan un comportamiento más inclinado hacia el posmodernismo, a diferencia de las nuevas generaciones de tijuanaenses (inmigrantes o nativas), que han vivido en el territorio de las necesidades inmediatas. De hecho, han convivido con la crisis.

Probablemente, con el crecimiento y desarrollo de los sectores con mayor escolaridad, la teoría se ponga de cabeza.

Por otra parte, la utilización de las categorías materialistas y posmaterialistas en relación con el comportamiento electoral, muestra que son los sectores materialistas, “fuertes” y “débiles” y posmaterialistas “fuertes” los que están más asociados con la abstención. Se puede decir que esto representa también una comprobación parcial de la teoría VMPPM, o quizás se deba hablar de una situación de transición entre valores materialistas y posmaterialistas, en la medida en que se desarrollen condiciones más propicias para los segundos.

La teoría cultural contribuyó a plantear de otra manera el problema de la participación y el abstencionismo. En primer lugar, mostró en forma consistente la asociación entre la preferencia cultural fatalista de sentido de eficacia externa del voto y el abstencionismo, según las distintas construcciones conceptuales de abstencionismo elaboradas. Se tiene entonces que son determinados portadores de una preferencia cultural, la fatalista, quienes se muestran más inclinados a no participar electoralmente.

Por otra parte, el comportamiento de los portadores de preferencias culturales asociadas con la participación es interesante. Los individualistas tienen posiciones encontradas con respecto a la valoración de las elecciones como método democrático. Los igualitarios tienden a valorar muy alto las elecciones. ¿Pero qué pasa con los partidarios de la cultura jerárquica?. Aún cuando no aparecen correlacionados en forma consistente con las variables del sentido en que se emitió el voto o en la de las elecciones como método, sí aparecen en el mismo factor en donde se ubican las variables representativas de la preferencia cultural fatalista, y en particular están correlacionados con el indicador fatalista de eficacia externa del voto. ¿Qué significa esto? Puede significar que es certera la afirmación de que la crisis de las maquinarias de las elites, en particular las de los partidos o, como también se le llama en el capítulo 1, la crisis de movilización de masas, esté afectando a la cultura jerárquica y, ante la falta de este incentivo, prefiere abstenerse. Ahora bien, ¿crisis de todas las maquinarias partidistas?, habrá que investigarlo puntualmente. Sin embargo, se puede adelantar que los simpatizantes potenciales del PRI son los más propensos al abstencionismo. Esto, dicho así, parece una perogrullada. Sin embargo, el análisis desarrollado muestra que no sólo es el más propenso a la cultura fatalista, sino el

que se comporta más distante con las otras formas culturales participantes, a diferencia de los otros partidos. La crisis del PRI en Tijuana parece estar asociada tanto con la cultura fatalista, como por su distanciamiento con las culturas participantes, a diferencia de lo que sucede con el PAN y el PRD.

CONCLUSIONES

El objetivo principal de este trabajo fue estudiar la participación y el abstencionismo en Tijuana. Para ello, se revisaron las principales teorías que existen al respecto. Luego se indagó en la historia político-electoral del estado y, en ese contexto, se descubrió parte de la historia del municipio. El propósito específico fue conocer las explicaciones importantes sobre ambos fenómenos y someterlas a prueba, a la luz tanto de datos históricos como empíricos sobre el comportamiento electoral de Tijuana. Estos últimos recabados mediante encuestas, una de ellas realizada en la semana siguiente a las elecciones del 8 de julio de 2001.

Al revisar las diferentes teorías, se encontró que la referente a Cultura política ofrece una idea general, tanto de la participación como de la inacción política, con base en el tipo de orientaciones existentes en una población, en un momento histórico determinado. Desde esta perspectiva, en todas las poblaciones, aún en las más desarrolladas y estables desde el punto de vista democrático, existen tres tipos de culturas políticas o, mejor dicho, tres tipos de mezclas culturales, cuya composición depende del desarrollo particular de cada sociedad. Así, puede haber una mezcla de culturas localista y subordinada, localista y participante, y subordinada y participante. En la obra en donde se expone esta teoría *The Civic Culture*, basada en una encuesta realizada en 1959, no se logra una caracterización nítida de la mezcla cultural predominante en el México de esos años. En cambio, se encuentra una combinación de "alienación y aspiración". Producto de la influencia, todavía intensa, de la Revolución mexicana y el predominio indiscutible del partido de ahí surgido- el Partido Revolucionario Institucional (PRI)

En la reinterpretación que hacen los partidarios de la Teoría cultural sobre los hallazgos de esta obra, notan que el caso mexicano describe la preeminencia de la forma cultural fatalista. En la terminología de la teoría cultural, el modo cultural fatalista se caracteriza por evitar todo tipo de participación y, cuando se ve en la necesidad de votar, opta por hacerlo por el ganador más probable. "*Por el que gana*", como suelen contestar muchas personas a la pregunta de por quién votó. Según esta misma reinterpretación, la obra *The Civic culture* también mostraba la existencia de formas culturales participantes, como la jerárquica y una mezcla menor de individualismo e igualitarismo. De acuerdo con la terminología de la

teoría cultural, la cultura jerárquica promueve una participación calificada (que voten los que saben); la cultura individualista considera que la participación debe ser libre y voluntaria, y con las menos restricciones posibles al acto de votar, para disminuir su "costo" (que voten los que quieran y puedan); y la cultura igualitaria, la más participativa, considera la abstención como un rechazo al sistema establecido -por no ser éste realmente abierto a la participación-, pero promueve los cambios necesarios para lograr la participación más amplia (que todos voten).

Basados en ambas propuestas teóricas y en las mencionadas observaciones, se efectuó una particular reinterpretación del desarrollo histórico del estado de Baja California, encontrando primero, que la cultura predominante en la entidad no podría caracterizarse como de "alienación y de aspiración". Al menos no de alienación porque representaría el rechazo de las estructuras y el proceso político en un momento en que el estado estaba prácticamente recién formado, y su formación era producto de una lucha de años por una parte de su población. En esas condiciones, difícilmente podría hablarse de alienación. En cambio, en Baja California existía ya una mezcla de culturas políticas de imposición-subordinación y de participación, claramente establecidas, a diferencia del contexto nacional descrito por Almond y Verba, los autores de *The Civic Culture*.

Esta mezcla de culturas políticas de imposición-subordinación con participación, se propone como hipótesis para caracterizar el periodo de 1959 a 1982, en el cual predominó la cultura de imposición-subordinación, sobre la cultura política participante. Se recurre a la combinación de los dos conceptos (ubicados en un mismo eje) para recalcar, con el primero, la parte propiamente impositiva, por medio del fraude y la intervención de la fuerza pública, especialmente entre 1959 y 1968, y con el segundo, la "aceptación" explícita o implícita de tal imposición por una parte de la población, según se desprende del manejo del concepto de subordinación por la teoría de la Cultura política. Por otra parte, se añade el término participación (el cual ubicamos en un segundo eje), porque la cultura participante siempre estuvo presente durante ese periodo político, aunque con altibajos. En ese sentido, la imposición-subordinación es la contraparte de la cultura política participante; esta última, entendida como la representativa de la cultura más inclinada hacia la democracia. Almond y Verba describen procesos ideales, que luego comprueban con los datos. Pero el caso mexicano escapó a esa constatación, por eso, prefirieron hablar de

“alienación y aspiración”. En Baja California, la situación era diferente. Sin embargo, tampoco se podría calificarla sencillamente de subordinación-participación, pues ya existía el referente de una “participación mayoritaria” cuya expresión no había sido respetada. Ahora bien, se habla de una “participación mayoritaria”, pero no que predominara la cultura política propiamente participante, porque el sistema no lo permitía. El sistema, pues, no era propicio a una cultura participante, es decir, que aceptara las reglas de decisión entre mayorías y minorías, mediante elecciones libres, a pesar de que ya existía esta cultura, incluso en forma mayoritaria, cuando menos por momentos.

El año de 1983 es representativo porque fue cuando coincidieron tanto los procesos de la cultura de imposición-subordinación, como los de participación. El primero, por el fraude (o, al menos, por el conjunto de irregularidades cometidas) en las elecciones municipales de Mexicali, según denuncia del PAN, y el segundo, por ser cuando ocurrió el primer reconocimiento a un triunfo de la oposición, como el que hubo en Ensenada (a favor del Partido Socialista de los Trabajadores). A partir de ese año, comenzó a predominar la cultura participante, tal como sucedió en las elecciones de 1986 con el triunfo de Ernesto Ruffo en el municipio de Ensenada, con Cuauhtémoc Cárdenas en el estado, en 1988; y en 1989, en el gobierno estatal y los municipios de Ensenada y Tijuana. Estas son, por supuesto, hipótesis *ex post*, pertinentes para un análisis futuro. Después de 1989, siguiendo con esta terminología, comenzó a desarrollarse una mezcla de culturas políticas de subordinación-participación, con predominio de esta última. Es decir, con una mayor congruencia entre cultura participante y sistema democrático. Sin embargo, la cultura participante expresada en el contexto de una lucha intensa, polarizada entre dos fuerzas principales, PAN y PRI, y en medio de una gran abstención.

Para entender o interpretar de otra manera qué representa esta bipolaridad y de dónde viene, por un lado, y la abstención, por el otro lado, se recurrió a la Teoría cultural. Primero, se parte de la acotación hecha por los teóricos culturales a la obra de *La cultura cívica*, respecto a que en México predominaba, en 1959 (año en que se levantó la encuesta en nuestro país, en la cual se sustentó el estudio), una cultura fatalista. Esta acotación no corresponde con el caso de Baja California. En ese mismo año, el estado vivía una intensa lucha política en donde ya se advierte otro tipo de proceso político cultural, no fatalista, sino de predominio de las culturas participantes.

El análisis de las elecciones de 1959, hasta las de 1989, permite esbozar a grandes rasgos también en el nivel de hipótesis de trabajo, los modos (o preferencias) culturales desarrollados con los distintos gobernantes del estado. En el primer gobierno del estado (1954-1959) prevaleció una cultura jerárquica, con una cierta orientación igualitaria. En lo que se refiere al aspecto jerárquico las características que adjudicamos al primer gobernador no ofrecen dudas, donde surgen es en determinar si realmente Braulio Maldonado era favorable a una alianza con la cultura igualitaria o simplemente movilizó grupos sociales –“*las grandes masas populares*”, en el lenguaje del primer gobernador del estado- desde una perspectiva jerárquica. Se tendría que revisar más este periodo. Sin embargo, hay tres datos a favor de que la caracterización pueda ser correcta. Uno lo ofrece el historiador Pablo L. Martínez, quien da testimonio de la época como residente en el estado y no duda en calificar la acción desarrollada por Braulio Maldonado como positiva, a favor de las clases sociales más desfavorecidas y en medio de la oposición de los poderosos de la época. Dos, la presencia de destacados personajes de la izquierda (los “comunistoides” en el lenguaje de Rosas Magallón) en las movilizaciones por la tierra; personajes sin duda independientes del gobierno, como el doctor Julio Prado, miembro del Partido Comunista Mexicano. Tres, la propia trayectoria del gobernador. Maldonado era un miembro notable del sector de izquierda dentro del PRI. Conocido como el PRI social. La alianza jerárquico-igualitaria que en algunos momentos fue el PRI. No es casual, por tanto, que casi treinta años después, en 1988, se volvieran a encontrar el ex gobernador y Julio Prado en las mismas filas, en lo que fue el Frente Democrático Nacional, en apoyo a Cuauhtémoc Cárdenas.

Después del gobierno de Braulio Maldonado, no se cuenta con datos para intentar caracterizar el siguiente sexenio (desempeñado por Eligio Esquivel, 1960-1964, y por el doctor Gustavo Aubanel, 1965). Se deduce que la cultura predominante fue jerárquica, debido los métodos con que se impuso este gobernante en 1959; al igual que en el siguiente sexenio, bajo del gobierno de Raúl Sánchez Díaz (1966-1971), por el fraude de 1968. En el periodo comprendido entre 1972 y 1983, durante los gobiernos de Milton Castellanos Everardo y Roberto de la Madrid Romandía, comenzó a predominar una alianza cultural jerárquico-individualista. Esta última, mayor en el sentido de libertad de mercado no en el de ideas libertarias. Sobre todo durante el gobierno de Roberto de la Madrid (su

intervención contra el sindicato de la universidad y en general contra el sindicalismo independiente, no ofrece dudas de ello). El ajuste de fuerzas dentro del PRI permitió que nuevamente emergiera en el siguiente periodo de gobierno un gobernador, Xicoténcatl Leyva (1984-1988) que intentó prender una alianza jerárquico-igualitaria, como en los tiempos de Maldonado. Pero su gobierno operaba contra la lógica política del momento. Eran tiempos en que iniciaba la política de austeridad forzada y de menos protagonismo del Estado, bajo el presidente Miguel de La Madrid. Este gobernador perdió ante el PAN en Ensenada, ante Cuauhtémoc Cárdenas en el estado, y fue factor determinante para la pérdida de la gubernatura frente al PAN. Fue defenestrado en enero de 1989 y sustituido por Óscar Baylón Chacón. Paradójicamente los dos gobernadores que más se acercaron a posiciones igualitarias (Braulio Maldonado y Xicoténcatl Leyva), el segundo más de palabra que el primero, fueron quienes propiciaron el fortalecimiento del PAN.

El PAN es un partido que surgió de la cultura típicamente individualista, tanto en la parte libre empresarial de ésta, como en la libertaria, la libertad de palabra, de asociación y de reunión, fueron objetivos centrales de la lucha del PAN durante sus primeros años en el estado, los cuales sedimentaron en su comportamiento como partido. Por otra parte, debido a las condiciones del desarrollo de Baja California, este partido muy temprano se vinculó con sectores sociales más orientados hacia la cultura igualitaria, la parte “*plebeya*” del PAN; la cual le proporcionó no sólo su base de masas (reacuérdesse, en el capítulo 2, la referencia al reclutamiento masivo de simpatizantes), sino también un sesgo político que lo diferenció de otros “*panes*” en el país (por ejemplo, su alianza en Tijuana con los comunistas, en 1970, impensable para el PAN de Puebla, por ejemplo, que estaba enfrascado en ese mismo momento en una lucha contra los comunistas de la Universidad Autónoma de Puebla) Esta alianza circunstancial (valga aclararlo) no fue bien vista por un sector del PAN, encabezado por Rosas Magallón.

La coalición individualista-igualitaria del PAN sufrió altibajos. Se fortaleció durante los gobiernos de Maldonado, Esquivel y Sánchez Díaz, y debilitó durante los gobiernos de Milton Castellanos y de Roberto de la Madrid; se volvió a fortalecer durante el gobierno de Leyva y ganó la gubernatura en 1989. Ernesto Ruffó Appel, un representante más típico de la cultura individualista -en su doble vertiente, libre empresarial y libertaria- desde un principio intentó una coalición que se puede caracterizar como individualista-igualitaria,

tanto para recuperar la parte plebeya de los votantes del PAN, como la representada por el PRD. Durante el periodo previo a su candidatura formal, entabló intensas negociaciones con este partido para formar una alianza electoral y ya como candidato a gobernador, aún cuando legalmente ya no era posible, mantuvo públicamente la opinión de la necesidad de dicha alianza (a pesar de la oposición de Rosas Magallón). De tal suerte que al final atrajo buena parte de los votantes que en 1988 habían votado por Cárdenas.

En este trabajo también se rescata parte de la historia de las izquierdas de Baja California. Una historia poco estudiada. Sin embargo, con un pasado y un presente valioso en experiencias. No necesariamente en las luchas electorales, ya que, por una parte, no se les estaba permitido (no a todas) este tipo de participación y, por otra, no eran muy inclinadas a participar invariablemente en este tipo de luchas. Pero las condiciones fueron propicias para que en 1988 emergieran unidas en torno a una candidatura común. Representando por primera vez la posibilidad de una alianza igualitaria-jerárquica. Esta vez conducida por el sector igualitario, en primer término. Esta fue su gran contribución al triunfo de Cuauhtémoc Cárdenas en el estado, pues de otra forma no se podría entender el triunfo de este candidato en Baja California -el único de los estados del norte del país. Sin embargo, esta coalición surgió con problemas. Los partidarios de la cultura igualitaria son también por naturaleza sectarios y reacios a formar parte de grandes organizaciones, propensos a la lucha de facciones. Por su parte, los partidarios de la cultura jerárquica se ocupan más de las estructuras de poder y de la movilización “ordenada” de las masas. En esos arreglos se encuentra el PRD. Es decir, en si la alianza de culturas que cristalice será igualitaria-jerárquica o jerárquica-igualitaria, aquí el orden en la fórmula es determinante.

Se ha hablado de un proceso de transición de una cultura mixta con predominio de imposición-subordinación durante 1958-1983, hacia otra con predominio de la cultura de participación que comenzó en 1983 y se consolidó en 1989. Todo ello como contexto, para destacar la dinámica de la participación, pero se ha hecho con base en los conceptos teóricos y mediante el análisis cualitativo, sin mucho sustento en las cifras electorales.

Al respecto, como ya se mencionó, hay un problema importante representado por la falta de datos confiables antes de 1988 -ya en sí éstos suscitan dudas en el nivel nacional. En el caso de las cifras estatales, ni el Consejo Estatal de Población pudo rescatar datos fidedignos de los padrones de votantes entre 1953 y 1989. Por lo tanto es muy difícil saber

a ciencia cierta si las tendencias de participación y abstención de 1989 a la fecha; es decir, desde que comenzó la alternancia política en el nivel del gobierno estatal, son prolongación de un proceso que viene de antes o si tiene origen en este periodo. No obstante, en una investigación realizada en 2001 (Maldonado, Martínez y González, 2001), con base en las cifras publicadas en el *Periódico Oficial* del estado en distintos años, elaboran una gráfica sobre participación y abstencionismo en elecciones para diputados, durante 1953-2001, en donde se puede apreciar que el abstencionismo es superior al 50%, entre 1965 y 1974. Con base en esta información, es posible afirmar que el abstencionismo en Baja California, aunque en forma intermitente, viene de tiempo atrás. Lo cierto es que en las elecciones de 1992 -cuando se estrenó en el estado la credencial estatal con fotografía y un nuevo padrón estatal- el abstencionismo alcanzó 21.5%. A partir de entonces siguió en aumento hasta rebasar el punto donde comenzó la alternancia, en 1989 el porcentaje de participación fue de 50.1% (bajo, aunque todavía por encima del umbral mínimo de la mitad más uno de electores). Entonces, ya sea que se considere éste como un ciclo más dentro de un periodo más largo de decaimiento de la participación, o bien como el inicio de un periodo en sí mismo, es claro que desde 1995 comenzó este declive de participación en forma sostenida, y cuyo final es imposible augurar aún.

Se recurre de nuevo a las hipótesis para intentar una interpretación del comportamiento cambiante del electorado bajacaliforniano, no solamente en relación con el voto hacia uno u otro partido, que no deja de ser sorpresivo, como el que ocurrió en 1988, 1989, 1991 y 1994 -cuando ganaron en la entidad Cuauhtémoc Cárdenas, en las elecciones presidenciales; Ernesto Ruffo, en las de gobernador; Héctor Terán, en las de senador y Ernesto Zedillo en las presidenciales-, sino en relación con el abandono masivo de los electores desde 1997, en las elecciones federales (aunque tuvo una pequeña recuperación en el 2000), pero especialmente desde 1995 en las elecciones locales, hasta llegar al nivel más alto en 2001.

En el capítulo 1, al examinar la teoría del cambio de valores materialistas hacia los de tipo posmaterialista, se trabajó con la hipótesis de que en ello residía la base del comportamiento cambiante de los electores, tanto de su tendencia a votar por uno u otro partido, como en la de abstenerse de votar. De acuerdo con esta hipótesis, se dijo que los portadores de valores posmodernos -los jóvenes y los de mayor escolaridad- serían los candidatos a tener este comportamiento. Sin embargo, los datos con que se cuenta -

referidos a Tijuana- no apoyan esta propuesta, en el caso de la edad. Aunque es necesario hacer algunas aclaraciones, antes de desechar la hipótesis. En primer lugar, son datos de un año determinado (2001) que no permiten compararlos con un *antes* o un *después*. En todo caso, pueden ser comparados con cifras de otros lugares (otros países incluso), por ser sustentados en la misma metodología. Así se observó, por ejemplo, que en Tijuana el sector que podría considerarse portador de valores posmodernos representaba apenas 5.8% de los encuestados. Este porcentaje es importante en sí mismo (por ejemplo, es mayor al que tenía Irlanda del Norte en 1993); a pesar de ello, resulta muy reducido en comparación con el peso global del abstencionismo. En otras palabras, aún cuando se comprobara que los electores representados en dicho porcentaje tenían un comportamiento de acuerdo con la hipótesis, en el sentido de que el sector posmoderno de Tijuana tendería a ser abstencionista, no alcanzaría a explicar la enorme cantidad de abstencionistas tijuanaenses. No obstante, el proceso de comprobación de la hipótesis hizo posible explicar en parte dónde se ubican los abstencionistas, no sólo entre los portadores de valores posmaterialistas, sino también y principalmente entre los portadores de valores materialistas. De acuerdo con la separación que se realizó de los portadores de valores materialistas y posmaterialistas, de débiles y fuertes para ambos casos, la gran mayoría de los posibles abstencionistas se encuentran entre los portadores de valores materialistas fuertes y débiles, y en parte en posmaterialistas fuertes. Este hallazgo es importante no sólo porque contradice la hipótesis, sino porque ubica a los abstencionistas en un terreno previo a una transición axiológica, de materialistas fuertes a débiles, pero que se encuentra ante un hueco representado por el poco peso de un sector posmaterialista débil.

La segunda precaución fue planteada en el capítulo 1 y en parte en el capítulo 2, y está relacionada con el párrafo anterior. Se trata del hecho de que las nuevas formas participativas de Baja California, todavía no se consolidan. Por una parte, los movilizados de manera tradicional por la maquinaria priísta en el poder, ya no tienen los mismos incentivos para la participación electoral o de otro tipo. El PRI, fuera del gobierno, es incapaz de ofrecer alternativas nuevas a sus antiguos electores. A falta de dichos incentivos, estos electores simplemente se desmovilizan. Podría decirse que las estructuras jerárquicas del PRI perdieron la fuerza persuasiva de antes y que todavía no logran recomponer un nuevo sistema de incentivos, esta vez menos materiales o no directamente relacionados con

las esferas del gobierno. Por eso, tal vez, los simpatizantes potenciales de este partido, tienden a la abstención, como se miró en el análisis de correspondencia realizado en el capítulo 3, en donde la abstención y los simpatizantes de PRI aparecen muy cercanos. Por otra parte, ni el PAN ni el gobierno panista han sido capaces de movilizar a esa misma reserva de votantes, salvo en algunos momentos (como, tal vez, en 1991 y en parte en 2000); pero, al mismo tiempo, están teniendo problemas para movilizar a su propia base de simpatizantes. Quizá se deba a que no están cumpliendo los compromisos con la alianza de culturas que le ha dado el triunfo. Finalmente, se da el hecho de que ante estas dos fuerzas en disputa (la del PAN y la del PRI) no ha podido surgir una tercera alternativa, con suficiente poder de convocatoria. Así, se presenta el abstencionismo por la desmovilización que produjo la desestructuración de las relaciones de poder tradicional, tanto como por la alianza de culturas que le daba sustento. Asimismo, el PAN también está contribuyendo con su porción de abstencionistas al no poder incentivar a los votantes desmovilizados y, a veces, ni al grueso de su propia base social de apoyo.

Indicios de lo anterior han podido apreciarse en el análisis de los datos sobre los valores materialistas y posmaterialistas y el voto duro y potencial de los partidos en Tijuana. Los simpatizantes potenciales se ubican principalmente entre los portadores de valores materialistas fuertes. ¿Qué significa este hecho?. Que prevalece el reino de las necesidades inmediatas y los valores tradicionales en la gran mayoría de los electores potenciales de los partidos, frente a los de la auto-expresión y los de tipo secular-racional de una minoría de sus simpatizantes duros. En otras palabras, los partidos están perdiendo base de apoyo popular.

Si se agregan a lo anterior los hallazgos de la teoría de la desconexión y el desafecto con el proceso político, en el sentido de que no es la legitimidad democrática la que está en cuestionamiento, ni una especie de alienación ciudadana respecto del proceso político, sino más bien, descontento simple y llano de los ciudadanos más politizados, entonces el problema se complica porque la gran mayoría no parece preocupada por hacer algo con respecto a los asuntos del gobierno.

La desmovilización desde arriba, producto de la pérdida del poder del PRI-gobierno no acaba de tocar fondo y la movilización desde abajo no encuentra fórmulas atractivas para la auto movilización, ya sea por un PRI renovado, por un PAN que reencuentre su base social,

por un PRD que resuelva las contradicciones de su alianza cultural, o por cualquier otro partido. Existe una especie de interregno político cultural en el que no se sabe cuál opción partidista va a encontrar la fórmula para captar a esas mayorías ciudadanas desmovilizadas por diversas razones.

Por lo pronto, la preferencia cultural fatalista prevalece. No está claro si es una tendencia estable porque se trata apenas del análisis de una encuesta realizada en un año determinado. Lo que se vio es que las pruebas utilizadas para mostrar la relación entre dicha preferencia cultural y el abstencionismo, mostraron consistencia considerable. Nuevos estudios, no sólo con base en encuestas, podrán confirmar o desmentir esos hallazgos iniciales.

No es una fatalidad -valga la redundancia- que exista una preferencia cultural fatalista, pues es parte del mosaico social, político y cultural. Lo grave es que sea tan desproporcionada en comparación con las otras. No puede precisarse en qué medida es mayor que las tres formas culturales participativas restantes, porque no es posible asumir literalmente que todo el abstencionista es portador de una preferencia cultural fatalista. Pero evidentemente, ya sea que se califique el abstencionismo como preferencia cultural fatalista o lo se deje sin adjetivos, el abstencionismo alcanzado el 8 de julio de 2001 en Baja California, en Tijuana en particular, es muy alto.

Haber seguido la secuencia de la participación y el abstencionismo de las elecciones de 1959 hasta las de 2001, a partir de la perspectiva de la cultura política, plantea retos metodológicos e instrumentales diversos. Primero, desde el lado de la propia perspectiva teórica. Un reconocimiento panorámico, aún superficial, de la historia política de Baja California -sobre la cual hay muy poco escrito- lleva rápido a la impresión de que algo peculiar sucede en el estado. Baja California es, en varios sentidos, el lugar de “la primera vez”, es donde comenzó la alternancia política en el nivel de una entidad federativa, donde el PAN ganó su primer senador por mayoría y el único estado de la región fronteriza donde ganó Cárdenas. Pero sobre todo es, también, el lugar donde se han presentado los giros políticos más dramáticos, en 1988, gana Cuauhtémoc Cárdenas en el estado, un año después gana el PAN la gubernatura y en 1994 el PRI recupera todas las posiciones perdidas, ganando de manera arrolladora, en algunos distritos inclusive en todas las casillas. Sin embargo, en las elecciones del siguiente año, pierde nuevamente, y así, hasta el 2001,

aunque en medio de una fuerte pelea. Luego, al revisar la historia anterior a estos acontecimientos, se observa la presencia de una larga trayectoria de acontecimientos políticos significativos, tales como las derrotas tempranas, contundentes del PRI, y movilizaciones recurrentes de la oposición, desde el momento mismo cuando fue creado el estado. Se puede afirmar, con considerable certeza, que esta historia de movilización político-electoral tan concentrada en el tiempo no se encuentra en otras partes del país. Hablando en términos de triunfos de la oposición en una entidad federativa, no nada más en un municipio. Después, se presenta la gran pasividad que significa el abstencionismo alcanzado en 2001. ¿A qué se debe todo esto?

Una primera respuesta, la más socorrida y certera es que se debe al desarrollo diferente del estado, ¿por qué? Esta pregunta llevó a buscar respuestas, ya no tanto en las condiciones económicas o sociales, sino en las de tipo político-cultural, que son las que menos se han estudiado. Sin embargo, aquí también surgen las preguntas metodológicas, ¿Cómo abordar ese número de acontecimientos políticos tan cambiantes? Y después, ¿mediante qué procedimientos?

Aarón Wildavsky recomienda armarse de una buena teoría para interpretar los hechos históricos. Se tomó la decisión de utilizar las tres teorías sobre cultura política existentes hasta ahora (al menos, las más reconocidas). Mediante su ejercicio, todas fueron útiles. Sin embargo, se encontró que la teoría cultural es la que más se presta para encontrar respuestas iniciales a ese conjunto complejo de situaciones que representa la historia político-electoral de Baja California. A pesar de ello, es la teoría que menos se ha utilizado para el análisis de los procesos electorales. De hecho, dentro de toda la literatura revisada, sólo se encontraron dos o tres trabajos relacionados con estos temas, pero no con el del abstencionismo; por lo cual, podría afirmarse que este estudio representa una de las primeras aportaciones al respecto.

La tipología de la teoría cultural resultó fructífera en el análisis de los acontecimientos señalados, a partir de la “personificación cultural” de los actores involucrados. Es decir, de la interpretación de sus acciones, no tanto o no sólo por la acción realizada (o en desarrollo), sino también por la preferencia o forma cultural que expresan. Aunque esto es algo que requiere afinación, ahora es posible pensar e interpretar esos acontecimientos políticos y la participación de esos actores, desde otra óptica. Sin embargo, este análisis se

realizó con datos dispersos e inacabados. Como ya se mencionó en otra parte, hay poco trabajo historiográfico en el estado, los actores escasamente reflexionan sobre sus experiencias y difícilmente acceden a contarlas. Por otra parte, se utilizaron preguntas que aparentemente representan las tipologías culturales, adaptadas para el análisis. En este trabajo nada más se menciona la que hace referencia a cultura fatalista, para buscar su relación con el abstencionismo y, como se puede ver en los cuadros y gráficas respectivas, se encontró alta asociación entre ambos. Este concepto funcionó y en buena parte se puede decir que el abstencionismo se explica por la cultura fatalista. Sin embargo, no se puede ser concluyente al respecto. Se trata de un primer análisis con base en encuestas realizadas en un año. Hace falta realizar más investigación y seguirle la pista a estos hallazgos iniciales.

La búsqueda del votante perdido, a través de la técnica de encuestas, resultó algo difícil. Ya se mencionaron algunas de las dificultades encontradas. Preguntarle a un ciudadano si votó o no, es complicado. Sin embargo, se hizo la pregunta y el porcentaje de respuestas de ciudadanos que reconocieron ser abstencionistas fue muy inferior al porcentaje real. No obstante, ese porcentaje de abstencionistas no vergonzantes que contestó, permitió trabajar más o menos de manera consistente con la tipología. Por otra parte, se utilizó el modelo diseñado por María de las Heras en sus encuestas. Ella lo usa para captar las preferencias por los candidatos, a través de un procedimiento que consiste en restar ciertas inconsistencias ante la pregunta principal, ¿Por quién piensa votar?, sobre todo aquellas respuestas que después, a la pregunta de si está muy seguro de votar, dicen que no. Esta autora, depura el porcentaje para obtener las preferencias más consistentes y el resto lo remite a posibles abstencionistas, sólo para efectos de mantener su modelo, no para estudiarlos sistemáticamente. En este trabajo se usó dicho *resto* para el estudio del abstencionista y, tal como pudo apreciarse, resultó bastante consistente en su relación con la cultura fatalista, aún más que el porcentaje de los propios abstencionistas que se reconocieron como tales en la encuesta realizada una semana después de las elecciones. Ello permite seguir utilizando este procedimiento como una herramienta de investigación.

El estudio sobre el caso de Tijuana fue debido a que, en muchos sentidos es un caso representativo del estado. La historia que se ha ido entretejiendo de éste, es en buena parte la historia del municipio. Sin embargo, hace falta un análisis más específico, sobre todo de

una mayor diversidad de las fuerzas que actúan en el municipio. Este trabajo puede considerarse una introducción a ello.

A pesar de lo anterior, la búsqueda del votante tijuanaense perdido ayuda a profundizar en el problema del abstencionismo no sólo para el caso del municipio, sino aún para otros lugares del país, ya que permite establecer bases teóricas y metodológicas para analizarlo tanto como problema teórico y como problema práctico, político y cultural.

Ahora bien, ¿es peligroso el abstencionismo para el proceso democrático?. Como ya se comentó en el primer capítulo, esto depende de la teoría política que se sostenga y, se puede agregar ahora, de la preferencia cultural con la que uno se identifique. No obstante, la vieja regla democrática de una decisión tomada cuando menos por la mitad más uno de los involucrados sigue siendo el punto de partida para una definición práctica del problema y la búsqueda de su solución.

Según pudo verse, hay teorías que plantean límites teóricos y prácticos para la total participación de tipo general. Otros, además de los anteriores, exponen sus peligros políticos. Pero todos, al menos advierten sobre los peligros que acarrea la poca participación electoral.

En el caso de Baja California y más en el de Tijuana, la participación electoral en 2001 fue muy pobre. Incluso restándole a la abstención registrada oficialmente el porcentaje calculado de sobre registro de la lista nominal de electores, queda el abstencionismo ciudadano como mayoría. Esto, es necesario destacarlo, representa al menos cuatro peligros políticos, 1. La representatividad de los funcionarios electos es minoritaria, 2. Esta falta de representatividad implica que no se ejerza control, ni la posibilidad de sanción social por la mayoría de los ciudadanos, 3. Los representantes, así elegidos, no se sienten obligados a diseñar políticas ni a actuar en función de los intereses mayoritarios, sino cuando mucho para los que sí votaron. Esto último, al final de cuentas, sería lo menos grave, pero 4. El peligro principal reside en que los funcionarios electos podrían sentirse tentados a favorecer a los pequeños grupos de interés, aquellos que apoyaron su campaña con recursos económicos fuertes o, en esa misma propensión, a hacer negocios propios (cosa muy común en el pasado inmediato). Sin el control mediante la participación ciudadana -al menos de la mayoría elemental-, estos peligros son reales. La autocontención de los gobernantes, por vía de una convicción democrática no es garantía suficiente, es necesaria

la vigilancia activa del ciudadano. Sobre todo en un país como el nuestro y con la experiencia vivida en tiempo tan reciente.

En este trabajo se ha estudiado la participación y el abstencionismo en Tijuana por cinco razones principales. Primera, porque es uno de los tres municipios con una experiencia continua de gobierno en manos de un partido que (fue) de oposición, con más antigüedad en el país (el más antiguo, si las cuentas no fallan, hasta el 2001 era Juchitán, en manos de la COCEI y el segundo es León, Guanajuato). Segunda, es el municipio que aún cuando tiene uno de los menores niveles de marginalidad en el país, es uno de los que más abstención registró a nivel nacional (semejante del alcanzado por los de más alta marginación). Tercera, por la perplejidad que resulta de conocer su historial de alta participación político electoral, y el desplome de la votación. Cuarta, porque existe la sospecha sobre la existencia de anomalías en las explicaciones teóricas tradicionales, y quinta, porque se han dado explicaciones improvisadas y auto complacientes sobre este fenómeno.

Entre las explicaciones improvisadas, la más peligrosa es aquella que atribuye el grueso del abstencionismo a los inmigrantes y propone resolver el problema pidiéndoles que devuelvan las credenciales estatales de elector cuando se regresen a sus lugares de origen. Las explicaciones auto complacientes son las que consideran que Baja California se encuentra en iguales condiciones que los países con sistemas electorales consolidados, como los EUA, por ejemplo. Haciendo caso omiso de las diferencias de fondo, como ya se mencionó en el capítulo 1. Y, finalmente, en las explicaciones tradicionales, principalmente en aquellas basadas en una cultura jerárquica, que proponen medidas de fuerza, como las de establecer la votación forzosa y sanciones a quienes no cumplan (ante propuestas como ésta, habría que recordar los excesos a los que puede llevar, según la experiencia narrada por Italo Calvino, ya señalada). O bien, en aquellas explicaciones que, para no fallar, se remiten a la educación de los niños para rescatar los "valores", sin explicar de qué valores se trata, si de los de la cultura jerárquica o autoritaria, que persiste en las familias, en la propia escuela y en general en las relaciones de poder, o si de los valores igualitarios y libertarios de las otras culturas.

Lo importante de comparar la participación y la abstención tijuanense con la de los países con democracias estables, no obstante, tiene un lado positivo. Permite saber que no

todos esos países tienen bajas tasas de participación electoral. Por el contrario, es en algunos de ellos en donde existen los niveles más altos de participación en el mundo. Al menos si se tuvieran en cuenta estos ejemplos, podrían moderarse los humores autocomplacientes sobre el alto abstencionismo alcanzado en Tijuana, como sinónimo de regularidad democrática.

Se han mencionado los aportes de las distintas teorías en este estudio sobre la participación y la abstención en las elecciones. En particular, se le ha seguido la pista al fenómeno de la abstención porque hasta ahora ha sido poco estudiado, pero sobre todo porque ha aparecido un abstencionismo de nuevo tipo, ante el cual los enfoques tradicionales han perdido su poder explicativo. Las teorías de la cultura política han aportado nuevas luces al respecto. Principalmente la teoría cultural, tal como se ha visto en este trabajo.

El interés por estudiar el abstencionismo electoral no surgió de una mera curiosidad académica, sino por una preocupación ciudadana por entender este problema. Y por razón también de la propia preferencia cultural.

En general, el trabajo realizado buscó resaltar la complejidad de un fenómeno como el abstencionismo y ofrecer pistas para profundizar en su estudio. Una dificultad adicional fue encontrar la mejor manera de exponer los resultados de esta investigación. Si el análisis realizado aquí ha ayudado un poco a ello, se habrá cumplido el objetivo propuesto.

Anexo metodológico

Encuestas

Las encuestas fueron realizadas por el Comité de Planeación para el Desarrollo Municipal de Tijuana (Copladem), 1999-2001. Los objetivos y la metodología de cada una de ellas son responsabilidad de dicha institución. El autor sólo tuvo la oportunidad de agregar preguntas a los cuestionarios, en algunos casos, y la oportunidad de utilizar las bases de datos.

De las bases de datos, aparte de las variables de tipo sociodemográfico, fueron utilizadas otras, de las cuales mencionamos las siguientes,

Encuesta 1

Los datos de la encuesta de “Valores y participación social y ciudadana” se recabaron los días 18, 19 y 20 de noviembre de 2000. El tamaño de la muestra constó de 940 cuestionarios. Los datos utilizados de esta encuesta se reflejan en el siguiente cuadro,

Le voy a leer algunas cosas que las personas dicen acerca del sistema político democrático. Dígame si está muy de acuerdo, de acuerdo, en desacuerdo, o muy en desacuerdo. (Porcentaje que contestó “muy de acuerdo” o “algo de acuerdo”).

	NACIONAL 2000			TIJUANA 2000		
	De acuerdo	En desacuerdo	No sabe	De acuerdo	En desacuerdo	No sabe
En una democracia el sistema económico funciona mal	38	45	17	23	56	20
Las democracias son indecisas y tiene muchos pleitos	44	40	16	34	45	20
Las democracias no son buenas para mantener el orden	34	49	17	27	51	22
La democracia puede tener problemas, pero es el mejor sistema	66	19	15	59	16	25

FUENTES: Para los datos nacionales, Periódico Reforma, 13/5/2000. Para datos de Tijuana, “Encuesta sobre valores y participación social y ciudadana en Tijuana”. Noviembre 2000.

Encuesta 2

Los datos de la encuesta número 2 fueron recabados los días 26 y 27 de mayo de 2001. El tamaño de la muestra constó de 2709 cuestionarios. Los datos utilizados de esta encuesta fueron los siguientes,

Estadístico			
		El voto no cambia	La cooperacion...
N	Válido	2693	2691
	Perdido	16	18
	Promedio	5.63	3.75

El voto no cambia			
	Frecuencia	Porcentaje válido	Porcentaje acumulado
0	545	20.2	20.2
1	79	2.9	23.2
2	132	4.9	28.1
3	99	3.7	31.7
4	63	2.3	34.1
5	280	10.4	44.5
6	203	7.5	52.0
7	207	7.7	59.7
8	232	8.6	68.3
9	185	6.9	75.2
10	668	24.8	100.0
Total	2693	100.0	
	16		
	2709		

La pregunta para este reactivo fue, “En una escala de 0 a 10, en donde 0 es completamente en desacuerdo y 10 completamente de acuerdo, cómo calificaría usted la siguiente expresión, Al parecer votar no importa, pues las cosas siguen igual”.

Nota, se omite el cuadro sobre la expresión, “La cooperación con otras personas casi nunca funciona”, pero en el estadístico se registra el promedio de respuestas obtenido.

Encuesta 3

La encuesta fue realizada los días 2 y 3 de junio de 2001 y la muestra consistió de 2622 cuestionarios. Los datos utilizados fueron los siguientes,

	Frecuencia	Porcentaje válido	Porcentaje acumulado
Materialistas	627	26.8	26.8
Mixtos	1578	67.4	94.2
Posmaterialistas	137	5.8	100.0
Total	2342	100.0	

Valores materialistas y posmaterialistas débiles y fuertes

		Frecuencia	Porcentaje	Porcentaje válido	Porcentaje acumulado
Válidos	Posmaterialista fuerte	137	5.2	5.8	5.8
	Posmaterialista débil	825	31.5	35.2	41.1
	Materialista fuerte	627	23.9	26.8	67.8
	Materialista débil	753	28.7	32.2	100.0
	Total	2342	89.3	100.0	
Perdidos		280	10.7		
Total		2622	100.0		

Los reactivos, sobre los cuales se pidió al entrevistado que eligiera el más importante en una primera opción, y otro, segundo en importancia, del mismo bloque, fueron,

1. Mantener el orden en la ciudad,
2. Dar más opinión a la gente en las decisiones del gobierno,
3. Proteger la libertad de expresión y
4. Combatir el alza de precios.

Los reactivos 1 y 4 representan posiciones materialistas y los 2 y 3, posiciones posmaterialistas. Quienes contestaron en primera y segunda opciones los reactivos de una posición, se consideran representativos de esa misma (ya sea materialista o posmaterialista), los que contestaron una mezcla de ambos, ya fuera en primera o segunda opciones, son calificados de “mixtos”. Los que contestaron una sola opción quedaron fuera de la clasificación, junto con los que no contestaron ninguna.

Para elaborar la variable de posiciones materialistas posmaterialistas fuertes y débiles y materialistas fuertes y débiles, se procedió de la siguiente manera, Los posmaterialistas fuertes se seleccionaron de los que eligieron esos mismos reactivos en primera y segunda opción. Los posmaterialistas débiles, aquellos que sólo seleccionaron uno de los reactivos, ya fuera en primera opción o segunda opción. Similar procedimiento se utilizó para seleccionar los materialistas fuertes y débiles.

Encuesta 4,

La encuesta se realizó los días 14 y 15 de julio, la muestra consistió de 999 cuestionarios y los datos utilizados fueron de las preguntas siguientes

1. En una democracia el sistema económico funciona mal
2. Las democracias son indecisas y tienen muchos pleitos
3. Las democracias no son buenas para mantener el orden
4. La democracia puede tener problemas, pero es el mejor sistema.
5. Cuánta confianza le tiene al gobierno federal
6. Cuánta confianza le tiene al gobierno estatal
7. Cuánta confianza le tiene al gobierno municipal
8. Satisfacción con la democracia en BC
9. Satisfacción con la democracia en Tijuana
10. Evaluación de diez años del PAN en Tijuana. De 1 a 10, en donde 1 significa total reprobación y 10 total aprobación, ¿cómo califica los diez años de gobierno del PAN?”
11. Simpatía partidista. Si, No, N s, Nc
12. Importancia de la política en su vida
13. Frecuencia con que discute política con amigos
14. Frecuencia con que atiende noticias políticas en los medios
15. La política y las cosas de gobierno son muy complicadas
16. El voto es el único medio por el cual personas como yo pueden influir en el gobierno
17. Las personas como yo no tienen ninguna influencia en el gobierno
18. No creo que a los funcionarios les importe mucho la gente como yo.

Las preguntas para detectar los modos culturales fueron,

Para el modo **fatalista**, “Parece que no importa por quién vota uno, pues las cosas siguen igual” y “La cooperación con otras personas casi nunca funciona.”

Para el modo **jerárquico**, “La mejor manera de proveer a las futuras generaciones es preservando nuestras tradiciones y costumbres” y “Uno de los problemas con la gente es que desobedece la autoridad muy seguido”.

Para el **individualista**, “Todos debemos tener la oportunidad de triunfar o fracasar sin interferencias del gobierno” y “Si la gente tiene la visión y la habilidad de adquirir propiedades, debe permitírsele que las disfrute.”

Para el **Igualitario**, “Se necesita una reforma radical que permita una distribución más equitativa de la riqueza” y “Debería haber una alza de impuestos a las grandes empresas y a los ricos”.

Las preguntas se hicieron en una escala de siete puntos, desde (1) muy en desacuerdo hasta (7) muy de acuerdo.

El voto duro y potencial

El voto duro y potencial, así como la categoría de abstención, es producto del estudio de María de las Heras (de las Heras, 1999). Esta autora plantea que en el análisis de las encuestas de intención de voto la pregunta clásica, “Si mañana fueran las elecciones ¿por cuál partido votaría usted?”, no funciona ya porque la gente, por muchas razones, tiende a ocultar su verdadera respuesta. En consecuencia, es necesario filtrar las respuestas por medio de una serie de preguntas adicionales hasta llegar a un resultado más lógico. Por ejemplo, empezar por la pregunta sobre qué tan seguro está de votar y restar de la respuesta muy seguro (o muy probable) las demás. Muy poca gente, alrededor del 7 por ciento, admite con franqueza que no votará. Después, restar a aquellos que no simpatizan con algún partido, etcétera. En otras palabras, se trata de restar, no de sumar. Como resultado de todo este procedimiento, elabora categorías de votantes “inerciales” y “circunstanciales” por cada partido y el resto, es decir, los que no resultan clasificados, quedan como “abstención” para efectos del modelo.

El modelo de María de las Heras está basado en el análisis de Newman (1993) sobre las motivaciones que explican el comportamiento electoral estadounidense. Según este autor, las motivaciones de los votantes se pueden clasificar en cinco factores, 1. El funcional, el cual se refiere a los canales o mecanismos entre electores y gobierno o partidos para expresar o “tramitar” intereses y beneficios, 2. El de vínculo social, se refiere al sector social al que el elector siente pertenecer y la asociación con un partido determinado, 3. El

de certeza, se refiere a la capacidad que adjudica a un partido para resolver o evitar problemas que pueden perjudicar al elector, 4. El emocional, se trata del vínculo del candidato o partido con valores o estilos de vida más cercanos al elector y 5. El epistémico, el cual se refiere a la curiosidad natural de los electores por saber cómo serían las cosas si gobernara un partido diferente al que están acostumbrados (de las Heras, 1999: 88-89).

En opinión de María de las Heras, el análisis del comportamiento del electorado mexicano de 1991 a 1997 se puede clasificar en *inercial*, con base en los factores 1 y 2, y en *circunstancial*, con base en los tres factores restantes. De acuerdo con lo anterior, concluye, Los segmentos inerciales de los partidos están decreciendo, mientras crece el clasificado como “abstención”. El sector clasificado como “abstención” crece porque los segmentos del PRI decrecen, mientras que los del PAN y PRD no han tenido un crecimiento suficientemente rápido. Los cambios electorales se explican, en su mayoría, por el comportamiento de los segmentos inerciales. La mayor parte de las transformaciones observadas en la composición de los electores inerciales proviene de cambios en el posicionamiento de la imagen de los partidos, más que de cambios en las características socioeconómicas, políticas y/o ideológicas.

La construcción de esta variable resultó de restar a la intención de voto,

Para el votante duro,

- Quienes no estaban muy seguros de votar
- Quienes no consideran al partido por el que votarían como el que más representa sus intereses.
- Quienes no saben quién es el candidato

Para el votante potencial no se resta este último. El resultado general es el siguiente,

Voto duro y potencial			
	Frecuencia	Porcentaje válido	Porcentaje acumulado
Abstención	1349	51.4	51.4
dPAN	246	9.4	60.8
pPAN	464	17.7	78.5
dPRI	109	4.2	82.7
pPRI	183	7.0	89.7
dPRD	49	1.9	91.5
pPRD	58	2.2	93.7
Otros	164	6.3	100.0
Total	2622	100.0	

En relación al voto registrado en la encuesta poselectoral, el resultado de la pregunta sobre la acción realizada el día de las elecciones fue el siguiente,

¿Votó en las elecciones del domingo pasado?				
	Frecuencia	Porcentaje	Porcentaje válido	Porcentaje acumulado
Sí	633	63.4	66.6	66.6
No	264	26.4	27.8	94.4
Nc	53	5.3	5.6	100.0
Total	950	95.1	100.0	
	49	4.9		
	999	100.0		

La variable construida de voto-abstención, de acuerdo con los resultados de la encuesta poselectoral, se presenta en el siguiente cuadro,

Voto-Abstención

	Frecuencia	Porcentaje válido	Porcentaje acumulado
PAN	357	35.7	35.7
PRI	135	13.5	49.2
PRD	56	5.6	54.9
OTROS	24	2.4	57.3
NINGUNO	36	3.6	60.9
ABST	391	39.1	100.0
Total	999	100.0	

Bibliografía

Acuña, Beatriz, "Transmigración legal en la frontera México-Estados Unidos", UABC, *Ciencias Sociales*, Núm. 1, 1986.

Aguirre Bernal, Celso, "La mexicanización del valle de Mexicali", en David Piñera (coord.) *Panorama histórico de Baja California*, UABC, 1983, p. 495.

Almond, Gabriel, "Comparative Political System", *Journal of Politics*, vol. 18, 1956.

Almond, Gabriel y Sidney Verba, *The Civic Culture*, Princeton, Princeton University Press, [1963] (1989).

Almond, Gabriel y Sidney Verba (eds.). *The Civic Culture Revisited*, Boston, Little Brown, 1980.

Almond, Gabriel, *Una disciplina segmentada. Escuelas y corrientes en las ciencias políticas*. México, FCE, [1990] 2001, primera reimpr.

Almond, Gabriel y G. Bingham Powell, Jr. (ed), *Comparative Politics Today. A World View*, New York, HarperCollins Publisher, 1992 (5th edition).

Almond, Gabriel y Verba, Sidney, "La cultura política", en *Diez textos básicos de ciencia política*. España, Editorial Ariel, 1992.

Almond, Gabriel, "Foreword, The Return to Political Culture", en Larry Diamond (ed), *Political Culture and Democracy in Developing Countries*, Boulder Colorado, Lynne Rienner Publisher, 1994.

Almond, Gabriel, "Foreword" en Ellis y Thompson, *Culture Matters*, Bolder Colorado, Westview Press, 1997.

Almond, Gabriel, *Ventures in Political Science. Narratives and Reflections*, Boulder, Co., Lynne Rienner Publisher, 2002.

Alonso Estrada, Jorge, *Estado y burguesía regional, la disputa en torno a la zona libre de Baja California, 1977-1986*, El Colegio de la Frontera Norte, 1988, Tesis de Maestría.

Avey, Michael J. A., *The Demobilization of American Voters. Comprehensive Theory of Voter Turnout*, Connecticut, Greenwood Press, 1989.

Banamex, *Examen de la situación económica*. (60) Núm. 701, abril de 1984.

Barnes, Samuel H. "Electoral Behavior and Comparative Politics" en Mark Irving Lichbach y Alan S. Zuckerman (eds.) *Comparative Politics. Rationality, Culture and Structure*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997.

Barry, M. Brian, *Los sociólogos, los economistas y la democracia*, Buenos Aires, Amorrortu, 1974.

Barometer values battery", *Political Research Quarterly*, September 2000, vol. 53, issue 3, pp. 447-494.

Bartra, Roger (selección y prólogo) *Anatomía del mexicano*, México, Plaza y Janés Editores, 2002.

Beer, Samuel and Adam Ulam (eds.) *Patterns of Government*, New York, Random House, 1958.

Belli, Robert F., Michael W. Traugott, Margaret Young y Katherine A. Mcgonagle "Reducing vote overreporting in surveys. Social desirability, memory failure, and source monitoring", en *Public Opinion Quarterly*, Vol. 63, 1999.

Berezin, Mabel, "Politics and Culture, A Less Fissured Terrain", *Annual Review of Sociology*, vol. 23, 1997, pp. 361-683.

Bonifaz de Hernández, Rosalía, "Ensenada en los años treinta", en David Piñera, (coord.) *Panorama histórico de Baja California*, UABC, 1983.

Bonifaz de Novelo, María Eugenia, "Ensenada en la década de los veinte", en David Piñera (coord.) *Panorama histórico de Baja California*, UABC, 1983.

Brady, Henry; Sidney Verba y Kay Lehrhan Schlozman "Beyond SES, A Resource Model of Political Participation" en *The American Political Science Review*, Menasha, Jun. 1995, vol. 89, issue 2, pp. 271-294

Brown, Archie y Jack Gray, *Political Culture and Political Change in Communist States*, New York, Holmes and Meier, 1977.

Bustamante, Jorge A., "Surgimiento de la colonia Libertad", en *Historia de Tijuana. Semblanza general*. Tijuana, B. C., 1985.

Calderón, Guillermo, "Política para las franjas fronterizas y zonas libres del país, para 1988 y perspectivas para 1989-1994", SECOFI, 3 de febrero de 1988.

Caulkins, Douglas D., "Is Mary Douglas's grid/group analysis useful for cross-cultural research?", *Cross-cultural Research*, Thousand Oaks, February 1999.

Chai, Sun-Ki y Brendon Swedlow (eds) *Aaron Wildavsky. Culture and Social Theory*, New Brunswick and London, Transaction Publishers, 1998.

Chai, Sun-Ki y Aaron Wildavsky "Culture, Racionality and Violence" en **

Dennis J. Coyle y Richard J. Ellis (ed.), *Politics, Policy and Culture*, Boulder Colorado, Westview Press, 1994.

Clark, Terry Nichols y Vincent Hoffman-Martinot, *The New Political Culture*, Boulder Colorado, Westview Press, 1998.

Clarke, D, Harold., Allan Kornberg, Kris McIntyre, Petra Bauer-Kaase y Max Kaase, "The Effect of the Economic Priorities in the Measurement of the Value Changes", en *The American Political Science Review*, sept. 1999, vol. 93, issue 3, pp. 637-647.

Clarke, D. Harold, "Refutation affirmed, Conversation concerning the Euro-Barometer Values Battery", *Political Research Quarterly*, Vol. 53, No. 3, September 1999.

Clause, Sten-Erick, *Applied Correspondence Analysis. An Introduction USA*, SAGE, 1998.

Cohen, Jean L. y Andrew Arato, *Civil Society and Political Theory*, Massachusetts, MIT Press, 1992.

Contreras, Oscar F., "La industria en Baja California (1890-1892)", en varios autores, *Historia y desarrollo industrial de México*, México, Confederación Nacional de Cámaras Industriales, 1982.

Contreras F. Oscar, *Una isla llamada California*, Tijuana, El Colegio de la Frontera Norte, mecano escrito, s.f.

Conway, M. Margaret *Political Participation in the United States*, Washington, CQ Press, 2000.

Cortés Guardado, Marco Antonio y Cecilia Soraya Shibya Soto, *Los valores de los jaliscienses. Encuesta estatal de valores*, Guadalajara, U de G, 1999.

Couto, Richard A. with Catherine S. Guthrie, *Making Democracy Work Better*, North Carolina, The University of North Carolina, 1999.

Dahl, A. Robert, *La democracia y sus críticos*, España, Ediciones Paidós, 1992 [3a. Edición].

Dalton, J. Russell, *Citizen Politics. Public Opinion and Political Parties in Advanced Western Democracies*, Chatham, N. J., Chatham House Publishers, [1988] 1996, second edition.

Dalton, J. Russell, "Democracy and its Citizens, Patterns of Political Change", The Center for the Study of Democracy, 1996 (Nota del autor, Una edición revisada de esta ponencia apareció como, "Comparative Politics, A Micro-Behavioral Perspective" in Robert Goodin and Hans-Dieter Klingemann, eds. *The New Handbook of Political Science*. Oxford, Oxford University Press, 1996).

Davis, Darren W. y Christian Davenport, "Assesing the validation of the Postmaterialist Index", en *The American Political Science Review*, September 1999, vol. 93, issue 3, pp. 649-664.

Davis, Darren W., "Individual Level Examination of Postmaterialism in the U. S., Political Tolerance, Racial Attitudes, Environmentalism, and Participatory Norms", en *Political Research Quarterly*, September 2000, vol. 3, issue 93, 445-475.

De las Heras, María *Uso y abuso de las encuestas. Elección 2000, los escenarios*, México, Océano, 1999.

Di Palma, Giuseppe, *Apathy and Participation. Mass Politics in Western Societies*, New York, New York University Press, 1970.

Di Palma, Giuseppe, *To Craft Democracies, An Essay on Democratic Transitions*, Berkeley, University of California Press, 1990.

Doppelt, Jack C. y Ellen Shearer, *America's no show thousand Oaks*, California, Sage Publications, 1999.

Douglas, Mary *Natural Symbols, Exploration in Cosmology*, London, Barrie & Rocokliff, 1970.

Douglas, Mary y Aaron Wildavsky, *Risk and Culture. An Essay on the Selection of the technical and Environmental Dangers*, Berkeley, University of California Press, 1982.

Douglas, Mary, "Cultural bias" en Mary Douglas, *In the Active Voice*, London, Routledge and Kegan Paul, 1982a.

Douglas, Mary (ed), *Essays in the Sociology of Perception*, London, Routledge and Kegan Paul, 1982b.

Douglas, Mary, *How Institutions Think*, London, Routledge and Kegan Paul, 1987.

Douglas, Mary, *Risk and Blame, Essays in Cultural Theory*, London, Routledge, 1992a.

Douglas, Mary, "Four cultures, the evolution of a parsimonious model", en *GeoJournal* 47, 1999, pp. 411-415.

Dror, Yehezquel, La capacidad de gobernar, informe al Club de Roma, México, FCE, 1996.

Dunteman, George H. *Principal Components Analysis*, California, Sage University Papers series, 1989.

Eckstein, Harry, "A Culturalist Theory of Political Change", *American Political Science Review*, Vol. 82, issue 3, Sep. 1988, pp. 789-804.

Eckstein, Harry *Regarding Politics. Essays on Political Theory, Stability, and Change*, Berkeley, Los Angeles, Oxford, 1992.

Eckstein, Harry, "Social Science as Cultural Science" en Ellis, Richard J. y Michael Thompson (eds) , *Culture Matters. Essays in Honor of Aaron Wildavsky* Boulder, Colorado, Westview Press, 1997.

Edwards, Bob; Michael W. Foley y Mario Diani (ed) *Beyond Tocqueville. Civil Society and the Social Capital Debate in Comparative Perspective*, New England Hanover, University Press of New England, 2001.

Eguía Valderrama, Ricardo, "El desenvolvimiento del espacio político en Baja California, hacia una modernización", en Adalberto Aceves Monteón y Ramón de Jesús Ramírez, *Baja California hacia el año 2000*, Mexicali, Liga de Economistas Revolucionarios, 1990.

Elkins, David J., *Manipulation and Consent, How Voters and Leaders Manage Complexity*, Canada, University of British Columbia, UBC Press, 1993.

Ellis, Richard J. y Michael Thompson (eds) , *Culture Matters. Essays in Honor of Aaron Wildavsky* Boulder, Colorado, Westview Press, 1997.

Ellis, Richard y Aaron Wildavsky *Dilemmas of Presidential Leadership. From Washington through Lincoln*, New Jersey, Transaction Publisher, [1989] 1991.

Espinoza Valle, Víctor Alejandro *Alternancia política y gestión pública. El Partido Acción Nacional en el gobierno de Baja California*, México, El Colegio de la Frontera Norte, 1998.

Estrella Valenzuela, Gabriel "Dimensión demográfica", en *El abstencionismo en Baja California. Resultados de un encuentro ciudadano*, Tijuana, Tijuana Trabaja, 31 de julio de 2001.

Fagen, Richard, *The Transformation of Political Culture in Cuba*, Stanford, Stanford

University Press, 1969.

Fetto, John, "Down for the count", *American Demographics*; Ithaca; Nov 1999, Vol. 21, Issue 11.

Ferrán Aranaz, Magdalena *SPSS para Windows. Análisis estadístico*, Madrid, McGraw-Hill, 2001.

Fukuyama, Francis *La gran ruptura. La naturaleza humana y la reconstrucción del orden social*, España, Editorial Atlántida, 1999.

Gabriel, Óscar W., *Cambio social y cultura política. El caso de la República Federal Alemana*, Barcelona, Gedisa, 1990.

Gambrill, Mónica C., "El sindicalismo en las maquiladoras de Tijuana", en *Campo Libre, Journal of Chicano Studies*, Los Ángeles, California State University, vol. 2, núm. doble, 1984.

García Montaña, Jorge, *Diagnóstico de largo plazo de la economía de Baja California. 1950-1980*. UABC, *Cuadernos de Economía*, serie 3, núm. 4, 1987.

Geertz, Clifford *The Interpretation of Cultures*, New York, Basic Books, 1983.

Gibbins, John R. (ed.), *Contemporary Political Culture. Politics in a Postmodern Age*, London, SAGE, [1989] 1990.

Giddens, Anthony *Central Problems in Social Theory, Action, Structure and Contradiction in Social Analysis*, Berkeley, University of California Press, 1979, 5.

González-Aréchiga, Bernardo, "El 'milagro' bajacaliforniano, modernidad industrial y distorsión estructural." Ponencia presentada en el Foro "Frontera Norte, realidades y perspectivas". PMS, Tijuana, B. C., 17 de abril de 1988.

González Molina, Gabriel, *Cómo ganar las elecciones*. México, Ediciones Cal y Arena, 2000.

Granato, Jim, Ronald Inglehart y David Leblang, "Cultural Values, Stable Democracy, and Economic Development, A reply", *American Journal of Political Science*, Austin, August 1996, vol. 40, issue 3.

Gray, Mark y Miki Caul, "Declining voter turnout in advanced industrial democracies, 1950 to 1997, The effects of declining group mobilization", en *Comparative Political Studies*; Beverly Hills, Nov. 2000, Vol. 33, issue 9, 1091-1122.

Grendstad, Gunnar and Per Selle, "Cultural Theory, Postmaterialism, and Environmental Attitudes", en Richard J. Ellis y Michael Thompson (eds.) *Culture Matters. Essays in Honor of Aaron Wildavsky*, Boulder Colorado, Westview Press, 1997.

Guillén López, Tonatiuh, "¿Repercusiones equívocas? Crisis y conducta política" en *El Cotidiano*, número especial 1, 1987.

Habermas, Jürgen, *Problemas de legitimación del capitalismo tardío*, Argentina, Amorrortu, 1989 (1973).

Harrison, Lawrence E. y Samuel P., Huntington *Culture Matters. How Values Shape Human Progress*, New York, Basic Books, 2000.

Hernández Tirado, Humberto, *Testimonio de un hombre. Entrevistas a Milton Castellanos*, Mexicali, Asistencia Profesional para el Desarrollo, 1983.

Hernández Vicencio, Tania y José Negrete Mata (cords.), *La experiencia del PAN. Diez años en el gobierno de Baja California*. México, El Colegio de la Frontera Norte-Plaza y Valdéz, 2000.

Hernández Vicencio, Tania *De la oposición al poder. El PAN en Baja California. 1986-2000*, México, El Colegio de la Frontera Norte, 2001.

INEGI, *Anuario de estadísticas estatales*, 1986, pp. 150-151.

Inglehart, Ronald, "The Silent Revolution in Europe, Intergenerational Change in Post-Industrial Societies", *American Political Science Review* 65, December 1971.

Inglehart, Ronald, *The Silent Revolution. Changing Values and Political Styles Among Western Publics*, Princeton, Princeton University Press, 1977.

Inglehart, Ronald, "The renaissance of Political Culture", *The American Political Science Review*, Dec., 1988, vol. 82, issue 4, pp. 1203-1230.

Inglehart, Ronald *Culture Shift in Advanced Industrial Society*, Princeton, Princeton University Press, 1990.

Inglehart, Ronald, Miguel Bazáñez y Neil Nevite *Convergencia en Norteamérica. Comercio, política y cultura*, México, Siglo XXI, 1994.

Inglehart, Ronald, *Modernización y posmodernización. El cambio cultural económico y político en 43 sociedades*. Madrid, CIS-Siglo XXI, 1998.

Inglehart, Ronald y Paul R. Abramson, "Measuring postmaterialism", en *The American Political Science Review*, September 1999, vol. 93, issue 3, pp. 665-667.

Inglehart, Ronald y Wayne E. Baker, "Modernization, cultural change, and the persistence of traditional values", en *American Sociological Review*, Albany, Feb. 2000, vol. 65, issue 1, pp. 19-51.

Inglehart, Ronald, "Culture and Democracy" en Lawrence E. Harrison y Samuel P. Huntington *Culture Matters. How Values Shape Human Progress*, New York, Basic Books, 2000.

Inglehart, Ronald y Wayne E. Baker, "Modernization's challenge to traditional values, Who's afraid of Ronald McDonald?", *The Futurist*, Washington, Mar/April 2001, vol. 35, issue 2, pp. 16-21.

Irigoyen, Ulises, *El problema económico de las fronteras mexicanas*. México, edición del autor, 1935.

Jackman, Robert W, y Ross A. Miller, "The Poverty of Political Culture", *American Journal of Political Science*, Austin, Aug., 1996, vol. 40, issue 3.

Jackman, Robert W. y Ross A. Miller, "A Renaissance of Political Culture?" *American Journal of Political Science*, Austin, Aug., 1996, vol. 40, issue 3.

Judis, John B., *The Paradox of American Democracy. Elites, Special Interests, and Betrayal of Public Trust*, New York, Routledge, [2000], 2001.

Kaase, Max y Kenneth Newton, *Beliefs in government*, Oxford, Oxford University Press, 1998 [1995], vol. 5.

Kavanagh, Dennis, *Political Science and Political Behavior*, London, George Allen and Unwin Publishers, 1983.

Krause, Enrique, "El sueño del norte. Ensayo de geografía democrática", en *Vuelta*, Núm. 143, octubre de 1988.

Krotz, Esteban "La investigación sobre la cultura política en México, visión panorámica de un campo de estudio en construcción", en Rosalía Winocur (coordinadora) *Algunos enfoques metodológicos para estudiar la cultura política en México*, México, IFE-Porrúa, 2002.

Laitin, David D, "Political Culture and Political Preferences", in *American Political Science*

Review, June 1988, Vol. 82, issue 2, pp. 589-597.

Laitin, David D. "The 'Civic Culture' at thirty, in *American Political Science Review*, March 1995, Vol. 89, Issue 1.
LaPalombara

Lijphart, Arend, "The Structure of Inference", en Almond y Verba, ed. *The Civic Culture Revisited*, Boston, Little Brown, 1980.

Linz, Juan J., "Legitimidad y eficacia en la evolución de los regímenes políticos", en *Problemas del subdesarrollo*, Granada, Caja General de Ahorros y Monte de Piedad, 1978b.

Lizárraga Ochoa, Francisco, *Manuel Gómez Morín en Baja California*. Mexicali, s.e., 2000, pp. 41-42.

Lockhart, Charles, "Cultural contributions to explaining institutional change, and rational decisions", *Comparative Political Studies*, Beverly Hills, vol. 32, issue 7, Oct. 1999, pp. 862-893.

Lockhart, Charles, "Political Culture, Patterns of American Political Development and Distinctive Rationalities", *The Review of Politics*, Notre Dame, Summer 2001, Vol. 63, issue 3, pp. 517-548.

López Pintor, Rafael y María Gratschew, *Voter turnout since 1945. A Global Report*, International IDEA, 2002.

Mackenzie, W. J. M. *Politics and Social Science*, Harmondsworth, Pelican, 1967.

Mackenzie, W. J. M *Political Identity*, Machester, Manchester University Press, 1978.

Maldonado, Braulio, *Baja California. Comentarios políticos*, México, Costa-Amic, 1960, tercera edición.

Maldonado, Leonor, Leopoldo Martínez y Fernando González "Niveles de participación y abstención electoral en el 02 Distrito Local de Baja California". Ponencia presentada en el *Seminario, Las Características de la Participación y la Abstención Electoral en México*, organizado por el *Instituto Federal Electoral*. Tijuana, 5 y 6 de Septiembre de 2001.

Martínez, Pablo L. *Historia de Baja California*, México, Editorial Baja California, 1961, segunda edición.

- Merino, Mauricio, *Participación ciudadana en la democracia*, México, IFE, 1995.
- Merriam, Charles E. *The Making of Citizens. A comparative Study of Civic Training*, Chicago, University of Chicago Press, 1931.
- Merriam, Charles E. *Civic Training in the United States*, Chicago, Chicago University Press, 1934.
- Miller, Warren E. y J. Merrill Shanks, *The New American Voter*, USA, Harvard, 1996
- Montero, José Ramón, Richard Gunther y Mariano Torcal, “Actitudes hacia la democracia en España, legitimidad, descontento y desafección” en *REIS*, 83/98.
- Morlino, Leonardo y Marco Tarchi “The Dissatisfied Society, The Roots of Political Change in Italy”, en *European Journal of Political Research*, 30, 1996.
- Nagel, Jack H y John E. McNulty, "Partisan effects of voter turnout in presidential elections" en *American Politics Quarterly*; Beverly hills, July 2000, Vol. 28, issue 3, pp. 408-429.
- Negrete Mata, José, *Integración e industrialización fronterizas, La ciudad industrial Nueva Tijuana*, Colef, 1988.
- Negrete Mata, José “Baja California, reestructuración de la sociedad, la economía y las relaciones de poder. 1980-1989”, en *Perfil de la Jornada*, periódico *La Jornada*, 1 de Julio de 1989a.
- Negrete Mata, José “El 2 de julio bajacaliforniano” en *Baja California. Después de la batalla electoral*, suplemento especial de *Esquinabaja*, Núm. 7, 1989b.
- Negrete Mata, José “Los espacios públicos en Tijuana”, Monografía elaborada para el Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales, junio de 1990.
- Ney, Steven y Nadia Molenaars, "Cultural Theory as a Theory of Democracy", en *Innovation*, Vol. 12, No. 4, 199
- Noya Miranda, Francisco J. "Metodología. Contexto y reflexividad. Una perspectiva constructivista y contextualista sobre la relación cualitativo-cuantitativo en la investigación social", en Juan Manuel Delgado y Juan Gutiérrez (coords) *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*, España, Editorial Síntesis, 1995.

O'Connell, Brian, *Civil Society. The Underpinnings of American Democracy*, USA, University Press of New England, Hanover, 1999.

Olli, Eero, "Rejection of Cultural Biases and effects on Party Preference", en Michael Thompson, Gunnar Grendstad and Per Selle (eds.), *Cultural Theory as Political Science*, London and New York, Routledge, 1999.

Ortega, G. Carlos, *Democracia dirigida... con ametralladoras*. Baja California, 1958-1960, El Paso, Texas, edición del autor, 1961.

Páez, Raúl, "Consideraciones políticas en torno a la situación actual y propuestas para la actuación política del PRD". Tijuana, B. C. a 4 de enero de 1989, (documento multicopiado).

Parsons, Talcot and E. Shills, *Toward A General Theory of Action*, Cambridge, Mass., Cambridge University Press, 1951.

Partido Mexicano Socialista, "La situación política que se ha creado y las tareas del FDN y el PMS". Fotocopia de documento mecano escrito, s.f. (circa. septiembre de 1988).

Pateman, Carole, "Political Culture, Political Structure and Political Change", *British Journal of Political Science* 1, no. 3 (July 1971).

Pateman, Carole, "The Civic Culture, A Philosophic Critique", en Almond y Verba, eds., *The Civic Culture Revisited*, Boston, Little Brown, 1980.

Patrick, G., "The Concept of Political Culture", *International Studies Association*, Working Paper No. 80.

Pekonen, Kyösti "Symbols and Politics as Culture in the Modern Situations, the Problem and Prospects of the 'New'", en Gibbins, John R. (ed.), *Contemporary Political Culture. Politics in a Postmodern Age*, London, SAGE, [1989] 1990.

Pérez y Ramírez, Pedro F., "Panorama histórico de Mexicali", en David Piñera (coord.) *Panorama histórico de Baja California*, UABC, 1983, p. 415.

Polsby, Nelson W. y Aaron Wildavsky, *Presidential Elections. Strategies and Structure of American Politics*, New York, Robert J. Gormley, [1964] 2000.

Popper, Karl "Epistemology Without a knowing Subject," in Jerry H. Gill, ed., *Philosophy Today* No. 2, New York, Macmillan, 1969, 272.

Putnam, Robert D. *Making Democracy Work. Civic Traditions in Modern Italy*, Princeton, Princeton University Press, 1993.

Putnam, Robert D., *Bowling Alone. The Collapse and Revival of American Community*, New York, Touchtone Edition, 2001.

Pye, Lucian y Sidney Verba, *Political Culture and Political Development*. Princeton, New Jersey, Princeton University Press, [1965] 1967.

Quintero, Cirila *La sindicalización en las maquiladoras tijuánenses, 1970-1988*, México, CONACULTA, 1990.

Rayner, S., "What have we learned" en Rayner S. y E. L. Malone, eds., *Human Choice and Climate Change* (4 vols.), Columbus, Battelle Press, vol. 4, 1988b.

Rimmerman, Craig A., *The New Citizenship. Unconventional Politics, Activism and Service* Westview Press, 1998

Rogowski, Ronald, *A Rational Theory of Legitimacy*, Princeton, N. J., Princeton University Press, 1976.

Rokkan, Stein y Angus Campbell, "Norway and the Unites States of America", in *International Social Science Journal*, Vol. XII, No. 1, 1960

Rose, Richard, "Evaluating Election Turnout", in *Voter Turnout from 1945-1977. A Global Report*, International IDEA, 1997.

Ross, Marc Howard, "Culture and Identity in Comparative Political Analysis", in Mark Irving Lichbach and Alan S. Zuckerman, *Comparative Politics. Racionality, Culture and Structure*, New York, Cambridge University Press, 1977.

Sadowski, Christine M., "Autonomous Groups as Agents of Democratic Change in Communist and Post-Communist Eastern Europe", en Larry Diamond (ed) *Political Culture & Democracy in Developing Countries*, Boulder London, Lynne Rienner Publishers, 1994.

Ruiz Vargas, Benedicto. *Elecciones y Abstención en Baja California. El Bordo* No. 8

Samaniego López, Marco Antonio, "Surgimiento, luchas e institucionalización del movimiento obrero en Tijuana", en *Historia de Tijuana, 1889-1989*. Tijuana, B. C., UABC, 1989, t II.

Samaniego López, Marco Antonio, "El desarrollo económico durante el gobierno de Abelardo L. Rodríguez, 1924-1928.", en *Mexicali. Una historia*, Mexicali, UABC, 1991 [t II].

Sani, Giacomo, "Cultura política" en Norberto Bobbio y Nicola Matteuci, *Diccionario de*

política, México, Siglo XXI, 1981.

Sartori, Giovanni, *Teoría de la democracia*, México, Alianza Universidad, 1991, (segunda reimpr.)

Servin, Elisa, *Ruptura y oposición. El movimiento henriquista, 1945-1954*. México, Cal y Arena, 2001, pp. 286-89.

Tejera, Gaona, Héctor, "Cultura de la política, campañas electorales y demandas ciudadanas en la ciudad de México", en *Perfiles Latinoamericanos*, año 9, No. 6, junio de 2000, pp. 53-75.

Tejera, Gaona, Héctor, "No se olvide de nosotros cuando esté allá arriba", *Cultura de la política, campañas electorales y demandas ciudadanas en el Distrito Federal, México*, UAM, tesis de doctorado, 2000.

Texeira, Ruy A., *Why Americans Don't Vote. Turnout Decline in the United States. 1960-1984*. USA, Greenwood Press, 1987.

Thompson, Michael, Richard Ellis y Aaron Wildavsky, *Cultural Theory*, Boulder, Colorado, Westview Press, 1990.

Thompson, Michael, Gunnar Grendstad y Per Selle, eds., *Cultural Theory as Political Science*, London and New York, Routledge, 1999.

Timpone, Richard J., "Structure, behavior, and voter turnout in the United States", *The American Political Science Review*, Mar. 1998, vol. 92, issue 1, pp. 145-158.

Topf, Richard "Political Change and Political Culture in Britain, 1959-87" en Gibbins, John R. (ed.), *Contemporary Political Culture. Politics in a Postmodern Age*, London, SAGE, [1989] 1990.

Topf, Richard, "Beyond electoral participation" en Hans-Dieter Klingemann y Dieter Fuchs (eds.) *Citizens and State*, Oxford, Oxford University Press, 1995.

Tucker, Robert C., "Culture, Political Culture and Communist Society", en *Political Science Quarterly*, June 1973, pp. 173-90.

Valderrábano, Azucena, *Historias del poder. El caso de Baja California*, México, Grijalbo, 1990.

Van Deth, Jan W. "Interest in politics", en M. Kent Jennings et al (eds.) *Continuities in Political Action*, Berlin, Walter de Gruyter, 1990.

Van Deth, Jan W, "Politization and political interest" en Karlheinz Reif y Ronald Inglehart (eds.) *Eurobarometer. The Dynamics of European Public Opinion*, London, Macmillan, 1991.

Velázquez Morales, Catalina, "Integración al resto del país" en *Mexicali*.
Verba, Sidney en Pye, Lucian y Sidney Verba, *Political Culture and Political Development*. Princeton, New Jersey, Princeton University Press, [1965] 1967.

Verba, Sidney, Norman Nie y Jae-on Kim *Participation and Political Equality, A Seven Nation Comparison*, Cambridge, Cambridge University Press, 1977.

Verba, Sidney, Kay Lehman Schlozman y Henry E. Brady *Voice and Equality, Civic Voluntarism in American Politics*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, [1995] 1998.

Wildavsky, Aaron, "Political Culture and Political Preferences", in *The American Political Science Review*, Vol. 82, issue 2, June 1988, pp. 589-597.

Zavala, Iván, *Cuadernos de Nexos*. I, Agosto de 1988.

Entrevistas

Rosas Magallón, Salvador, entrevista realizada por José Negrete Mata, abril de 1991 (parte de esta entrevista fue publicada en *Diálogos del Diario*, suplemento político del Periódico *Diario 29. El Nacional*, 26 de abril de 1991).

Castellanos Everardo, Milton, entrevista de Sergio Gómez Montero, en *Diálogos del Diario*, suplemento político del Periódico *Diario 29. El Nacional*, 26 de abril de 1991.

Índice de cuadros

Capítulo 2 *1ra.*
Parte

Cuadro 1	Alianza de la izquierda en Baja California. Elecciones Federales de 1985	102
Cuadro 2	Baja California, Votación de Cárdenas en 1988	104
Cuadro 3	Baja California, Resultado de las elecciones estatales de 1989	110

Capítulo 2 *2da.*
Parte

Cuadro 4	Baja California, Resultados de las elecciones federales de 1994	109
----------	---	-----

Capítulo 3

Cuadro # 5	137
Cuadro # 6	138
Cuadro # 7	139
Cuadro # 8	140
Cuadro # 9	141
Cuadro # 10	142
Cuadro # 11	157
Cuadro # 12	159
Cuadro # 13	160
Cuadro # 14	161
Cuadro # 15	170
Cuadro # 16	172
Cuadro # 17	173
Cuadro # 18	177
Cuadro # 19	185
Cuadro # 20	186

Índice de recuadros y matrices

Capítulo I

Recuadro # 1) Dimensiones de orientación política	20
Recuadro # 2) Dos dimensiones de la variación cultural	40
Recuadro # 3) Cuatro tipos de preferencias culturales	47
Recuadro # 4) Formas culturales, distinción entre lo político y lo no político y la participación	50
Recuadro # 5) Cuatro visiones sobre participación y apatía	51

Capítulo 3

Matriz #1	135
Matriz #2	136
Matriz #3	149
Matriz #4	152
Matriz #5	158
Matriz #6	164
Matriz #7	168
Matriz #8	169
Matriz #9	179
Matriz #10	184
Recuadro # 6	145
Recuadro # 7	146
Recuadro # 8	147
Recuadro # 9	152

Índice de gráficas

Capítulo 2 2da. Parte

Gráfica 1	B.C. Participación y abstención	122
-----------	---------------------------------	-----

Gráfica 2	Elecciones Federales, 1988-2000 Participación y abstención en Baja California, 1989-2001	125
Gráfica 3	BC. Participación y abstención Elecciones locales, 1989-2001	126
Gráfica 4	Abstencionismo en BC. y Tijuana	127

Capítulo3

Gráfica 5		154
Gráfica 6		166
Gráfica 7		165
Gráfica 8		175
Gráfica 9		176
Gráfica 10		174
Gráfica 11		182

Índice general

Introducción	1
Capítulo I. Cultura política, participación y abstención una aproximación conceptual.	15
La cultura política	16
El debate sobre la cultura cívica	25
La nueva cultura política	32
La crítica a la teoría de la nueva cultura política	36
La teoría cultural	40
La teoría cultural y la política	48
La participación política	55
Participación política y abstención	60
Cultura política, participación y abstencionismo	69
Capítulo II. Cultura política, participación y abstencionismo en la historia de Baja California, a manera de contexto.	79
Primera Parte	
Antecedentes	82
Las elecciones de 1968	92
Crisis de la cultura política de participación	93
El reflujó electoral del PAN	94
La otra oposición	95
Crisis de la cultura de imposición y alternancia política	98
El 6 de Julio de 1988 en Baja California	99
El 2 de Julio Bajacaliforniano	106
Segunda parte	111
El primer sexenio panista en Baja California 1990-1995	112
El segundo sexenio panista en Baja California 1996-2001	119
Las elecciones de 1998	120
Capítulo III. Cultura Política, participación y abstencionismo en Tijuana	132
La conectividad social y la participación	134
La desconexión con el proceso político y el desafecto de los votantes	144
La teoría de la nueva cultura política, la participación y la abstención electoral	155
Conclusiones	190

Anexo metodológico	205
Bibliografía	215
Índice de cuadros	227
Índice de recuadros y matrices	229
Índice de gráficas	231
Índice general	232